

Embarazada de gemelos y Rechazada por el MAFIOSO posesivo

Série - Princesas de la mafia Vol.1

Marisol Luz

Derechos de autor © 2025 Marisol Luz

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier similitud con nombres, fechas y eventos reales es pura coincidencia.

Portada y maquetación: Marisol Luz
Reseña de diseño: Raquel Cardoso
beta: Suellen Chaves
Lectura crítica: Suellen Chaves

Se prohíbe el almacenamiento y/o reproducción de cualquier parte de esta obra, por cualquier medio, tangible o intangible, sin el consentimiento escrito del autor. La infracción de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley n.º 9.610/98 y sancionado por el artículo 184 del Código Penal.
Edición digital | Creado en Brasil.

Sinopsis

Un malentendido. Un rechazo cruel. Y un amor que tal vez no sobreviva al paso del tiempo...

Ella se entregó por amor.

Él la rechazó por orgullo.

Antonela creyó que estaba por vivir el sueño de toda mujer: casarse con el hombre que amaba y formar una familia.

Pero bastó una sola mentira… para que su mundo se viniera abajo.

Embarazada de gemelos, fue humillada y echada de la vida de Alessandro Ferrari, el poderoso y posesivo Capo de la mafia.

Ahora, ha descubierto la verdad.

Ella nunca lo traicionó. Los hijos… son suyos.

¿Será demasiado tarde para recuperar a la mujer que destruyó?

Aviso del autor

Este libro contiene escenas y temas sensibles que pueden resultar irritantes para algunos lectores, entre ellos:

- Rechazo durante el embarazo
- Conflictos familiares intensos
- Relaciones posesivas y cargadas emocionalmente
- Personajes con conductas tóxicas y actitudes controladoras
- Situaciones de profundo dolor emocional
- Términos y diálogos que reflejan la dura realidad del submundo de la mafia

Esta historia está dirigida a un público **mayor de 18 años,** presenta **un drama intenso, un romance oscuro,** escenas **candentes** y personajes defectuosos que evolucionan a lo largo de la trama.

Si te resulta sensible a este tipo de contenido, lee con precaución.

Si te encantan los giros inesperados, la tensión, la pasión y la redención…

Este libro es para ti.

Gracias

Escribir **“Embarazada de gemelos y rechazada por el mafioso posesivo”** fue un viaje intenso, lleno de emociones, lágrimas, suspiros y, sobre todo, amor.

Con cada escena que escribía, mi corazón latía al mismo ritmo que el de Antonela. Su dolor, su fortaleza, su coraje... todo eso representa a tantas mujeres que, incluso estando rotas, todavía eligen amar. Y Alessandro... ah, Alessandro. Él demuestra que incluso los corazones más duros pueden transformarse gracias al amor verdadero.

Quiero agradecerte a ti, lectora maravillosa, que te embarcaste conmigo en esta historia. Sin tu apoyo, tus comentarios, tus desbordes emocionales y tu compañía, nada de esto habría sido posible. Es por ti que sigo escribiendo. Es por ti que entrego cada pedacito de mi alma en cada palabra.

También agradezco a mi familia, a mis amigos, a los lectores beta y a cada alma hermosa que creyó en mi sueño.

Si esta historia tocó tu corazón, cuéntamelo. Deja tu reseña en Amazon, compártela en redes, marca tu parte favorita. Tú eres parte de este éxito.

Con todo mi cariño,

Marisol Luz

Autora de historias que mezclan dolor, pasión, redención… y amor de verdad. 💕

Índice

Sinopsis 3
Aviso del autor 4
Gracias 5
Otras obras 7
Lista de reproducción 11
Prólogo 12
Capítulo 1 25
Capítulo 2 38
Capítulo 3 51
Capítulo 4 66
Capítulo 5 79
Capítulo 6 92
Capítulo 7 104
Capítulo 8 115
Capítulo 9 132
Capítulo 10 144
Capítulo 11 157
Capítulo 12 169
Capítulo 13 181
192
Capítulo 14 192
Capítulo 15 205
Capítulo 16 216
Capítulo 17 229
Capítulo 18 240
Capítulo 19 251
Capítulo 20 264
Capítulo 21 277
Capítulo 22 289
Capítulo 23 304
Capítulo 24 316

Capítulo 25 330
Capítulo 26 341
Capítulo 27 355
Capítulo 28 367
Capítulo 29 379
Capítulo 30 390
Capítulo 31 404
Capítulo 32 415
Capítulo 33 428
Capítulo 34 439
Capítulo 35 450
Capítulo 36 461
Capítulo 37 470
Capítulo 38 480
Capítulo 39 491
Epílogo 499

Prólogo
Alessandro Ferrari

A los diez años, renuncié a mi infancia. Mi destino ya estaba marcado incluso antes de dar mi primer respiro. Mientras otros niños corrían despreocupados por las calles de Nápoles, yo aprendía a cargar con el peso de un nombre que mueve economías, impone reglas y derrama sangre para mantener el orden. Ser hijo de Luigi Ferrari significaba nacer con un blanco en la espalda y una corona de espinas sobre la cabeza.

Desde siempre supe que *mi vida no sería común*. No habría fiestas sin preocupaciones, amores pasajeros ni decisiones libres. Fui criado para liderar. No solo un grupo, sino toda una estructura que mantiene a una ciudad -y, de forma indirecta, a un país- de rodillas.

La mafia no es desorden. Es un sistema. Un engranaje invisible que gira detrás de todo: negocios, seguridad, política. Y por encima de ella, existe una pirámide de poder con niveles que pocos se atreven a comprender. *La Camorra*, *la Ndrangheta* y la *Cosa Nostra*. Tres fuerzas que, pese a sus diferencias, sostienen esa base. Somos aliados. Hermanos de sangre... y, a veces, de desconfianza.

Aunque parezca contradictorio, nuestra existencia mantiene a la ciudad en orden. La gente no lo nota, o prefiere no notarlo, pero su paz depende de nuestras sombras. Critican nuestras acciones, las llaman crueles... Pero al final, todos se inclinan. Siempre.

Y un líder... un verdadero líder... tiene que ser implacable. Disciplinado, calculador, dispuesto a hacer lo que sea necesario, incluso ensuciarse las manos con sangre. Porque dudar es morir.

Existe un código. Siempre lo hay. Y entre sus reglas, una es innegociable: *el capo debe tener una mujer a su lado*, para formar una familia, consolidar alianzas y asegurar herederos. En la mafia, el matrimonio es política. Es una guerra sin armas. La esposa del jefe no es solo un símbolo... es una pieza clave en el tablero.

Pero en mi caso, todo se volvió más complicado. Porque mi corazón... traicionó la lógica.

Antonela Martini es la grieta en mi armadura. Hija de uno de los *jefes de la Cosa Nostra*, criada entre lujo y sangre, pero con un brillo en los ojos que me desarma cada vez. Cabello largo y lacio, una sonrisa que podría detener guerras y, paradójicamente, también ser la causa de ellas. Ella es todo lo que no debería ser para mí: *una aliada... y una tentación peligrosa.*

Unirnos tendría sentido político. Reforzaría la pirámide, consolidaría vínculos. Sería la jugada perfecta. ¿El problema? La deseo por motivos que van más allá de los negocios. Y traer a Antonela a mi mundo sería ponerla en el centro de un fuego cruzado. No sé si soy capaz de cargar con ella además del peso de mi apellido.

Pero a nadie parece importarle eso, especialmente a Romero.



—¿Alessandro, me estás escuchando? —La voz de Romero cortó mis pensamientos como una navaja.

Levanté la mirada. Romero me observaba desde el otro lado de la mesa, con los dedos entrelazados y una expresión cargada de una paciencia forzada que me irritaba más de lo que debería.

—Perdón —murmuré—. Me distraje.

—La distracción no va de la mano con el liderazgo, muchacho —dijo con una voz grave, impregnada de un falso tono paternal—. Los tiempos inestables exigen firmeza. Estamos al borde de decisiones importantes. Y tú... aún sin esposa. Sin herederos.

Exhalé lentamente, luchando por mantener la calma.

—El liderazgo se gana con fuerza, disciplina y respeto. Todo eso ya lo entregué.

Él arqueó una ceja, como si mis palabras fueran las de un niño ingenuo.

—El respeto es volátil, Alessandro. Lo sabes mejor que nadie. Los códigos existen por una razón. Un capo sin familia parece débil. Vulnerable. ¿Quieres que tus hombres empiecen a cuestionar tu capacidad para mantener estable a la mafia?

Mis hombres no cuestionaban nada. ¿Querían respeto? Ya lo tenían. Lo que Romero quería era otro tipo de poder, ese que se obtiene poniendo cadenas invisibles alrededor del cuello de los demás.

—¿O esto tiene que ver con tu hija, Romero? —Me incliné hacia adelante, con la mirada clavada en la suya—. Dejemos las formalidades. Quieres meter a tu familia donde no pertenece.

Su sonrisa se desvaneció. Con la máscara caída, solo quedaba la ambición desnuda.

—Cuidado con lo que dices, muchacho —murmuró—. Tengo formas de asegurarme de que las cosas sigan el rumbo correcto... con o sin tu colaboración.

Me puse de pie despacio, ajustando el traje con precisión. No hacían falta gritos para que una amenaza se entendiera. Y yo... siempre fui mejor en el silencio.

—Si esto es una amenaza, Romero... elige mejor tus palabras. Sabes bien cómo trato a quienes cruzan el límite.

El silencio que siguió fue más pesado que el plomo. La guerra no comienza con disparos. Comienza así. Con palabras afiladas en habitaciones cerradas.



Salí de la sala, con los pasos resonando sobre el mármol mientras intentaba contener la rabia. Necesitaba aire. Distancia. Antes de hacer algo que lo arruinara todo.

—¡Alessandro, espera!

Vittorio. Mi *consigliere*. Y más que eso, el único que todavía lograba detenerme antes del desastre. Se acercó a toda prisa.

—No me pidas calma —gruñí—. No tengo sangre de muerto.

—Lo sé. —Levantó las manos, tratando de calmarme—. Solo digo... piénsalo. Casarte con Antonela resuelve todo. Sella alianzas, hace callar a Romero y refuerza nuestra posición en la cima.

—¡No voy a usar a Antonela como moneda de cambio! —Mi voz salió más alta de lo que debía. Respiré hondo—. Esto no es solo política, Vittorio. Van a usarla como objetivo. Y tú lo sabes.

Me miró con seriedad.

—Si no haces nada... pierdes el mando. Si te casas con otra... pierdes a Antonela. De cualquier forma, pierdes. La pregunta es: ¿qué estás dispuesto a sacrificar?

Se dio media vuelta y se fue. Solo quedó el eco de su pregunta retumbando en mi cabeza.

Sacrificios. Siempre sacrificios.

Pero imaginar a Antonela en los brazos de otro... era un precio que no estaba dispuesto a pagar.



El motor del auto rugió bajo mis manos. Aceleré, dejando atrás el edificio, intentando ahogarme en la velocidad. El viento golpeándome la cara. La ciudad pasando como un borrón. Solo por un segundo... quería escapar.

Pero el destino, o la maldita vida, no da tregua.

Una camioneta negra apareció por el retrovisor. Sin matrícula. Acercándose rápido.

—Mierda. —Apreté el volante, con los sentidos en alerta.

Esquivé el primer disparo. El silbido de la bala cortó el aire. Gritos en las veredas. Llantas frenando. El tráfico convertido en un campo de batalla.

Otro disparo. La parte trasera del auto vibró. Iban detrás de mí. ¿Romero? ¿Alguien ajeno a la mafia? ¿O un enemigo antiguo esperando el momento justo?

No importaba. Querían derribarme. No pensaba ponérselo fácil.

Una madre con tres niños se detuvo en el cruce. El terror marcado en su rostro.

Decisión en milésimas. Vida o muerte.

Giré el volante con fuerza, lanzando el auto a contramano. Llantas chillando. Impacto inevitable. ¡BAM! la colisión me lanzó contra el respaldo. La cabeza me latía. Todo giraba. Olor a gasolina. Gritos lejanos. Sirenas acercándose.

La camioneta se detuvo. Las puertas se abrieron. Hombres armados salieron, pasos firmes, decididos a terminar el trabajo ahí mismo.

Estiré la mano hacia la guantera. *El revólver.* Mi viejo amigo. Toqué la empuñadura fría. La apreté.

Pero entonces... la oscuridad me tragó.

Antonela Martini

Mi corazón latía acelerado. Por más que intentara seguir adelante, olvidar a Alessandro Ferrari era imposible. Mi conciencia me gritaba que correr detrás de él era como lanzarse desde un precipicio, y la posibilidad de sobrevivir a esa caída era mínima. Pero el corazón... el corazón no escuchaba. Para él, Alessandro era oxígeno. Y sin él, respirar se volvía una lucha constante.

Cerré los ojos, intentando alejar los recuerdos. En vano. Llegaban con fuerza, arrollándome sin piedad. Alessandro no era solo un hombre. Era dueño de cada parte de mi ser. Desde niños, me había prometido que yo sería su reina, la primera dama de la *Camorra*. ¿Cómo no creerle? Era mi mejor amigo... y el amor de mi vida.

Siempre había sido posesivo. Protector. Actuaba como si el mundo fuera demasiado peligroso para compartirlo conmigo. Si había alguna amenaza, se ponía delante, con los brazos extendidos y la voz firme, prometiendo que nunca dejaría que me lastimaran.

Pero la vida cambia a las personas. Alessandro tuvo que madurar antes de tiempo. Cambió las promesas de infancia por responsabilidades de hierro. En el camino hacia el trono de la *Camorra*, olvidó nuestros juramentos... y me clavó una estaca en el corazón.

Sabía cuál era su resistencia. Nuestro último encuentro fue... tenso. Descubrí, de la peor manera posible, que lo estaban presionando para casarse. ¿Y yo? Al parecer, no era la elegida. Aun así, no iba a rendirme sin pelear. Conocía ese corazón. Sabía que, enterrado bajo capas de deber y frialdad, todavía me amaba.

—Nela, estás en otro mundo. —La voz de Elena me devolvió a la realidad.

—Apuesto a que estás tramando un plan para volver loco a Alessandro —bromeó Elisa, riendo.

Esbocé una sonrisa débil.

—Sería mentira si dijera que no estoy pensando en él —confesé—. Estoy aquí por eso. Es mi último intento. Si no funciona... me doy por vencida.

O al menos lo intento.

La ansiedad me estaba devorando. Una parte de mí estaba lista para jugar todas las cartas. Otra... solo quería una señal de que él seguía siendo "mi mafioso favorito". Quería ver esa expresión seria, esos ojos que siempre dijeron más de lo que su boca se animó a admitir.

Llegamos a Nápoles. Algo no estaba bien. Alessandro había prometido que vendría a recogernos personalmente. Pero... no fue él. Fue Vittorio.

La mala corazonada se convirtió en un golpe directo al estómago.

—¿Dónde está mi primo? —preguntó Elena, con la voz tensa.

Vittorio dudó. Respiró hondo.

—Alessandro... tuvo un accidente.

El mundo se detuvo. El aire desapareció. Mis pulmones se negaron a funcionar. Todo a mi alrededor se volvió borroso.

—¿Qué? —Las palabras salieron en un susurro quebrado—. ¿Qué pasó? ¿Dónde está? —Mi voz temblaba, los sollozos amenazaban con estallar.

—Tranquila, Nela —Elena intentó tomarme la mano, pero yo ya estaba demasiado lejos para que pudiera alcanzarme.

—Lo están atendiendo —dijo Vittorio. Pero eso no era suficiente. Nunca lo sería.

—¡Llévame con él! —suplicaba, con las lágrimas quemándome el rostro—. ¡Por favor!

Vittorio miró hacia los lados, claramente en conflicto.

—Señorita Martini, no es prudente...

—¡No quiero prudencia! ¡Quiero ver a Alessandro! Si tú no me llevas, voy a ir sola. —Mi voz retumbó con fuerza, incluso entre el llanto.

Se pasó la mano por el rostro, frustrado.

—Alessandro me va a matar por esto... —murmuró—. Pero está bien. Te llevo.

—Nela, podemos esperar —intentó intervenir Elena.

—¡No voy a esperar! —la corté—. Mi momento es ahora. No me voy a quedar quieta mientras... —tragué saliva, intentando ahuyentar el peor pensamiento.

Vittorio entendió que no lograría convencerme. Sabía lo que había entre Alessandro y yo. Sabía que las palabras no iban a bastar.

—Antonela... eres imposible —dijo, pero en su rostro había una leve sonrisa de comprensión—. Sube al auto. Vamos antes de que me arrepienta.

Vittorio tomó nuestras maletas. Diez soldados de la *Camorra* nos rodeaban, seguramente por orden de Alessandro, para garantizar nuestra seguridad. Incluso desde la distancia, vi cuando envió a las chicas a la casa de Alessandro. Estaba realmente dispuesto a llevarme. Gracias a Dios.



El camino al hospital fue un tormento. Cada minuto parecía una eternidad dilatada. Cuando el auto por fin se detuvo, apenas esperé. Salté y corrí por los pasillos como si mi vida entera dependiera de eso. Y, en cierto modo... así era.

Mi corazón parecía saber adónde ir. Las luces frías del hospital pasaban como manchas borrosas. Médicos corrían. Voces resonaban. Nada importaba. Solo él.

Y entonces, lo vi.

Una camilla rodeada de profesionales. Movimiento frenético. Gritos con órdenes médicas. El sonido del monitor cardíaco lanzando alarmas.

Era él.

Mi cuerpo se movió antes que la razón. Empujé hombros, ignorando las protestas. Las voces decían:

—¡Señorita, no puede entrar aquí!

Eran solo ruidos lejanos. Cada paso me arrancaba el aire de los pulmones. Cada segundo era un golpe directo al pecho.

—¡ALESSANDRO! —grité. Mi voz resonó por toda la habitación. Todo el pasillo pareció detenerse por un instante.

Empujé otro hombro, y otro más... hasta que lo vi.

Tendido. Pálido. Cortes en la frente. Moretones en el abdomen. Cables y tubos saliendo de su cuerpo. Respiración débil. Frágil. Dos palabras que jamás habrían encajado con Alessandro Ferrari... pero estaban ahí, marcadas en el cuerpo del hombre que siempre fue mi refugio.

Mis rodillas cedieron. Le agarré la mano, caliente, pero con la fuerza escurriéndose.

—Alessandro... —susurré.

Sus ojos se abrieron lentamente. Su mirada turbia encontró la mía. Un suspiro se escapó de sus labios.

—An...to...ne...la...

—Shhh... no hables. No gastes fuerzas. Estoy aquí ahora. Todo va a estar bien. Te lo prometo.

Intentó tragar saliva.

—Necesito... decirte... algo...

—¡No! ¡No necesitas! Escúchame, por favor —las lágrimas caían sin control—. Estoy aquí. Vas a estar bien.

Pero insistió. Como siempre lo hacía.

—Te amo. —Las palabras salieron arrastradas—. Siempre... te amé. Fui... un cobarde. No quería... arrastrarte a esta vida... no quería hacerte daño...

El corazón se me rompió por completo. Sollozando, me incliné y, sin pensarlo, lo besé. Fue un beso desesperado, empapado en lágrimas y cargado de promesas que nunca dejé de llevar conmigo.

—Yo también te amo —susurré contra sus labios—. Siempre te he amado. Y no importa lo que pase... vamos a salir de esta juntos. Juntos, Alessandro.

Los médicos me apartaron, alejándome de él. Grité. Me resistí. Pero unas manos firmes me detuvieron. Vittorio me rodeó con un abrazo, impidiéndome avanzar.

—Antonela... está en las mejores manos. Sé que es difícil. Pero ahora... necesitamos confiar.

—¡No me voy a ir de aquí! —mi voz temblaba, pero era firme —. ¡No voy a dejarlo solo!

Vittorio suspiró, vencido.

—Eres imposible. —Una sonrisa cansada apareció en sus labios —. Pero... tal vez eso sea justo lo que él necesita. Alguien tan terca como él.

Sonreí apenas. Por dentro, estaba hecha pedazos. Pero firme.

Nada me sacaría de ahí. Él era mío. Siempre lo fue. Y mientras Alessandro siguiera luchando... yo lucharía a su lado.

Capítulo 1
Alessandro Ferrari

Desperté con un dolor punzante en la cabeza. La habitación estaba oscura, la luz se filtraba por las cortinas, creando sombras que danzaban en las paredes. Parpadeé varias veces, intentando enfocar la vista. Todo estaba borroso... hasta que un rostro se destacó entre la penumbra. *Antonela.*

Por un momento, pensé que era una alucinación. Mi cerebro confundido jugaba con mi mente golpeada. Pero entonces... los recuerdos me golpearon. La camioneta siguiéndome. Los disparos. El volante escapándose de mis manos. El sonido del impacto. Y... su voz. Ese grito, ese llamado que me jaló del borde del abismo.

Luché por incorporarme, pero un dolor agudo me atravesó el cuerpo como una cuchilla al rojo vivo. Mis músculos protestaron. Respiré hondo, forzando a mis pulmones doloridos.

—¡No intentes levantarte! ¡Voy a llamar al médico! —Su voz era un susurro cargado de preocupación.

—No. —Mi voz salió ronca, áspera—. Quiero ver a Vittorio. Después... déjame a solas con él.

Sus ojos se abrieron con sorpresa, y por un segundo vi el brillo del dolor en ellos.

—Alessandro, estuviste inconsciente dos días. Necesitas ser examinado.

—Antonela. —Mi paciencia pendía de un hilo, y el tono me salió más brusco de lo que debería—. Solo... llama a Vittorio.

Ella dudó. Su mirada, llena de resistencia, se clavó en la mía como si quisiera discutir, pero al final asintió. Se dio la vuelta y salió, sus pasos apurados resonaron en el silencio de la habitación.

Apenas se cerró la puerta, cerré los ojos. Me odié por tratarla así. Pero no tenía opción. Cuanto más cerca esté de mí, más en peligro estará. Prefería que me odiara, incluso que me olvidara, a verla con un blanco en la espalda por mi culpa.

Minutos después, la puerta se abrió. Vittorio entró, acompañado de un médico que se apresuró a examinarme.

—Dos costillas fracturadas —informó el médico tras revisar los aparatos—. Pero con tu edad y condición física, la recuperación será rápida.

Perfecto. Quedar postrado en una cama mientras los enemigos siguen rondando no era una opción.

Apenas el médico se fue, Vittorio se acercó... y, sin aviso, me dio un coscorrón en la frente.

—¿Te volviste loco? —gruñí, irritado.

—¡El loco eres tú! —Cruzó los brazos, mirándome como si yo fuera un completo imbécil—. ¿Qué le dijiste a Antonela? ¡Salió con los ojos llenos de lágrimas! ¿Sabes por todo lo que pasó esa chica en estos dos días?

Guardé silencio.

—¡No se movió del hospital! Rechazó la comida, apenas durmió... estuvo ahí, a tu lado, rezando por ti. ¿Y lo primero que haces al despertar es echarla?

Aparté la mirada. Cada palabra suya era un puñetazo, pero tenía que mantenerme firme.

—Tú no entiendes... —empecé, pero él me interrumpió.

—¡Entiendo perfectamente! ¡Eres un *stronzo*! ¿Por qué crees que ella está aquí? Te ama, idiota. ¿Y tú la alejas como si fuera algo descartable?

Suspiré, sintiendo ese peso aplastante en el pecho.

—Antonela es mi punto débil, Vittorio. Si esos *maledettos* lo descubren, ella será el blanco. Prefiero romperle el corazón antes que tener que enterrarla. Esa es mi elección.

Vittorio me observó largo rato, como buscando fisuras en mi lógica.

—Tienes tres meses para conseguir una prometida. Y sabes que no vas a elegir a otra mujer. Amas a Antonela más que a nada. Estás jugando en tu contra.

Cerré los ojos.

—Lo sé. Mi corazón es suyo. Siempre lo fue. Pero yo soy su escudo. No al revés. Si algo le llegara a pasar por mi culpa... jamás

me lo perdonaría.

Vittorio negó con la cabeza.

—¿Y qué crees que estás haciendo ahora? Herirla así es tan cruel como ponerla en peligro. Ten cuidado, Alessandro. Porque llega un punto en que ella se cansará. Y si algún día la ves en brazos de otro... me pregunto si seguirás tan seguro de tu decisión.

Sin esperar respuesta, salió.

Me quedé ahí, mirando el techo. El peso en el pecho no hacía más que aumentar. Proteger a alguien que amas... a veces significa convertirte en el villano de su historia.

[..]

El tiempo pasó lentamente. Estaba a punto de quedarme dormido cuando la puerta se abrió de nuevo. Pasos suaves. Un perfume conocido. *Antonela.*

Entró con la cabeza en alto, los pasos firmes... pero los ojos lo decían todo: cansancio, dolor... y aun así, ese brillo persistente. Terca hasta el final.

Se sentó a mi lado y, con delicadeza, tocó mi mano. Por un segundo, lo permití. Tenía tantas ganas de atraerla hacia mí, de sentir su cuerpo pegado al mío... Pero no podía. Maldito autocontrol.

—¿Te sientes mejor? —preguntó con voz baja, cargada de sentimientos que yo no podía, no debía, corresponder.

La miré. Dios mío... qué hermosa es esta mujer. ¿Cómo puede ser tan fuerte y tan vulnerable al mismo tiempo?

Endurecí la expresión.

—¿Qué estás haciendo aquí, Antonela?

Parpadeó, sorprendida por el tono áspero.

—Estás herido. Quise cuidarte.

Aparté mi mano. Frialdad. Tenía que ser frío.

—No pedí eso. No debiste quedarte.

Respiró hondo, luchando por mantener la calma.

—No lo pediste. Pero yo... quise hacerlo.

—No te quedes. No te hagas ilusiones. Si quieres la verdad... no hay futuro para nosotros dos.

Vi cómo el dolor le cruzaba el rostro como una sombra.

—Alessandro... dijiste que me amabas.

Se me secó la garganta. Quise negarlo, pero... mentir era necesario.

—Estaba delirando. Solo eso. No te amo, Antonela. Viniste a volverme loco, pero... no lo vas a lograr. Deja esta obsesión.

Se quedó inmóvil. Luego soltó una risa amarga.

—¿Obsesión? Entonces, ¿todo lo que tuvimos fue... una mentira?

Guardé silencio. Por favor, ódiame. Insúltame. Solo... vete.

—¿De verdad quieres que me vaya? ¿Que me rinda?

No. Pero...

—Eso mismo.

Tragó saliva. Las lágrimas amenazaron con caer, pero levantó el mentón con orgullo.

—Entiendo. No volveré a molestarte.

Se levantó y caminó hacia la puerta. Se detuvo.

—¿Me quieres tan lejos así? Yo daría todo por arrancarme este sentimiento del pecho... Sé que tienes tres meses para encontrar una prometida. Y yo no seré ella. Necesito aceptar esta realidad cruel: me estás rechazando.

La voz me falló.

—Antonela...

—No. —Levantó la mano—. Basta.

Dio un paso más, pero la detuve con palabras filosas.

—¿Con quién vas a salir? No te atrevas a ir sola. Ve con Vittorio y mantente a salvo.

Se giró, la mirada cargada de ironía.

—¿Ahora te importa? ¿Después de decir que no sientes nada? Qué ironía.

—Te lo digo porque... si algo te pasa, tendré que darle explicaciones a tu familia. No quiero problemas con ellos.

Sonrió sin humor.

—Claro. ¿Es solo eso, no? Te preocupa lo que mi padre pueda hacer. No yo. Entiendo.

Salió. Esta vez... sin dar un portazo. Y eso solo dolió más.

Me hundí en la almohada, odiando cada palabra que dije. Destruí a esa mujer. Tal vez nunca me lo perdone... Pero era eso o verla muerta por mi culpa.

Espero... algún día... tener la oportunidad de compensarlo. De ser el hombre que ella merece. El esposo que debería tener.

Solo necesito sobrevivir... y acabar con todos los que se atrevan a amenazarla. Después de eso... ella será mi reina.

Antonela Martini

Con toda seguridad, era la mujer más idiota del planeta. Si existiera un premio para quien más sufría por amor, lo habría ganado sin dudas. Porque, incluso después de todo, seguía allí, en Nápoles, empeñada en que Alessandro Ferrari me rompiera el corazón. Si eso no era masoquismo, sinceramente no sabía qué era.

Él me había rechazado. Otra vez. Se había asegurado de dejar claro que no quería nada conmigo, que debía dejar de tener expectativas. Si hubiera tenido algún interés, ya habría hablado con mi padre, hecho la maldita propuesta formal... pero no. Y ahí estaba yo: aferrada a una ilusión que solo me lastimaba. Necesitaba parar. No podía seguir arrastrándome por alguien que me pisaba como si fuera una hoja seca en otoño.

Forzaba sonrisas durante el día, pero solo cuando estaba sola... me permitía llorar. Largos sollozos ahogados contra la almohada. Un dolor que parecía no tener fin.

—Nela, tienes una cara terrible. —Elena se sentó a mi lado, con la mirada preocupada.

—Prima, venir a Nápoles fue una pésima idea. —Me sequé las lágrimas apurada—. Me siento una idiota.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Qué pasó? No me contaste nada. Está claro que estás dolida.

Suspiré. Necesitaba desahogarme o iba a explotar.

—Me rechazó otra vez. —Mi voz salió débil, cargada de dolor—. Él... no me quiere.

Elena se levantó, decidida.

—¡Basta! Vinimos a Nápoles para divertirnos. ¡Estamos de vacaciones, Antonela! ¿De verdad quieres pasar estos días llorando por un hombre que no te valora?

Sonreí débilmente.

—¿Y qué sugieres?

—Vamos a *Velutto Rosso*. La discoteca de Alessandro.

Mi expresión se cerró al instante.

—No sé si pueda... —dudé.

—¡Claro que puedes! Levántate. Arréglate. Vamos a mostrar que la vida sigue.

Tenía razón. Necesitaba vivir. No podía pasar mis días derramando lágrimas por un hombre que, probablemente, ya había seguido adelante. Yo era más que eso. Era Antonela Martini. La reina del desenfreno. Y si Alessandro pensaba que iba a quedarme tirada, llorando por él... estaba muy equivocado.

Entré al baño, me lavé la cara y respiré profundo. Era hora de cambiar la historia. Elegí un vestido ajustado negro, con una abertura generosa en la pierna derecha. Pelo suelto, maquillaje básico y tacones altos que hacían que cualquiera volteara a mirarme. *Si iba a sufrir, que fuera con estilo.*

[..]

Velutto Rosso estaba lleno. La música electrónica latía en el aire, luces rojas y azules parpadeaban sincronizadas con los corazones acelerados de quienes bailaban en la pista. La fila en la entrada serpenteaba por la vereda, pero, obviamente, pasamos directo. Ser Martini tenía sus privilegios.

Luigi Ferrari,siempre protector, había designado cinco guardias para acompañarnos. Y yo sabía bien... Alessandro había sido avisado de mi presencia. Apostaba a que estaba furioso en algún rincón, a

punto de venir a sacarme de ahí. Pero él no era mi dueño. No me mandaba.

Nos dirigimos al camarote. Gente bonita, tragos caros y un mar de cuerpos bailando como si no hubiera mañana. Elena observaba la escena con una sonrisa ladeada.

—Nela... esto es una perdición.

—Esta ciudad está llena de gatitos —bromeé, mordiendo el labio al ver a algunos hombres atractivos en el lugar.

Elena rió, pero me lanzó una mirada de advertencia.

—Hasta hace diez minutos estabas llorando. ¿Y ahora estás así?

—Y seguiré así. —Encogí los hombros—. Si él no me quiere, es su problema. No voy a perder la oportunidad de divertirme.

Caminé hacia la barra, decidida a comenzar la noche con una copa. Plan para esa noche: beber, bailar y, si hacía falta, llorar al final. Lo importante era vivir el ahora.

Mientras hojeaba el menú, sentí un aroma amaderado invadir mis sentidos. Ese tipo de olor que eriza hasta el alma. Giré la cabeza... y me topé con un hombre absurdamente guapo. Cabello castaño, sonrisa encantadora. Se sentó a mi lado con movimientos calculados.

—¿Eres nueva por aquí? —Su voz era baja, cargada de interés.

—Estoy de vacaciones —respondí, echando el cabello hacia un lado.

—Desde que entraste, me hechizaste con tu belleza. ¿Puedo saber el nombre de la bella dama?

Sonreí, divertida.

—Antonela. ¿Y tú?

—Gael. Un gusto conocerte.

Antes de que pudiera responder, una voz familiar e inconfundible cortó el aire como una cuchilla.

—Gael... esa chica no es para ti. Aléjate.

Me quedé paralizada. No. No podía ser.

Me giré lentamente y me topé con él. Alessandro. De traje oscuro, mirada fulminante... y ese aura de peligro que siempre

llevaba. Mi corazón dio un salto involuntario. Maldito efecto que tenía sobre mí.

Gael solo sonrió, desafiante.

—Buenas noches, Alessandro. No hace daño hablar, ¿verdad?

—Antonela, vamos. —Alessandro agarró mi brazo con firmeza.

Nuestras miradas se cruzaron. Furia. Celos. Confusión. Él estaba... poseído. Y yo... disfrutando hacerlo perder el control.

—¡Calma, Ferrari! —Gael se interpuso entre nosotros—. No puedes arrastrarla así.

—No te metas, Gael. —La voz de Alessandro era un gruñido—. Si sigues, te saco del camino aunque tenga que iniciar una guerra con tu padre.

Gael levantó las manos y retrocedió. El mensaje era claro: esa pelea no valía la pena.

Aproveché para provocar.

—Increíble. —Crucé los brazos—. Primero me dices que siga adelante y ahora tienes ataques de celos. ¡Decídete, Alessandro!

Él se pasó la mano por el cabello, visiblemente irritado.

—Antonela, para con eso. Sabes lo peligroso que es... No deberías estar aquí así. Vámonos.

—No. —Me senté en el banco, cruzando las piernas con calma —. Estoy soltera. Puedo hablar, bailar y besar a quien quiera. No es asunto tuyo.

Cerró los ojos y respiró profundo. Estaba a punto de perder la cabeza.

—¡Estás prácticamente desnuda! —murmuró acercándose.

—¿Y qué? Problema mío —lo provoqué mordiéndome el labio.

Listo. Explotó.

—¡Basta de esta payasada! Si no vienes por las buenas... será por las malas.

Antes de que pudiera reaccionar, Alessandro me levantó y me arrojó al hombro, como si fuera un saco de papas.

—¿Hola? Estamos en 2025. ¡Bájame! —Le di golpes en la espalda, indignada.

—¡Cállate! —Para empeorar, me dio una palmada en el trasero.

Iba a matar a ese hombre.

La gente alrededor se detuvo para mirar. Nos habíamos convertido en un show gratuito en medio de la discoteca.

—¿Estás loco? —protesté.

—Todavía me estoy recuperando y estás pesada como el demonio —resopló.

Al llegar al estacionamiento, me bajó pero mantuvo las manos firmes en mis brazos. Su mirada... era puro fuego.

—¿Cuál es tu problema? —grité—. ¿Primero me rechazas y luego tienes crisis de celos? ¡Decídete, Alessandro!

Él apretó los ojos, como si fuera un dilema sin solución.

—Sé lo que te dije. Pero tú no sabes defenderte. Te saqué de ahí para protegerte.

—¡Mentiroso! ¡Idiota! Eso no es protección, es posesión. No puedes alejarme y después actuar así.

Perdió el aliento un segundo, mirándome con esa mirada que siempre me derrumbaba.

—¿Por qué viniste? —murmuró—. ¿No ves que me lanzas a un abismo? Estoy intentando alejarme... para salvarte.

Y eso fue todo. Suficiente. Mi cuerpo se movió antes que la razón. Mis labios se encontraron con los suyos y, al principio, él trató de resistir. Trató. Pero fue inútil. Éramos fuego y pólvora. Dos tercos condenados a arder juntos.

Cuando finalmente cedió... el mundo desapareció.

Capítulo 2
Antonela Martini

Cuando me aparté, sin aliento, mis ojos quedaron clavados en los suyos. Alessandro estaba luchando contra sí mismo. Lo veía reflejado en su mirada: él me quería. Por más que intentara negarlo, disimular o mentir, su corazón lo sabía, y el mío también. Los dos, complicados y orgullosos, pero hechos el uno para el otro.

Sonreí como una tonta, el corazón acelerado, la respiración irregular. Mi pecho parecía a punto de estallar. Pero Alessandro, como siempre, era maestro en ahogar las emociones. En segundos, se recompuso. Sin decir palabra, solo abrió la puerta del auto, invitándome al silencio.

El camino hasta la casa fue un castigo. Quería hablar sobre el beso. Quería que dijera algo, pero él se mantuvo en silencio, conduciendo con esa expresión impasible que me irritaba y, paradójicamente, me atraía.

Llegamos. Salió del auto sin mirar atrás y subió las escaleras, dejándome ahí, parada en la sala. Respiré profundo, tratando de calmarme. *Calma, Antonela*. Pero era imposible. La sangre me hervía en las venas.

Idiota.

Por un momento, pensé en entrar a su cuarto y soltar todo lo que tenía atorado en la garganta. Decirle lo que realmente pensaba. Echárselo en cara todo ese lío. Pero, sobria, nunca tendría el valor.

Maldito orgullo.

Entonces decidí hacer lo que cualquier mujer emocionalmente inestable y rechazada haría: beber.

Encontré la bodega de la familia Ferrari, una envidiable colección de vinos caros. Tomé la primera botella que vi y regresé a la sala. Sentada en el sofá, bebiendo directo del pico, dejé que mis recuerdos fluyeran. Su ataque en la discoteca. Su forma posesiva. El beso... Y yo aquí, siendo tratada como si no significara nada.

—Cobarde —murmuré para mí misma, tomando otro trago.

El alcohol empezó a hacer efecto, trayendo ese valor que la sobriedad nunca me daba. Pensaba en subir, tocar la puerta y hacer alguna locura. Quizá era justo lo que necesitaba.

Me estaba levantando con la botella en la mano cuando Elena y Elisa entraron.

—Nela, ¿qué pasó? —preguntó Elena, confundida—. ¿Dónde está Alessandro?

—Tu primo es un idiota —di un trago generoso al vino—. Me besa, se vuelve loco de celos... ¿y luego? Me deja aquí como si no fuera nada. ¿Cómo voy a sobrevivir a este hombre? —confesé, riendo y llorando al mismo tiempo.

—Antonela, estás borracha —advirtió Elisa—. Vamos a dormir.

—No. —Levanté la mano pidiendo silencio—. Ustedes vayan a su cuarto. Yo voy a... resolver mi vida.

—¿Estás loca? —Elena abrió los ojos—. ¡No vas a hacer lo que estoy pensando!

—Estaría loca si me volviera a Sicilia sin hacerle pasar un mal rato a Alessandro. Ese discurso suyo de que no me ama, no me lo creo. Vayan ustedes. Yo me encargo.

Subí las escaleras tambaleándome, sin ninguna elegancia, pero decidida. La cabeza me daba vueltas y mi mayor miedo era... entrar al cuarto equivocado. Pero al abrir la puerta correcta, su aroma me golpeó de lleno.

Dios mío.

Y allí estaba él. Tirado. Solo con pantalones de franela gris, el pecho desnudo, músculos definidos... Un pecado hecho hombre. Con las piernas cruzadas, las manos detrás de la cabeza. No dormía. Solo... esperaba a sus propios demonios.

Me acerqué en silencio e, inclinándome hasta su oído, susurré:

—¿Estás soñando conmigo? Puedo convertirlo en realidad.

Abrió los ojos, sorprendido.

—Antonela, ¿qué crees que estás haciendo?

Reí.

—Haciendo lo que tú quieres, pero no tienes el valor. —Guiñé un ojo—. ¿Miedo de mi padre? Tranquilo... puede ser nuestro secreto.

—Estás loca. Estás borracha y no sabes lo que haces. Vuelve a tu cuarto. —Su voz era dura, pero la tensión en sus ojos revelaba lo que no decía.

—Mentiroso. —Mordí el labio—. Me quieres. Solo estás luchando contra eso.

—Nunca te trataré así. No tienes que... rebajarte. Esa no eres tú.

Esas palabras dolieron más de lo que esperaba. Respiré profundo, tragando el dolor.

—Quizá no lo sea. Pero si esa es la única forma en que me ves... está bien. Acepto las migajas. Solo... no me alejes más.

Alessandro cerró los ojos como si esas palabras lo cortaran. Cuando iba a responder, puse un dedo sobre sus labios.

Empecé a bailar lentamente, pasando las manos por mi cuerpo, subiendo el vestido hasta revelar mi ropa interior. Jugué sucio. Y él... tembló.

—Antonela... para.

—Me volví loca. —Me senté en su regazo, cruzando las piernas alrededor de su cintura.

Intentó apartarme, pero flaqueó cuando nuestros labios se volvieron a encontrar. Esta vez... cedió. Apretó mi cintura con manos firmes, su cuerpo reaccionando al tacto. Hambre. Deseo. Desesperación.

—Para con eso... Voy a hacer una locura. ¿Eso es lo que quieres?

—Sí. Pero... también quiero dormir contigo. Literalmente. Solo... déjame quedarme.

Lo empujé suavemente y apoyé la cabeza en su pecho. Su corazón latía rápido, delatando la batalla interna.

—Eres muy terca, Antonela Martini —susurró.

Sonreí.

—Abrázame.

Y él... me abrazó. Fuerte. Protector. Donde siempre quise estar.

[…]

Me desperté con la luz entrando al cuarto. La cabeza me latía. La vejiga... un tormento. Me levanté de repente, el movimiento despertó a Alessandro. Él, medio dormido, tomó la pistola del cajón por reflejo.

—¡Tranquilo! —Levanté las manos, riendo nerviosa—. ¡Soy yo!

Respiró profundo, pasando la mano por su cabello despeinado. Dios mío... hasta así era hermoso.

—¿Qué pasó entre nosotros? —pregunté, sonrojada—. No recuerdo todo...

—Nada. No pasó nada y no va a pasar. Espero que nunca repitas esa locura —su tono era firme, pero los ojos... decían otra cosa.

—Si no te gustó, ¿por qué no me sacaste de aquí? —lo provoqué.

—Querías que mi padre se enterara de que la hija del mejor amigo de él entró a mi cuarto y... ¿se insinuó? ¿Qué imagen crees que daría eso?

—Qué curioso... me juzgas, pero dormiste pegado a mí. —Levanté la ceja—. ¿Fui yo quien te buscó o fuiste tú quien no me dejó salir?

Bufó.

—Soy hombre, Antonela. Entraste así... Fui un santo por resistirme. Y voy a cerrar esta puerta con llave.

—No hace falta —Crucé los brazos—. No voy a rebajarme hasta ese punto otra vez. Tengo... dignidad.

Me di la espalda con lo que quedaba de mi orgullo. Alessandro Ferrari podía ser todo... menos fácil de tratar. Pero una cosa era segura: ese juego estaba lejos de terminar.

Romero Lambertini

Sabía que las mujeres de la familia Martini habían llegado a la ciudad. Las vi de lejos en el aeropuerto: tres bellezas que llamaban la atención dondequiera que iban. Elisa, Elena y Antonela Martini: las princesas de la Cosa Nostra. Cada una con su propio brillo, su postura, su poder de seducción.

Pero fue Antonela la que realmente me interesó. Bellísima. Perfecta para ser mi nuera.

Elena Ferrari Martini era intocable, no solo porque tenía sangre Ferrari corriendo por sus venas, sino porque Alessandro la protegía como un perro guardián. Sabía que mi hijo, Gael, jamás lograría acercarse a ella sin levantar sospechas. Elisa, la hermana del Don. Tan inaccesible como peligrosa.

Solo quedaba Antonela. La pieza clave en mi juego.

Cuando uno de nuestros infiltrados en la seguridad de los Martini me informó que ella estaría en el club de los Ferrari, no dudé. Mandé a Gael tras ella de inmediato. No esperaba, sin embargo, que Alessandro Ferrari perdiera el control de esa manera. Interesante. Ese maldito siempre fue frío y calculador, pero... con Antonela, él estaba vulnerable.

Y yo sabía cómo explotar esa debilidad.

—Gael —llamé a mi hijo, que entró a la oficina con una sonrisa confiada y los ojos brillando de entusiasmo—. Necesito que me escuches con atención. Tu objetivo es simple: conquistar a Antonela Martini. Si logramos dividir a su familia, el Don perderá el equilibrio. Vicente y Vicenzo pueden ser la clave que necesitamos.

Gael se recostó en el sillón, con una sonrisa que se amplió.

—¿Entonces el plan de obligar a Alessandro a casarse con mi hermana sigue en pie? ¿Y ahora quieres que conquiste a Antonela? —preguntó divertido.

—No es ningún sacrificio, ¿verdad? —repliqué con sarcasmo—. Conozco a Alessandro. Por más que intente disimular, siente algo por esa chica. Insiste en alejarla, pero lucha contra sí mismo. El

problema es que, si logra fortalecer la alianza con los Martini, perderemos ventaja. Tenemos que actuar antes de que eso pase.

Gael se inclinó hacia adelante, más serio.

—¿Y si solo mantiene la distancia para impedir que nos acerquemos? Alessandro es astuto. Puede ser una jugada para mantenernos fuera del juego.

Respiré profundo. Tenía razón. Y por eso tenía que ser cuidadoso.

—Eso es lo que vamos a descubrir. Tenemos una reunión con él. Lo presionaré sobre el matrimonio. Si está mintiendo, su reacción nos lo mostrará. Si no... tendremos que acelerar nuestro plan.

Gael asintió, satisfecho, y una mirada calculadora brilló en sus ojos.

—Entonces el próximo movimiento es mío. Antonela no será difícil de conquistar. Está dolida con él... y ahí es donde entro yo.

—Exacto. —Sonreí—. Si Alessandro cree que puede controlar todas las piezas, está a punto de descubrir que no es el único jugador en esta mesa.

Este juego por el poder apenas comenzaba. Y yo estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para ganar.

Alessandro Ferrari

Antonela Martini. La mujer que me hacía perder la razón. Siempre supe que ella vendría a Nápoles con el único objetivo de volverme loco... y lo estaba logrando. Era todo lo que siempre quise, y ver a Gael Lambertini acercándose a ella despertó algo primitivo en mí. Posesión pura.

Como un animal, la saqué del club. Y no pude resistirme. Antonela era una sirena: hipnotizante, peligrosa, imposible de ignorar. Pasé años siendo un soldado disciplinado, entrenado para soportar dolor y privación... pero con ella era diferente. Ella era mi ruina y mi salvación.

Lo que más me consumía era la idea de otros hombres mirándola. Pensando en ella. Tocándola. Solo la posibilidad de verla

con otro me enfermaba. Ella es mía. Siempre lo fue. Y perder a Antonela no era una opción.

Estaba tan inmerso en su perfume, aún impregnado en mí, en el recuerdo de su cuerpo sobre el mío, que casi no noté el ambiente a mi alrededor. Vittorio intentaba sacarme de la realidad de la reunión, pero sin éxito.

—Alessandro, ¿estás escuchando? —La voz de Romero me sacó de mis pensamientos.

Enderecé la postura, intentando disimular.

—Sí. Estoy de acuerdo con el nuevo proveedor de armas —dije con indiferencia, intentando no mostrar lo que me consumía.

Vittorio me lanzó una mirada de advertencia, como diciendo "concéntrate". Pero era imposible. Esa chica... maldita...

Entonces Romero carraspeó, llamando la atención sobre lo que venía.

—Además de los negocios, tengo un asunto personal que tratar contigo.

¿Personal? Un dejo de desconfianza surgió de inmediato.

—Si es sobre el matrimonio... ya lo dejé claro: tengo tres meses. No intentes presionarme —gruñí, sin paciencia.

—No se trata de tu matrimonio. —Su sonrisa era venenosa—. En realidad... sí involucra un matrimonio, pero no el tuyo.

Levanté una ceja.

—Explique.

—Mi hijo, Gael, conoció a Antonela Martini. Dijo que se llevan bien. —Hizo una pausa, observando mi reacción—. Creo que, con tu apoyo, podríamos formalizar una petición a Vicenzo para pedir su mano en matrimonio.

El mundo se detuvo. Mi sangre hirvió. La sala pareció demasiado pequeña para contener mi furia.

—Debes estar bromeando —mi voz salió baja, pero cargada de peligro.

—¿Por qué no? —provocó Romero con una sonrisa cínica—. Antonela es una mujer soltera... ¿o me equivoco?

Sin pensar, me levanté de un salto, agarré su camisa y lo empujé contra la mesa.

—Aléjate de ella. Si Gael o tú intentan tocar a Antonela, desearán que el infierno sea su castigo... porque yo no tendré piedad.

Vittorio se levantó, tratando de separarnos.

—¡Alessandro, controla tu temperamento! —ordenó, con voz tensa.

Romero, aún atrapado en mis manos, no perdió la compostura. Sonrió, con esa arrogancia que solo aumentaba mi ganas de aplastarlo.

—Parece que descubrí tu punto débil. ¿Solo tu familia puede tener alianzas con los Martini? Antonela será mi nuera... con o sin tu aprobación.

Lo solté con fuerza, respirando pesado, intentando no ceder a la necesidad de borrar esa sonrisa cínica de una vez por todas.

—Intentas interferir demasiado en mi vida personal, Romero. Presionas por mi matrimonio, envenenas a los consejeros contra mí y... no voy a fingir que no noté tu implicación en el atentado. Me contengo por respeto a la organización, pero si te atreves a involucrar a Antonela en esto... no habrá más límites.

—Cálmate —dijo Vittorio, con voz grave e imponente—. Estamos aquí para conversar, no para convertir esta sala en un ring.

Romero se ajustó la corbata, todavía sonriendo como si no hubiera encendido fuego en la habitación.

—Solo digo que Gael podría cuidarla bien. Una mujer como Antonela merece un esposo a su altura.

Fue rápido. Demasiado rápido. Mi puño encontró su rostro, tirándolo al suelo con toda la fuerza.

—Repite eso si eres hombre —desafié, con el odio quemando cada fibra de mi cuerpo.

Vittorio se interpuso, empujándome hacia atrás con la autoridad de quien ya vio demasiado.

—¿Están locos? ¿El capo y el subjefe peleándose? ¿Quieren que la organización parezca débil? ¡Paren esa estupidez!

Romero se limpió la sangre del labio, pero no perdió la sonrisa provocadora.

—Estás fuera de control sin motivo, Alessandro. O... ¿hay motivo? ¿Estás con ella? ¿Vas a casarte con Antonela?

—Eso no es asunto tuyo. —Lo fulminé con la mirada, con voz cortante—. Aléjate de ella. Última advertencia.

La puerta se abrió. Mi padre entró, sus ojos recorriendo la sala con la autoridad de quien ya sabe lo que sucede antes de que le expliquen.

—¿Me perdí de algo? —preguntó con voz poderosa.

Romero, el bastardo, actuó como si nada hubiera pasado.

—Solo un malentendido, Luigi. De todas formas, me retiraré.

Él me miró satisfecho con el caos que causó y salió con pasos tranquilos, como si no hubiera provocado un incendio.

En cuanto la puerta se cerró, comenzó el verdadero sermón.

Vittorio negó con la cabeza en señal de desaprobación, con el rostro grave.

Mi padre cruzó los brazos, mirándome con intensidad. Vittorio suspiró, listo para bombardearme con las palabras que ya sabía que vendrían.

—¿Quieres explicarme, Alessandro? —preguntó Luigi, con voz firme y cortante.

—Tu hijo perdió la cabeza —intervino Vittorio—. Romero mencionó a Antonela... y el capo explotó.

Mi padre entrecerró los ojos, como si me observara con una lupa.

—Siempre supe que esa chica era tu punto débil. La amas desde niño, Alessandro. Fingías que era amistad... pero cualquiera lo veía. ¿Hasta cuándo vas a huir?

—Papá —intenté interrumpir, pero me detuvo con un gesto.

—No. Basta de excusas. Si la quieres, sé hombre. Ve con su padre y pide su mano. O, si no tienes ese valor, deja de actuar como un posesivo descontrolado. No tienes derecho a enojarte si otros se le acercan mientras tú mismo la mantienes alejada. O lo asumes o la sueltas.

Silencio. El peso de sus palabras cayó sobre mí como plomo, aplastando cualquier resistencia que me quedara.

Vittorio completó, con mirada calculadora:

—Si amas a Antonela, capo... el camino es simple: cásate con ella. Deja de empujarla y amarrarla al mismo tiempo.

Mis puños se cerraron con fuerza, el conflicto dentro de mí era más intenso que nunca. ¿Cómo explicarlo? La quería. Dios, cuánto la quería. Pero los juegos sucios de Romero... los riesgos que eso traería para ella... ¿Cómo poner a Antonela en ese fuego cruzado?

Y aun así... parte de mí sabía: ella ya estaba allí.

Capítulo 3
Antonela Martini

Alessandro Ferrari. Un iceberg disfrazado de hombre. Intentaba esconder lo que sentía, levantando un muro impenetrable, mientras yo ardía por dentro, fuego puro. Hacía todo para mantenerme cerca, pero siempre tratándome como si fuera una distracción pasajera. En su cabeza, yo era solo una chica inmadura, intentando llamar la atención.

Pero ¿cómo podía ser tan frío después de pasar la noche juntos? Dormimos en la misma habitación y no me apartó. ¿Eso no significaba nada para él? Tal vez debería juntar la poca dignidad que me quedaba, tomar mis cosas y salir de Nápoles. Dejar a Alessandro atrás.

Pero, claro, mi lado masoquista encontraba esa idea ridícula.

Cuando el tío Luigi nos invitó a conocer la sede de la Camorra, confieso que me emocioné. La grandiosidad del lugar era impresionante. Pero... ir ahí significaba enfrentar a Alessandro de nuevo. ¿Y después de todo lo que dijo? ¿Que iba a cerrar la puerta del cuarto para que yo "me comportara mejor"?

Idiota.

Quizá era la señal de que debía parar. Volver a Sicilia, seguir adelante y olvidar a ese hombre que hacía que mi corazón latiera fuera de ritmo.

¿Pero olvidarlo? ¿Cómo?

Perdida en mis pensamientos, me alejé de mis primas y comencé a caminar por los lujosos pasillos de Ferrari Enterprises. El suelo de roble europeo brillaba bajo mis tacones, reflejando la luz suave que entraba por las ventanas. Las paredes revestidas de porcelana y el majestuoso candelabro de cristal colgando del techo me dejaban sin palabras. Era difícil creer que un lugar tan elegante escondiera los secretos del submundo.

Fue entonces cuando escuché voces. Voces conocidas.

Me acerqué, curiosa y sin pensar, pegando el oído a la puerta de madera maciza. Alessandro y Vittorio.

—Vittorio, ella es muy hermosa. —La voz de Alessandro estaba cargada de frustración, casi impotente—. Tuvo la audacia de acostarse en mi cama... y tuve que ser un santo para resistirme. Si repite eso, no sé si aguantaré. Antonela es mi debilidad. Y escuchar a ese maldito de Romero decir que su hijo va a tocarla... eso me dan ganas de matar.

Mi corazón explotó. Caliente, acelerado, confundido. Él podía negar lo que quisiera, pero las palabras estaban ahí: *yo soy su debilidad.*

Y eso bastaba para que supiera: no puedo rendirme.

[...]

Más tarde, de regreso a la mansión, Elena me lanzó una mirada sospechosa.

—Nela... desde que volvimos de la visita con el tío Luigi, traes esa sonrisa boba. ¿Qué estás tramando?

Me mordí el labio, conteniendo el deseo de contar todo. Pero, ¿a quién quería engañar?

—Tu primo cree que puede alejarme con su frialdad... pero sus acciones dicen otra cosa. Dormimos juntos anoche. No me echó. No resistió mis besos —suspiré, recordando el calor de esa noche.

—¡Traviesa! —rió Elisa, y yo sentí que una sonrisa pícara se formaba en mis labios.

—El problema ahora es otro —dije, con brillo en los ojos—. Tengo que ir a Velutto Rosso. Si él no me quiere... me encargaré de mostrarle lo que se está perdiendo.

—Estás jugando con fuego —advirtió Elena.

—Las quemaduras de amor no matan —guiñé un ojo, preparándome para la guerra.

El vestido de tubo negro era ajustado, con una abertura estratégica. Tacones altos, mi talismán de la suerte y el cabello suelto. Hoy no se trataba de venganza... sino de hacer explotar a Alessandro.

[...]

Velutto Rosso estaba aún más vibrante que la noche anterior. Música electrónica, cuerpos bailando, tragos coloridos circulando en bandejas. Entré como quien pertenece a ese lugar y, en cierto modo, yo pertenecía.

Comencé a bailar. Movimientos sensuales y calculados. Las luces pulsaban en rojo y azul, y me sentía viva. Elena y Elisa se mantuvieron más reservadas, cumpliendo el papel de princesas de la Cosa Nostra... pero yo?

Yo estaba ahí para causar impacto.

—Prima... viniste a provocar —comentó Elisa, riendo.

—Tengo que mostrarle a Alessandro que soy yo o nadie —respondí sin perder la sonrisa.

Y, como era de esperar...

—¡Antonela Martini!

La voz sombría cortó el ambiente y erizó cada centímetro de mi cuerpo. Me giré y encontré a Gael Lambertini, con esa sonrisa cínica que me recordó a ayer.

—Gael... —Curvé los labios con una sonrisa desafiante—. Qué valiente has sido al acercarte a mí otra vez

—¿Quién puede resistirse a ti? —Me examinó de pies a cabeza, con una mirada tan intensa como provocadora—. ¿Me permites invitarte un trago?

Sabía exactamente lo que hacía. *Alessandro va a enloquecer.*

—Acepto. —Le guiñé un ojo, sintiendo que el juego comenzaba.

Nos sentamos en uno de los camarotes. El alcohol quemaba en mi garganta, pero el verdadero incendio vendría después. Gael tocó mi mano. Y antes de que pudiera reaccionar... *tormenta*.

Alessandro apareció como un huracán. Tiró de Gael por la camisa y lo levantó con violencia.

—Te avisé de las consecuencias. —Su voz era un gruñido bajo y amenazante—. Pero no entendiste.

—Alessandro... —Gael se mantuvo firme, sin retroceder—. Antonela es libre. Puede elegir con quién quiere estar.

—Incorrecto. —Alessandro clavó los ojos en mí—. Ella nunca fue libre.

Mi corazón se detuvo.

—¿Nunca lo fui? —provoqué, fingiendo sorpresa.

—Nunca. —No desviaba la mirada. Puro fuego. Pura posesión.

Gael intentó responder, pero Alessandro fue más rápido. Un golpe certero y Gael cayó aturdido.

—La próxima vez... no será solo un golpe. Será guerra.

Sin más palabras, Alessandro agarró mi brazo con fuerza y me arrastró fuera del club. La gente miraba, susurraba, pero a él no le importaba. Éramos él y yo ahora.

En el auto, el silencio era ensordecedor. Golpeó el volante, la vena en su cuello palpitando. Furia y deseo en combustión.

Mi cuerpo actuó antes que la razón. Me subí al asiento, me senté en su regazo. Iba a protestar, pero no tuvo tiempo. Mis labios se encontraron con los suyos. El beso comenzó lento, como una promesa, pero pronto se volvió hambre. Alessandro me sostuvo por la cintura, dominando, reclamando. Mordió mi labio inferior... perdí el equilibrio.

—Deja de hacerme sufrir —supliqué, jadeando.

Apoyó la frente contra la mía, sus ojos ardían de deseo.

—Ganaste. —Su voz era un susurro ronco y profundo—. Te amo. Si otro hombre te toca... será mi fin.

Mi corazón explotó. Era todo lo que necesitaba escuchar.

Alessandro Ferrari

Antonela Martini no era inocente. Sabía exactamente lo que hacía al venir a Nápoles. ¿Su mayor deseo? Volverme loco. Demostrarme, a cualquier costo, que nosotros dos éramos inevitables. Que mi vida no tenía sentido sin ella.

¿Y lo peor? Tenía razón.

Yo, que siempre fui frío y calculador, estaba atrapado en la red que aquella mujer tejió desde el momento en que puso un pie en la ciudad. Cuanto más intentaba luchar, más me arrastraba hacia un abismo en el que, en el fondo, quería caer. Si ella insistía solo un poco más... renunciaría a todo.

Lo que más me torturaba era imaginar a otro hombre tocándola. Ver a Gael Lambertini acercarse... fue suficiente para destruir mi fachada. Tiré mi reputación a la basura al golpear a ese maldito y, sin pensarlo, declaré:

—Ella es mía.

Sí. Mía.

Entré al auto con la decisión tomada. Basta de huir. Si Antonela quería lanzarse de cabeza a ese abismo... yo estaría ahí para sostenerla. Ella caería directo en mis brazos.

Cuando miré a mi lado, vi esa sonrisa tonta en su rostro. Feliz. Como si hubiera ganado una guerra silenciosa que llevábamos demasiado tiempo librando. Su cabeza descansó en mi hombro mientras yo conducía en silencio, intentando concentrarme en el camino y fracasando estrepitosamente.

Traviesa. Sabía que fingía estar borracha desde el principio. Conocía cada jugada. Pero, aun así, siempre me tomaba por sorpresa.

Fue entonces cuando mi instinto se encendió como una sirena. Miré por el espejo retrovisor. Una camioneta negra nos seguía de cerca.

Se me heló la sangre.

Aparté a Antonela de mi hombro. Ella abrió los ojos, confundida.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nos están siguiendo. Agáchate. Ahora.

No cuestionó. Sabía cómo funcionaba ese juego. Creció en el mundo de la Cosa Nostra, entre alianzas y traiciones. Esto no era un juego.

Pisé el acelerador, zigzagueando por las calles. Tenía que despistarlos sin poner a los civiles en riesgo. Giré a la izquierda, por una zona más vacía. Antonela permaneció agachada, pero el miedo

en sus ojos me cortó como una cuchilla. Por eso luchaba por mantener distancia. Ella no era un escudo. Nunca lo sería.

El auto de ellos acortaba la distancia. Sabía lo que debía hacer.

—Antonela —la llamé sin quitar los ojos del camino—. ¿Confías en mí?

—Mucho —respondió de inmediato.

Era todo lo que necesitaba escuchar.

Abrí la guantera, saqué la pistola e hice una maniobra brusca en contramano. La camioneta intentó reaccionar. Demasiado tarde. Apunté. ¡Pum! La llanta explotó. El auto derrapó y se detuvo. Fin del camino.

No regresé a casa. Era demasiado arriesgado. Quince minutos después estacioné frente a una cabaña aislada, mi refugio secreto. Nadie sabía que existía.

Nadie... hasta ella.

Antonela entró y se dejó caer en el sofá. Entonces se dio cuenta: ¿qué diablos estaba haciendo?

—¿Estás bien? —pregunté, aún sintiendo la adrenalina en los huesos.

Me miró con esos ojos que siempre me desarmaban.

—El susto ya pasó. A tu lado, siempre estoy bien.

Esta mujer me va a matar.

—Antonela. —Pasé la mano por mi cabello, frustrado—. Tienes que parar con eso. Sé lo que intentas hacer... pero no va a funcionar.

Ella se acercó con pasos lentos, peligrosos.

—Lo que no va a funcionar es que estemos separados. ¿Quieres que me case con otro? ¿Por eso me trajiste aquí? ¿Para alejarme de ti? ¿No te das cuenta que, sin querer, me has acercado más?

Puso las manos en mi nuca. Su toque era fuego. Y yo ya estaba ardiendo.

Resistí... un segundo. Tal vez dos. Después de eso...

Se acabó.

Agarré su cintura y la jalé con fuerza. Nuestros cuerpos chocaron, la respiración pesada, el espacio entre nosotros desapareciendo. Ella era mi adicción y necesitaba la siguiente dosis.

Apoyé mi frente en la de ella.

—Bésame —ordenó.

Y obedecí.

Sostuve su cintura con firmeza, la levanté y la senté en la mesa, en un impulso. Antonela jadeó, sorprendida. Sus mejillas sonrojadas me incendiaban.

Nuestras miradas se encontraron. Era una batalla silenciosa. Ella provocando. Yo resistiendo, y fallando.

Sostuve su rostro. Cerró los ojos, entregada. Y allí... todo terminó.

Atrapé su boca. El beso empezó lento. Pero pronto se volvió un ataque feroz. Urgente. Hambriento.

Mi mano se deslizó hasta su cuello, atrayéndola más cerca. La otra, en su cintura, apretaba con fuerza. Ella era mía. Siempre lo fue.

Besé su cuello, escuchando un suspiro escapar de sus labios.

Era el sonido más hermoso que había oído.

Pero entonces... sonó el celular. *Maldita sea.* Me aparté.

Estefanía. Rechacé la llamada. Ella no era nada. Nunca lo fue. Pero el nombre en la pantalla... no podía arriesgarme.

—Perdón —murmuré, dando un paso atrás—. No... no debería haber hecho eso.

Su mirada era mezcla de deseo y decepción. Sabía lo que quería oír. Pero huir parecía más fácil.

Le di la espalda y fui al cuarto. Cerré la puerta.

Cobarde.

Me eché agua en la cara. *No puedes, Alessandro. Ella es hija de Vicenzo Lombardi. Con ella... no hay solo una noche. Es para casarse.*

Me quité la camisa. Entré a la ducha. Agua fría.

Tenía los ojos cerrados, intentando recuperar el control... cuando lo sentí.

Un toque. Suave. Caliente. Inconfundible.

—Antonela —susurré, viéndola ahí, desnuda, mojada, hermosa... decidida.

—No huyas de mí —dijo, con voz ronca—. Me quieres. Y yo te quiero a ti. Deja de luchar.

Todo mi cuerpo respondió. Ella era mi veneno y mi cura.

—No colaboras —murmuré, atrayéndola hacia mí.

Apagué la ducha. La cargué en brazos, con sus piernas cruzadas en mi cintura. Su calor rozaba mi erección, poniéndome al borde.

—Eres mi perdición —susurré.

—Entonces piérdete conmigo —respondió.

Y me perdí.

La recosté en la cama y antes de que pudiera impedirlo... até sus brazos con una sábana.

—¿Querías esto? Entonces lo tendrás —gruñí.

Lamí su cuello, bajando hasta sus pechos. Suave... luego fuerte.

Chupé sus pezones con fuerza.

—Ah... —gimió, estremecida.

Bajé los besos hasta llegar entre sus piernas. Las abrí y la miré un segundo, admirando su humedad y su excitación.

Pasé la lengua despacio, explorando cada reacción. Ella se retorcía, completamente entregada.

Deslicé los dedos, haciendo círculos. Sus gemidos me volvían loco.

—Fuiste hecha para mí, *amore mio* —susurré.

Gimió mi nombre. Un sonido que jamás olvidaría.

Su cuerpo temblaba y sentí su orgasmo humedecer mis dedos. Pero quería más. Mucho más.

Me aparté. Necesitaba respirar. Un segundo.

Fue cuando cruzó la pierna en mi cintura y me atrajo de vuelta.

—No huyas ahora —susurró.

Sostuve su rostro, mirada a mirada.

—Me vuelves loco...

—Entonces no te contengas.

Y no me contuve.

—Abre la boca. Voy a acabar dentro de ella.

Antonela obedeció. Eso me destruyó.

Enterré mi miembro en su boca, sin piedad. Ella se ahogó, pero no retrocedió. Cuando me aparté para que respirara, ella recorrió toda mi longitud con la lengua, volviéndome loco.

—Penétrame la boca como quieras —provocó con esa mirada traviesa.

Sostuve su cabello y me moví con fuerza hasta explotar, acabando dentro de su boca. Ella se tragó cada gota.

Temblaba.

Le desaté los brazos con cuidado. Se mordió el labio; sus ojos brillaban de deseo y ternura.

Se acurrucó en mi pecho. Su respiración acariciaba mi piel. Una sonrisa escapó de mis labios.

—Buenas noches, mi amor —susurró.

Cerré los ojos. Ella era el caos que necesitaba.

Luigi Ferrari

Me sorprendí cuando Vittorio llegó a la mansión acompañado de Elena y Elisa Martini. Sabía muy bien lo que estaba pasando entre Antonela y Alessandro y, para ser sincero, el miedo a las consecuencias me consumía. Por más que conociera al hijo que crié y supiera de su naturaleza controlada y obediente a las reglas, algo en su comportamiento en los últimos días me inquietaba profundamente. Desde la llegada de Antonela Martini a Nápoles, Alessandro había cedido a la imprudencia.

Cuando se trata de Antonela, mi hijo pierde la razón. Se desorienta, capaz de cometer las mayores locuras. Y una de ellas sería involucrarse con ella de manera tan íntima, sin siquiera pedir permiso formal a su padre. Eso no podía pasar. Era hora de intervenir antes de que las cosas se salieran totalmente de control.

Vittorio, mejor amigo y mano derecha de Alessandro, estaba ahí. Él tenía las respuestas que necesitaba. Tenía que contarme la verdad sobre los planes de mi hijo.

—Vittorio, ¿dónde está mi hijo? —pregunté, directo al punto, con una tensión creciente.

Respiró hondo, con los hombros tensos, y se adelantó. Era obvio que sabía a dónde me llevaría esa conversación.

—Señor Luigi... no sé dónde está Alessandro.

Le alcé las cejas y lo miré con ojos llenos de desconfianza.

—No intentes engañarme. Si de verdad eres amigo suyo, mejor empieza a hablar. No quiero una guerra con nuestros aliados, Vittorio —afirmé, con un tono firme y amenazante.

—Señor, Alessandro sabe lo que hace... —intentó justificarse, pero su voz temblaba levemente.

—¡No! ¡No sabe! —gruñí, interrumpiéndolo bruscamente—. Cuando se trata de Antonela Martini, mi hijo pierde el equilibrio. Actúa sin pensar. Entiendo que está enamorado, pero eso nunca fue lo que le enseñé. Vicenzo, si estuviera aquí, jamás se opondría a una relación así. Entonces, ¿qué impide que Alessandro haga las cosas como se deben? Ayúdame a protegerlo, Vittorio. —Mi voz se suavizó, dejando que la preocupación de padre ganara espacio en medio de mi autoridad.

Vittorio dudó un instante. Su expresión se cargó de tensión. Finalmente cedió.

—Señor Luigi... Alessandro está en guerra con Romero Lambertini. Cree que el atentado que sufrió fue obra de Romero. Y él... no quiere exponer a Antonela a más riesgos. Por eso está tratando de alejarse de ella. Pero Gael Lambertini no ayuda. Los dos tuvieron una pelea fuerte en la discoteca —explicó, visiblemente incómodo.

Cerré los ojos por un momento, procesando la información. Un torbellino de pensamientos cruzó mi mente.

—¿Y por qué no me dijiste esto antes? —pregunté, con la rabia y frustración mezclándose de forma insoportable—. Sé que quiere proteger a Antonela, pero huir con ella no es la solución. Tiene que entender que, por ser una Martini, ella ya carga un blanco en la espalda desde hace tiempo.

Me levanté y empecé a caminar por la sala, con las manos en la cintura, sintiendo el peso de la situación. La tensión en el ambiente crecía. Esto podría convertirse en un serio problema diplomático.

—Necesito hablar con mi hijo inmediatamente. Y te pido que mantengas esto en secreto. Si la familia Martini se entera de que Alessandro y Antonela desaparecieron, tendremos un caos real entre manos. Ve tras él, Vittorio. Mientras tanto, investigaré más sobre las acciones de Romero. Intentaré conseguir más tiempo para él. Quizás así logremos meterle un poco de juicio en la cabeza a Alessandro.

Vittorio asintió rápido, sacando el celular para movilizar la información. Yo, por mi parte, sentía el peso de la responsabilidad aplastándome.

Mi hijo lleva la Camorra sobre sus hombros desde los dieciocho años. Fui audaz al entregarle ese poder tan joven, pero siempre conocí los riesgos. Y sé que, para alguien como Romero, tener un superior más joven es inaceptable. Quiere destruir a Alessandro.

Pero una cosa es segura: si Romero piensa que va a derribar a mi hijo... él caerá primero.

Capítulo 4
Alessandro Ferrari

Despertar con Antonela a mi lado me hizo dar cuenta, una vez más, de cuánto la amaba. Pero, después de todo lo ocurrido el día anterior, sobre todo la persecución antes de llegar a la cabaña, se volvió aún más claro: *no puedo permitir que esta mujer sufra por mi culpa*. Cada vez que la alejaba, sabía que le causaba una herida en el corazón, y eso es lo último que quería.

Esperé pacientemente a que despertara. Necesitábamos hablar. Ella merecía escuchar la verdad, por más dura que fuera. Mi corazón quería gritarle que se quedara, pero mi razón no dejaba de recordarme los peligros que nos rodeaban.

—¡Buenos días! —su voz interrumpió mis pensamientos.

Antonela estaba hermosa, con el cabello desordenado y usando mi camisa. Esa imagen... *mi chica*. Era imposible no sonreír al verla así. Aun así, contuve la emoción. Tenía que ser fuerte.

—Pensé que estaba soñando —dijo, sentándose sobre mis piernas con una sonrisa suave—. Todo lo que pasó... fue tan real. Tenerte conmigo, sentir tu cuerpo sobre el mío... solo confirmó lo que ya sabía: nacimos para estar juntos. Nadie va a separarnos.

Dios mío... qué difícil era resistirme a ella. El deseo de tenerla, de lanzarla en la cama y olvidarme del mundo, ardía dentro de mí. Pero ceder sería un acto de egoísmo. No podía involucrarla aún más en esta guerra que estoy librando con Romero.

Ayer vi el miedo en sus ojos durante la persecución. Eso me destrozó. Ella merece sentirse segura, no vivir esta locura.

—Estoy tan feliz —continuó, jugando con el cuello de mi camisa—. Y tú... tienes una forma de tocarme maravillosa. Si ya estaba enamorada, ahora estoy completamente perdida. No tardes en hablar con mi papá, Alessandro. Vamos a oficializar esto de una vez —susurró, y sus labios rozaron los míos.

Cerré los ojos. ¿Por qué tenía que ser tan complicado?

—Antonela... —empecé, tratando de mantenerme firme—, tenemos que hablar en serio.

—Lo sé —interrumpió—. Convencer a mi papá no va a ser fácil. Le encanta hacer drama, sobre todo con la posibilidad de que yo me mude. Pero siempre supo que este día llegaría. Y yo te amo, Alessandro. Sé que tú sientes lo mismo. No entiendo qué pasa por tu cabeza para alejarme, pero... ahora estamos juntos. No voy a dejar que nada ni nadie cambie eso.

Respiré hondo. ¿Cómo explicarle que mi amor por ella era precisamente lo que la ponía en peligro?

—Mírame —le pedí. Ella me sostuvo la mirada con esos ojos color café que siempre lograban desarmarme—. Tienes que entender que nosotros dos no podemos estar juntos. Debes volver a Sicilia. Esto... esta guerra con Romero... no es un juego. ¿Y Gael? Solo quiere usarte para hacerme daño.

Su sonrisa se desvaneció.

—Entonces... ¿no vas a hablar con mi papá? —murmuró, desanimada.

—No. Y tienes que dejar de provocarme así —añadí, sintiendo que cada palabra me desgarraba por dentro.

Antonela se alejó de mí, con la mirada cargada de dolor.

—Si no me quieres, Alessandro... no estorbes en mi vida. No tengo tiempo para seguir esperándote. Si crees que puedes alejarme, estás equivocado. Voy a seguir adelante. Contigo o sin ti. —Las palabras salieron afiladas, pero la lágrima que le corrió por la mejilla delataba su dolor.

—Antonela, no es eso... Solo quiero protegerte —intenté explicarle.

—¡No necesito tu protección! ¡Soy Antonela Martini, Alessandro! ¿Crees que no crecí sabiendo que llevo un blanco en la espalda? Mi papá es mafioso. Mi hermano y mis primos están al mando de la Cosa Nostra. Sé los riesgos mejor de lo que imaginas. Solo... quería vivir el presente contigo. Si insistes en decir que no se puede, está bien. Olvídame.

Sus palabras me atravesaron como cuchillas.

—Vuelve a Sicilia —dije, esforzándome por mantener la frialdad —. Ese es tu lugar.

—Con mucho gusto —respondió, con la voz temblorosa—. Mi papá tiene otras propuestas de alianzas. Tal vez ya sea hora de abrirle mi corazón a alguien que de verdad me quiera. —Las lágrimas ya no se contenían.

—Antonela... —la llamé, pero ella se levantó.

—No. Me cansé de esperarte. Adiós, Alessandro.

Tomó su ropa, se encerró en el baño y cerró la puerta de un portazo. Sentí el pecho hundirse. Maldita sea. Estaba haciendo lo correcto... *¿verdad?*

[...]

El regreso a casa fue silencioso. Antonela finalmente había entendido que no estaríamos juntos, y eso la dejó furiosa conmigo. Pero esa era justamente mi intención: actuar de esa manera para que, de algún modo, ella estuviera bien.

—Antonela, sobre lo que pasó ayer... —empecé, intentando abordar el tema con cuidado.

—No te preocupes —interrumpió, con la voz fría y cortante—. Lo que pasó ayer fue un error. No voy a contárselo a nadie. De hecho, me da vergüenza. Sería pésimo para mi reputación... Imagínate si algún pretendiente se enterara. Me rechazarían, y eso no es lo que quiero —declaró, destrozándome el corazón con cada palabra.

El simple pensamiento de otro hombre tocando a Nela me dejaba completamente derrumbado. No podía soportarlo, nunca fue eso lo que quise.

Abrí la boca para responder, queriendo decirle que era imposible verla con otro, pero no tuve tiempo. Antonela salió del auto y cerró la puerta de un portazo, dejándome solo con pensamientos turbios y el pecho ardiendo.

Respiré hondo, tratando de recuperar el control que ella siempre me quitaba con una facilidad irritante. No estaba listo para

enfrentar a mi padre, ni para escuchar los sermones que seguramente vendrían. Así que arranqué el auto y salí de ahí a toda velocidad.

Mi enfoque ahora era uno solo: adelantar la investigación, descubrir las trampas y eliminar de una vez por todas los obstáculos en mi camino. Porque, al final, necesitaba estar con Antonela antes de que fuera demasiado tarde... antes de que alguien ocupara el lugar que siempre fue mío.

Gael Lambertini

La reacción de Alessandro me puso en estado de alerta. Estaba completamente seguro de que todo lo que hacía estaba motivado por los celos que sentía hacia Antonela Martini, y eso debía ser aprovechado. Tener esa debilidad en las manos era una ventaja que no podía ignorarse. Si Alessandro y Antonela se casaban, la situación cambiaría de forma drástica: la Cosa Nostra, con todo su poder, respaldaría aún más a la Camorra, y eso podría entorpecer los planes de mi padre.

El conflicto en la discoteca, especialmente la forma en que él sacó a Antonela de ahí, no hizo más que confirmar nuestras sospechas. Ella era, en efecto, la debilidad de Alessandro. Destruirlo pasaba, inevitablemente, por alejarlo de esa mujer.

A la mañana siguiente, me levanté temprano. No había logrado dormir después de lo que vi. Necesitaba hablar con mi padre, planear el próximo paso para derribar a ese *maledetto.*

—¿Gael, te levantaste temprano hoy? —ironizó al verme entrar en su oficina, con una sonrisa que no ocultaba el placer de verme de pie a esa hora.

—No pegué un ojo después de lo de ayer —respondí con firmeza. La tensión en el aire era palpable—. Está claro cuál es el punto débil de Alessandro: necesitamos conquistar a Antonela Martini. Tengo que quedarme con esa mujer.

Mi padre cruzó los brazos, pensativo. Su expresión se volvió más seria, más calculadora.

—Eso es demasiado arriesgado. No olvides que esa chica pertenece a la familia Martini. Un paso en falso y podríamos convertirnos en su objetivo —advirtió, con una voz cargada de una prudencia calculada.

—Entonces, ¿cuál es tu recomendación? —pregunté, mientras la ansiedad se mezclaba con la impaciencia. Ya había tomado mi decisión, pero necesitaba la aprobación de mi padre.

—Ve con calma —aconsejó, con ese tono cargado de seriedad que solo él sabía imponer—. Primero, conquista el corazón de Antonela. No te atrevas a ir hasta Vicenzo sin tener a la chica de tu lado. Ten cuidado, planea bien cada paso. Si haces esto de la forma correcta, puede funcionar.

Ya sabía lo que debía hacer. Teníamos a un informante infiltrado en la casa de los Ferrari, y mi prioridad era conseguir el número de Antonela para poner en marcha mi plan. Ella necesitaba sentirse deseada, amada, y yo sería exactamente lo que estaba buscando. Mientras Alessandro intentaba alejarla, yo me presentaría como el hombre dispuesto a darle todo lo que siempre quiso.

Con paciencia, estrategias bien afiladas y un control absoluto sobre mis emociones, iba a conquistar a Antonela. Y con el apoyo de la Cosa Nostra asegurado, eliminaríamos a los Ferrari del poder, de una forma tan certera que ni siquiera Mateo Martini tendría argumentos suficientes para proteger a su primo.

Antonela Martini

No podía ser posible que, después de todo lo que pasó entre Alessandro y yo, él siguiera resistiéndose a mi amor y al cariño que tenía para darle. Eso me volvía completamente loca. Después de habernos entregado el uno al otro, creí que se rendiría a lo que sentimos, pero dejó muy claro que no me quería.

Me fue imposible esconderles a las chicas la tristeza y el desánimo que se apoderaban de mi corazón. Elena, como siempre, la más cercana, se daba cuenta de todo. Las dos teníamos

prácticamente la misma edad. Pietro, Mateo, Elena y yo crecimos juntos. Elisa y Vicente eran los más pequeños.

—¿Qué pasó? —susurró Elena, acariciándome el cabello con delicadeza—. ¿Estuviste fuera toda la noche y volviste así?

Respiré hondo, luchando contra las lágrimas.

—Prima, ¿podemos volver a Sicilia? —pedí, con la voz quebrada —. Me rindo con tu primo. Alessandro es un terco y cree que lo nuestro no funcionaría. Se inventa excusas diciendo que quiere protegerme, pero no puedo permitirme sufrir ni un segundo más.

Elena me abrazó con fuerza. Sabía cuánto dolía. Siempre fue testigo de mi amor por Alessandro, desde aquellas primeras sonrisas inocentes hasta los sueños que construí en secreto.

—¿Te acuerdas cuando Stefano me trajo flores? —Sonreí con nostalgia, a pesar de tener el corazón hecho pedazos—. Me dijo que yo era linda y que se enfrentaría a mi papá. Éramos tan chicos... Mi papá casi se infarta, y mi mamá trataba de convencerlo de que era solo una tontería de niños. Alessandro se puso furioso. Hasta terminaron organizando un "duelo".

Elena soltó una risa suave.

—¿Cómo olvidarlo? Alessandro siempre te defendía, eras su princesita. Eso sacaba de quicio a Mateo y a Pietro. El peor era mi hermano, que siempre salía en defensa de Tininha. Yo solo me salvaba porque Pietro se ponía de mi lado.

—Quisiera que todo siguiera siendo así —confesé—. Pero las cosas cambiaron. Me enamoré de mi mejor amigo y... ahora estoy amando sola. No estoy preparada para verlo casarse con otra.

Las lágrimas se me escaparon. Elena las secó con cuidado.

—Está siendo un idiota, Nela.

Lo sabía. Y por más terca que fuera, tenía que aceptar que seguir insistiendo en lo nuestro solo me hacía daño.

[...]

Mi celular vibró, rompiendo el silencio tenso entre nosotras. Me limpié las lágrimas con apuro y atendí sin reconocer el número.

—¿Hola? —mi voz seguía temblorosa.

—¿Antonela? Soy yo, Gael. —La voz de él era suave, pero firme.

¿Gael? ¿Cómo consiguió mi número? Miré a Elena, confundida.

—¿Gael? ¿Cómo…? —empecé a decir.

—Me las arreglé. —Rió ligeramente del otro lado de la línea—. No dejo de pensar en ti. Casi ni hemos hablado, siempre hay alguien, o mejor dicho, Alessandro, interrumpiendo. No quiero que te vayas sin darme la oportunidad de conocerte mejor.

Me quedé sin palabras. Elena arqueó las cejas, esperando mi reacción.

—Yo... me iba a ir hoy —admití.

—¿Y si lo retrasaras un poco? Solo un almuerzo. Nada más. ¿Qué te parece? —sugirió.

En el fondo, una parte de mí quería decir que no. Pero... ¿para qué? ¿Para seguir dándole vueltas a algo que nunca pasaría? Tal vez era hora de pasar página, o al menos intentarlo.

—Está bien —cedí—. Podemos almorzar.

—Perfecto. Paso por ti en una hora.

Cuando colgué, Elena me miraba fijo.

—No me mires así —suspiré—. Alessandro no me quiere. Basta de humillarme. Si hay alguien que está dispuesto a valorarme, ¿por qué no darle una oportunidad?

Ella cruzó los brazos.

—Solo espero que no salgas lastimada otra vez, prima. Sé que estás tratando de seguir adelante, pero... ten cuidado, ¿sí?

Asentí. Sabía que era un riesgo. Pero a veces, para sanar un corazón roto, había que arriesgarse.

[…]

Llevaba un vestido negro acampanado, botas de caña baja y un maquillaje ligero para disimular el rostro hinchado. Quien me viera desde afuera no imaginaría que estaba de luto por amor, pero así me sentía.

Gael me esperaba frente al restaurante. Alto, elegante, con ese traje impecable y una sonrisa que cualquier mujer notaría. Era guapo, educado y, sobre todo, estaba interesado en mí. Todo lo que debería querer... pero mi corazón se empeñaba en pertenecerle a otro.

—Estás deslumbrante —dijo, mientras me corría la silla—. Si me lo permites, puedo hacerte muy feliz, Antonela.

Me sonrojé, sin saber qué responder.

—Yo... voy a volver a Sicilia. No sé si un almuerzo cambiará algo —confesé.

—Yo tomaría un jet privado para ir a verte —aseguró con una sonrisa—. Podemos ir despacio.

Antes de que pudiera responder, una voz cortó el aire como una cuchilla:

—¡Ella no está interesada!

Mi corazón se congeló. Podía ser mi imaginación. Pero no lo era. Era Alessandro. Furioso. Intenso. Y completamente fuera de control.

Gael se levantó.

—¡Alessandro, estoy harto de tus intromisiones! —explotó—. ¡Esta es la tercera vez que intentas detenerme!

—Y va a ser la última —gruñó Alessandro, avanzando.

Todo pasó demasiado rápido. Puñetazos. Sillas arrastrándose. Clientes asustados. El estómago se me revolvió con la escena que se desarrollaba frente a mí.

—¡BASTA YA! —grité.

El restaurante quedó en silencio. Alessandro se detuvo, jadeando, con los nudillos ensangrentados.

—¡Suéltame! —rugió Gael.

—¿Qué crees que estás haciendo?! —enfrenté a Alessandro, furiosa—. ¡No tienes derecho!

Me miró con esos ojos intensos.

—Te vienes conmigo. No es una opción.

—¡NO! —Lo empujé—. ¿¡Crees que puedes controlarme?! ¿¡Que mi vida es un maldito juego?!

—¡Basta de caprichos, Antonela! —gruñó—. ¿¡Cada vez que discutimos corres a los brazos de ese imbécil?!

—¿¡Crees que estoy aquí por ti?! —grité—. ¡Estoy siguiendo adelante, como tú me pediste!

Él sostuvo mi rostro con fuerza.

—¡Eres mía!

El corazón me retumbó en el pecho.

—¡No soy tuya! No me quieres, ¿recuerdas? —susurré, sintiendo las lágrimas arder.

—¿Quieres escucharlo de mi boca?! —Sus ojos ardían—. ¡Te amo, carajo! Me siento como un maldito perro tratando de no meter la pata. ¡Ganaste, Antonela! ¿Quieres que lo pruebe? Voy a hacer la maldita locura que tanto estás esperando.

Y antes de que pudiera reaccionar, sus labios se apoderaron de los míos con un hambre desesperado.

Ese beso... fue la rendición. El colapso de todas las barreras. Mi cuerpo cedió. Mi corazón... ya era suyo desde hacía mucho tiempo.

Capítulo 5
Alessandro Ferrari

Cometí un error que no sabía si algún día podría perdonarme. Me había entregado al deseo con tanta ansia que terminé devorando su cuerpo entero como un animal hambriento. Antonela, esa diabla deliciosa, me había sacado de mi eje en el momento en que pasó su boquita caliente por mi verga. Lo juraba por todo: era incapaz de dejarla. No existía eso de seguir adelante. Ella era mía. Solo mía. No soportaba ni imaginar a otro hombre cerca de ella como ella lo era conmigo.

Me estaba volviendo loco de amor. Quería olvidarme del mundo y tenerla solo en mis brazos, pero la sombra de la mafia me perseguía. Romero estaba metido en una trampa que tenía que desmontar antes de que destruyera todo. Quería acabar con eso y vivir con la mujer que amaba. Sin mentiras. Sin guerra. Solo nosotros dos.

Agendé una reunión con Vittorio para esa tarde. Necesitaba reunir hombres de confianza, leales, que investigaran a fondo a Romero. Mi instinto me decía que él no estaba actuando solo. Debía haber una red detrás. Tal vez una organización entera dispuesta a destruir a la Camorra. Y no solo a la nuestra, sino a todas las familias. Cuando tuviera pruebas, se las llevaría a Mateo. Tendría que estar preparado para lo que se venía.

Estaba a punto de almorzar cuando Elena apareció en mi oficina. Bastó con mirar su cara para saber que el asunto era serio.

—Elena, qué sorpresa…

—¡Cállate! Eres un idiota, Alessandro. Un desgraciado que está destrozando a mi prima. Vine aquí por ella. Vas a perder a Antonela, eso es lo que está pasando. Deja de hacerte el macho que dice que puede vivir sin ella. ¡Eso es mentira! Nacimos en medio del fuego cruzado. No existe la protección. Existe el coraje. Y si ella cierra el corazón, se acabó para ti —soltó con los ojos encendidos.

—Prima, yo…

—¿Quieres saber algo? Mientras tú juegas a hacerte el duro, ella sufre. Y en algún momento se va a cansar. Cuando eso pase... va a aparecer otro hombre. Y ya apareció. Gael. Ella decidió darle una oportunidad, Alessandro. Vas a perder a Antonela por otro. —Su voz se quebró al final.

—¿Qué?! ¿Adónde fue con él? —pregunté, con la sangre hirviendo en las venas.

—Sé un hombre, primo. Ve tras ella. Acepta lo que sientes o déjala en paz —dijo, firme.

Tenía razón. Estaba siendo un imbécil. Y si seguía así, iba a perderla. Pero eso no va a pasar. Iba a hacer lo que sea necesario para recuperar a esa mujer. Era mía, e iría a demostrárselo.

Salí por las calles de la ciudad, decidido. Elena sabía lo que hacía, me dio el empujón que me faltaba. Siempre apostó por nosotros. Siempre creyó que Antonela y yo estábamos hechos el uno para el otro.

Cuando llegué al restaurante y vi a Antonela demasiado cerca de Gael, me dolió el pecho como si me hubieran disparado. Nada en el mundo, ni la tortura más brutal, dolía como esa imagen. Ella es el amor de mi vida, y yo estaba a punto de perder la cabeza.

No lo pensé ni un segundo. Tomé a Antonela de la mano y la saqué de ahí. La necesitaba.

La llevé directo al hotel. Mi cuerpo gritaba por ella. Mi alma la clamaba. Era mi perdición, mi refugio, mi guerra y mi paz.

Entramos al elevador y presioné el botón del penthouse. Traté de mantener el control, pero fue imposible. Como un león en celo, la acorralé en una esquina, mi cuerpo pegado al suyo. Nuestros labios se fundieron en un beso salvaje, feroz, ardiente. Ella se entregó con gemidos ahogados, y yo la sujeté con más fuerza.

—¿Tú me deseabas? Mi deseo siempre fue tenerte. ¿Cómo podría casarme con otra, si tú siempre fuiste mía? —gruñí, pegando otra vez nuestros labios.

Cuando el elevador se abrió, no me separé de ella. Caminamos hasta la habitación. Era mía. Nadie nos molestaría. Y yo no pensaba parar. Estaba hambriento de ella. Nada ni nadie me impediría recuperarla.

No dijo una palabra mientras entrábamos, pero sus ojos gritaban deseo. Le quité el abrigo, besé su cuello con hambre, y luego regresé a su boca.

—Alessandro, tengo miedo de que esto sea un sueño —susurró, temblando.

—Esto es real. No puedo vivir sin ti —declaré, quitándole la ropa, una prenda a la vez.

Antonela era divina. Perfecta. Una diosa hecha a mi medida. Le chupé los pechos con devoción, lamiendo cada centímetro, haciéndole olvidar el mundo. Solo existía yo. Solo nosotros.

Bajé hasta su sexo húmedo, preparado, delicioso. Lo lamí sin piedad. Ella gemía, se retorcía, me tiraba del cabello. No quería detenerme. Era todo lo que deseaba, y estaba ahí, rendida.

Cuando sus gemidos alcanzaron el clímax, me desnudé por completo. Ya no podía esperar más. Me recosté sobre ella con cuidado. Antonela dejó correr una lágrima, y yo pasé la lengua por su rostro, probando su sal. Su verdad.

—¿Confías en mí para ser tu primer hombre? —pregunté con la voz ronca.

—Siempre soñé con este momento. Te amo. Quiero ser tuya —respondió con firmeza.

—Va a doler un poco, pero prometo que va a valer la pena —aseguré.

Con cuidado, fui entrando. Estaba tan apretada que todo mi cuerpo se estremecía. Antonela clavó las uñas en mi espalda, nerviosa, y me mordió el hombro con fuerza.

—Ah…

—Relájate, amor mío —le pedí, tratando de controlarme. Era difícil.

Cerró los ojos, y yo la besé en los labios mientras presionaba con suavidad. Cuando rompí su virginidad, ella gimió fuerte, todo su cuerpo se erizó.

Empecé a moverme, primero despacio, luego más profundo. Abrió los ojos, jadeando, mirándome como si supiera que ese era nuestro punto sin retorno.

—Más fuerte… por favor —suplicó.

Y le obedecí.

Era caliente, estrecha, deliciosa. Mi perdición. Y al mismo tiempo, mi salvación. Seguí embistiéndola con fuerza, mientras ella me rodeaba con las piernas, gimiendo en mi oído.

Le besé la boca con deseo, mientras ella arqueaba el cuerpo, acercándose al clímax. Terminamos juntos. Intensos, sudados, completamente tomados por todo lo que sentíamos.

La atraje a mi regazo y seguí besándole los labios, hambriento. Ella sonreía, tonta, entregada. Y yo estaba exactamente igual. Esa mujer era mi todo.

—Antonela, te amo. Siempre te he amado, mi cielo —confesé, acariciando su rostro.

—¿Por qué me hiciste sufrir tanto? —murmuró, conmovida.

—No pienses en eso. Ahora vamos a estar juntos —prometí, y ella me besó.

Se recostó y yo la abracé contra mi pecho. Quería que ese momento fuera eterno. Estábamos en paz. Por un breve instante, el mundo parecía haberse detenido solo para nosotros dos.

Pero la realidad, cruel como siempre, nos alcanzó.

Mi celular vibró. Tomé el teléfono. El mensaje que leí me heló por dentro:

"No importa que sea de la familia Martini. Esa chica es tu punto débil. Y por supuesto que voy a usarla contra ti. Buena elección. Demasiado hermosa."

La sangre se me fue del rostro. Ese era mi mayor miedo. Perder a Antonela.

Me incorporé de golpe, sobresaltándola. Me miró confundida, con los ojos llenos de preocupación.

—¿Qué pasa? Alessandro… estás raro.

—Amor, ya no puedo seguir ocultando la verdad. Me están atacando. Me alejé porque no quería involucrarte, pero ya no aguanto seguir lejos de ti. Solo quiero que entiendas: necesito resolver esto. Tú eres mi mujer. Y nadie va a cambiar eso —dije, tocando su rostro.

—¿Qué está pasando? Estoy asustada. Si te pasa algo… no sé cómo vivir sin ti —balbuceó, temblando.

—Escúchame, amor. Gael solo se acercó para hacerme daño. No confíes en él. Te lo ruego: vuelve a Sicilia. Allí vas a estar más segura. Espérame. Te juro por Dios que voy a resolver todo y regresar a tus brazos. Porque te amo —afirmé.

Ella me abrazó, y ahí, en el calor de su cuerpo, supe: no importa lo que pase, esa mujer es mía. Y voy a ir hasta el infierno por ella, si hace falta.

Antonela Martini

Todo parecía un sueño. Después de insistir tanto, después de sufrir como una condenada, al fin parecía que estaba consiguiendo lo que más había deseado en la vida. Alessandro Ferrari se me había declarado. Me poseyó con una intensidad arrolladora, jurándome que estaríamos juntos para siempre. Era todo lo que siempre soñé. Pero, por más que quisiera creer con todas las fuerzas de mi ser, la realidad todavía me aterrorizaba.

Sabía que las cosas no serían fáciles. El miedo me dominaba, pero después de nuestra conversación, comprendí la necesidad de mantenerme a salvo. Él necesitaba concentración para luchar, y ganar, esa guerra. Y yo no podía ser un obstáculo en su camino. No quería ser una distracción. Quería que siga vivo. A mi lado. Y si algo le pasaba, sería mi fin. Necesitaba que regresara entero. Alessandro lo era todo para mí.

Después de todo lo que habíamos pasado, estaba claro lo verdadero que era nuestro amor. Ya no había dudas. Después del sexo, el matrimonio sería el siguiente paso, y no solo por la tradición de nuestra *famiglia*, sino porque yo sabía que, para él, esto era real. No era una formalidad. Era un sentimiento. Era una necesidad. Y para mí… era la primera vez. No solo el primer toque de un hombre. Era el primer amor. El verdadero.

Cuando llegamos a la casa del tío Luigi, mis primas me miraron con los ojos entrecerrados, llenos de curiosidad. No dijeron nada, pero sabía que estaban llenas de preguntas.

—Ve con las chicas a hacer las maletas. Necesito volver a la empresa, pero no te preocupes, voy a encargarme de todo para que podamos estar juntos, *mia dea* —dijo, besando mis labios con delicadeza.

Se alejó un poco torpe al notar la sonrisa boba que yo intentaba ocultar. Elena y Elisa me arrastraron directo al cuarto. Para mi sorpresa, ya habían preparado mi maleta.

—Quiero entender esto. Saliste diciendo que ibas a almorzar con Gael y volviste siendo besada por mi primo, con esa cara de enamorada —se burló Elena, con esa típica sonrisita maliciosa.

—Hoy es el día más feliz de mi vida, prima. Alessandro dijo que me ama. Y yo lo amo a él. Quiero vivir este amor, para siempre. Estoy llena de esperanza —confesé, sonriendo como una tonta.

—Estamos muy felices por ti, Nela. Finalmente vas a vivir tu historia de amor. —Me abrazó Elisa, emocionada.

—Chicas, aunque las cosas se estén acomodando entre Alessandro y yo, todavía no es fácil. Vamos a volver a Sicilia. Él necesita resolver algunos asuntos, y no quiero ser una carga. Quiero que se concentre en acabar con todo esto rápido —dije con firmeza, y ambas entendieron exactamente a qué me refería.

Salimos de la casa escoltadas por los guardaespaldas de la Camorra. Tenía el corazón en un puño. Quería vivir ese amor, de verdad lo quería. Pero sabía que debía ser precavida. Poner en riesgo su vida era lo último que deseaba.

Cerré los ojos y recé. Le pedí a Dios que lo protegiera. Que me devolviera a Alessandro. Sano y salvo. Para que por fin pudiéramos vivir nuestro amor en paz.

Pero la paz dura poco para quien nació en medio de la guerra.

Estaba distraída, sumida en mis pensamientos, cuando un auto negro se acercó y nos cerró el paso. El corazón se me aceleró. De inmediato pensé que se trataba de un ataque. Algún intento por alcanzar a Alessandro a través de mí. Pero la sorpresa fue ver a Gael saliendo del vehículo y acercándose a mí.

La advertencia de Alessandro resonó en mi cabeza. Él me lo había dicho. Gael quería desestabilizarme, alejarme de mi amor. Tenía que mantenerme lejos.

—¿Te vas sin siquiera despedirte? —dijo, con esa mirada intensa. Los guardaespaldas reaccionaron al instante, con las armas apuntando a su cabeza.

—¿Qué está pasando, Nela? —preguntó Elena, tensa.

—Gael, lo siento, pero…

—¿Te vas así? ¡Estábamos almorzando y el *stronzo* de Alessandro apareció de la nada! —reclamó, visiblemente molesto.

—Señora, voy a llamar a mi jefe ahora mismo —dijo el guardaespaldas, listo para actuar.

—¡No! —interrumpí, intentando evitar más tensión—. Todo está bien. Yo hablaré con él. —Respiré hondo, tratando de contener los nervios.

Bajé del auto con las manos temblorosas y el corazón desbocado. No sabía qué quería.

—Pensé que te irías sin despedirte —repitió, más tranquilo esta vez.

—Te dije que me iría hoy —respondí evasiva.

—¿Y qué pasó? ¿Cambiaste de idea después de jugar conmigo? —dijo con un tono cínico.

—Gael, yo nunca te prometí nada. Creo que malinterpretaste todo —intenté explicarle.

—¿Malinterpreté? ¡Tú coqueteaste conmigo, Antonela! Eso significó mucho para mí —gruñó, mirándome con rabia—. Me usaste para provocar al *capo*, ¿no?

—¡Suéltame! ¡Estás loco! —grité, intentando soltarme cuando me sujetó el brazo con fuerza.

Pero Gael fue más allá. Me rodeó la cintura con el brazo y me atrajo con violencia.

—No has visto nada todavía. Pero te juro que no voy a quedarme con las manos vacías —dijo, y antes de que pudiera reaccionar, presionó sus labios contra los míos.

Fue instintivo. Un pánico me invadió por completo. Era más fuerte que yo, no lograba empujarlo. La única reacción posible fue morderle los labios con fuerza.

—¡Ay! —gritó, alejándose con dolor y llevándose la mano a la boca.

Las lágrimas me brotaron en el mismo instante. En un impulso de furia, le di una bofetada sonora en la cara.

—¡Nunca más te atrevas a hacer eso! ¿Entendiste?! —grité con la voz temblorosa.

—No voy a permitir que seas feliz con Alessandro Ferrari. Que te quede claro —dijo, sujetándome la cara con brutalidad.

—¿Me estás amenazando? Entonces prepárate para las consecuencias. Si le cuento esto a mi padre, ¡estás muerto! —le solté entre dientes, empujándolo con todas mis fuerzas.

Corrí de vuelta al auto y me lancé a los brazos de mis primas. Estaban en shock, sin saber qué decir.

—¿Estás bien, prima? —preguntó Elisa, asustada.

—Solo quiero irme a casa. Estoy cansada… —respondí con la voz débil.

Cansada de ese idiota. Cansada de tanto caos. Sabía que cuando Alessandro se enterara de lo que Gael hizo, todo iba a explotar. Pero, en ese momento, lo único que quería era escapar del conflicto.

Esperar. Respirar. Y rezar para que, cuando pasara esta tormenta, Alessandro y yo todavía pudiéramos vivir nuestro amor en paz.

Romero Lambertini

Gael siempre fue un chico astuto, y debo admitir que sentía cierto orgullo por la forma en que se venía comportando últimamente. Mi mayor deseo era verlo, por fin, integrarse de una vez a la familia Martini. Casado con Antonela. Serían una pareja perfecta: estratégicamente poderosa, emocionalmente estable, un poder imbatible.

Entré en el despacho sin golpear la puerta. Vittorio y el maldito de Alessandro estaban ahí, hablando en voz baja, como si conspiraran algo importante. Pero en cuanto me vieron, el ambiente cambió. Sus expresiones se endurecieron. Y yo sonreí. Una sonrisa cínica, intencional.

Me senté cerca de ellos, dejando claro que mi intención no era precisamente colaborar.

—Están aquí tan preocupados con los asuntos de la mafia... Pero el tiempo se está acabando, Alessandro. Tu plazo se está terminando —solté, cargando de ironía cada sílaba.

—No hace falta que me lo recuerdes —respondió él, seco, gruñendo—. Tengo un calendario justo enfrente.

Pero lo noté. Lo vi en sus ojos. Estaba perdiendo el control.

Me reí fuerte, satisfecho con su reacción.

—Tranquilo, Alessandro. Por como van las cosas, el que va a casarse primero es Gael. Está feliz... y siendo completamente correspondido por Antonela Martini —agregué, con una sonrisa provocadora.

Fue como si hubiera encendido una mecha.

—Repite lo que acabas de decir —gruñó, golpeando la mesa con fuerza. Sus ojos chispeaban. Estaba al límite.

—¿Qué dije de malo? —Me encogí de hombros—. Mi hijo se va a casar con Antonela. Voy a programar una reunión con Vicenzo para pedir su mano. Están más unidos que nunca. Cualquiera puede verlo.

Alessandro explotó.

—¡Cierra la puta boca! —gritó, agarrándome por el cuello de la camisa con violencia.

Pero yo estaba preparado.

—¿Crees que estoy mintiendo? —repliqué, sacando el celular del bolsillo—. Míralo tú mismo.

Le mostré la foto. Nítida. Antonela y Gael. Pegados. Besándose con pasión.

—¿Lo ves? No lo digo yo. Lo dicen los hechos —rematé, con frialdad.

La sala cayó en un silencio denso. La tensión era casi palpable.

Yo sabía que, después de eso, nada volvería a ser como antes.

Capítulo 6
Alessandro Martini

El malnacido de Romero realmente estaba poniendo a prueba mi paciencia. Sabía que Antonela Martini era mi punto débil, y estaba más que claro que no iba a descansar hasta hacerme perder la cabeza usando justo a ella. Para él, Antonela no era más que una pieza en un juego sucio, un experimento para ver si perdía el control y fracasaba en la siguiente jugada. Sabía que yo estaba decidido a desenmascararlo, a mostrarle al mundo el hijo de puta que realmente era.

Romero era ruin. Mezquino. Y cruel de forma estratégica. Usó a Antonela para herirme de forma calculada. Y con una sonrisa sádica, me restregó en la cara una foto de ella besando a su hijo, Gael. Esa imagen fue como una puñalada directa al pecho. Me fue imposible mantener la frialdad de un mafioso. Toda la fachada que construí durante años... se vino abajo.

—¿Qué pasa, Alessandro? ¿No ves que hacen una linda pareja? —se burló—. Se fue de aquí enamorada… Dijo que cuenta los días para unir nuestras familias oficialmente. Yo mismo voy a hablar con Vicenzo para pedir su mano…

No lo pensé. Simplemente actué.

Le di un puñetazo en la cara con toda mi fuerza. No me importó la edad de Romero. Esa foto fue la gota que rebalsó el vaso.

—¡Maldito! ¡Voy a matarte! —vociferé, dándole otro golpe, con toda la furia acumulada.

—¿Estás alterado? —provocó, riéndose—. ¿Te gusta Antonela? ¿Es eso? Pero dime… ¿cómo una chica como ella querría a un hombre que solo piensa en el trabajo? Ella no te quiere, Alessandro.

Eso fue el detonante.

—Desde el momento en que empezaste con esta payasada —gruñí—, intentando derribarme, creando conflictos, ya lo sabía. ¡Cruzaste una línea! No te metas con la mujer equivocada, Romero.

Ahora es guerra. Y te metiste con el hombre equivocado. ¡Aléjate de mi mujer!

Lo solté con violencia y corrí hacia la mansión. Necesitaba ver a Antonela. Necesitaba respuestas. Nada tenía sentido. En mi cabeza, solo podía haber sido forzada. No era posible que estuviera tan equivocado con respecto a lo que sentíamos.

A lo lejos, vi a los guardias de seguridad.

—¡Señor Alessandro! —saludó el líder, intentando mantener la compostura.

—Dime... ¿qué pasó? ¿Cómo dejaron que Gael se acercara a Antonela? ¿CÓMO? —grité, fuera de mí.

—La señorita Martini pidió hablar con él, nosotros no...

—¿Me estás diciendo que fue culpa de ella? —Lo empujé—. ¡Habla, carajo!

—Yo... yo no sé de qué hablaron, señor... solo vi... que se besaron —susurró, titubeando.

Fue suficiente. La rabia me explotó adentro.

Lo agarré y le di un puñetazo sin pensarlo.

—¡Inútil! ¿Cómo permitiste eso? ¿Cómo no me avisaste? Prepara el jet. Me voy a Sicilia. ¡Ahora mismo!

Nada parecía real. No quería creer que Antonela fuera tan... traicionera. Una mujer como ella, con el poder de dominarme por completo. Ahora, lo único que quería era mirarla a los ojos y escuchar de su boca que eligió al hijo de Romero. Que me engañó. Que jugó conmigo.

Me criaron para ser un líder. Frío. Calculador. Sin sentimientos. Pero Antonela... ella era mi debilidad. Tenía el poder de arrancarme hasta las lágrimas. Lo que estaba haciendo conmigo era cruel.

En Sicilia, el condominio estaba en silencio. Vi a Antonela sentada en la plaza con sus primas. Elisa me vio y levantó la mano para llamar su atención.

Antonela se giró.

Y cuando nuestras miradas se cruzaron… sonrió. Una sonrisa dulce. Corrió hacia mí y me abrazó, llena de nostalgia.

Pero no la abracé.

Mis ojos estaban fríos. Vacíos. Y ella todavía no lo notaba.

—Amor, pensé que tardarías más... —susurró, soñadora—. No puedes estar lejos de mí, ¿verdad? Todavía sigo soñando con todo lo que vivimos...

—Impresionante tu capacidad para fingir, Antonela —dije, con veneno en la voz.

Ella se apartó, confundida.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué cara es esa? ¿Viniste a hablar con mi papá sobre nuestro matrimonio?

—¿Matrimonio? —Solté una risa amarga—. ¿Aquella charla llena de lágrimas...? ¿Todo fue una actuación? Eres una excelente actriz, Antonela Martini.

—No... no es eso. Por favor, Alessandro, escúchame. No vas a rendirte con lo nuestro por el caos en Nápoles, ¿verdad?

Intentó tocar mi rostro, apoyó su frente en la mía, pero yo no cedí.

—Cínica —murmuré—. Jugando con dos hombres al mismo tiempo. No soy un idiota. Me decepcionaste al besar a Gael. Ahora, lo único que deseo es no volver a verte nunca más.

—¿De qué estás hablando? —sollozó—. ¡Yo nunca besé a nadie! Él me tomó por sorpresa, fue a la fuerza. ¡Yo nunca te haría algo así!

—¡Mentirosa! ¿Crees que puedes engañarme? Vi la maldita foto. ¿Quieres que crea que fue un accidente? Si piensas que voy a dejarte estar con él, estás muy equivocada. ¡Soy capaz de matar a ese hijo de puta!

—No me reconoces. Es como si fuera otra persona para ti —dijo, llorando—. Mi mayor error fue enamorarme de ti... de un hombre que ni siquiera confía en la mujer que ama.

—¿Enamorada? —Puse los ojos en blanco—. ¿De mí y de Gael, no? ¿Vas a contarle que te acostaste conmigo como si nada?

La cachetada fue rápida. Ardiente. Merecida.

—¡Basta! —gritó, con lágrimas cayendo—. ¿Dónde tenía la cabeza cuando me entregué a ti? ¿Cuando creí que era especial? Me destruiste, Alessandro. Y lo peor: lo hiciste dudando de mi palabra. Eso... eso nunca voy a perdonarlo.

Se dio la vuelta y se fue.

Y yo... yo me quedé ahí. Paralizado. Ardiendo de furia y dolor. Antonela fue mi debilidad. Y ahora, solo quedaba una certeza:

Gael iba a pagar por eso.

Y Romero también.

Antonela Martini

Estaba tan feliz… Sentía que estaba viviendo un sueño. Alessandro por fin se me había declarado. Tuvimos el momento más intenso y mágico de nuestras vidas y, por un instante, todo pareció perfecto, como si estuviera atrapada dentro de una fantasía.

Pero mi cuento de hadas se vino abajo en un abrir y cerrar de ojos.

Alessandro apareció en el condominio como un huracán. Sus palabras fueron como cuchillas, afiladas y crueles. Me acusó, me insultó de formas que jamás imaginé escuchar del hombre que amaba. Lo miré a los ojos y no lo reconocí. No era mi Alessandro. Era un extraño.

Escuchar esas palabras fue devastador. Me rompió el corazón en mil pedazos. El hombre al que le entregué mi cuerpo y mi alma me destruyó, y no iba a soportar pasar por eso otra vez. Tomé una decisión dolorosa: no permitiría que volviera a jugar con mis sentimientos. Nunca más.

Iba a seguir adelante. Sola.

Caminé por el jardín, intentando digerir todo lo que había pasado. No podía sonreír. Ni siquiera fingir que estaba bien. Estaba rota por dentro, destrozada… pero decidida a no dejar que se notara. No quería darle explicaciones a nadie. Ni siquiera a mis primas. Ese dolor era mío, y necesitaba vivirlo a mi manera, en mi tiempo.

Pero entonces apareció Camila, con la pequeña Viola en brazos, irónicamente, el mismo nombre de la madre de Alessandro.

—Nela, ¿qué pasa? ¿Por qué estás así? Estás toda roja, llorando… —dijo, tocando mi rostro con delicadeza.

—Te juro por todo lo más sagrado en este mundo: nunca más voy a dejar que Alessandro Ferrari juegue con mis sentimientos —dije entre lágrimas, y ella me abrazó con fuerza.

—Ven conmigo. Tu hermano no está en casa, y si apareces así en tu casa, todos se van a dar cuenta —dijo, guiándome con cuidado hasta su casa.

Me senté en el sofá en silencio. Me temblaban los dedos. El corazón me pesaba. La cabeza me latía con fuerza. Y, como una maldición, las palabras de Alessandro no dejaban de resonar. ¿Cómo pudo decirme eso? ¿Cómo tuvo el coraje de juzgarme de esa forma?

Camila me dio un vaso de agua y algunos pañuelos.

—Camila… soy una idiota. Fui a Nápoles creyendo que al estar cerca de él, nuestro amor florecería. Pero lo único que conseguí fue esto —gruñí entre sollozos—. Nunca voy a ser feliz.

—No digas eso, amiga. A veces la felicidad está justo al lado, pero no la podemos ver. Eres hermosa, con esos ojos azules que parecen una piscina. Estoy segura de que muchos hombres darían todo por una oportunidad contigo. Si Alessandro fue un imbécil… entonces no te merece —dijo, acariciándome el cabello.

—No lo entiendes… Cometí un error terrible. No sé cómo van a reaccionar mi padre y mi hermano cuando descubran que… que tuve sexo con Alessandro —confesé, mirándola a los ojos.

Camila se quedó en shock. Abrió la boca, pero no dijo nada.

—Amiga… estoy perdida.

—Tranquila. No es el fin del mundo. Eso es algo íntimo, no tienes que andar contándoselo a nadie —trató de consolarme.

—En la mafia, Camila… las mujeres tienen que casarse vírgenes. Nadie va a quererme ahora. Me entregué creyendo que él me amaba, que se quedaría conmigo. Sé que, si le cuento a mi padre, va a obligar a Alessandro a casarse conmigo. Pero ¿cómo puedo aceptar eso? ¿Cómo voy a vivir al lado de un hombre que me destrozó con sus palabras, que dudó de mi lealtad? —dije, sintiendo que me hundía más en el dolor.

Ella volvió a abrazarme, fuerte, como si intentara recoger mis pedazos.

—Cuando un hombre ama de verdad, no le importa el pasado. Solo lo que siente. Vas a encontrar a alguien que te vea como realmente eres, Nela. Alguien que te valore —susurró.

—Tienes razón. Tengo que sacar a Alessandro de mi corazón. Eso es lo que debo hacer —dije, tratando de recomponerme.

Él no confiaba en mí. No me creyó. Y eso era suficiente para matar cualquier sentimiento que pudiera quedar.

Necesitaba seguir adelante.

Pero, mientras Camila me abrazaba, mi celular vibró. El corazón se me paralizó al ver el nombre en la pantalla.

Gael.

—¿Cómo te atreves a llamarme después de todo lo que hiciste? —solté, furiosa.

—Antonela, por favor. Perdóname. No quise hacerte daño, pero no puedo…

—¿Estás loco? ¿De verdad crees que voy a perdonarte? ¡Olvídate de que existo! Espero que tú y todos los de la Camorra revienten. Y si vuelves a llamarme, le cuento a mi padre que me besaste a la fuerza. Te lo aseguro… no va a ser nada paciente con eso —Colgué el teléfono con firmeza.

Basta. Estaba harta de esa telaraña de mentiras, manipulaciones y juegos de poder. Por más que quisiera vengarme de Alessandro por todo lo que me hizo, jamás usaría a Gael para eso. No podría dormir en paz si me casara con el mayor enemigo del hombre que todavía… lamentablemente… amaba.

—¿Estás bien? —preguntó Camila, con los ojos aún cargados de preocupación.

—Voy a estarlo. Solo necesito olvidarme de que Alessandro existe —dije, forzando una sonrisa.

Tomé en brazos a la pequeña Viola. Aquella criaturita tan perfecta me tranquilizaba. Su sonrisa inocente me dio una paz momentánea. Mirarla era imaginar un futuro que probablemente nunca tendría. Una familia. Un bebé. Un amor verdadero.

—¿Podemos pasar? —La voz de Elena me sacó del trance.

Estaba en la puerta, junto a Elisa, Valentina e Irina. Todas habían visto la discusión con Alessandro. Estaban ahí, hambrientas

de respuestas. Pero yo… ya no tenía fuerzas para contar nada.

—Entren —dijo Camila.

Elena corrió hacia mí y se sentó a mi lado, acariciándome el cabello con cariño.

—Prima… Alessandro salió de aquí furioso. Tú estabas tan feliz… ¿qué pasó? —preguntó.

—Lo que pasó es que se acabó. Finalmente entendí que no existe un "nosotros". Nunca existió. Él y yo… somos un error —dije, secándome las lágrimas.

—¡No digas eso! Nosotras vimos cómo nació ese amor —dijo Valentina.

—¡Basta! Alessandro es un tema prohibido para mí. Finjan que está muerto —respondí con firmeza, levantándome—. Respeten mi decisión. No quiero volver a hablar de él.

—Está bien… si eso es lo que quieres —dijo Elisa, quedándose en silencio.

—Me voy a casa. Con permiso —dije, saliendo sin mirar atrás.

Solo quería mi cuarto. Una ducha caliente. Y dormir.

Dormir mucho, para intentar olvidarlo todo.

Sabía que el tiempo lo cura todo. Que Dios me daría fuerzas para seguir adelante.

Necesitaba estar lista. Porque el tiempo se acababa… y cuando Alessandro se casara, y no conmigo, tendría que estar preparada para no derrumbarme.

Enzo Martini

1 mes después…

Giulia fue, y siempre será, el gran amor de mi vida.

La mujer que hizo que mi corazón latiera de una forma que nunca imaginé posible. Con ella, cada mirada, cada roce, era como si todo sucediera por primera vez. Después de tantos años juntos, compartiendo sueños, luchas y cicatrices, solo me quedaba celebrar cada segundo a su lado.

Ahora, mi mayor deseo era simple, pero profundo: reunir a toda nuestra familia en la isla. Ese pedazo de paraíso donde comenzó nuestra historia. Quería un fin de semana rodeado de quienes fueron testigos de nuestro amor florecer, que vieron nuestras caídas y celebraron cada victoria.

Quería homenajear todo lo que construimos.

—Amor, estás diferente… ¿Qué planeas? No me hagas sufrir — preguntó Giulia, con esa sonrisa curiosa que conocía tan bien.

—¿Qué te parece renovar nuestros votos en la isla? — pregunté, tomando sus manos con firmeza—. Te sigo amando como la primera vez, Giulia. En medio de todo lo que vivimos, esa es la única certeza que permanece. Quiero celebrar cada instante a tu lado. Contigo. Con nuestros dos maravillosos hijos. Con nuestros tres nietos perfectos. Quiero mostrarle al mundo que nuestro amor sigue vivo, intenso… ardiente, como al principio. Te amo, Giulia. Como en el primer beso.

Ella sonrió, con los ojos brillando de esa ternura que siempre me desarmaba.

—Me encantará celebrar cada año contigo, una y otra vez — susurró, abrazándome fuerte.

Estaba decidido. La isla. Nuestra isla. Un fin de semana entero para nosotros. Para los nuestros. Tantos años enfrentando guerras, enemigos, pérdidas… que casi no tuvimos tiempo para respirar. Para vivir de verdad. *Pero en ese instante supe que Dios había sido bueno con nosotros. Nos dio más que supervivencia, nos dio una nueva oportunidad.*

Mi padre, por ejemplo, no tuvo ese privilegio. Se fue demasiado pronto. No conoció a sus nietos. Mucho menos a los bisnietos. Pero nosotros logramos ir más allá. Reconstruimos. Amamos. Resistimos.

La familia Martini renació de las cenizas. Más fuerte. Más unida. Y al final de cuentas, eso era lo que realmente importaba: el amor, la familia… y la certeza de que, a pesar de todas las tormentas, nuestro hogar seguía en pie, sólido como nunca.

Capítulo 7
Antonela Martini

Era increíble cómo Alessandro se había convertido en la peor persona del mundo para mí. Desde nuestra última pelea en el condominio, no me llamó, no se disculpó, actuó como si yo fuera solo una página pasada en su vida. Por mi parte, traté de mantenerme fuerte, aunque por dentro estaba completamente destruida.

Mis padres no notaron lo mal que estaba. Desde pequeña aprendí a ocultar el dolor, a sonreír incluso cuando me estaba derrumbando. Me volví experta en disfrazar heridas, y ahora mi objetivo era blindar el corazón para que nadie, ni siquiera Alessandro Ferrari, tuviera el poder de lastimarme de nuevo.

La insistencia de Stefano empezó a abrir una grieta en mi pecho. Aparecía todos los días con flores, era amable, atento, siempre preguntando si estaba bien, si había comido. Stefano parecía ser todo lo que siempre había deseado, y aun así, mi corazón se empeñaba en buscar a Alessandro. Me odiaba por eso, especialmente cuando recordaba el sexo y cuánto me entregué.

—Stefano, ¿estás dispuesto a hablar con mi padre? Pero antes necesito contarte toda la verdad. Por eso te invité a almorzar hoy —susurré, luchando contra la vergüenza.

—¿Qué pasa, amor? No estés así —dijo, acariciando mi rostro con ternura.

Las lágrimas se escaparon. Estaba avergonzada, hundida en culpa, pero sabía que no podía mentir. Si Stefano realmente me quería, tenía que saber todo.

—No quiero cargar con este peso. Tuve una historia con Alessandro. Me entregué a él con cuerpo y alma. Sé que en la mafia todavía esperan que la mujer sea virgen, pero... ya no lo soy. Y si quieres dejarme, lo entenderé.

Golpeó la mesa, con el rostro endurecido.

—¿Tuviste sexo con ese hijo de puta? ¿Te usó y no te asumió? Dime si fue contra tu voluntad, porque juro, Antonela, que mataré a ese desgraciado.

—¡No! No digas eso. Yo fui cómplice. Elegí entregarme. No quiero que lo culpes por una decisión que también fue mía.

—Él debería haberte asumido. Eres una mujer para ser amada, no descartada. No me importa tu pasado. Cuando decidí estar contigo, sabía que venías con historia, con dolores. Yo te quiero, Antonela. Por completo —dijo, sosteniendo mi rostro con cuidado.

Lo que hacía Stefano por mí era hermoso. Estaba dispuesto a amarme de verdad. Pero mi corazón aún gritaba el nombre de Alessandro, y eso me asustaba. Pero tenía que cambiar, tenía que ponerme a mí misma en primer lugar.

—Stefano, ¿realmente quieres conquistarme? —pregunté, con una mirada vacilante.

—Claro. Lo que siento por ti es real. Y te lo voy a demostrar.

—Mi tío hará una fiesta para renovar los votos con la tía Giulia. Será en la isla de la familia. Pensé que sería una buena oportunidad para acercarnos más. ¿Quieres venir conmigo?

—¡Me encantaría! Quiero acercarme a ti y a tu familia, demostrar que puedo hacerte feliz.

[…]

Pasar la tarde con Stefano fue mágico. Era un príncipe azul, al menos en apariencia. Aun así, mis primas se opusieron cuando les conté que lo había invitado.

—No estoy de acuerdo —dijo Elisa—. Tú y Alessandro todavía van a estar juntos.

—No estoy usando a Stefano para provocar celos. Nuestra historia terminó. Alessandro dejó claro que nunca estaría conmigo. No quiero seguir sufriendo —respondí, intentando mantener la voz firme.

—Tú aún amas a mi primo, Antonela. Y Stefano… puede parecer perfecto, pero le falta lo más importante: amor verdadero —

intentó argumentar Elena.

—El amor no lo es todo. Alessandro tuvo mi amor y me trató como basura. Stefano me trata como una reina.

—Pero tienes química con Alessandro. Con Stefano todo parece... tibio —insistió Elisa.

Me cansé de esa conversación. No iban a impedir que intentara ser feliz. Si no era con Alessandro, que fuera con alguien dispuesto a amarme de verdad.

El viaje a la isla sería mi oportunidad para entender mis propios sentimientos. Y sí, Alessandro también estaría allí. Pero yo me mantendría firme.

[...]

Al llegar a la isla Martini, mi padre me llamó a un lado con su rostro serio de siempre.

—Invitaste a Stefano. Alessandro está aquí. No me hagas intervenir, Antonela. Soy radical.

—Papá, Alessandro ya no significa nada. Quiero darle una oportunidad a alguien que me valore.

—Ya sé acerca de las habitaciones. La de Stefano está entre la mía y la de tu hermano, en el segundo piso. Y lo voy a vigilar —advirtió antes de alejarse.

Me sentí incómoda. Caminé por la casa buscando a Elena. Y entonces lo vi.

Alessandro Ferrari. Alto, intenso, hermoso. Nuestros ojos se cruzaron y mi corazón dio un vuelco. *¡Maldición!*

Caminé hacia Elena, con urgencia.

—Antonela, supongo que me buscas para preguntar por tu cuarto. Está en el primer piso, el último a la izquierda, en el pasillo, al lado de Alessandro.

—Elena, ¿por qué estoy en la habitación al lado de Alessandro?

—Me lo vas a agradecer después. —Ella guiñó un ojo, burlona, antes de alejarse.

Cerré los ojos, respiré profundo. Eso iba a ser una prueba de fuego. Pero estaba decidida a superarla. O al menos a fingir muy bien.

Alessandro Ferrari

Desde que rompí con Antonela, me volví un hombre gruñón. Nada me satisface. Descargo mi rabia en todos mis soldados, como si eso fuera la solución. Ya hace un mes que mi humor está dominado por los celos y la frustración. ¿Y lo peor de todo? Sigo completamente enamorado de ella. Mientras tanto, Romero y su grupo me presionan para que acelere un matrimonio.

¿Casarme con otra mujer? ¿Cómo? Mi corazón, mi cuerpo, todo en mí pertenece a Antonela Martini. Esa mujer es un vicio, demasiado perfecta. Todavía recuerdo cuando hicimos el amor como dos locos y fui el primero en explorar cada centímetro de su cuerpo. Lástima que me traicionó, o al menos eso creía, porque después de entregarse apareció con Gael.

De solo pensar en tanto tiempo lejos de ella, mi sangre hervía. Antonela seguía deslumbrante, con esos ojos azules hipnotizantes y un cuerpo que me torturaba. Todas las mujeres de la familia Martini son bellísimas, pero ella… ella es única. Tiene algo que hipnotiza. Era la más cortejada de todas y aun así me eligió a mí. Me sentía el hombre más afortunado… hasta que vi esa maldita foto.

Ella siguió adelante. Me sorprendió verla con Stefano en la celebración del tío Enzo. Estaban demasiado juntos y mi corazón casi explota de tanta adrenalina. Ni mi frialdad pudo ocultar el caos que sentía por dentro.

—Alessandro, no lo eches a perder —susurró Mateo.

—¿Está enamorada de ese tipo? ¿Cómo es posible? Me equivoqué mucho con tu prima —gruñí.

—Tú fuiste el que lo arruinó. Elena me contó que Gael la besó sin permiso. Quise matar al desgraciado, pero Nela me rogó que lo

olvidara. Ella quería borrar todo lo que pasó en Nápoles —respondió Mateo.

—No acepto que después de un mes ella esté feliz con otro —gruñí.

—Ella está tratando de seguir adelante. No sé qué pasó entre ustedes, pero ella eligió seguir sin ti. ¿Entendiste?

—¡No! Me niego a aceptarlo. Y no voy a quedarme de brazos cruzados viendo a ese bastardo con mi mujer.

—Ten cuidado. No arruines la fiesta de mis padres. Y recuerda: tú fuiste el culpable de todo —finalizó Mateo mientras se alejaba.

La situación era insoportable. Apenas liberaron las habitaciones, fui directo a la mía… y la de ella estaba al lado. ¿Cómo mantener la calma? No lo lograría. Era imposible ver a Antonela con otro y quedarme callado.

Con cuidado, salí de mi cuarto. Caminé de puntillas hasta la puerta de ella, asegurándome de que el pasillo estuviera vacío. Giré la perilla y entré en silencio.

Ella estaba en el balcón, mirando el cielo, y la escena me dejó sin aliento. Un camisón verde de satén moldeaba su cuerpo como una segunda piel. El cabello volaba con el viento, el dulce olor a sandía invadía mis narices… perdí el aire.

Me acerqué lentamente. Ella sintió mi presencia. Antonela siempre me sentía. Cuando se giró, el tiempo se detuvo. Su mirada era una daga y un bálsamo al mismo tiempo.

—¿Qué haces aquí? —exclamó sorprendida.

—Tenemos mucho que hablar —dije, incómodo.

—No tenemos nada que hablar. Dudaste de mí y terminaste todo —respondió resentida.

—¿Estás con Stefano? Necesito saberlo.

—Eso no es asunto tuyo —replicó, pasando junto a mí.

Le tomé el brazo y la detuve. Nuestros rostros quedaron pegados. Su piel se erizó, los labios entreabiertos, respiración agitada. Ella todavía reaccionaba a mi tacto.

—Tú todavía me amas. Está en tu cuerpo. ¿Cómo vas a darle eso a otro hombre? Eres mía —susurré, sosteniendo su rostro.

—Alessandro, déjame en paz —balbuceó.

—No puedo. Te amo.

Ella intentó resistirse, pero yo sabía cómo encender cada centímetro de ese cuerpo. La presioné contra la pared y ella entrelazó las piernas en mi cintura.

—¿Por qué haces esto? Déjame vivir —suplicó, con los ojos vidriosos.

—Tu vida es conmigo. Eres mía. Y nunca dejaré que otro te toque.

La llevé al cuarto, con nuestros labios pegados. Mis manos deslizaron por debajo de la camisola, acariciando su trasero. Chupé su cuello con hambre.

—No, no puedo —trató de resistir.

—Sí puedes. No me niegues lo que es mío.

—¿Crees que es justo? Me entregué a ti, me desechaste como basura. ¿Ahora vuelves como si nada hubiera pasado?

—Respóndeme: ¿fue fácil con él como fue conmigo? —pregunté, molesto.

Ella me dio una bofetada.

—El error fue entregarme a ti con cuerpo y alma —intentó levantarse.

—Me amas tanto como yo te amo a ti. No serás feliz con él. Nosotros somos inevitables.

—No quiero. Buena suerte con tu próxima mujer…

Se dio la vuelta y me cubrió con la sábana.

Me acerqué, apoyé mi pecho en su espalda. Había un espejo frente a nosotros. Nos vi juntos. Y ahí supe que pertenecíamos el uno al otro.

Tomé su cuello con una mano y con la otra recorrí su cuerpo hasta encontrar su vulva caliente y palpitante. La froté con cuidado, mi miembro rozando su trasero mientras ella mordía los labios para ocultar el placer.

Masajeé sus pechos, levantándole el camisón. Ella alzó los brazos, ayudándome a quitárselo. Se giró y juntó nuestros labios. Desabrochó mi camisa con prisa. Se subió sobre mí con las piernas entrelazadas, y la llevé hasta al tocador, tirando todo con el brazo.

Bajé los labios por su cuello, chupé sus pechos con intensidad mientras masajeaba su clítoris. Ella se derretía por mí.

Me agaché y con la lengua recorrí sus labios mayores por encima de la ropa interior. Luego la aparté, sumergiéndome en su entrada. Succioné su clítoris con hambre. Ella gimió fuerte, entregada, completamente mía.

—Métemela, por favor —suplicó.

Me quité la ropa y me tiró en una silla, sentándose sobre mí con ansias. Se movía como una sirena encantadora mientras yo chupaba sus pechos con deseo.

Tomé su cintura y la llevé a la cama. La giré de espaldas, le di una buena palmada en el trasero y entré con fuerza, golpeando profundo mientras ella se aferraba a las sábanas. Tiré de su cabello y chupé su oído.

—Hermosa… di que eres mía —exigí, alucinado.

—Soy tuya… para siempre —gimió.

La giré de frente, juntando nuestros rostros. Nos movimos juntos, intensos, y ella explotó de placer. La seguí. Mordí su labio, mirándola.

—Eres mía. Marcada por mí. Nunca dejaré que otro te quite de mí —dije, bajándome de encima de ella.

Antonela se levantó de una vez, cubriéndose con la sábana.

—No soy tuya. Lo que pasó aquí fue un error. Y no se va a repetir.

—¿Crees que voy a aceptar que te cases y seas feliz con Stefano? Si sigues con eso, cargarás con la culpa de su muerte, porque yo lo mataré.

—¡Sal de mi cuarto ahora! Me ofendiste, me abandonaste. Déjame en paz.

Sabía que pelear ahí era inútil. La guerra no se ganaría con palabras. Pero el sexo… ese sexo habló más que cualquier promesa. Salí de la habitación seguro de que había resentimiento, pero también amor. Mucho amor. Y esa mujer era mía. Eso, nada lo cambiaría.

Capítulo 8
Antonela Martini

No podía creer que todavía me sintiera así: inmadura, atrapada en el pasado con Alessandro. Me había jurado a mí misma que nunca más me entregaría en cuerpo y alma a ese hombre, pero parecía que el destino, o tal vez mi propio corazón, no cooperaba con mis planes. Como una tonta, me entregué. Sin fuerzas para resistir. Y ahora, el arrepentimiento consumía cada fibra de mi ser.

Me sentía sucia, como si hubiera cometido un error irreparable. Mi mente, atormentada por las imágenes del sexo intenso que compartimos, me impedía seguir adelante. Sabía que darle una oportunidad a Stefano era lo correcto, pero... ¿cómo podía ser justa con él, si mi cuerpo y mi alma aún le pertenecían a Alessandro? Él sabía todo lo que había vivido al lado de ese hombre, y aun así seguía a mi lado, sin importarle las consecuencias.

Mis lágrimas eran una corriente incontrolable. La respiración pesada, el cuerpo febril y tembloroso, atrapado en un torbellino de emociones. Me veía como una mujer masoquista, incapaz de liberarse del hombre que, en todo momento, dejaba claro que nunca estaríamos juntos. Y, aun así, él me atraía, como una llama que consume incluso cuando se intenta apagar el fuego.

Era como estar en una telaraña, atrapada por las decisiones del pasado, tratando de escapar... pero siempre volviendo al mismo lugar: sus brazos. Cada intento de libertad era en vano. El amor que sentía por Alessandro estaba tan enraizado en mi pecho que era imposible arrancarlo, por más que lo intentara.

Si pudiera hacer un solo pedido al cielo, rogaría a Dios que me liberara. Quería vivir en paz con Stefano, un hombre que se preocupaba por mí, que me quería en su vida. Pero, en cada esquina, algo me arrastraba de vuelta a Alessandro, haciéndome sentir una tonta enamorada, encadenada a un pasado que no lograba olvidar.

No podía engañarme. Por más que quisiera seguir adelante, algo dentro de mí gritaba que sería imposible olvidar un amor tan grande. Y, aunque pudiera casarme con Stefano, sabía que nunca sería completamente suya. Porque ese espacio en mi corazón... todavía era de Alessandro.

Pasé la noche martirizándome después de ceder, y eso no ayudó en nada. Pero lo sabía: tenía que enfrentar la realidad. Alessandro estaba ahí. De carne y hueso. Sentado a la mesa del desayuno, con su presencia imponente quitándome el aliento.

Su cabello despeinado, los lentes oscuros, la camisa desabotonada revelando el abdomen marcado... el short azul marino con sandalias planas. Temblaba por dentro. No podía ocultar la atracción, aunque supiera cuán mal estaba.

—Con esa cara, todos van a darse cuenta de que sigues enamorada —susurró Elena, tomándome por sorpresa.

Fulminé a mi prima con la mirada antes de alejarme. La tensión se podía cortar con un cuchillo.

La mesa del desayuno estaba impecable: pan fresco, tarta de pollo, café, jugos... Pero estar allí, entre Stefano y Alessandro, era sofocante. Sabía que no sería capaz de comer mientras ellos estuvieran en el mismo lugar.

Elena se sentó al lado de Alessandro. Él se quitó los lentes y me miró con esa intensidad que siempre me desarmaba. Sabía lo que hacía.

—Buenos días, *mio cielo* —provocó Alessandro, mirando a Stefano con sarcasmo.

No respondí. Quería borrar de mi mente lo que había pasado la noche anterior. Pero su sonrisa descarada dejaba claro que no iba a permitirlo.

—Ven, amor —me llamó Stefano, haciéndome sonrojar. Quería desaparecer de ahí.

—Buenos días, amor —murmuré, sintiendo el peso de las palabras, mientras Alessandro se reía a carcajadas.

—Antonela, ¡no cambiaste nada! Sigues siendo la misma chica de hace veinte años. Manipulas a Stefano, pero no sientes nada por él —soltó, con una sonrisa burlona.

Me encogí, pero mantuve la calma.

—Finge que no lo escuchaste. Es solo una mosca intentando llamar la atención —dije, mirando a Stefano.

—Nela, no seas tan amargada. Sabemos que eres una gran actriz —comentó Elena, defendiendo al primo.

—No tengo hambre, Stefano. Si quieres, podemos caminar por la playa —sugerí, tratando de escapar, y él aceptó.

Stefano era un caballero, perfecto. Sabía que estaba dispuesto a conquistarme por completo. Parte de mí quería permitírselo... pero la sombra de la noche anterior todavía me envolvía.

—Amor, quiero pasar todo el día contigo. Quiero ganarme tu corazón —dijo, tocando mi rostro, dejándome aún más confundida.

—Puedes intentarlo. Yo... quiero tratar de abrir mi corazón —murmuré, sonriendo, pero con un vacío por dentro.

Se acercó más. Mi corazón se aceleró. Miedo. Inseguridad. No sabía si estaba lista para un beso. Cerré los ojos, dudosa.

Pero, de repente, Elena apareció gritando:

—¡Stefano, necesito tu ayuda!

—¿Para qué? Tu primo está justo ahí al lado tuyo —dijo Stefano, sin quitarme los ojos de encima.

—¡No! Necesito a alguien que no sea de mi familia. Ven conmigo —lo tiró del brazo.

Stefano me lanzó una mirada desconcertada antes de seguirla. Y yo me quedé sola... con Alessandro.

Se acercó despacio, lo que solo aumentó mi nerviosismo.

—¿Ibas a dejar que ese tipo besara tu boca? Esto es mío, y lo sabes —gruñó, posesivo.

—¡Tú no eres mi dueño, Alessandro! ¡Nosotros dos ya le pusimos punto final a esto, acéptalo! —grité, tratando de apartarlo.

—¿Punto final? Ayer pareció más una coma —replicó, acercándose más.

—¡Ya basta! ¿Viniste solo a arruinarme la vida? —grité, sintiéndome débil frente a él.

—¿De verdad crees que voy a quedarme sentado viendo cómo eres feliz con otro, cuando todo en ti todavía es mío? Antonela... o dejas esta payasada, o mato a Stefano —vociferó, asustándome.

—¿Y la payasa soy yo? ¡Tú fuiste el que acabó con todo! —grité, confundida y aturdida.

Me alejé, caminando hacia el sendero de piedras, un lugar apartado, aislado. Pero él me siguió. Sabía lo que iba a pasar. Sabía que mi vulnerabilidad era su arma.

Agarró mi cintura con fuerza, pegando nuestros cuerpos. Puse los ojos en blanco, desesperada y deseosa.

—Para con esto —susurré, pero ya me estaba entregando.

Me mordió el labio inferior con fuerza y, con un suspiro, gruñó:

—Eres mía. Y lo sabes.

Mi subconsciente gritaba, pero su boca... su toque... me desarmaron.

—Déjame en paz... solo quiero seguir con mi vida —pedí, con la voz temblorosa.

Pero no me dejó escapar. Me atrapó entre su cuerpo y la piedra. Pegó nuestros labios y sonrió con cinismo.

—Mentirosa. ¿Dormiste tranquila después de lo que hicimos ayer? Vamos a estar juntos. Es el destino. No puedes escapar de eso.

Perdí la batalla. Sabía que estaba mal, pero cedí. Otra vez.

Entonces, la voz de Stefano cortó el aire.

—Antonela... —dijo, con tristeza en los ojos.

Me aparté de Alessandro de inmediato. Pero su sonrisa irónica... me hizo querer desaparecer del mundo. El dolor era insoportable. Y lo sabía: no debí haber dejado que las cosas llegaran hasta ahí.

Stefano Marino

Mi mayor deseo era conquistar a Antonela Martini. Desde joven, estaba completamente enamorado de esa mujer. Hice todo lo posible para llamar su atención, aunque ella jamás pareciera notar lo que yo sentía. Pero ahora, con el fantasma de Alessandro Ferrari siempre rondando, conquistar su corazón parecía una misión imposible. Alessandro, con su presencia imponente y esa mirada de

depredador, era una sombra constante sobre cualquier intento mío por acercarme a ella.

Pero yo sabía que mi oportunidad estaba cerca. La actitud despreciable de Alessandro, que se aprovechó de su cuerpo y luego la descartó sin el menor remordimiento, solo alimentaba mi rabia. Si ella no tuvo fuerzas para contarle a la familia lo que él le hizo, entonces me correspondía a mí protegerla. Como hombre. Como alguien que de verdad la amaba. Jamás la dejaría sola en ese juego sucio.

Quería estar con ella, abrazarla, hacerla sentir segura, deseada, amada. Pero Elena Martini me arrastró lejos, interrumpiéndolo todo con una actitud inesperada.

—Elena, me arrastraste diciendo que necesitabas ayuda, pero no logro entender —dije, tratando de controlar la frustración que ardía dentro de mí.

—Calma, solo necesito… —empezó ella, pero la vacilación en su voz lo delataba todo. Había algo mal. Antonela estaba sola con Alessandro. Había cometido un error al dejarla vulnerable.

Me di cuenta de que la actitud de Elena no era inocente. Era una jugada. Quería castigar a Antonela. Quería que yo viera su dolor, pero no tenía idea de lo que Alessandro había hecho. La rabia me invadió. La sangre me hervía. No lo pensé dos veces.

Corrí desesperado por la playa, con el corazón golpeando como un tambor de guerra. El camino de piedras parecía llevarme directo al infierno. Y cuando los vi, mi mundo se vino abajo. Alessandro y Antonela se estaban besando.

El estómago se me revolvió. El dolor fue físico. Como si alguien me hubiera clavado una cuchilla en el pecho. Ese beso me destrozó. Yo amaba a Antonela. Y verla en brazos de Alessandro me hizo entender cuán vulnerable era ante ella.

—Stefano, yo… —intentó hablar, pero su voz se perdió en medio del caos que se había desatado.

—No tienes que explicarme nada —la interrumpió Alessandro con esa maldita sonrisa triunfante, como si marcara territorio. Como si hubiera ganado.

—¡Eres un imbécil! ¡Un bastardo que solo quiere usar a Antonela! ¡No voy a permitirlo! —grité, lanzándome sobre él.

El puñetazo que le di en la cara fue automático, cargado de furia. No dudó en devolverlo. En cuestión de segundos, estábamos rodando por la arena, dándonos golpes brutales. La rabia nos dominaba. Ya no había razón, solo odio.

—¡Deberías avergonzarte, Stefano! ¿Cómo te atreves a meterte entre mi mujer y yo? ¡Antonela jamás se casará contigo! —rugió, tomándome del cuello.

La pelea estalló en un espectáculo de furia. Ni siquiera los gritos desesperados de Antonela fueron suficientes para detenernos. Estábamos ciegos, salvajes, dispuestos a matarnos.

El alboroto llamó la atención de la familia. Vicente y Vicenzo Martini se acercaron rápidamente, seguidos por Mateo, Pietro y otros más. Mateo corrió a separar a Alessandro de mí.

—¿Qué está pasando aquí, Antonela? —exigió Vicenzo, con una voz firme como el acero.

—¿Te volviste loco, Alessandro? —gritó Mateo, sacándome de debajo de él.

—¡Suéltame, Mateo! ¡Voy a matar a ese desgraciado! —rugió Alessandro, aún intentando alcanzarme.

Mateo lo sujetó con fuerza, consciente del peligro inminente. Mientras tanto, Vicenzo clavó su mirada en Antonela.

—¿Vas a explicarme qué está ocurriendo aquí?

—Papá, por favor, déjame hablar con Stefano. Necesito ese momento —suplicó ella, con los ojos llenos de lágrimas.

Vicenzo dudó, pero asintió. Entendía que su hija necesitaba resolver eso sola.

—Te daré ese momento. Pero después de eso, vas a hablar conmigo. Te estaré esperando en mi cuarto —dijo, alejándose con los demás.

Me quedé ahí, inmóvil, mientras Antonela se acercaba. La culpa pesaba en su mirada.

—Stefano, sé que no merezco tu perdón. Me aceptaste, aún sabiendo todo, y a la primera oportunidad, yo… fui una idiota. Estoy destruida de vergüenza. —Lloró.

El dolor en su voz me desgarró. Pero necesitaba mantenerme firme.

—Cuando decidí estar contigo, sabía los riesgos. Pero lo que veo ahora es que te estás desvalorizando. Si él de verdad te hubiera amado, te habría llevado al altar antes de llevarte a la cama —dije, con amargura.

Ella bajó la cabeza, derrotada.

—Tienes razón. Lastimé a quien me ama por alguien que solo quería usarme —murmuró, entre sollozos.

Suspiré, sintiendo el corazón hecho pedazos.

—No puedo seguir en este circo. Por más que te ame, no puedo ser el payaso de tu historia. Me voy de regreso a Sicilia. Piensa bien en lo que realmente quieres. Estoy aquí, listo para amarte… pero tú tienes que decidir —dije, dándome la vuelta, aunque una parte de mí rogaba por quedarme.

Ella debía elegir. Yo no iba a esperarla para siempre. Si quería estar conmigo, tendría que arrancar a Alessandro de su vida de una vez por todas. Porque yo ya no soportaba este cruel juego de incertidumbres.

Vicenzo Lombardi

Por más que intentara cerrar los ojos ante lo que estaba ocurriendo en la vida de Antonela, era imposible. Desde pequeña, fui testigo de las peleas entre Alessandro y Stefano por su corazón, y siempre supe que, a pesar de todos mis esfuerzos, el Ferrari llevaba la delantera. Mi hija siempre miró a Alessandro de una forma distinta, y para mí eso siempre fue una señal de que estaba más involucrada con él que con cualquier otro.

Cuando Antonela volvió de su viaje a Nápoles, noté que algo andaba muy mal. Ella, que siempre había sido habladora, espontánea y alegre, regresó convertida en una mujer seria, triste y callada. No quería entrometerme en sus decisiones, pero en el fondo sabía que algo estaba pasando. Entendía la decisión de Alessandro de alejarse, no porque no la amara, sino porque sabía cuán

peligroso sería para ella estar a su lado. Si se casaba con Antonela, pondría un blanco en su espalda. Tal vez por eso la había mantenido lejos.

El problema era que Antonela no es el tipo de mujer que se queda llorando por un rechazo. Ella quería ser feliz cueste lo que cueste, y eso, para una mujer tan fuerte como ella, solo podía significar una cosa: nuevos pretendientes. Y, para mi sorpresa, el primero en aparecer fue Stefano. Un buen partido, sin duda, pero eso no es lo que me preocupaba. Lo que realmente me angustiaba era que, con esto, Alessandro perdía el control. Vi en su actitud la misma debilidad que yo tuve en el pasado, cuando me di cuenta de que mi esposa, Isa, no iba a quedarse esperándome. Y en ese punto me di cuenta de que Antonela e Isa tenían mucho en común. Ambas eran impulsivas, intensas y, como yo, buscaban algo más, algo que muchas veces no podían encontrar dentro de la familia.

—Amor, ¿qué pasó con nuestra hija? —Isa entró en la habitación, desesperada.

—Calma, voy a hablar con ella —respondí, intentando tranquilizar a mi esposa.

Sabía que lo que le ocurría a Antonela iba más allá de cualquier cosa que Isa pudiera comprender en ese momento. Sabíamos que nuestra hija, con su belleza única, atraería miradas de todos lados, especialmente de hombres como Alessandro y Stefano. Y, siendo ella parte de nuestra familia, yo sabía que todos los mafiosos la deseaban, esperando una oportunidad.

—Tiene que entender cómo funcionan realmente las cosas, y tú, como madre, necesitas estar más cerca de ella. Ahora necesita nuestro apoyo —le indiqué a Isa, que se sentó a mi lado en la cama, con los ojos llenos de preocupación.

Mi esposa era observadora y comprensiva, siempre supo cómo manejar estos asuntos, pero yo sabía que esta situación ya estaba fuera de control. Antonela necesitaba un respaldo más firme. Lo que estaba por enfrentar no era solo un dilema amoroso, sino algo mucho más peligroso y complejo.

Antes de que pudiera decir algo más, Antonela golpeó la puerta y entró en silencio.

—Hija, siéntate aquí. —Señalé la cama, y ella se acomodó entre Isa y yo, con la cabeza baja.

—Antonela, no sé qué está pasando, pero tienes que entender que nuestra familia está profundamente involucrada en este mundo. Los dos hombres entre quienes estás dividida son peligrosos, y si sigues dándoles esperanzas a ambos, uno va a terminar matando al otro. Lo último que quiero ahora es iniciar una guerra, especialmente porque Alessandro lidera una organización aliada a la Cosa Nostra. No puedes jugar con esto —expliqué, con voz seria y preocupada.

Ella levantó la mirada, claramente arrepentida, pero también muy confundida.

—Sé las consecuencias de mis actos, papá. Fui inmadura cuando invité a Stefano a la fiesta, sabiendo que Alessandro iba a estar ahí —dijo, con la voz temblorosa y la vergüenza evidente en los ojos.

—Eso no importa. Puedes invitar a quien quieras, eres una mujer libre para tomar tus decisiones. Pero lo que no puedes hacer es darles falsas esperanzas a los dos. Tienes que decidir qué quieres para tu vida, porque, si no lo haces, no voy a permitir que ninguno de los dos se acerque a ti —gruñí, levantándome.

El control de la situación se me estaba escapando de las manos, y sabía que si no actuaba en ese momento, sería demasiado tarde.

Antonela se quedó en silencio, y pude ver lo perdida que estaba. Amaba a Alessandro, pero, como ya lo sabía, el amor no siempre es simple, especialmente cuando los dos hombres que la rodean son tan complicados e intensos.

Miré a Isa, que aún permanecía al lado de Antonela, y sentí el peso de la situación. Mi hija estaba en un campo minado emocional, y lo peor era que no sabía cómo salir de ahí.

Alessandro ferrari

Ese maldito se estaba metiendo donde no debía. Si seguía coqueteando con Antonela, no me iba a quedar otra opción. Le

arrancaría el alma sin pensarlo dos veces. La rabia me ardía en el pecho, y si Mateo no me hubiera sacado de ahí, habría acabado con ese gusano justo ahí, delante de todos.

Mi primo sabía perfectamente cómo me ponía cuando se trataba de ella. De mi mujer.

—Debiste dejarme terminar con ese desgraciado —gruñí, dejándome caer con fuerza en el sillón junto a mi padre, en la terraza.

—¿Estás loco? ¡Eso no se resuelve así! —replicó Mateo, intentando contener mi furia. Pero ya era tarde. Estaba al borde del colapso.

Luigi Ferrari, mi padre, estaba furioso. Se le notaba en los ojos que se venía una bronca monumental. Pero, sinceramente, ¿me importaba? Antonela era mía. Y nadie, ni siquiera el propio infierno, iba a quitármela.

—Hijo... Cuando te entregué el legado de la Camorra, lo hice porque confiaba en el hombre en el que te habías convertido. Pero tus últimas actitudes demuestran lo contrario. Estás perdiendo el control.

—¿Y qué querías que hiciera?! ¡Él me provocó! ¡Me golpeó! Yo respondí. ¡No soy un cobarde, no soy un pobre diablo que agacha la cabeza! —grité, sintiendo que la sangre volvía a hervirme.

—¿Te golpeó sin motivo? —preguntó Mateo, arqueando una ceja.

—Ese malnacido sabe que Antonela es mía. No tiene derecho a decir que se va a quedar con ella. ¡Es una locura! —Golpeé con fuerza el brazo del sillón.

—Entonces hiciste alguna estupidez. Te conozco. Sé cómo provocas. Y Vicenzo no va a tolerar este desastre. No después de ver a dos tipos peleándose a golpes por su hija. —La voz grave de mi padre resonó como un golpe seco.

—¿Quieres saber lo que hice? La besé. Con hambre, con desesperación. Y ese imbécil lo vio. No entiende que ella ya es mía, en cuerpo y alma —escupí con rabia, sintiendo cómo me ardía el orgullo herido.

—¿Perdiste la cabeza? ¿La expusiste de esa manera? ¿Crees que eso es comportarte como un hombre? Si de verdad quieres casarte con ella, hazlo como se debe. Con honor, con valentía. Y aguanta las consecuencias si no eres hombre suficiente —rugió Luigi, y por un instante, el viejo Capo resurgió en sus ojos.

—Si tengo que declarar la guerra por ella, lo haré. No voy a dudar —solté con frialdad. Mi padre se quedó en silencio. Sabía que no estaba bromeando.

Claro que había sido un imbécil. Había dejado que Gael me envenenara la cabeza. Era obvio que iban a intentar recuperarla. Pero lo que sentíamos el uno por el otro seguía ahí, latente, vivo. Y nunca es tarde para pelear por quien uno ama.

—¿Quieres beber algo? —preguntó Mateo, ofreciéndome una botella de whisky.

—Sé todas las idioteces que hice —murmuré, arrebatándole la botella y bebiendo directo del pico.

—El amor lo complica todo. Por poco pierdo a Valentina por no hacer las cosas bien. Aún estás a tiempo. Lucha por Antonela. Pide perdón. Cásate con ella —dijo con firmeza, mirándome como un hermano.

Mateo tenía razón. Ella era todo lo que siempre quise. Todo lo que necesitaba. Pero también era la única mujer capaz de destruirme y hacerme arrastrarme al mismo tiempo.

Estaba consumido. Ciego de deseo y culpa. Pero seguía creyendo que, si ella me había dejado besarla de esa forma, todavía había algo entre nosotros. Y donde hay sentimiento... hay una oportunidad.

Más tarde, cuando volví a mi cuarto, ahí estaba ella.

Antonela. Sentada en mi cama, con el rostro duro y los ojos llenos de lágrimas. El corazón me latió más rápido. Por un segundo, creí que quería empezar de nuevo. Pero estaba equivocado.

—Estoy aquí para ponerle punto final a esto. Basta, Alessandro. Estoy harta. Me haces daño. Me destruiste. Y por tu culpa, perdí a alguien que de verdad me amaba. —Su voz era fría, cortante.

—¿Vas a vivir una mentira con él? ¿Fingir que eres feliz mientras piensas en mí? —rebatí, acercándome a ella.

—No importa. Stefano va a conquistar mi corazón. Lo sé —murmuró, apartando la mirada.

—¿Conquistar? Eso es imposible. Él no puede robar lo que ya es mío. Tú me perteneces. Y si es necesario, lo elimino —declaré, con la voz cargada de amenaza.

—¡Basta! Te acostaste conmigo dos veces, conoces las reglas de la mafia. Y aun así, me escondes. ¡Me tratas como un secreto! —Me empujó, furiosa, con lágrimas cayendo.

—Fui un imbécil, lo sé. Pero voy a casarme contigo. Eres la primera dama de la Camorra. Siempre lo fuiste. —Toqué su rostro con firmeza, mis dedos marcando su piel.

—Stefano sabe todo lo que pasó entre nosotros. Aun así, me aceptó. Él me quiere, Alessandro —sus palabras fueron cuchillas.

—¿Se lo contaste? ¿Le hablaste de nuestra cama? ¿De lo que te hice? —Mi voz era un trueno a punto de estallar.

—¡No soy tu mujer! —gritó.

—¡Claro que lo eres! ¿Olvidaste lo que pasó entre nosotros? ¡Te marqué! ¡Te hice mía! —gruñí, sujetando su rostro con fuerza.

—¡Tú me destruiste! ¡Me aplastaste por celos, por orgullo! ¡Fuiste tú quien me alejó! —gritaba, con los ojos llenos de rabia.

—Y aun así, te entregaste a mi beso. ¿De verdad vas a convencerme de que no me amas?

Impulsivamente, la acorralé contra la pared y mi cuerpo. Mis labios tomaron los suyos en un beso voraz. Intentó resistirse. Luchó por unos segundos. Pero enseguida se estaba rindiendo, como siempre. Como solo ella sabía hacerlo.

—Si de verdad no fueras mía... habrías resistido —susurré contra su boca.

—Por eso estoy aquí. Para advertirte: no vuelvas a tocarme así. O le contaré todo a mi padre. Y te juro, Alessandro... Romero será el menor de tus problemas. —Se alejó, con la mirada firme.

Aun así... la deseaba. Aunque me odiara. Aunque me costara todo. La tendría. Aunque para eso tuviera que comenzar una guerra entre la Cosa Nostra y la Camorra.

Capítulo 9
Antonela Martini

Después de todo lo que pasó en la isla, sabía que necesitaba mantenerme lejos de Alessandro. No quería más problemas en mi vida, mucho menos desperdiciar las oportunidades que estaban apareciendo con personas que, de verdad, parecían quererme. Personas que podrían ayudarme a reconstruir algo sólido, mientras intentaba escapar de la tormenta emocional que él provocaba.

Esa noche, mi objetivo principal era pasar desapercibida, casi invisible. Solo quería estar junto a mi familia y evitar cualquier tipo de contacto con los dos hombres que, poco a poco, estaban volviéndome loca. La guerra entre ellos ya se había instalado dentro de mí, y yo no soportaba seguir peleando con mis propios sentimientos.

Elegí un vestido naranja, de un tono cálido y vibrante. El escote en V se profundizaba con elegancia, y la abertura lateral dejaba ver parte de mi pierna derecha. Sabía el impacto que mi ropa podía causar, pero no quería ser el centro de atención. Opté por un maquillaje suave: apenas delineador, máscara de pestañas y un labial rojo que contrastaba con mi piel. Cabello suelto, con ondas, y unas sandalias plateadas de tacón. Nada exagerado. Nada que llamara la atención.

Pero el mundo pareció girar a mi alrededor en cuanto llegué. La fiesta ya estaba en su punto, y desde lejos vi a la familia Marino. Greta estaba ansiosa por lanzarse a los brazos de Alessandro. Tal vez eso fuera algo bueno. Tal vez, por fin, él me dejaría en paz. Pero entonces… sentí la mirada de Stefano. Esos ojos intensos me atraparon por un instante, y mi instinto me hizo darme vuelta al momento, tratando de escapar de ese magnetismo inevitable.

Me senté al lado de mi madre en la mesa de los Martini. Y fue entonces cuando mis ojos se cruzaron con los de él.

Alessandro Ferrari.

Tenerlo tan cerca era un castigo. Todo el dolor que me había obligado a olvidar volvió con fuerza. Su mirada era una promesa… o una amenaza. Penetrante. Intimidante. Casi como si supiera que aún vivía dentro de mí.

Intenté concentrarme en la ceremonia. Los votos de renovación de matrimonio de mis tíos fueron hermosos. Vi la felicidad en el rostro de mi padre mientras miraba a mi madre. Tío Lorenzo y tía Sofía estaban abrazados como si el tiempo nunca hubiera pasado entre ellos. Todos allí celebraban el amor… y yo me sentía un desastre.

Por más que intentara seguir adelante, Alessandro seguía siendo parte de mí. Una parte que no podía arrancar, por más que doliera. La nostalgia, mezclada con el miedo de verlo con otra mujer, me consumía. Y, de repente, sin aviso, las lágrimas empezaron a correr.

Apenas podía procesar lo que sentía cuando Stefano se acercó, y su voz firme cortó el murmullo de la fiesta:

—¡Necesito un minuto de atención de todos!

El salón enmudeció.

Mi corazón se detuvo.

—¡Antonela Martini! —dijo mi nombre con fervor, y mis piernas casi cedieron—. Después de ver esta ceremonia y de comprobar cuán poderoso puede ser el amor, me di cuenta de que ya no quiero seguir aplazando lo que siento. Por eso… tomé una decisión.

Se arrodilló ante todos, y el aire se me fue de los pulmones.

—Antonela, ¿quieres casarte conmigo?

El mundo se detuvo. Me congelé. Mi corazón latía tan fuerte que dolía. Abrí la boca para responder, pero no pude emitir ningún sonido.

Fue entonces cuando una sombra oscura se acercó.

Alessandro.

Su mirada era fuego. Furia. Dolor. Celos.

No dudó.

Agarró a Stefano por la camisa y le dio un puñetazo brutal, haciendo que todo el salón gritara.

—*¡Maledetto!* —vociferó—. ¿Tienes el descaro de desafiarme delante de todos?

El caos estalló.

Pietro intentó intervenir, gritando que se detuvieran. Pero nadie escuchaba. La sangre hervía demasiado.

Yo lloraba, paralizada, en medio del huracán. Estaba completamente perdida. Entonces, todo se volvió borroso. Mi cabeza giró. La oscuridad me envolvió.

[...]

Desperté con un dolor de cabeza punzante y una sensación de vacío. Estaba en una habitación de hospital. Mis padres y mi hermano estaban ahí, con rostros duros y ojos fríos. El señor Vicenzo también. Y había algo en el aire. Algo oscuro. Algo pesado.

—¿Qué está pasando? —pregunté, con la voz débil.

—Tienes que decirnos la verdad, Antonela —respondió mi padre, con la voz cargada de decepción—. ¿Cómo pudiste hacer algo así? Estás embarazada. Y traicionaste mi confianza.

—¿Embarazada? —repetí, en shock. El mundo volvió a girar. Un bebé era lo último que necesitaba en ese momento. No… esto no podía estar pasando.

—¿Quién es el padre, Antonela? —La voz de mi padre resonó, dura, como una sentencia.

Intenté mantener la calma, pero mis manos temblaban.

—Ese hijo es mío. Yo me haré cargo. Yo voy a cuidar de él… —murmuré.

—No es solo tuyo. Quiero saber: ¿fue Stefano o Alessandro? ¿Cuál de los dos fue capaz de hacerte esto?

—¡Vicenzo, basta! —intervino mi madre, defendiéndome.

Mi padre se alejó, pero dejó la amenaza en el aire.

—Cuando tu vientre crezca, me lo vas a contar. De lo contrario… lo averiguaré a mi manera.

Salió. Y el silencio que quedó me aplastó.

Mis manos tocaron mi vientre, todavía incrédulas.

Un bebé.

¿Qué iba a ser de mí ahora?

Pero la pregunta que me quemaba por dentro era otra...

¿Y si Alessandro lo descubre… antes de que yo esté lista para contárselo?

Alessandro Ferrari

Escuchar a ese malnacido decir, con todas sus letras, que quería a mi mujer fue el colmo. ¿Cómo se atrevía? Jamás permitiría que Antonela terminara con ese imbécil. Antes de que ella pudiera responder, la rabia y la necesidad de tenerla solo para mí se apoderaron de todo mi cuerpo. Me lancé sobre él y le metí un puñetazo con toda la fuerza que tenía.

Estaba fuera de mí. Ciego de furia. Solo pensaba en destrozarlo, ahí mismo, frente a todos. Pero entonces… ella cayó. Antonela se desmayó.

Fue como si el mundo se detuviera.

El peso de la realidad me golpeó como un puño en el estómago. ¿Qué carajo estaba haciendo?

Corrí hacia ella, desesperado, pero Vicente me detuvo con una fuerza que nunca le había visto antes.

—¡No te atrevas a tocar a mi hermana! ¡Ninguno de ustedes tiene derecho a acercarse a Antonela! —gritó, con los ojos ardiendo.

—Vicente, yo… —intenté explicarme, pero me interrumpió.

—¡Cállate! Ustedes dos actúan como perros rabiosos, y eso la está destruyendo. Ella tiene una familia, y vamos a protegerla de hombres como ustedes.

—Puedes estar furioso conmigo, lo entiendo. Pero no me pidas que me aleje de ella. Eso nunca va a pasar —murmuré, sin apartar la mirada.

Mi padre se acercó. Su rostro cargaba el peso de un legado y el agotamiento de alguien a punto de quebrarse.

—Cuando te entregué el puesto de capo, fue porque creía en tu madurez. Pero tus últimas acciones… —Negó con la cabeza,

decepcionado.

—¿Qué querías que hiciera? ¡Él me provocó! Yo no soy de quedarme callado —respondí, todavía lleno de rabia.

—¿Te provocó? Y tú reaccionaste como un crío. ¿Vas a iniciar una guerra por orgullo? —preguntó Mateo, mirándome como si fuera un desconocido.

—¡No me compares con él! ¡Antonela es mía! ¡Y nadie va a quitármela! —grité, desbordado.

Mi padre fue duro, implacable.

—No ahora. No así. Ese no es el camino, Alessandro.

Pero yo no podía parar. No podía ignorar lo que sentía. No cuando había tanto en juego.

—Voy a buscarla. Aunque eso me cueste la vida —susurré, decidido.

Corrí hacia el estacionamiento con el corazón latiéndome a mil por hora. No me importaban el hospital de la mafia ni sus malditas reglas. Necesitaba verla. Necesitaba saber que estaba bien... y más que eso, necesitaba que supiera que aún la amaba.

Pasé por la recepción y vi a Vicenzo y Vicente. Sus miradas me decían que me matarían si pudieran. Pero nada me iba a detener.

—No se molesten en intentar detenerme. Voy a ver a Antonela —gruñí, enfrentándolos mientras seguía caminando.

Recorrí los pasillos hasta llegar a la última puerta del fondo. Y fue entonces cuando la escuché.

—¿Qué voy a hacer? Papá me odia… —decía Antonela en voz baja.

—Todo va a estar bien, hija. Confía en mamá —respondió doña Isa, tratando de calmarla.

—Un hijo lo cambia todo, mamá. Ahora voy a ser madre y…

Me congelé.

—¿Madre? —¿Había entendido mal? No. Lo había escuchado bien.

Empujé la puerta.

Antonela me miró, sorprendida. Tenía los ojos llenos de lágrimas, la expresión frágil. Intentó recomponerse.

—¿Qué haces aquí? —Su voz era frágil y dura al mismo tiempo.

—¿Estás embarazada? —pregunté con la voz temblorosa. El dolor, mezclado con el shock, me desgarraba por dentro.

Doña Isa, al notar la tensión, salió discretamente del cuarto, dejándonos solos.

—Respóndeme, Antonela. ¿Es verdad?

—¡Eso no es asunto tuyo! ¡Tú arruinaste mi vida, Alessandro! ¡Vete, déjame en paz! —estalló.

—¡Claro que es asunto mío! Si ese bebé es mío, entonces…

—¡No es tuyo! Ese bebé solo me tiene a mí. Y así va a seguir.

—Antonela, necesitamos hablar como adultos. No podemos seguir haciéndonos daño así…

—¿No lo entiendes? ¡Ya no te quiero en mi vida! ¡Ya me lastimaste lo suficiente!

—¿Estás segura? Porque si me voy ahora, no pienso volver. —Me acerqué, intentando tocarla, pero retrocedió.

—Segura. Vete, Alessandro. Olvídame. Te vas a casar, tendrás tu familia con otra mujer. Y yo… yo voy a seguir con mi vida.

—¿De verdad quieres que finja que ese hijo no existe? —Mi voz salió en un susurro roto.

—Sí. Porque ese hijo va a crecer sin conocer el caos que tú traes.

Dolió. Más que cualquier herida de guerra. La amaba. Y ahora… estaba siendo borrado de su vida.

No tuve fuerzas para responder. Solo la miré una última vez antes de darme vuelta para salir.

Pero justo antes de cerrar la puerta, escuché cómo su respiración se cortaba... y una frase dicha tan bajito que no era para cualquiera, pero sí lo bastante clara como para perseguirme para siempre:

—Yo todavía te amo... pero no puedo perdonarte.

Stefano Marino

El bastardo de Ferrari actuó como un verdadero cavernícola. Arruinó la fiesta de su propia tía, hizo que Antonela se desmayara y,

por su culpa, terminé en el hospital con puntos en la ceja izquierda. Alessandro se convirtió en algo más que un obstáculo entre ella y yo: era una piedra en mi camino que tenía que quitar antes de que todo se vaya al carajo.

Después de ser atendido, aproveché que todavía estaba en el hospital de la mafia para buscar a Antonela, que había sido llevada tras el desmayo. Estaba preocupado, sí. ¿Será que no se da cuenta de que Alessandro le hace daño? ¿Que todo lo que él representa es dolor y caos? Antonela es el tipo de mujer que merece flores, no espinas.

Desde lejos vi a Vicenzo. Sus ojos estaban oscuros de rabia y su expresión endurecida me hizo apresurar el paso con cautela. Algo muy serio estaba pasando.

—Señor, vine a ver a Antonela —dije, intentando mantener la calma.

—Para mí, ninguno de los dos debería siquiera respirar cerca de mi hija. Está pasando algo muy serio, y voy a descubrir cuál de ustedes dos hizo esta mierda —gruñó, con la voz cargada de veneno.

Tragué en seco y seguí de largo, sin esperar su aprobación. Al entrar en la habitación, vi a Antonela acostada en la cama, con los ojos enrojecidos fijos en el techo, como si estuviera atrapada en una pesadilla. Me acerqué en silencio y toqué su mano con cuidado.

Ella se giró lentamente. Cuando nuestras miradas se encontraron, se desmoronó. Su cuerpo fue invadido por sollozos incontrolables y mi pecho se apretó como si alguien estuviera aplastándome el corazón con ambas manos.

—Antonela, ¿qué pasó? —pregunté, ya sabiendo que nada sería sencillo.

—¡Stefano... perdóname! No quería que las cosas llegaran a este punto... —murmuró, y sentí que el alma se me estremecía—. Sé que Alessandro es un *stronzo*. Actúa por impulso, es un animal… un hombre ciego por su propio ego.

—No tienes que disculparte. La culpa fue mía. Me dejé llevar por los votos de Enzo y Giulia... Pensé que era el momento justo para decirte que te amo. Que quiero una oportunidad para hacerte

feliz. Solo quiero que, antes de rendirte con el amor, lo intentes conmigo. —Toqué su rostro, empapado de lágrimas—. Déjame mostrarte lo que es ser amada de verdad.

—Yo... ¡yo no puedo! No ahora, después de lo que descubrí hoy. No puedo fingir que nada pasó, no quiero ser una mentirosa. Después de aquella noche en la isla… después de caer en los brazos de Alessandro por segunda vez, con esos besos ardientes y mi cuerpo rindiéndose… decidí que tenía que terminar con esto. Le pedí que me olvidara, quería liberarme de todo eso, liberarme de él. Y... —Se llevó la mano temblorosa a su vientre, cerrando los ojos—, estoy embarazada, Stefano.

El piso se abrió bajo mis pies.

—¿Embarazada? —Mi voz salió más baja de lo que imaginé—. ¿Tú... tú vas a quedarte con él? ¿De verdad crees que ese hijo va a cambiar a ese desgraciado?

—¡No! Un hijo no cambia a un hombre como Alessandro. No pienso quedarme con él. Nuestra historia murió en esa isla, porque hasta la estupidez tiene un límite —murmuró, bajando la cabeza con la mirada rota.

Me acerqué más y tomé su rostro entre mis manos.

—Entonces el hijo no es el problema. Yo me haré cargo de ese niño. Y de su madre también.

—¡No! No puedo hacerte eso. No lo entiendes, Stefano. Alessandro nunca va a dejarme en paz. Es peligroso, posesivo. Si tú intentas hacerte cargo de mí con su hijo en el vientre... vas a traer el infierno a tu vida.

—¡No me importa! ¿Crees que me importan las consecuencias? Yo te quiero, Antonela. No me interesa si estás embarazada de otro. ¡Te amo tanto que aceptaría criar a ese niño como si fuera mío!

—¡Tú no puedes hacerte cargo de la familia de otro! Ya avergoncé bastante a la mía. Si acepto llevar tu apellido, voy a causar otro escándalo. ¡Alessandro va a enloquecer! Lo nuestro es enfermizo, Stefano. Y, en el fondo... él sabe que ese hijo es suyo.

—¿Y qué importa si lo sabe? Yo me haré cargo de ese niño. Me haré cargo de ti —insistí, tratando de retenerla ahí, en ese instante, en ese momento en que todavía parecía posible.

—Stefano, te juro que quería decir que sí. Estaba dispuesta... pero ahora las cosas cambiaron —dijo, apartando mi mano, matando toda esperanza que yo intentaba salvar.

Guardé silencio por un momento. Una pausa larga y dolorosa, como un duelo.

—Entendido. Las cosas cambiaron —murmuré, dando un paso atrás.

Me di vuelta y caminé hacia la puerta. Pero antes de salir, dejé algo claro:

—Voy a resolver esto, Antonela. Aunque tenga que jugar con las mismas armas que él.

Salí sin mirar atrás. Pero por dentro, se había declarado una guerra.

No iba a perder a esa mujer. No frente a Alessandro. No mientras me quedaran fuerzas para luchar.

Capítulo 10
Alessandro Martini

Mi última conversación con Antonela fue un desastre. Se dijeron palabras duras, se abrieron heridas antiguas y quedó claro que todavía estábamos profundamente lastimados el uno con el otro. Eso me hizo ver con claridad cuánto se había destruido nuestra relación. Pero frente a la revelación del embarazo, por más dolorosa que sea nuestra historia, ahora había una vida en juego, y por ese hijo íbamos a tener que encontrar un camino.

Tal vez esta era la oportunidad que Dios me estaba dando para recuperar a la mujer de mi vida. No importa cuánto haya fallado, no podía desperdiciar esto.

Mi padre, por otro lado, quería que regresara a Nápoles. En su cabeza, todo lo que hice fue imperdonable. No olvidaba la forma en que traté a Antonela, ni las guerras que provoqué en nombre de algo que ni siquiera sabía si era amor o obsesión. Y tal vez tenía razón. Si hubiera hecho el pedido como se debe, con honor, con respeto, hoy las cosas serían diferentes.

El mundo se me estaba viniendo abajo. Romero actuaba en las sombras, conspiraba contra mí, había reunido a los consejeros de la Camorra para debilitarme. Y si llegaba a necesitar a la familia Martini... bueno, quizás ya era demasiado tarde. Podrían volverse en mi contra por todo lo que le hice a Antonela.

Pero en medio del caos, solo había una cosa que importaba: ella. Cuidar de ella, cuidar de nuestro hijo. Hablar de nosotros dos era inevitable. No podía regresar a Nápoles sin resolver eso. Estaba dispuesto a todo, incluso a tener una conversación franca con Stefano. Y dejarle claro que tenía que mantenerse lejos de mi mujer.

Fue él quien dio el primer paso. Me llamó para tomar un café en una cantina cerca del hospital de la mafia. Estaba casi seguro de que todavía no sabía del embarazo, pero hoy lo iba a saber. No iba a permitir que siguiera creyendo que tenía algún derecho sobre Antonela.

No quería prolongar esa guerra. Sabía cuánto la exponía. Por eso, actué como un hombre civilizado y me senté frente a él, listo para ponerle fin, de una vez por todas, a lo que fuera que nos mantenía enfrentados.

—Supongo que me llamaste para hablar sobre lo que pasó en el condominio... y sobre tu supuesto pedido de matrimonio a Antonela. Es un tema que necesita aclararse, porque...

—Tienes razón —me interrumpió, con la voz firme y fría—. Y tiene que resolverse porque Antonela está embarazada... de mi hijo.

Las palabras cayeron sobre mí como una bomba.

Quedé paralizado. Quería responder, gritar que era mentira, que estaba mintiendo. Pero no pude decir ni una palabra. Aquella revelación fue un golpe certero, me dejó sin aire.

—¿Tu hijo? —susurré, incrédulo.

—Sí. Sé todo lo que pasó entre ustedes. Te comportaste como un mocoso. Te acostaste con ella y después la dejaste sola. Pero yo estuve ahí. Tenemos una historia. Y de ese reencuentro nació un hijo. Vamos a casarnos, Alessandro. Vamos a criar a ese hijo juntos. Acepta que perdiste.

Se levantó y me lanzó una última mirada de superioridad.

—No intentes crear nuevos conflictos. Nadie necesita saber lo que hubo entre ustedes. Ya no tenemos nada más que hablar.

Y se fue.

Me quedé ahí, estático, intentando procesarlo todo. Sabía que había cometido errores graves. Sí, la herí. Pero que ella... que se acostara con otro hombre fue como una sentencia de muerte. Como si quisiera castigarme de forma definitiva. Como si su venganza estuviera completa.

Por más que mi corazón gritara que fuera a buscarla, que la enfrentara, que le dijera todo lo que tenía atorado en la garganta, sabía que no tenía ese derecho. Fue su elección. Y dar un paso atrás... tal vez fuera lo único sensato que podía hacer.

Pero dentro de mí, algo empezó a arder. Una rabia asfixiante. Un celo enfermizo. Un instinto posesivo que se negaba a aceptar que ya no era mía. Necesitaba verla, decir lo que tenía que decir, terminar con todo de una vez por todas.

Manejé hasta el hospital. Antonela todavía estaba en observación. Cuando entré en la habitación, se sobresaltó al verme. Se sentó en la cama, con el rostro lleno de rabia.

—Pensé que nuestra conversación de ayer había dejado todo claro. Pero al parecer eres más insistente de lo que pensaba —disparó.

—Solo necesitaba mirarte a la cara una última vez antes de seguir adelante. Qué idiota fui —dije con desprecio, y ella se sorprendió por mi tono.

—¿De qué estás hablando? En realidad, no me interesa lo que pasa por esa cabeza enferma tuya —gruñó, levantándose.

—¿No te interesa? Tiraste a la basura todo lo que vivimos. Espero que estés satisfecha —grité.

—¡Lárgate de aquí! No quiero volver a verte —gritó, empujándome.

—¡Me voy, claro que sí! ¡Pero qué bueno que vas a ser feliz con tu hijito! Qué idiota fui al creer en una mujer como tú. Cínica, falsa. Juegas con los sentimientos de los demás como si fueran fichas de un juego —vociferé.

Ella empezó a llorar, pero su rabia era más fuerte.

—¡Lárgate ya! Voy a ser feliz con mi hijo. Contigo o sin ti.

Abrió la puerta, temblando de rabia.

La miré una última vez antes de salir, sintiendo que era el fin de todo. Pero aún quedaba una última jugada que debía hacer. Romero no iba a ganar. Y yo no iba a casarme con su hija.

Tomé el celular y llamé a Greta.

—¿Alessandro? —su voz sonó sorprendida.

—Greta... aquella conversación nuestra sobre el matrimonio. ¿Todavía estás dispuesta?

—¡Por supuesto! Es lo que más deseo en la vida —respondió, emocionada.

—Voy camino a Nápoles. Tengo asuntos que resolver. En una semana volveré para hablar con tus padres y formalizar nuestra unión. Espérame —dije con frialdad, y colgué.

Pero por más que eligiera a Greta como mi esposa, por más que intentara seguir adelante, nada en este mundo me haría olvidar

a Antonela.

Ella destruyó mis sentimientos. Y eso... eso lo cambió todo dentro de mí.

En el fondo, lo sabía: casarme con Greta no era un nuevo comienzo, era venganza. Una forma patética de intentar apagar el fuego que Antonela encendió y nunca dejó extinguirse. Y aunque subiera al altar con otra mujer, el nombre que resonaría en mi mente en el momento de los votos sería siempre el mismo.

Antonela.

Greta Marino

Confieso que no esperaba la llamada de Alessandro. Para mí, él era un caso perdido, completamente ciego por Antonela Martini. Pero, de alguna forma, todo cambió. Tal vez ella aceptó la propuesta de matrimonio de mi hermano, quien insiste en decir que está enamorado y dispuesto a quedarse con ella.

Obviamente, yo jamás aceptaría a esa mujer en mi familia. Para mí, siempre fue falsa, cínica y manipuladora. Pero lo que realmente importaba ahora era que se mantuviera lejos de mi hombre. Alessandro era mío, y nadie iba a quitármelo.

Imagínalo... mi vida al lado del hombre más deseado de la mafia. Alessandro era el tipo de hombre que hacía que todas las mujeres perdieran el aliento… y la cabeza. Y yo tuve la suerte de conquistarlo. ¿Suerte… o estrategia? Y no voy a permitir que nada ni nadie interfiera en eso.

Stefano comentó que Antonela había sido dada de alta del hospital. Aproveché la oportunidad para visitarla. No quería dejar dudas ni abrirle espacio para que se metiera en mi relación. Pensé que rechazaría verme, al fin y al cabo, nunca nos soportamos, pero para mi sorpresa, pidió que subiera a su cuarto. Quería una conversación... sin interrupciones.

Cuando entré en la habitación, su imagen me impactó. Antonela estaba pálida, con profundas ojeras y la mirada perdida. Se veía abatida, débil. Tal vez nuestra charla sería la gota que colmaría

el vaso y la empujaría al colapso emocional. Pero, ¿sinceramente? No me importaba. Fui con un objetivo, y nada iba a hacer que perdiera el enfoque.

—Greta, me sorprendió cuando mamá dijo que querías verme —dijo con voz baja, sentándose en la cama.

—Vaya... estás hecha un desastre —le solté, sin el menor tacto.

—¿Viniste solo para eso? —respondió ella, tratando de mantener la compostura.

—No. Vine a avisarte que Alessandro me llamó. Nos vamos a casar. Me pareció justo decírtelo en persona, para que no queden malentendidos —hablé, y vi cómo su cuerpo se estremecía.

Trató de disimular, pero lo noté. El impacto, el dolor... estaban marcados en cada rasgo de su rostro. Antonela tragó saliva, con los ojos llenándose de lágrimas, pero se negó a mostrar debilidad.

—Me alegra que hayan decidido dar ese paso —murmuró, con la voz entrecortada.

—Antonela, entiéndelo de una buena vez: tus oportunidades se acabaron. No hagas el ridículo. Deja de correr detrás de alguien que ya no te pertenece. Ese hombre es mío —le dije, poniéndome de pie —. Eso era todo lo que tenía que decirte. Espero que te mejores... y que algún día encuentres a alguien que de verdad te ame —terminé, con una sonrisa irónica en los labios.

Me di la vuelta y salí del cuarto con la certeza de que había ganado. Que ella, por fin, entendería cuál era su lugar.

Antonela Martini

La visita de Greta destrozó aún más lo que quedaba de mi corazón. Escuchar de su boca que se casaría con Alessandro fue como recibir una sentencia definitiva. Confirmaba lo que ya sabía: él me usó. Nunca me amó. Y ahora eso estaba más claro que nunca.

El hambre había desaparecido, consumida por el miedo, la vergüenza y una soledad que parecía devorarme. Por más que intentara sacarlo de mi mente, una parte de mí, la más ingenua, todavía alimentaba esperanza. La esperanza de que él se

arrepintiera, que volviera, que me tomara entre sus brazos como tantas veces lo hizo. Pero esa fantasía murió hoy. Cuando me dijo que me quedara con mi hijo, solo demostró cuánto desprecia incluso su propia sangre.

Ahora era una madre soltera. Heredera de una de las familias más poderosas de la mafia. La vergüenza de mi padre. Esos eran los únicos títulos que me quedaban. Ya no tenía fuerzas para luchar ni razones para creer. Llorar era lo único que podía hacer. Llorar hasta que el alma sangrara.

Los recuerdos me torturaban. Sus besos ardientes, sus caricias intensas, sus susurros roncos al oído. Todo parecía tan real, tan verdadero… y aun así, probablemente no fue más que un juego sucio. Un juego que destruyó mi vida. ¿Fui la mujer más estúpida del mundo por creer en las palabras de un Don Juan?

Y lo peor… era saber que, ahora embarazada, él podría sentirse obligado a quedarse conmigo. Eso sería aún más cruel. Mi padre, impulsivo como siempre, quizás iniciara una guerra por mi honor. Pero vivir al lado de Alessandro solo por compromiso… eso me mataría, poco a poco, hasta que no quedara nada de mí.

Pasaron horas desde que Greta salió de mi habitación, llevándose consigo todo lo que me mantenía de pie. Estaba agotada, vacía. El sueño me había abandonado, y el hambre era un hueco imposible de llenar. Mi único deseo era despertar y descubrir que todo eso no era más que una pesadilla.

Pero la pesadilla solo empeoró.

La opresión en el pecho se intensificó. Sentí una punzada aguda en la parte baja del abdomen, como si algo me desgarrara por dentro. Un calor extraño me recorrió el cuerpo, seguido de un mareo insoportable. Mis dedos se aferraron al borde de las sábanas, intentando sostener una realidad que se me escapaba. La respiración se volvió corta, jadeante, desesperada.

—Ahn… —gemí, encorvada, sujetándome el vientre—. No… por favor, no…

El miedo me paralizó. ¿Y si algo malo le pasaba al bebé? ¿Y si el estrés provocado por la visita de Greta había desencadenado algo grave? El dolor regresó, más fuerte, arrancándome un grito.

—¡Mamá! —grité con la voz temblorosa—. ¡Mamá, ayúdame!

Mis ojos se llenaron de lágrimas mientras me encogía en la cama, sintiendo la agonía desgarrar mi cuerpo y mi mente hundirse en el pánico. Mis manos temblaban. Todo a mi alrededor giraba. Solo podía pensar en mi bebé. No ahora… por favor, no ahora…

La puerta se abrió de golpe, y mi madre apareció con el rostro descompuesto, seguida por Camila.

—¡Antonela! Dios mío, ¿qué está pasando? —Corrió hacia mí.

—La panza… me duele… mucho —alcancé a decir, entre lágrimas y jadeos, intentando respirar.

—¡Hay que llevarla al hospital ya! —gritó Camila, sacando el celular para llamar al médico de la familia.

Sentí unas manos rodeándome, y todo se volvió un borrón. Mi cuerpo frágil fue levantado con cuidado, y las voces a mi alrededor se volvieron lejanas, como si estuviera bajo el agua. Lo único que me quedaba era el miedo a perder a mi bebé… y el arrepentimiento de haber amado a alguien como Alessandro.

En el fondo, incluso entre el dolor, una certeza gritaba dentro de mí: si algo le pasaba a esa criatura, yo no sobreviviría.

[…]

Desperté horas después, en casa, bajo el efecto de la medicación. El médico explicó que se trataba de una crisis nerviosa, agravada por estrés extremo y falta de alimentación. El bebé estaba bien. Pero yo… no. Por dentro, estaba hecha pedazos.

Si hubiera sabido que Alessandro destruiría mi vida de esta manera, habría huido de él antes de enamorarme. No habría luchado por un amor que solo me trajo dolor. Lo único bueno en medio de todo esto… era mi bebé. Por él, enfrentaría al mundo.

Tan perdida estaba en mis pensamientos que no noté la llegada de mi padre. Sentí el colchón hundirse a mi lado y el calor de su mano sobre mi espalda. Su presencia era reconfortante, pero aun así, me sentía abrumada.

—Tu madre me contó lo de la visita de Greta. Dijo que no has parado de llorar desde que se fue, que te sentiste mal y tuvieron que llevarte al hospital —habló con ternura, y eso me rompió el corazón.

—Estoy bien… debe ser solo por las hormonas del embarazo —mentí, secándome las lágrimas con el dorso de la mano.

—Antonela, te conozco desde que eras apenas un puntito en el vientre de tu madre. No trates de engañarme. Te amo, y me duele verte así. Si al menos me dijeras quién es el padre de esta criatura…

—Por favor, papá… no me obligues a hablar de eso —supliqué con la voz temblorosa.

—Hija, quedarte aquí acostada, sin comer, sin ver la luz del día… no te va a ayudar en nada. Tu vientre va a crecer. Y no es justo que yo tenga que fingir que algún desgraciado no te hizo esto —gruñó, tragándose la rabia.

—Sé que es difícil… Pero si sientes vergüenza de mí, solo dame dinero y me voy. Criaré a mi bebé lejos de aquí, sin avergonzar a nadie —susurré, tratando de ocultar el peso de mis palabras.

—Antonela, nunca… nunca te abandonaría. Si no quieres hablar, lo voy a respetar. Pero no pienses que vas a enfrentar esto sola. Si ese bebé no tiene padre, yo lo seré. Voy a ayudarte. Porque te amo —dijo, envolviéndome entre sus brazos.

—Papá… tengo tanto miedo. Me siento tan sola. Duele tanto… Quisiera ser fuerte, pero no puedo —murmuré, llorando como una niña.

—Si pudiera, arrancaría ese dolor de tu pecho y lo pondría en el mío. Tal vez Dios me esté castigando por todo lo que hice. Verte así me destruye —confesó, con los ojos llenos de lágrimas.

—Perdón… Fui irresponsable. Te puse en una posición horrible. Ahora todos van a hablar de nuestra familia. ¡No quiero que pagues por mi error!

—¿Error? ¿Quién va a hablar de mi hija? Te juro, Antonela, torturo y mato a quien se atreva a levantar la voz contra ti —dijo, sacándome una sonrisa entre lágrimas.

Mi padre siempre me trató como una princesa. Y tal vez por eso fue tan fácil enamorarme de alguien que nunca mereció ni un

fragmento de lo que sentí. Alessandro… ese hombre no tenía corazón. Sabía que lo amaba, sabía del bebé, y aun así… prefirió casarse con otra.

—Papá… gracias por no abandonarme —dije, tocándole el rostro.

—Jamás lo haría, *mia dea*. Ahora ven, tu madre está preocupada y necesitas comer. Ese bebé va a nacer fuerte, igual que su madre —dijo, intentando sacarme una sonrisa.

—No tengo ganas, papá… —me quejé, haciendo un puchero.

—Lo sé. Pero piensa en tu hijo. Él te necesita —insistió, tendiéndome la mano.

Tomé la mano de mi padre. Bajamos juntos y encontré a mi madre, Vicente y Camila sentados a la mesa. Todos ahí… por mí. El olor de mi comida favorita me invadió, y el calor de la familia me envolvió.

—Gracias —susurré, llorando otra vez.

Mi hermano se acercó y me abrazó con fuerza.

—Te amo, y estamos contigo. Siempre. Si decidiste esconder la identidad del padre de tu hijo, es porque aún lo amas y temes las consecuencias. Pero eso no cambia lo que él te hizo. Ese hombre es un cobarde —disparó—. Y si no es lo suficientemente hombre para hacerse cargo, yo sí. Vamos a criar a ese bebé contigo.

Sus palabras me dejaron en silencio. Vicente lo sabía. No necesitó preguntarlo. Sabía que el padre de mi hijo era Alessandro. Pero, como yo, se sentía impotente.

Y aún ahora, después de todo… yo seguía amándolo. Aunque me cambiara por otra, aunque me dejara embarazada y sola… cada vez que mirara a mi hijo, vería a Alessandro. Y eso sería, al mismo tiempo, mi consu elo y mi maldición.

Capítulo 11
Vicenzo Lombardi

Una semana después…

Ya no podía ocultar nada. Mi hija estaba embarazada y, muy pronto, todos lo notarían. El vientre crecería, los rumores comenzarían y el honor de nuestra familia estaría en la mira. El peso de esa verdad me aplastaba, pero ya no había lugar para el silencio. Era momento de actuar.

Reuní a todos en la oficina del Don. El aire estaba denso, cargado de tensión. Cada paso hacia esa sala pesaba como una tonelada. Cuando entré, me encontré con ojos ansiosos, atentos, listos para escuchar, aunque claramente no estaban preparados para lo que iba a decir.

— Somos una familia. Y una familia de verdad permanece unida incluso en medio de las tormentas. Antonela Martini está pasando por algo muy difícil… y mi corazón está hecho pedazos —mi voz se quebró al final, ahogada por un dolor que ya no lograba esconder.

— Me imaginé que algo grave estaba pasando. Mi prima es luz, movimiento, ruido… Pero desde que volvió del hospital, desapareció —dijo Mateo, con la preocupación desbordándose en cada palabra.

— Mi hermana fue engañada, traicionada. Y lo que más me carcome es no saber cuál de esos dos bastardos le hizo esto —soltó Vicente, golpeando la mesa con tanta fuerza que los vasos temblaron.

Su furia era también la mía. Y si pudiera, haría estallar el mundo solo por ver a mi hija sonreír de nuevo.

— ¡Habla de una vez! —exigió Pietro—. No me hagas esperar más. ¿Qué está pasando con Antonela?

Respiré hondo. Decir la verdad en voz alta era como estrellarse contra un muro de dolor.

— Antonela está embarazada.

Silencio. Ese tipo de silencio que precede a una tormenta.

— ¿Qué? —gruñó Lorenzo, con los ojos dilatados por el odio—. ¿Quién le hizo eso?

— No lo sé. Ella se niega a decirlo. Estuvo en Nápoles. Pudo haber sido Alessandro… o Stefano. ¿Cómo voy a juzgar a alguien sin conocer la verdad? ¿Cómo voy a exponer a mi hija? ¿Qué dirán de ella?

— Tienes razón. —Mateo se levantó de golpe, con la rabia ardiendo en sus ojos—. Pero para mí no hay dudas de quién es el padre. Y voy a encargarme de esto.

— ¡Vamos a encargarnos! Aunque uno de ellos muera siendo inocente —afirmó Pietro—. Antonela no volverá a ser víctima de esos desgraciados que juegan con su corazón.

Pietro siempre la vio como su princesa. Cuando eran niños, prometió protegerla de todo. Ahora estaba dispuesto a cumplir esa promesa, aunque eso significara derramar sangre.

El honor de nuestra familia estaba en juego. Pero más que eso, el corazón de mi hija estaba destrozado. Y yo no permitiría que enfrentara esa guerra sola.

Alessandro Ferrari

Una semana después…

Nada en mi vida tenía sentido. Cada pensamiento, cada respiro, cada maldito paso… todo me llevaba de regreso a Antonela.

Su rostro, tan hermoso como destrozado, me perseguía. Esa entrega a Stefano… me destruyó. ¿Cómo podía aceptar que estuviera en los brazos de otro hombre? ¿Cómo podía permitir que se perdiera en algo que no fuera yo?

De vuelta en Nápoles, me dejé hundir. Rabia, confusión, culpa… era como un veneno lento que me carcomía por dentro. La máscara de hombre fuerte se derrumbó. Estaba roto, hecho trizas, una sombra de mí mismo. ¿Tocar fondo? Yo ya había cavado más allá.

Sabía exactamente dónde me equivoqué. Antonela Martini era mi fuerza. Mi rumbo. Mi corazón entero. Sin ella, no había paz. Incluso con el compromiso con Greta, todo era una mentira. Ella jamás sería mi esposa. Porque mi amor, mi alma… siempre serían de Antonela.

Y ahora estaba embarazada. ¿Un error? ¿Un momento de debilidad? Tal vez. Pero, en el fondo, lo sentía: ella todavía me amaba. Lo vi en sus ojos. En nuestros besos. En la forma en que se entregó, como si nada más en el mundo importara. Pero aceptar eso… significaba declarar una guerra. Y yo no sabía si estaba listo para enfrentar a Stefano.

Mi celular vibró.

Mateo. Mierda.

— ¿Primo, pasó algo? —pregunté, sentándome en el sofá, con el corazón golpeando como un tambor.

— Sí pasó. Y no es cualquier cosa. Antonela está embarazada —su voz venía cargada de furia—. ¿Ese hijo es tuyo, Alessandro?

Sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies.

— ¿Cómo podría serlo? Ella está con Stefano, ¿no? Van a casarse...

— ¿De dónde sacaste eso? —interrumpió—. ¿Te acostaste con mi prima o no?

Tragué en seco. La rabia me invadió.

— ¿Por qué importa eso? Está embarazada, pero yo no voy a ser el padre.

— ¡Stronzo!— estalló—. ¿De verdad crees que Antonela es una cualquiera? Nunca lo fue. ¿Crees que se entregaría a otro hombre si todavía te llevara en el corazón? ¿No ves que estás huyendo de la verdad?

El silencio cayó entre nosotros como una bomba.

— Stefano me dijo que estaban juntos. Que iban a ser felices.

— ¿Y le creíste? ¡Por Dios, Alessandro! —Mateo escupía las palabras—. Eres uno de los hombres más peligrosos de la mafia, ¿y te dejas engañar como un niño? Antonela te ama. Y ahora está sola, esperándote.

Aquello me golpeó como un puñetazo.

— Está embarazada… de mi hijo… —murmuré, sintiendo como la culpa me abrumaba—. Si lo hubiera sabido antes...

— Ahora lo sabes. ¿Vas a seguir siendo un cobarde o vas a ser hombre y buscar a la mujer que amas?

No necesité escuchar más.

Colgué. Me levanté, furioso y dolorido. Ella me estaba esperando. Y yo la había dejado sola.

Le pedí a mi guardaespaldas que preparara el jet. Volé por las calles, con el corazón desbocado, su rostro persiguiéndome como un fantasma dulce y cruel.

Y entonces… el impacto.

Un auto negro apareció de la nada y chocó de frente con el mío. Perdí el control. La colisión fue brutal. Otro vehículo, una camioneta, me golpeó de lleno.

Todo giraba. Todo dolía.

Vi siluetas armadas. Disparos. Los hombres de la Camorra aparecieron con Vittorio al frente. Estaban allí para protegerme. Pero yo lo sabía: eso no era casualidad. Era una emboscada.

En medio del caos, solo logré susurrar una cosa:

— Perdóname, Antonela.

Y entonces, todo se oscureció.

Antonela Martini

1 semana después…

Desde la visita de Greta, mi vida perdió el rumbo. Puede parecer una locura, pero todas las noches rezaba, le suplicaba a Dios que Alessandro se quedara conmigo… con nuestro hijo.

Ser madre soltera, aunque estuviera rodeada de riqueza y poder, no sería fácil. Pero había un consuelo silencioso en saber que mi padre jamás permitiría que alguien me arrebatara a esta criatura.

Vicenzo era un ángel. No me dejaba sola ni un segundo. Siempre aparecía con regalos, flores, chocolates, libros. Por las

noches, le hablaba a mi vientre como si el nieto o la nieta ya estuviera en sus brazos.

Esos gestos me desarmaban. Me hacían imaginar… una vida con Alessandro. Nosotros tres. Una familia.

Soñé tanto con nuestra boda, con sus caricias cada noche, con nuestras risas compartidas en la cocina al amanecer. Pero aquí estaba. Sola. Y todo esto… por mi culpa.

Fui yo quien lo alejó. Fui yo quien le dijo que no lo quería. En ese momento, probablemente él creía que Stefano era el padre de mi bebé. Y eso… me rompía el corazón. Porque jamás podría amar a otro hombre como amo a Alessandro.

La tormenta que azotaba la ciudad parecía reflejar la que estallaba dentro de mí. Estaba agotada, hambrienta, emocionalmente destrozada. Solo Camila y doña Isa conocían mi secreto; el resto del mundo aún no podía saberlo.

Después de una siesta que no trajo alivio, bajé las escaleras en busca de algo dulce. Mi bebé pedía azúcar con desesperación. Pero al pasar por el pasillo, me detuve. La voz de mi padre, viniendo del despacho, sonaba tensa, y el tono de tío Enzo me hizo contener la respiración.

— Por lo que entendí… Alessandro está en estado grave.

Sentí que el piso desaparecía bajo mis pies.

— ¿Qué? —preguntó mi padre, visiblemente impactado.

— Sufrió un atentado. La situación en Nápoles se salió de control. Giulia está desesperada. Está entre la vida y la muerte.

El vaso cayó de mis manos y se hizo trizas en el suelo. Pero el ruido me pareció lejano. Lo que estalló dentro de mí fue mucho peor. El corazón se me aceleró, la vista se me nubló. Las piernas se volvieron de gelatina.

Alessandro. Mi Alessandro. Podía morir. Sin saber. Sin saber que iba a ser padre.

Sin pensar, empujé la puerta del despacho y se golpeó con fuerza contra la pared.

Mi padre se levantó, alarmado.

— ¿Antonela? ¿Qué pasa? ¿Es el bebé?

— ¡No me mientas! —mi voz salió como un susurro ronco—. ¿Alessandro va a morir?

El silencio fue aplastante.

— Estás embarazada, hija. No puedes alterarte así —intentó decir, pero lo interrumpí.

— ¡No se lo dije! ¡Él no lo sabe! —Las lágrimas comenzaron a correr antes de que pudiera detenerlas—. ¡Él tiene que saberlo! ¡Nuestro hijo necesita conocer a su padre!

Mi padre me miró como si me viera por primera vez.

— ¿Qué?

— Él es el padre, papá. Alessandro. —El dolor se marcaba en cada palabra—. Lo oculté. Tuve miedo.

— ¡Cazzo! (¡Mierda!) —explotó Vicenzo, golpeando la mesa con la mano—. Que esté muerto de verdad, porque si sobrevive, juro que mataré a ese desgraciado con mis propias manos.

El mundo se detuvo.

— ¡Vicenzo! —intervino el tío Enzo.

— ¡No me pidas calma! ¡Jugó con mi hija! ¿Y ahora va a casarse con otra? ¿Con Greta? ¿Qué clase de hombre hace eso?

— ¡Papá! ¡Él ni siquiera sabe del bebé! ¿Quieres matar al padre de tu nieto?

— Serás otra mujer marcada, Antonela. Una mujer olvidada. Y mi nieto… un bastardo.

Sus palabras cortaron como cuchillas.

— Papá, por favor… solo quiero verlo. Necesito decirle la verdad. Antes de que sea demasiado tarde.

Me arrodillé frente a él. Mis rodillas tocaron el suelo frío, pero lo que dolía era otra cosa. Mi alma suplicaba redención.

Mi madre entró corriendo, con el rostro en pánico.

— ¿Qué está pasando aquí?

— Mamá, por favor… —susurré entre sollozos—. Él puede morir. Y no le conté… que estoy esperando un hijo suyo.

Doña Isa cayó de rodillas a mi lado y me abrazó con fuerza. Lloramos juntas. Las paredes de esa casa nunca habían presenciado tanto dolor.

[…]

Salí corriendo, descalza, con el cabello revuelto, el corazón saliéndose del pecho. Necesitaba ayuda. Tenía que llegar hasta él. Nápoles. Hospital. Alessandro.

Encontré a Elena y le agarré el brazo.

— ¡Ayúdame! ¡Llévame con él! ¡Por favor!

Intentó calmarme, con su voz suave como siempre.

— Está en cirugía. No podemos hacer nada más que rezar.

— Elena… estoy embarazada —las palabras salieron como un grito del alma—. Él tiene que saberlo. Aunque ya no me quiera… tiene derecho a saberlo.

Irina apareció y me rodeó con un abrazo.

— Siéntate, Antonela. Vas a desmayarte.

Mi madre volvió con un vaso de agua en las manos. Me aferré a ella como una niña asustada.

— Mamá, por favor… habla con papá. O con Vicente. Voy a ir con él, con o sin permiso.

— ¿Por qué escondiste esto, mi amor? —me preguntó entre lágrimas.

— Porque no quería obligarlo a nada. No quiero que se quede conmigo por compromiso. Pero tiene que saberlo. Amo a este bebé… y todavía amo a Alessandro.

Ella me abrazó con más fuerza.

En ese momento supe que ya no había vuelta atrás. Enfrentaría al mundo, enfrentaría a mi familia, enfrentaría incluso a la muerte… pero diría la verdad.

Antes de que fuera demasiado tarde.

Capítulo 12
Mateo Martini

La situación de Antonela se volvía cada vez más insostenible. Alessandro aún no conocía toda la verdad: seguía creyendo que el bebé no era suyo. Pero para mí, todo estaba tan claro como el agua: él la amaba. Y cuando supo toda la verdad, no dudó. Estaba dispuesto a enfrentar el infierno si era necesario. Incluso sabiendo el peso que implicaría enfrentarse a Vicenzo y a Vicente Martini.

Ellos estallarían de furia al enterarse de que hubo sexo antes del matrimonio. Yo conocía bien ese tipo de rabia. Theo Bianchi casi me mata cuando descubrió lo que había entre Valentina y yo. La ira de un hombre protector… es un arma silenciosa y letal.

Con ese pensamiento martillándome la cabeza, me dirigí a la casa de mis padres decidido a contar todo. Quería que mi papá fuera directo, que resolviera. Pero antes de que pudiera decir una sola palabra, mi celular vibró.

Vittorio.

Él nunca me llamaba. El presentimiento fue inmediato: algo estaba terriblemente mal.

— ¿Vittorio?

— Mateo... ¡la situación es urgente! —su voz sonaba quebrada —. Alessandro fue atacado. Esta vez fue grave. Lo están operando ahora mismo. No sabemos si va a sobrevivir.

Todo a mi alrededor se detuvo.

— Controla la situación —respondí, tratando de mantener la calma—. Salgo para Nápoles ahora.

Colgué.

Entré a la sala como un huracán. Mi padre, Enzo, mi madre y Elena estaban conversando tranquilamente, pero al ver mi cara, el ambiente cambió de inmediato. La tensión llenó el aire en cuestión de segundos.

— Papá... necesito tu ayuda. Ahora —mi voz era firme, aunque por dentro todo se venía abajo.

— ¿Qué pasó, Mateo? —preguntó mi madre, con el rostro ya teñido de preocupación.

— Mamá... Alessandro sufrió un atentado. Está entre la vida y la muerte —solté, sintiendo el peso aplastarme el pecho.

— ¿¡Qué!? ¡Mio Dio!— gritó ella, tambaleándose hasta Enzo—. ¡Llévame a Nápoles ahora! ¡Es mi sobrino!

— ¡Calma! —interrumpí—. La situación es crítica y necesito que me escuchen con atención. Antonela está embarazada. Y Alessandro es el padre.

El silencio cayó como un rayo.

— ¿Qué mierda es esta? —gruñó mi padre, poniéndose de pie —. ¡Vicenzo va a matar a Alessandro si sobrevive!

— ¡Por favor! —insistí—. Me voy a llevar a Nela a Nápoles. Necesita ver a Alessandro. Tiene que decírselo en persona. Solo les pido... ayuda.

Me alejé, intentando entender la locura que se estaba desatando. Pero dentro de mí, una certeza crecía: ellos tenían que estar juntos. Nada más importaba.

[...]

Cuando llegué a la plaza, vi a Antonela sentada con las chicas. Tenía el rostro hinchado, los ojos rojos, el cuerpo encorvado por la desesperación. Al verme, corrió hacia mí como si fuera su última esperanza.

— Por favor... solo tú puedes ayudarme —susurró entre lágrimas.

— Ven conmigo. Tenemos que hablar. Ahora —dije, guiándola hacia un lugar más apartado.

— ¿Qué está pasando? No me mientas, Mateo —su voz temblaba.

— La situación en Nápoles está peor de lo que imaginas. Alessandro se alejó de ti por amor. Por protegerte. Puso a un lado su propio dolor para mantenerte a salvo.

— Lo sé —susurró, secándose las lágrimas con rabia—. Pero aun así... eligió a Greta.

— Porque Stefano mintió. Fue a buscar a Alessandro y le dijo que tú estabas embarazada de él. Alessandro le creyó. Fue una trampa para separarlos.

Ella se quedó inmóvil, digiriendo cada palabra.

— ¿Él ya lo sabe? —preguntó, con voz débil.

— Sí. Y venía hacia aquí cuando todo ocurrió. Quería luchar por ti. Por su familia. —Tomé su mano con delicadeza—. Antonela, casi muere por ti. No te rindas ahora. Ve con él. Cásate con él. Estén juntos.

Ella bajó la mirada, y luego tocó su vientre como si buscara fuerza en el bebé que crecía dentro.

— Voy a ir —dijo al fin—. Necesito mirarlo a los ojos y decirle que va a ser papá. Y que todavía lo amo... con cada parte de mí.

Sonreí. Porque, en ese momento, lo supe: el amor entre ellos era más fuerte que cualquier arma, cualquier odio, cualquier mentira.

Solo necesitaban… sobrevivir.

Alessandro Ferrari

La primera cosa que sentí al intentar abrir los ojos fue el olor fuerte del éter: penetrante, frío, cortante. Mi cabeza pesaba como si estuviera hecha de cemento mojado. Pensar requería un esfuerzo inmenso. Todo era lento, borroso. Intenté abrir los ojos, pero la luz blanca me golpeó como una navaja. Parpadeé, frustrado, mientras cada músculo de mi cuerpo gritaba de dolor.

El pitido insistente de la máquina al lado de la cama me recordaba una cosa: seguía vivo. Y eso, por más irónico que pareciera, me daba esperanza. Esperanza de poder volver con ella. Decirle cuánto la amo. Rogarle perdón por haberla dejado. Por haberla dejado embarazada y sola.

La garganta me ardía. Cada intento de tragar era como pasarme vidrios rotos por dentro. El dolor en el cuerpo era

insoportable, pero lo que más dolía… era lo que había perdido.

Poco a poco, mi visión se aclaró. Todo a mi alrededor era blanco: el techo, las paredes, las sábanas. Estéril. Helado. El tipo de lugar que debería curar, pero que solo me recordaba cuán destrozado estaba. Intenté mover la pierna, y una descarga recorrió mi cuerpo. El brazo izquierdo estaba vendado. Una gasa cubría un corte profundo en el abdomen.

Pero nada de eso importaba.

Lo que realmente importaba era Antonela.

Ella estaba sola. Embarazada. Y yo la había dejado.

Intenté incorporarme. Necesitaba verla, decirle que todo había sido un error. Que Stefano mintió, que yo fui un imbécil. Pero antes de que pudiera moverme, la puerta se abrió de golpe.

Mi padre entró, con los ojos bien abiertos.

— No te levantes. Voy a llamar al médico —dijo con voz firme, aunque llena de miedo.

— ¡No! Necesito salir de aquí. Ahora —mi voz salió débil, pero desesperada—. Antonela me necesita.

Se acercó, serio.

— ¿Cómo tuviste el descaro? —dijo entre dientes—. Te acostaste con la hija de Vicenzo y la dejaste embarazada. Te pedí que te comportaras como un hombre, Alessandro. Pero actuaste como un mocoso. Ahora él quiere tu cabeza. Y sinceramente… lo entiendo.

Sus palabras me golpearon como puños. Quise negarlo. Pero no podía.

— Papá… le prometí que me casaría con ella. Pero todo salió mal. —Sentí que se me formaba un nudo en la garganta—. Romero lo planeó todo. Stefano mintió. Me dijo que el bebé era suyo y me ordenó mantenerme lejos. Y yo… yo le hice caso. Me fui.

— Eres un stronzo— gruñó—. ¿Qué crees que es Antonela? ¿Una cualquiera? Ella te ama. Ese brillo en los ojos… solo aparece cuando te mira a ti.

— ¡Lo sé! —grité, sintiendo las lágrimas arder—. Pero la rechacé. Le dije que criara al hijo sola. Y ahora… tal vez ya lo perdí todo.

Guardó silencio por un momento. Se pasó la mano por el cabello, tenso.

— Tu madre… está medicada. Casi colapsa cuando supo del atentado. Pero va a estar bien. En cuanto a Antonela… escuchó todo. La conversación entre Enzo y Vicenzo. Ella reveló que tú eres el padre. Pero no puede acercarse a ti. Su papá está fuera de sí.

Salió antes de que pudiera decir algo. Y me quedé ahí, mirando el techo blanco, con el pecho en llamas y el corazón hecho pedazos.

Poco después, Vittorio entró.

— Estuviste a punto de morir, Alessandro —dijo, acercándose con una mirada cargada de preocupación.

— Lo sé —murmuré—. Pero lo que de verdad me está matando es haber alejado a la mujer que amo.

— Entonces arréglalo. Lucha por ella. Antonela todavía te ama, de eso estoy seguro.

Miré a mi hermano. Mi amigo. El hombre que nunca soltó mi mano.

Y en ese instante, aunque sangrando, aunque roto, lo supe: no importa cuántas balas me alcancen. Voy a luchar. Voy a ir tras ella. Y voy a reconquistar el corazón de la mujer que dejé ir.

Antonela Martini

Por más que mi corazón sangrara con todo lo que Alessandro me había dicho, no podía permitir que el dolor me consumiera al punto de alejarlo de la vida de nuestro hijo. Aunque nunca estuviéramos juntos, él tenía derecho a saber. A estar presente. A ser padre.

Stefano no podía ocupar ese lugar. Aceptarlo solo traería más conflictos. Más mentiras. Más destrucción.

Decidí ir a Nápoles. Sabía los riesgos, las heridas aún abiertas entre nosotros, pero necesitaba intentarlo. Un acuerdo, una tregua. Tal vez un comienzo, aunque fuera del modo más difícil. Sabía lo que él enfrentaba: guerras, traiciones, hombres que se decían aliados

pero afilaban los cuchillos a sus espaldas. Ser el capo de la Camorra era vivir rodeado de enemigos camuflados.

Tal vez lo mejor, por el bien de nuestro hijo, fuera un matrimonio. Aunque fuera de fachada. Aunque solo sirviera para garantizar protección y estabilidad. Ser madre soltera en esta ciudad no era solo difícil: era peligroso.

El viaje a Nápoles fue una tortura emocional. Cada kilómetro me arrancaba un pedazo de lo que había idealizado. Pero, al mismo tiempo, me acercaba a la única verdad que ya no podía negar: lo amaba. Y amar a Alessandro era la peor de las torturas. Me consumía, me hacía desearlo todo… y aun así, siempre dejaba heridas.

Al llegar al hospital, mi corazón latía tan fuerte que parecía que iba a explotar. Respiré hondo. Tenía un propósito. Y necesitaba ser fuerte.

Mateo me acompañó en silencio hasta la habitación. Cuando entré, Alessandro estaba acostado. Vendaje en la cabeza. Cabestrillo en el brazo. Herido… pero vivo. Y aun así, al verme, intentó incorporarse. Mi reacción fue inmediata.

— ¡Espera! No te esfuerces. —Corrí hacia él, sosteniéndolo del hombro.

— Creo que ustedes necesitan hablar —dijo Mateo, mirando a Vittorio—. Vamos a darles espacio.

Apenas salieron, el silencio cayó sobre nosotros como un peso.

Me acerqué. Me senté despacio. Nuestras miradas se encontraron. Y todo gritó dentro de mí. Quería llorar. Gritar. Huir. Pero me mantuve firme.

— Antonela, por favor... —empezó él, con la voz ronca, marcada por el dolor.

— No necesitas decir nada —lo interrumpí—. Por lo visto, estás bien.

— Necesito entender. ¿Por qué no me dijiste que el hijo era mío?

— ¿Cuándo lo negué? ¿En qué momento? —mi voz temblaba, pero estaba llena de dolor—. Fuiste al hospital a acusarme, a

lastimarme. Me rechazaste, Alessandro. Dos veces. ¿Cómo esperabas que reaccionara?

— ¡Las dos veces que fui a buscarte había otro hombre de por medio! —replicó—. ¿Cómo crees que me sentí cuando Stefano me llamó para decirme que se iba a casar contigo? ¿Que el hijo era suyo? ¿Que debía dejarte en paz?

— ¿Y le creíste? —grité, con las lágrimas cayendo—. ¿Cómo tuviste el descaro de pensar que él era el padre? ¡Tú fuiste el único hombre que lo tuvo todo de mí!

Respiró hondo, con los ojos enrojecidos.

— Sé que me equivoqué. Pero me vuelvo loco cuando se trata de ti. Te amo tanto que la rabia me ciega. Estos días lejos de ti fueron un infierno. Pensar que lo había perdido todo... me destruyó.

— ¡Mentiroso! —solté, sin filtros—. Dices que me amas, ¡pero al instante siguiente te comprometes con Greta! ¡Ella fue a mi casa a pedirme que aceptara eso! ¿Cómo crees que me sentí? Embarazada, sola, sin esperanzas. Y aun así… intentando proteger a nuestro hijo.

— Estaba destruido, Antonela. Llamé a Greta creyendo que tú estabas con Stefano. Pensé que era lo mejor para todos. Pero... tú estás esperando a mi hijo. Y ahora, más que nunca, te necesito.

Trató de incorporarse, de acercarse. Retrocedí.

— No te esfuerces. Estás herido —dije, respirando hondo—. Si todavía quieres casarte conmigo, con la madre de tu hijo, aquí estoy. Terminemos con esta farsa. Si esperan que el líder de la Camorra tenga una esposa, entonces vamos a hacerlo oficial. Yo soy una Martini.

Me miró, sorprendido.

— Antonela, ¿todavía estás dolida conmigo?

— Sí. Y por eso quiero dejarlo claro: este matrimonio será solo por nuestro hijo. No quiero ninguna otra relación. Yo seré madre. Tú serás padre. Y nada más.

El dolor en sus ojos fue como una cuchilla silenciosa.

— ¿Estás segura? ¿Vas a comenzar todo esto con resentimiento y distancia?

— Tú tuviste tu oportunidad. Me rechazaste. Ahora me toca a mí.

— Está bien. Si así tiene que ser… lo acepto —asintió, en silencio. Luego, con una caricia suave en mi rostro, agregó—: Pero voy a intentar reconquistarte. Lo juro por Dios, todavía te amo.

Retiré su mano con cuidado, con el corazón hecho pedazos.

— Conquístame, Alessandro. Si puedes. —Lo miré a los ojos, firme—. Pero debes saber que mi corazón está cerrado. Y tal vez nunca vuelva a abrirse.

Capítulo 13
Alessandro Ferrari

Escuchar a Antonela decir que nuestro matrimonio sería solo por conveniencia me partió el corazón en mil pedazos. Ya sabía cuán estúpido había sido, pero oírlo de ella, de los labios que tanto amaba, me hizo sentir el peso real de mis errores. Había perdido a la mujer de mi vida de una forma que jamás imaginé.

Ella estaba decidida a alejarse. A levantar un muro entre nosotros que, para mí, nunca debió existir. Creí que, alejándola, la estaría protegiendo del caos que es mi vida, pero ahora lo veía con claridad: solo la había lastimado.

Crecimos juntos. Estábamos hechos el uno para el otro. En el fondo, siempre creí que terminaríamos juntos. Pero, en la primera oportunidad de demostrarlo, me dejé dominar por el miedo, los celos y el orgullo. Y lo arruiné todo.

Antonela había aceptado la propuesta de matrimonio. Pero no por amor, sino por obligación. Por nuestro hijo. Entre nosotros había una grieta que parecía irreparable. Y eso me estaba consumiendo.

— Antonela, todavía te amo. Sé que tal vez nunca me perdones por todas las mierdas que hice, pero...

Ella me interrumpió, con el dolor reflejado en la mirada.

— ¿Tienes idea de cuántas veces lo intenté? Dejé mi casa, mi ciudad, me entregué a ti como una cualquiera. Fui tan inmadura, tan idiota, que empezaste a verme como una mujer fácil. Le creíste a Stefano, a Gael… y ni siquiera me diste la oportunidad de explicarte.

La rabia en su voz fue como un golpe en el estómago. Me levanté con dificultad, tambaleándome hasta ella, con los ojos llenos de lágrimas.

— Vuelve a la cama. Estás pálido. Débil. Tu accidente fue grave —dijo, ayudándome con cuidado.

Pero no quería esperar. Necesitaba respuestas.

— ¿Cómo va a funcionar este acuerdo entre nosotros, Antonela? —pregunté, sujetándola de la cintura, ignorando el dolor

que palpitaba en mi cuerpo.

— Tú busca un lugar para que vivamos. Dos habitaciones separadas. Sin caricias, sin besos… sin sexo. —Su voz titubeó, pero sus palabras fueron firmes.

— ¿Estás diciendo que vamos a vivir como dos extraños? ¿Que puedo acostarme con otras mujeres?

— ¿Y yo? ¿También podré hacer lo mismo? —devolvió ella, desafiándome.

— ¡NUNCA! —grité, sintiendo la sangre hervir—. Esto no va a funcionar. No puedo vivir sin ti. Yo… yo sé que te fallé, Antonela. Pero...

— Por más que esté embarazada, quiero que sepas: mi papá va a hacer lo que yo diga. Este matrimonio va a hacerse a mi manera —afirmó, con una firmeza de acero.

Ella era una Martini. Y yo sabía bien lo que eso significaba: orgullo, honor, control.

— Está bien. Acepto tus condiciones —dije, respirando hondo —. Pero quiero que sepas: voy a luchar por nosotros. Por ti. Por nuestro amor.

Toqué su rostro. Quería que viera la sinceridad en mi mirada. Necesitaba que creyera en mí.

— Vuelve a la cama. Necesitas descansar —murmuró, con la voz más suave, aunque sin ceder.

— ¿Puedo hablar con nuestro hijo antes?

Ella dudó, pero no respondió. Con esfuerzo, me arrodillé frente a ella y toqué su vientre. Sentí cómo Antonela se estremecía.

— ¡Alessandro, basta! ¡Vas a lastimarte! —advirtió, pero la ignoré.

Besé su vientre, con lágrimas en los ojos.

— Hijo… ¿puedes perdonarme? Fui un imbécil por dejarlos a ti y a tu mamá. Pero juro por Dios que voy a protegerlos. Los amo más que a nada.

Ella se agachó, quedando a mi altura. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

— ¿Cambiaste recién ahora solo porque estoy embarazada? ¿Dónde estaba ese amor antes, cuando me humillaste? —susurró,

rota.

— Lo sé… fui un monstruo. Me perdí sin ti. Le pedí a Dios que ese bebé fuera mío. Te juro, Antonela… hasta pensé en secuestrarte, embarazada. No me habría importado si fuera hijo de otro. Solo quería tenerte a ti.

Ella no dijo nada. Pero lo sabía. En el fondo, sentía lo mismo. Solo estaba tratando de protegerse. De mí.

Tiré de su cuerpo con la poca fuerza que me quedaba, haciéndola recostarse conmigo. Se resistió, pero terminó cediendo, apoyando la cabeza sobre mi pecho. La rodeé con ternura, prometiendo en silencio: nadie más va a lastimarte. Ni siquiera yo.

Antonela Martini

Sería una locura quedarme a su lado. Lo sabía. Pero, ante esa situación, ¿cómo iba a dejarlo solo?

Los dos íbamos a tener un hijo. Y, por más que intentara mantenerme firme, en algún momento iba a ceder. Iba a ceder ante el hombre que no salía de mi mente, porque ese deseo, ese amor, ya no podían seguir siendo ignorados.

Cuando Alessandro se quedó dormido, me levanté a toda prisa.

El hambre me devoraba desde que supe que estaba embarazada. Ese bebé, aún tan pequeño, ya le daba sentido a todo. Era fruto de nuestro amor. De Alessandro y mío.

[…]

En la cafetería del hospital, nada se veía apetitoso. Extrañé el cariño de doña Isa. Ella siempre se esmeraba en prepararme mis platos favoritos, convencida de que su futuro bisnieto era demasiado exigente.

Después de un croissant seco y un jugo de naranja aguado, volví corriendo.

No quería estar lejos de él. Ni por un segundo. Ya le había dicho a Mateo que no iba a volver a Sicilia. Mi decisión estaba

tomada: me quedaría con Alessandro. Y nada ni nadie me haría cambiar de idea.

En el pasillo, me detuve de golpe.

Frente a la puerta de la habitación estaban Gael… y un hombre que nunca había visto. Pero por su postura y la forma en que hablaba con Gael, mi instinto gritó: era él. El hombre detrás del intento de destruir a Alessandro.

— ¿Antonela? —Gael arqueó una ceja con esa sonrisa irritante —. ¿Viniste a visitar a Alessandro también?

— Estoy a su lado —dejé claro, sin titubear.

Se rió.

— Entiendo... Entonces déjame presentarte a mi padre. Vinimos a ver a nuestro capo.

— Antonela Martini, él es Romero.

Romero extendió la mano con una sonrisa cínica. Un escalofrío me recorrió la espalda.

— Es un placer conocer a una Martini.

— El placer es mío —mentí, tocando su mano con repulsión—. Vamos a entrar —dije firme, abriendo la puerta.

Alessandro se sentó de inmediato al ver quiénes eran, ignorando sus heridas. Sus ojos encontraron los míos. No necesitábamos palabras. Estaba dispuesto a todo para protegerme. Incluso con el cuerpo lastimado.

Con dificultad, se colocó frente a mí.

— Quédate detrás de mí —murmuró con firmeza.

Y le obedecí.

El ambiente se volvía más denso. La tensión era cortante. La rivalidad entre ellos era un veneno esparciéndose.

— Alessandro —dijo Romero—, me alegra que estés bien. Estamos haciendo todo lo posible para descubrir quién te hizo esto.

— No te preocupes —gruñó Alessandro—. Yo lo voy a descubrir. Y esa persona va a pagar caro.

— Estamos a tu disposición para ayudar —agregó Gael, intentando sonar servicial.

— No necesito tu compasión —replicó Alessandro, con una furia que no le veía desde hacía mucho—. Esto es asunto mío. Nadie

va a convertirme en víctima.

Me acerqué, angustiada.

— Alessandro, no deberías estar de pie...

— Estoy bien, Antonela —respondió, sin apartar la mirada de Gael.

Entonces Romero lanzó una bomba.

— ¿Sabías que Greta Marino ya estaba enterada de tu accidente? Me sorprendió saber que estás comprometido. Pensé que... sería con mi hija.

La risa de Alessandro fue inesperada. Rompió el silencio como una chispa.

— ¿De verdad pensaste que elegiría a tu hija? ¿O a Greta? Ninguna de las dos le llega ni a los talones a Antonela.

Gael abrió los ojos como platos.

— ¿Te vas a casar con él, Antonela?

— ¿Cuál es la sorpresa, Gael? —interrumpió Alessandro, con esa mirada letal—. ¿Pensaste que no sabía que jugábamos en el mismo tablero?

No aguanté. Las palabras salieron antes de que pudiera pensarlo.

— Me tocaste contra mi voluntad. Me quedé callada, pero ya no voy a seguir en silencio.

Las lágrimas caían, mezcladas con rabia.

Alessandro se giró, consumido por la furia.

— ¿La tocaste? —Avanzó hacia Gael—. Escucha bien, Gael. No me importa tu apellido ni tu familia. Si la vuelves a tocar, vas a pagar caro.

Lo empujó con fuerza.

— Ahora todos saben que estoy vivo. Pueden irse.

Romero y Gael no dijeron una palabra. Simplemente se fueron.

La habitación quedó en silencio. Pero era un silencio cargado.

Me acerqué a la cama. Alessandro se dejó caer sobre el colchón, exhausto. Aun así, demasiado terco para aceptar ayuda.

Aproveché para provocarlo.

— Qué curioso... Pensé que yo era la "prometida imposible", mientras tú casi te casabas con Greta.

Su sonrisa apareció. Esa maldita sonrisa que hacía que mi corazón se detuviera.

— ¿Son celos? Antonela... Nunca sería feliz con Greta. Sería solo por conveniencia. Pero contigo es diferente.

Me tomó de la mano. Su contacto todavía me provocaba escalofríos.

— Nuestro matrimonio será real. Acepto todas tus condiciones. Pero quiero que sepas algo: te amo. Y eso es lo único que importa.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Sabía que decía la verdad. Habíamos atravesado tormentas, heridas y guerras, pero lo que sentíamos era demasiado fuerte.

— Necesitas descansar. Este día fue demasiado para ti.

— Solo si te quedas aquí conmigo —murmuró, con una sonrisa cansada, pero llena de amor—. Duerme conmigo, Antonela. Estás embarazada. Y yo... te necesito.

No pude responder. Solo con mirarlo, mi corazón ya había dicho que sí. No había forma de luchar contra esto.

Alessandro era mi hogar. Mi destino. Y yo estaba lista para vivir este amor con todo lo que traía: intensidad, riesgos y una pasión imposible de negar.

Gael Lambertini

La rabia hervía dentro de mí, consumiéndolo todo.

No podía ser. No después de la maldita foto que mi padre le mostró a Alessandro. La vio. Lo sabía. ¿Y aun así eligió quedarse con ella?

¿Cómo pudo?

El odio me quemaba como ácido. Antonela era mi elección. Mi plan. Mi objetivo. Y si era necesario, destruiría el mundo entero por tenerla. Alessandro Ferrari no tenía derecho a quitarme lo que era mío.

Salí del hospital con los ojos ardiendo. Cada paso que daba estallaba en furia. Greta me juró que se casaría con él, que eso nos daría ventaja. Mentira. Todo era una maldita mentira. Ese matrimonio con Antonela cambiaba las reglas del juego. Al unirse a

los Martini, los Ferrari ganarían fuerza. Y con eso, perderíamos nuestro as bajo la manga frente a la Cosa Nostra.

Se volverían imparables.

— ¡Maledetto, bastardo, figlio di puttana! —grité, golpeando el volante con tanta fuerza que los puños me latieron de dolor.

— ¡Calma, Gael! —intentó mi padre, con la voz tensa—. Todavía tenemos a Elisa Martini. Es la hermana del Don. Por más que Antonela sea la prima, Elisa es más poderosa, más estratégica. Podemos revertir esta situación.

Pero yo apenas lo escuchaba.

— Voglio distruggere tutto (Quiero destruirlo todo) —gruñí entre dientes—. No quiero alianzas. No quiero alternativas. Quiero venganza.

Y no iba a esperar ni un segundo más.

La sed de poder me cegaba. Me obsesionaba. Ya nada importaba. Ni planes. Ni nombres. Solo la destrucción.

El auto se detuvo en el estacionamiento de la organización. Mi padre bajó en silencio, entendiendo que no había espacio para consejos. Solo, sentí el peso del motor apagándose. Era el sonido de la decisión final.

Tomé el celular. Marqué.

Greta.

Atendió con ese tono pretencioso que me irritaba más de lo habitual.

— ¿Gael Lambertini? Qué sorpresa... —su voz era arrastrada, llena de ironía.

— No deberías estar tan confiada —escupí las palabras—. Mientras tú juegas a fingir que eres su prometida, tu precioso Alessandro está con otra. Antonela Martini. Radiante. Comprometida. Y feliz. O vienes ahora mismo a Nápoles y peleas por él... o lo pierdes para siempre.

El silencio de ella fue todo lo que necesitaba.

No porque esperara su ayuda. Sino porque sabía que la había apuñalado. Greta iba a moverse. Y el caos iba a empezar.

Pero, en el fondo, eso era solo el primer paso.

No importaba si venía o no.

Mi guerra era con Alessandro. Y yo iba a destruirlo.
Eligió mal. Y ahora iba a pagar el precio con todo lo que tenía.
Eso era una promesa. De sangre. De venganza. Y de final.

Capítulo 14
Antonela Martini

Un día después...

Desperté en los brazos de Alessandro.

El calor de su cuerpo contra el mío era reconfortante… y peligroso. Me hacía olvidar todo, quién era, lo que habíamos vivido. Y eso me asustaba.

Intenté salir despacio, zafarme con cuidado, pero él reaccionó antes incluso de abrir los ojos. Me atrajo de nuevo con un gesto protector, posesivo. Como si temiera perderme hasta en sueños. Aparté sus manos de mi cintura, respirando hondo. Necesitaba ir al baño: era el único pensamiento que aún podía mantener claro con él cerca.

Cuando volví, ya estaba sentado, vestido con la ropa del hospital, aún más atractivo que el día anterior. Maldita sea.

Alessandro Ferrari era pecado puro. Y lo sabía.

— ¿Te gusta la vista, amore mio? —preguntó, con esa sonrisa ladeada y provocadora, mordiéndose el labio como si supiera el efecto que tenía en mí.

— ¡No estoy apreciando nada! —murmuré, cruzándome de brazos—. Eres un engreído. Vas a tener que hacer mucho más para reconquistarme. —Sonreí, intentando disimular el hecho de que su mera presencia ya derrumbaba mis defensas.

Él iba a responder, lo veía en sus ojos, pero no tuvo tiempo. La voz cortante de Greta irrumpió en la habitación como una cuchilla.

— ¡Mi prometido, querido! —dijo, con el cinismo de quien no conoce límites, entrando como si fuera dueña del lugar.

Se acercó con ese andar seguro, una sonrisa falsa en los labios, ignorándome por completo. Como si yo no existiera.

Así era como ella jugaba. Siempre.

Alessandro no dudó. Le tomó la mano… y la apartó. Simple. Directo. Pero lleno de significado.

Me quedé en silencio. Observando. Esperando. Quería ver si de verdad era el hombre que decía ser. Si realmente me amaba. O si aún quedaba algo entre ellos.

— No soy tu prometido, Greta —dijo él, con voz dura y mirada firme—. Nunca lo fui.

Ella palideció, pero no retrocedió.

— ¡Tú me llamaste, Alessandro! ¡Dijiste que estaríamos juntos! ¿Qué cambió?

— Todo. —No titubeó—. Fui un idiota. Te dije lo que querías oír, pero mi corazón… siempre le perteneció a Nela. Toda Italia lo sabe.

Quise llorar. Quise reír. Quise saltar a sus brazos. Pero me quedé ahí, inmóvil, tratando de no desmoronarme.

Greta no estaba lista para perder.

— ¿Estás feliz ahora, Antonela? Conseguiste lo que querías, ¿no? Me aseguraste que no interrumpirías mi relación con él y, mírate… Bastó una oportunidad para que corrieras a los brazos de un hombre que nunca fue tuyo.

— Yo no robé nada —respondí con firmeza—. Fuiste tú la que se metió donde no te llamaron.

— ¿De verdad creen que esto va a durar? —escupió Greta, con veneno en la mirada—. La boda del año: Alessandro Ferrari, el capo de la Camorra, y Antonela Martini, la princesita de la Cosa Nostra. ¿Creen que van a vivir felices para siempre?

— Tu veneno no me afecta, Greta —repliqué, acercándome a Alessandro, sintiendo la fuerza que me transmitía incluso en silencio.

Pero ella fue demasiado lejos.

Se acercó a él, tocándole el rostro con una intimidad fingida.

— Alessandro, ¿puede salir un momento? Necesitamos intimidad… gatito.

— ¿Intimidad? —mi voz salió afilada—. ¿Qué clase de intimidad, Greta?

Alessandro alzó la mano, apartándola con asco.

— ¡Basta! —su voz tronó como un rayo—. Si tu objetivo es sembrar más caos, quiero que sepas que perdiste. Amo a Antonela. Voy a quedarme con ella. Y quiero que te vayas. Ahora.

El silencio que siguió fue denso.

Greta, derrotada, respiró hondo… y se marchó. Pero el daño, como siempre, ya estaba hecho.

Me quedé ahí, en silencio, con el sabor amargo de la duda que dejó.

Él se acercó a mí, despacio, queriendo decir algo. Pero fue interrumpido.

La puerta se abrió de golpe. Y mi padre entró.

Sin pensar, empujé a Alessandro. Gritó, sintiendo dolor al presionar la zona herida.

— ¡Mierda! —gruñó, retorciéndose.

— ¡Perdón! —Corrí hacia él, aterrada.

Mi padre lo observaba todo con ojos impasibles. Frío. Calculador. E irritado.

— Buenos días —dijo, seco—. Por lo visto, ustedes decidieron todo por su cuenta. Alessandro… ¿olvidaste las reglas de la mafia? Pensé que eras más disciplinado. Pero parece que decidiste hechizar a mi hija sin siquiera asumir a mi nieto.

La tensión en el aire podía cortarse con un cuchillo. Pero Alessandro no tembló.

— Me equivoqué, Vicenzo. Mi pecado fue el amor. No pude contener mis sentimientos. Pero quiero casarme con Antonela. Siempre quise hacerlo.

— Mmm —bufó mi padre—. No pienses que voy a hacer la vista gorda. Mi hija no va a ser la amante de nadie. O se casa… o se va.

Alessandro lo miró fijo, con más firmeza que nunca.

— Me voy a casar con Antonela en cuanto salga de esta cama. El bebé que espera es mío, y no pienso renunciar a eso, aunque el mundo se venga abajo. Solo no lo hice antes porque Stefano mintió. Dijo que era el padre. Y yo fui tan idiota como para creerle.

Intervine, antes de que explotara otra bomba.

— Papá, por favor… No compliques las cosas. Alessandro y yo vamos a casarnos. Ya lo resolvimos. Y… estoy embarazada. Eso no va a cambiar.

Mi padre volvió a mirar a Alessandro, y aunque no dijo nada, su expresión lo decía todo: todavía no confiaba. Todavía no aceptaba.

Se despidió sin emoción, dejando la tensión flotando en la habitación como una nube espesa.

Miré a Alessandro… y, a pesar de todas las palabras dichas, de todo el amor prometido… las palabras de Greta aún me rondaban la cabeza.

Y, en el fondo, lo sabía: la guerra aún no había terminado.

Alessandro Ferrari

La visita de Vicenzo Martini y Greta Marino temprano en la mañana fue como una cuchilla afilada cortando todo lo que yo estaba intentando reconstruir con Antonela. Él conocía cada detalle de ella. Sabía lo que significaba esa coleta alta, el leve gesto de irritación en sus labios, el silencio que gritaba. Cosas que antes parecían insignificantes ahora dolían. Cada uno de sus gestos era un recordatorio de todo lo que estaba perdiendo.

Quería entender qué estaba mal. Tal vez el veneno de Greta aún seguía corriendo por sus venas. Quería preguntarle, gritarle, exigirle respuestas. Pero el miedo a alejarla por completo me paralizaba. Ella estaba ahí, pero tan distante… y yo, impotente, sin saber cómo alcanzarla otra vez.

Intentaba prepararme el almuerzo, con movimientos bruscos que delataban la rabia contenida. Abría y cerraba los recipientes con fuerza, sin importarle el ruido.

— Antonela, ¿qué pasó? —pregunté, rompiendo el silencio que pesaba entre nosotros como el cemento. Pero mi voz sonó como otra decepción más.

— ¿De verdad no lo sabes? —Me lanzó una mirada afilada—. No tenía ni idea de que tú y Greta fueran tan cercanos. Y lo peor es que sigues justificando tus errores, como si eso cambiara algo.

Tenía lágrimas en los ojos, pero su orgullo no le permitía dejarlas caer.

— Amor… ¿qué hice que consideras una falta de respeto? — pregunté, tratando de entender, pero tropezando con el dolor que ella intentaba esconder.

— ¡Le dijiste a mi padre que no estábamos juntos por culpa de Stefano! —alzó la voz—. ¿Tienes idea de lo que eso provoca? ¡Nunca estuve con Stefano! ¡Tú fuiste el único hombre en mi vida, Alessandro!

Casi gritó. El dolor, expuesto sin filtros, me golpeó de lleno.

— Lo sé, Nela… Pero él me presionó, y yo… no supe cómo reaccionar. Terminé diciendo lo que él quería escuchar. Fue un error. Te fallé —admití, sintiendo esas palabras secas en mi boca.

— ¡Si me conocieras de verdad, sabrías que nada de lo que dice Stefano tiene sentido! —temblaba, con el cuerpo tenso y el corazón visiblemente hecho pedazos.

— Tú me echaste del hospital… dijiste que no querías verme.

— ¡Estaba furiosa! ¡Te saqué esperando que volvieras, que lucharas por mí! —Su voz se quebró, pero no perdió firmeza—. En el fondo, sabías que el hijo era tuyo… ¡y aun así decidiste dejarme!

— ¿Crees que no me destrocé por eso? ¿Que no sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies? —Me levanté de la cama, intentando acercarme. Pero ella dio un paso atrás, como si mi toque la quemara.

— ¡No te atrevas a tocarme! —cortó, firme—. Me voy a casar por mi hijo. Y quiero que eso te quede claro.

Esas palabras dolían más que cualquier herida en el cuerpo.

Salió del cuarto, dejando atrás el rastro de nuestra ruina.

Me quedé ahí, mirando la nada, con el peso de mis errores aplastando mi pecho. La había perdido. Por orgullo, por miedo, por permitir que mentiras y venenos nos separaran. Y ahora… solo quería una oportunidad para arreglarlo todo.

Estaba perdido en esos pensamientos cuando Vittorio entró, con su habitual sonrisa burlona.

— ¿Qué ambiente es este? Parece que alguien murió —dijo, con ese aire sarcástico que siempre me irritaba.

— Ahórrate los chistes. Necesito salir de esta cama. Necesito recuperar a mi mujer.

— Está complicado, ¿eh? Pero ella te ama, hermano. Solo está herida.

— Ojalá tengas razón. Pero sé que no viniste solo a consolarme. ¿Qué averiguaste?

— Romero está en contacto con los Yakuzas. El Maledetto está traicionando a la organización —dijo, serio—. Tenemos algo para incriminarlo, pero todavía no es suficiente.

— Ya no puedo esperar. No voy a permitir que algo le pase a Antonela o a nuestro hijo. —Mi voz tembló, pero la determinación ya crecía en mi pecho—. Ayúdame a acabar con Romero. Ahora es una guerra.

— Vamos a tumbar a cada uno de ellos. Nadie va a escapar.

— Necesito hablar con Vicenzo. Usar su estadía aquí para contarle todo lo que está pasando. Él me odia, y lo entiendo. Pero necesito su ayuda para proteger a su hija.

— Tiene sentido. Antonela está embarazada. Nuestra prioridad ahora es mantenerla a salvo.

— Basta de ocultar cosas. Voy a contarle todo a Vicenzo. Si tengo que morir intentándolo, que así sea. Pero no voy a dejar a mi familia desprotegida.

— Hablé con tu médico. Hoy te dan el alta. Pero… no sé qué va a decidir Antonela. Puede que regrese a Sicilia.

— Ella se va a quedar conmigo. Me voy a casar con ella en cuanto salga de aquí. Nunca más voy a dejarla.

— Vas a necesitar más que promesas para convencerla.

— Se lo voy a demostrar con hechos. No importa lo que pase. Voy a protegerla, a luchar por ella… y asegurarme de que nuestro hijo venga al mundo en paz. Pero primero, Romero va a caer. Eso lo prometo.

Vicenzo Lombardi

La situación en Nápoles estaba más caótica de lo que imaginaba.

Los atentados contra un líder mafioso eran raros, casi sagrados. Un jefe era respetado, temido, reverenciado. Pero Alessandro estaba siendo atacado como si fuera un blanco común, y eso era inaceptable.

Cada ataque contra él encendía una alerta dentro de mí. No confiaba completamente en ese chico… pero algo estaba fuera de lugar. Muy fuera de lugar. Después de hablar con Luigi Ferrari, descubrí la magnitud de los atentados. Los miembros más antiguos de la Camorra no aceptaban la ascensión de un líder joven, aunque competente. Quizás estaban probando sus límites o intentando derribarlo antes de que consolidara su poder.

Pero mi límite era Antonela.

Mi hija estaba en medio de ese caos. Embarazada. Frágil. Vulnerable.

Mi princesita. Mi muñequita. No tenía la fortaleza emocional para enterrarla. No otra vez. No por un juego de poder que no era suyo.

Mi objetivo en Nápoles estaba claro: hablar con Alessandro. Mirarlo a los ojos. Entender hasta dónde podría llegar esta guerra. Y decidir si Antonela debía seguir a su lado o ser llevada de vuelta a la seguridad de nuestra casa.

Aproveché el momento en que Alessandro recibió el alta y lo convoqué a la oficina. Era hora de una conversación franca. Sin rodeos. Sin promesas vacías.

— Alessandro, todavía no estoy conforme contigo —disparé, con la rabia marcando cada palabra—. No puedo olvidar la forma en que trataste a Antonela.

Él me miró con firmeza, pero sin arrogancia. Había algo distinto en su mirada: dolor. Arrepentimiento.

— Entiendo perfectamente tu enojo, Vicenzo —respondió con voz baja, cargada de culpa—. Cuando me presionaron para un matrimonio, mi único objetivo era Antonela. Siempre fue ella. Pero ahora… mira a tu alrededor. Me están cazando como a un animal. No puedo poner un blanco en su espalda. La amo demasiado para eso.

— Entiendo que quieras protegerla —repliqué, respirando profundo—. Pero explícame cómo tuviste el valor de acostarte con ella y luego simplemente darle la espalda.

— ¡No la desprecié! —subió un tono, firme pero aún controlado —. En nuestra realidad, cuando un hombre de la mafia toma a una mujer, es porque planea casarse con ella. Nunca quise dejarla. Pero

las cosas se salieron de control. Primero, Gael la besó, y juro por Dios que se lo haré pagar. Después, Stefano apareció diciendo que era el padre del bebé. Vicenzo… tú eres padre. ¿Imaginas lo que sentí? Fui engañado. Manipulado. Pero estoy aquí ahora. Y haré que cada uno pague por eso.

— ¿Y cómo van a quedar las cosas a partir de ahora? —pregunté, con la preocupación golpeándome como un puñal en el estómago—. No voy a permitir que Antonela siga en medio de esta guerra. Enviaré soldados de la Cosa Nostra para reforzar su seguridad. Y si la situación se vuelve demasiado peligrosa… sacaré a mi hija de Nápoles. Te lo suplico.

— Puedes confiar en mí —habló con convicción—. La voy a proteger con mi vida. Y planeo casarme con ella esta misma semana. Aunque sea solo en papel, para oficializar todo y mostrarle a todos que ella es mi esposa.

Guardé silencio un momento. Evaluando.

Todavía era impulsivo. Pero había verdad en lo que decía. Y, a pesar de todo, mi hija lo amaba. Eso era imposible de ignorar.

— Solo quiero que ella esté segura —finalicé, más calmado pero con el corazón apretado—. Si se va a casar contigo, Alessandro, tendrá mi bendición. Pero debes saber que voy a vigilar cada paso. Y si la vuelves a hacer sufrir… yo mismo te arrancaré el corazón con las manos.

— Me parece bien —asintió sin desviar la mirada.

Quizás, en el fondo, siempre supe que ellos terminarían juntos. Desde el principio, estaba escrito. Y si no podía impedir el destino… al menos podía asegurar que mi hija no enfrentara todo esto sola.

Tendría nuestra protección. La mía… y ahora, la de él.

Capítulo 15
Alessandro Ferrari

Una semana después…

Siempre soñé con casarme con Antonela.

No de la forma tradicional, con lujo y ostentación, sino a nuestra manera. Quería verla vestida de blanco, caminando hacia mí con esa sonrisa que solo ella sabía dar. El mundo entero podría derrumbarse a nuestro alrededor, pero si ella estaba conmigo… yo aguantaría todo.

Antonela era el amor de mi vida. No necesitaba velo bordado ni alfombra roja. Aunque se vistiera con una bolsa de papas, seguiría siendo la mujer más hermosa del mundo. Porque lo que me encantaba era ella, sus ojos azules, el brillo de su sonrisa, la forma en que iluminaba cualquier lugar solo con su presencia.

No había espacio para otra mujer. Ella era mi única elección. Siempre lo fue.

— Hijo… estás tan hermoso —la voz de mi madre me devolvió a la realidad. Me tocó el rostro con su dulzura de siempre.

El traje negro me quedaba como una segunda piel, moldeando mi cuerpo a la perfección. Pero nada en ese día me hacía sentir más completo que estar a punto de casarme con Antonela.

— Mamá… esperé toda mi vida por este momento. Ella es mi sueño. —Sonreí, con el corazón latiendo fuerte en el pecho.

— Lo sé, hijo. Sé que han pasado por muchas cosas, pero el amor gana. Siempre gana. —Sus ojos estaban vidriosos, y tomé su mano con cariño antes de caminar juntos hacia el lugar de la ceremonia.

No había lujo. Nada grandioso. Solo los más cercanos. Quería proteger a Antonela. Nuestra unión no necesitaba aplausos, solo verdad.

Cuando comenzó la música, mi corazón se aceleró. El piano tocaba Total Eclipse of the Heart, y todo a mi alrededor pareció detenerse.

Ella apareció.

Antonela.

Vestido blanco simple, encajes en los bordes, una delicada corona de flores sobre su cabello. Era una visión etérea. Irreal. La mujer más hermosa que había visto.

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

Cuando me acerqué para tomarla de los brazos de Vicenzo, él me sujetó el hombro con firmeza.

— Cuídala, Alessandro. Es lo más valioso que tengo. No la decepciones.

— Jamás —prometí, mirando a sus ojos. Y esa promesa… era sagrada.

El juez inició la ceremonia, pero yo no pude prestar atención a casi nada. Solo podía mirarla a ella. A mi mujer.

— Te amo —susurré cuando nuestras miradas se cruzaron. Y la sonrisa tímida que me dio valió más que mil votos.

Cuando el juez preguntó si era nuestra libre voluntad unirnos, dijimos al unísono:

— ¡Sí!

Ella firmó primero. Luego yo. Y después nuestros testigos: Helena y Mateo. Estábamos casados.

Mi alma finalmente encontró descanso.

Sin esperar un segundo más, tomé a Antonela entre mis brazos. La besé con urgencia, hambre, amor. Ya no importaba el pasado. Solo el ahora.

— Sé que estás dolida, pero voy a luchar por los dos. Haré lo que sea para que confíes en mí de nuevo —dije, con la mirada fija en la de ella.

Ella retrocedió, fría como nunca.

— Todo esto pasó para que conservaras tu puesto… y para que yo no quedara sola con este bebé. —Su voz era fría, cortante.

Sabía que todavía sangraba por dentro. Pero no me iría. No más.

[…]

Venecia.

La ciudad de sus sueños.

Y ahora, estábamos aquí. Solo nosotros dos.

— Antonela, ¿te gustó? —pregunté, intentando romper el hielo entre nosotros.

Ella miró por la ventana, melancólica.

— Siempre soñé con venir aquí… pero no era así como lo imaginaba.

Su tono me destruyó.

Llegamos a la habitación del hotel. Una sola habitación. Una sola cama.

Ella se detuvo en la puerta. Me miró.

— ¿Hiciste esto a propósito? ¿Creíste que así me convencerías?

— No quiero un matrimonio de fachada, Antonela. Te amo. Por eso preparé todo esto. Solo tú y yo. Sin máscaras.

Ella me empujó.

— Siempre elegiste a otras antes que a mí. Nunca fui tu primera opción, Alessandro.

El dolor en sus ojos me partió en dos. Pero ya no podía huir.

— Sí, me equivoqué. Pero ya no permitiré que me alejes. Soy tu esposo ahora. Y no voy a renunciar a nosotros.

Ella temblaba. La rabia y el amor luchando dentro de ella. Pude verlo.

— Duerme en la cama, si eso es lo que quieres. Yo voy a celebrar. Porque hoy… soy un hombre casado —dije antes de alejarme. El corazón pesado, el pecho apretado.

Ella era mía. Pero todavía tenía que reconquistarla.

Y no escatimaré esfuerzos.

Antonela Martini

Cuando Alessandro salió de la habitación y me dejó sola, sentí el corazón apretarse. Yo misma lo había alejado, le decía que se mantuviera lejos… y ahora estaba pagando las consecuencias. Aceptar casarme con él fue una forma mezquina de venganza. Quería demostrar que había superado el desprecio, que ya no sentía nada. Pero era mentira. No había superado nada. No lo había olvidado. Mi corazón aún se aceleraba cada vez que se acercaba. Fingir indiferencia era una estupidez —y yo lo sabía—.

El sol brillaba afuera, el reloj marcaba las dos de la tarde. Quedarme en esa habitación llorando sería autodestructivo. Necesitaba salir, respirar… exhibirme. Antes de venir a Venecia, encargué algunas prendas en una boutique brasileña de trajes de baño. Bikinis diminutos, atrevidos, casi criminales. Una ofensa al pudor. Quería provocar, causar impacto, enloquecer a quien me viera, especialmente a Alessandro.

Si el señor Vicenzo me viera, sería un escándalo seguro. ¿Y Alessandro? Ah, se volvería loco, y eso era exactamente lo que yo quería.

Abrí la maleta y elegí un modelo famoso en Brasil por levantar el trasero como por arte de magia. Tanga rosa fosforescente, con un top mínimo. Anudé las tiras con calma, observando en el espejo el efecto devastador de ese bikini en mi cuerpo. Sexy, provocador, irresistible. Perfecto para hacer que un mafioso perdiera la cabeza.

Solté el cabello, me puse un brillo labial rosa en los labios y me cubrí con un pareo de playa negro de encaje transparente. Sandalias en los pies, una bolsa, y ahí estaba yo: una diosa lista para la guerra, sola en plena luna de miel.

La playa de Lido estaba llena, el verano hacía que Venecia palpitara en colores, en romances. Parejas por todas partes me recordaban que estaba sola… pero no por mucho tiempo, eso esperaba.

Elegí una reposera, me quité el pareo con calma y me recosté bajo el sol. Deseaba que él apareciera. Que enloqueciera. Que me

tomara del cabello, me cargara de vuelta al cuarto y me tirara a la cama como un animal. Siempre hacía eso cuando lo provocaba, y eso era justo lo que yo quería. Que siguiera siendo mi loco posesivo. Que jamás aceptara perderme.

Cerré los ojos por un instante, una lágrima terca se escapó. Cuando sentí una presencia cerca, el corazón me dio un vuelco, pero no era él.

Un hombre alto, rubio, con tatuajes tribales en el brazo y un abdomen definido, se acercó.

— Intenté resistirme… pero estás increíblemente hermosa. Soy David. Si me lo permites, puedo invitarte un trago y conversamos mejor —dijo con una sonrisa atrevida.

Antes de que pudiera responder, una voz ronca, cálida y familiar me erizó la piel.

— Ella no está interesada.

Alessandro.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. Quería negarlo, pero la verdad era otra.

— Disculpe, señor… yo llegué primero —respondió el hombre, intentando mantener la compostura.

— ¿Querida, olvidaste tu anillo en el baño? —preguntó Alessandro con frialdad, sentándose a mi lado y tomando mi mano para deslizar el anillo de nuevo en mi dedo.

Vi la decepción formarse en los ojos de ese tal David.

— ¡Perdóname, amor! —dije con ironía—. Debo haberlo olvidado…

Adoraba ver la furia crecer en los ojos de Alessandro. Si él era fuego, yo quería jugar hasta quemarme.

— Que esto no se repita, principessa. Eres mía —dijo antes de sellar nuestros labios.

David se alejó, entendiendo que no tenía ninguna oportunidad.

— ¿Estás loca? ¿Qué demonios llevas puesto, Antonela? — vociferó en cuanto quedamos a solas—. ¡Deberías tener algo de respeto!

— ¿Respeto? —Solté una risa seca—. Acabamos de casarnos y me dejaste sola en esa habitación. ¿Qué fuiste a hacer? ¿Buscar tu

próxima comida? ¿Alguna puta local para entretenerte?

— No importa si este matrimonio empezó por conveniencia. Nada cambia lo que siento. ¡Te amo, carajo! ¡Eres mía! Y si otro hombre se atreve a tocarte, lo juro… voy a actuar como un verdadero mafioso.

Me sujetó el rostro, nuestros ojos se conectaron.

— Lo que más deseo eres tú. Tu cuerpo, tu boca… perderme en ti. Estoy enloquecido de deseo, y no es por ninguna otra mujer. Es por ti.

Sin esperar respuesta, selló nuestros labios con urgencia. Su lengua pidió permiso y yo cedí. Alessandro era una adicción. Un hombre peligroso, intenso, que me dejaba completamente sin control.

— Alessandro, tú… —intenté hablar, pero él puso un dedo sobre mis labios.

— Basta de peleas, mio cielo. Vamos a nuestra habitación. Ahora.

Tomé su mano. Él se quitó la camisa y me la entregó para que me la pusiera. Caminamos en silencio. La tensión entre nosotros era electrizante.

Mientras esperábamos el ascensor, me pegué a su cuerpo. Quería que el mundo entero lo supiera: él era mío. Y él aprovechó para olerme, besarme el cuello, tocarme. El deseo nos consumía.

Entramos al ascensor. Solos. Sus manos fueron directo a mi cintura, su boca a la mía. Abrí las piernas, dejando que mi sexo rozara su verga dura y palpitante.

Me sujetó la cintura con fuerza. Su mirada hambrienta lo decía todo.

— Me vuelves loco —susurró sin aliento.

Al llegar al hall de entrada, me levantó, me llevó al dormitorio y me tiró sobre la cama. Me arrancó la camiseta, con la mirada ávida escudriñando el diminuto bikini.

— ¿Presumir así? Te voy a dar una lección —gruñó, dándome la vuelta y dejándome boca abajo.

— ¿Y qué piensas hacer? —lo provoqué.

La primera bofetada fue fuerte, arrancándome un gemido. Luego otra, seguida de un mordisco en el trasero.

— Quiero castigarte —murmuró, dándome la vuelta.

Me besó la boca brutalmente, sus manos desatando mi bikini, su lengua explorando mis pechos. Gemí, temblé, me retorcí de placer.

Bajó la boca, succionando mi vientre, hasta llegar a mi sexo, cubierto solo por mi bikini. Desató las cuerdas con los dientes, dejándome completamente expuesta. Y entonces… Su lengua.

— ¡Ah! —gemí con fuerza, agarrándole el pelo—. Dios mío…

— Córrete en mi boca, zorra —ordenó. Y obedecí. Mi cuerpo tembló y me derramé para él.

Se acercó, besándome la boca con mi sabor. Se quitó la ropa, mostrándome ese cuerpo maravilloso, musculoso y delicioso.

Me penetró con cuidado pero con firmeza. Su verga me llenó por completo.

— Ahhh —gemí roncamente.

— Qué caliente que estás… —Me mordió el labio.

Le rasqué la espalda, cambiamos de posición, yo estaba encima, moviéndome con fuerza. Él me abrazó, me besó, me apretó el trasero. Volvimos a conectar, uno frente al otro, sudorosos, hambrientos, nuestros cuerpos apretados, buscando el clímax.

Me giró hacia un lado, apretándome contra su pecho y embistió dentro de mí otra vez, enviándome al límite.

— Dime que vas a acabar —me susurró al oído.

— Voy a… —grité, explotando, mientras él se derramaba dentro de mí.

Me dio la vuelta y me besó como si fuera la última vez.

— Esto es mucho mejor. Sin peleas. Solo nosotros. Puede que no haya salido como lo planeamos, mio cielo, pero lo importante es que estamos juntos. Y esto es solo el principio.

Me besó en la frente. Quise corresponderle, pero el cansancio me venció. Me quedé dormida en los brazos del hombre que me volvía loca.

Capítulo 16
Alessandro Ferrari

Antonela Martini era mi debilidad.

Me desarmaba con una simple mirada. Una mezcla mortal de fuerza y vulnerabilidad, hecha a la medida para destruir cualquier control que yo creyera tener. Cada vez que la veía, la deseaba más. Pero junto con ese deseo venía el miedo de perderla, de caer en una guerra emocional de la que jamás saldría vencedor.

Estaba ahí, desnuda, tendida en mi cama como una maldita visión del pecado. La luz de la mañana acariciaba su piel dorada, su cabello largo extendido sobre la almohada como un marco diseñado para volverme loco. El aroma dulce de sandía mezclado con el olor de las sábanas me dejaba en trance.

Antonela se estiró lentamente, y yo me quedé ahí, inmóvil, hipnotizado.

Cuando se sentó y se frotó los ojos como una niña inocente, me lanzó una sonrisa que hizo que el corazón me doliera y la mente me gritara. Ni siquiera tenía idea del poder que ejercía sobre mí.

— Alessandro... creo que dormí demasiado —dijo con voz ronca, perezosa, sexy.

Quería lanzarme sobre ella, olvidar el mundo y perderme en ese cuerpo, en ese momento. Pero el deber me arrastraba de vuelta. Maldita responsabilidad. Maldita guerra.

— Tienes que comer —dije, tratando de sonar racional. Me levanté antes de cometer el pecado de quedarme.

Pero ni el aroma del café recién hecho lograría alejarme de eso que me consumía por dentro.

El celular vibró.

Vittorio:" Gael está en la ciudad. Si logras una foto de él con los Yakuzas, tenemos todo para tumbar a ese hijo de puta. Cuida de Antonela. Protege lo que es tuyo".

Mierda. El juego había comenzado.

Me giré hacia ella. Aún estaba ahí, demasiado hermosa para mi propio bien.

— Antonela, pide el servicio de habitación. Tengo que resolver algo. No salgas de aquí, ¿entendiste? Espérame.

Le di un beso rápido en la frente. Un toque leve, pero lleno de promesas.

— ¿Alessandro? ¿Vas a dejarme sola? —preguntó con esa inquietud en los ojos.

No lo entendía. Y yo no podía explicárselo.

— Amor, solo confía en mí. Quédate aquí. Es en serio.

Salí con el corazón apretado, los puños cerrados y el alma dividida.

[...]

Llegué a la mansión abandonada y observé todo desde lejos, con la lancha camuflada entre las sombras. Gael y los Yakuzas estaban ahí. Dos mundos colisionando frente a mí.

Click. Click. Las fotos fueron tomadas. Pruebas irrefutables de traición.

Se las envié a Vittorio.

Yo: "Si no regreso, ya sabes qué hacer".

[...]

Pero el verdadero infierno me esperaba en el hotel.

Antonela. La habitación vacía. Ninguna nota. Ningún mensaje.

La sangre se me heló.

Corrí. Subí. Bajé. Revisé cada rincón hasta que escuché su risa. Una risa dulce, familiar. En el restaurante.

Y entonces la vi. A ella. Con él. El mismo hombre de la noche anterior. Reían. Él le tocaba el brazo. Y ahí, en ese instante, algo dentro de mí se rompió.

— ¿Qué está pasando aquí? —rugí, acercándome con ojos de depredador—. Ya te lo advertí: Antonela es mía.

Mi voz retumbó como un trueno.

Ella se levantó, sorprendida y asustada. Intentó hablar. Demasiado tarde.

El hombre también se levantó, queriendo hacerse el héroe.

— No le grites —dijo, atreviéndose a desafiarme.

Fue suficiente.

Me lancé sobre él, mi mano en el cuello del desgraciado. La furia ardía en mis venas. Yo era Alessandro Ferrari. Hijo de la mafia. Un hombre enamorado y peligroso.

— Te lo advertí, Antonela. Te pedí una sola cosa. Una maldita cosa. ¿Y decides provocarme?

— Alessandro, por favor... solo vino a preguntarme la hora... — Lloraba, desesperada con los ojos enrojecidos.

— ¡Tú me dejaste sola! —gritó entre sollozos—. ¡Yo no soy tu posesión!

Tenía razón. Pero en ese momento... yo no era un hombre racional.

— ¡Soy tu maldito esposo! —vociferé, con los ojos clavados en los suyos—. Y nadie, nadie, toca lo que es mío.

El hombre tosía, sangrando. Antonela intentaba apartarme, pero ya no escuchaba nada. Solo existía la rabia. Los celos. El dolor.

— ¿Pensaste en eso antes de provocar una guerra? —gruñí, furioso.

Finalmente lo solté y me volví hacia ella. Mi pecho subía y bajaba, descontrolado.

Ella temblaba. Las lágrimas surcaban su rostro.

Me acerqué, más tranquilo por fuera, pero hecho pedazos por dentro.

— No quiero castigarte, Antonela. Pero soy un hombre en guerra. Y tú... tú eres mi único punto débil.

No dijo nada. Solo me miró como si ya no me reconociera.

Y eso... dolió más que cualquier golpe que me hayan dado en la vida.

Antonela Martini

Alessandro me hizo sentir pequeña. Vacía. Como si no fuera más que una más en su lista de prioridades, y claramente no la primera. Después de una noche en la que mi cuerpo ardió en sus manos, en la que me entregué sin reservas, simplemente me dejó sola en aquella habitación enorme, fría, silenciosa. Sin su presencia. Sin un beso de despedida. Solo el olor de nuestro sexo aún atrapado en las sábanas como recuerdo de lo que había sido.

Podría parecer una tontería, pero mi corazón dolía. Todo lo que quería era su presencia. Hablar. Entender. Amar.

Pero él eligió... a la mafia.

¿Y cómo confiar en las promesas de un hombre rodeado de secretos? Que se escapa entre sombras, jura amor mientras desaparece sin explicar nada. ¿Y si no estaba en ninguna misión? ¿Y si... estaba con otra?

La rabia crecía dentro de mí, alimentada por el silencio, por la ausencia, por la duda.

Decidí bajar al restaurante del hotel. Necesitaba comer. Necesitaba recordarme que todavía existía fuera de él.

El lugar era lujoso, digno de nuestra luna de miel, una lástima que yo estuviera sola. Como si fuera una viuda en medio de una celebración. Mi corazón gritaba por compañía, pero mi cuerpo pedía contención. Estaba embarazada. Ni siquiera podía ceder al deseo de ahogarme en un buen vino.

Perdida en mis pensamientos, apenas noté cuando David se acercó.

— Sabes que estoy casada, David. Y también sabes el tipo de hombre con el que me casé. ¿Aun así insistes en provocarme? — lancé, tratando de mantener la distancia.

Pero él solo sonrió, como si desafiar a Alessandro Ferrari fuera un trofeo.

— No me importa. Él no está aquí. No te merece. Una mujer como tú debería ser adorada, no olvidada —dijo, con ese tono cretino de quien cree en sus propias mentiras.

— Si supieras el tipo de monstruo en el que se convierte Alessandro cuando se siente amenazado, saldrías corriendo ahora mismo —advertí, con los ojos fijos en los suyos.

Pero él solo acercó la silla. Insistente. Ciego. Idiota.

— Tal vez valga la pena el riesgo. Tal vez merezcas a alguien que te vea, que te elija... siempre —provocó.

Abrí la boca para responder —quizás para gritar—, pero entonces él llegó.

Alessandro.

El aire cambió en cuanto entró. Como si un depredador hubiera invadido un jardín.

Sus ojos me encontraron. Luego, fusilaron a David. Y, en un segundo, mi esposo ya estaba encima de él, como una tormenta violenta.

— Aléjate de mi mujer si quieres seguir respirando —gruñó, con los puños cerrados y la respiración agitada.

— ¡Alessandro, para! —grité, colocándome entre ellos.

Pero él me ignoró, ciego de celos, tomándome del brazo y arrastrándome de vuelta a la habitación como si fuera de su propiedad.

Y, en ese momento... lo era.

Apenas se cerró la puerta de la suite, me lanzó sobre la cama con una furia cruda. Sus ojos ardían.

— Antonela, ¿qué te dije? ¿Por qué diablos no puedes obedecer?

— ¿Obedecer? ¡Soy tu mujer, no tu prisionera! ¡Estaba sola, Alessandro! Con hambre, perdida en este cuarto de hotel mientras tú desapareces sin decir a dónde vas. Solo quería paz. Solo te quería... a ti.

— ¿Paz? ¿Y por eso decides almorzar con un imbécil que ya intentó acercarse a ti antes? ¿Ese es tu concepto de paz?

— ¿Y tú? ¿Dónde estabas? ¿En una misión o en la cama de otra mujer? —disparé, sin filtrar el dolor.

Él sonrió. Esa maldita sonrisa cínica que me volvía loca.

— ¿Estás celosa, dolcezza? No hace falta. Soy tuyo. Siempre lo he sido.

Me tomó de la cintura, pegando nuestros cuerpos, sellando nuestros labios con un beso que me arrancó el aliento.

— ¿Quién dijo que estoy celosa? —mentí, con la voz entrecortada.

— Lo estás, y me encanta. Pero estaba trabajando, Antonela. Romero está con los Yakuza, usando Venecia como territorio neutral. Necesitaba verlo con mis propios ojos.

— ¿Y se supone que debo creer en todo eso?

Él acarició mi rostro con la punta de sus dedos calientes.

— Debes creerlo. Porque te amo. Y, maldita sea, no quiero perder a mi diavola.

Me rendí a su toque. Al calor. Al sentimiento.

— No quiero pelear más. Solo quiero... estar contigo. Vivir este momento. Los dos.

Alessandro me abrazó como si yo fuera todo lo que necesitaba para respirar.

Pero la furia aún hervía bajo su piel.

— Pero ese bastardo... abusó de su suerte. Provocó demasiado.

— Ya lo heriste. Y tú también estás herido. No es momento de venganza.

— No quiero pensar en nada más. Solo en ti.

Me empujó contra la pared, su cuerpo presionando el mío, sus ojos clavados en mis labios.

— ¿Qué vas a hacer conmigo? —lo provoqué, con la respiración entrecortada.

— Voy a llevarte a la ducha. A tocarte. Con mi lengua, mi boca, mis manos. Hasta que supliques.

Salté a su regazo, loca por él, enloquecida por su olor, por su calor, por él.

— Entonces hazlo. Ahora. Tómame. Ámame.

El beso llegó como un vendaval. Y en segundos, rasgó mi vestido. Me dejó desnuda, entregada. Sus manos recorrieron mi cuerpo como si fuera tierra sagrada. Su lengua se deslizó entre mis pechos. Me giró con una brutalidad deliciosa, ató mis brazos con su propia corbata y me lanzó boca abajo sobre la cama.

— ¡Ay! —gemí cuando su palma descendió con fuerza sobre mi trasero.

— Esto es por tu insolencia —gruñó.

Me penetró de una sola embestida, profunda, violenta, haciéndome gritar.

— ¿Quién es tu dueño?

— ¡Tú! ¡Solo tú!

El placer era salvaje. Nuestros cuerpos se chocaban con furia. Me dio la vuelta, me besó como si el mundo se fuera a acabar, y embistió con fuerza hasta hacerme acabar descontroladamente.

Y ahí, entre sudor, gemidos y promesas susurradas, sabíamos que éramos adictos el uno al otro.

Aunque eso nos destruyera.

Gael Lambertini

Mi padre era un hombre ambicioso. Siempre lo fue. Para él, llegar a la cima de la Camorra no era una opción, era un destino. Y para tomar el control, Alessandro Ferrari tenía que morir.

Intentamos presionarlo para que se casara con mi hermana, una jugada política clásica. Pero eligió a Antonela Martini. Y eso arruinó todos nuestros planes.

Romero, el viejo, seguía siendo cauteloso. Pero estaba coqueteando con la traición. Estaba negociando con los Yakuza, uno de los mayores rivales de la Cosa Nostra y la Camorra. Un paso en falso, y el castigo sería con sangre.

Pero Alessandro era astuto. Demasiado desconfiado como para planear su luna de miel justo en la ciudad donde ocurrían nuestras negociaciones clandestinas. Eso era más que una coincidencia: era una provocación. Y si yo quería sacarlo del juego, tenía que golpearlo donde más dolía: Antonela Martini.

Reuní a mis hombres. La orden era simple: secuestrar a Antonela. Sin lastimarla. Solo mantenerla fuera del camino mientras yo cerraba el trato con los Yakuza.

— Quiero precisión. Rápidos, limpios e invisibles —exigí—. Nada de violencia. Solo llévensela. El soldado infiltrado de Alessandro ya confirmó que cayó en nuestra trampa. Está fuera, siguiendo una pista falsa. El momento es ahora.

— Señor, esto puede salirse de control… —se atrevió a decir uno de los soldados.

— El control es mío. Antonela está vulnerable. Salió del cuarto. Está sola. Solo tienen que hacer el trabajo. Sin errores.

Distribuí pasamontañas. Quería anonimato total. Desde lejos, vi a Antonela sentada en la entrada del hotel. Cabizbaja. Perfecta para el secuestro.

El auto negro se acercó. Dos soldados abrieron la puerta. Ella se dio cuenta. Intentó correr. Pero fue demasiado tarde.

O casi.

Un disparo cortó el silencio. Mi hombre cayó, sujetándose el brazo.

Otro disparo. Segundo hombre herido.

— ¡Agáchate, Antonela! —gritó un hombre. Su voz era firme, segura.

Ella obedeció.

¿Quién era ese malnacido? No era parte de su seguridad. Nunca lo había visto. No era uno de los nuestros. Pero sabía disparar. Y estaba listo para morir por ella.

Hice una señal para retroceder. Misión abortada.

Había un traidor entre nosotros… o un nuevo jugador en el tablero.

Aun así, no todo estaba perdido.

¿El video del intento? Sería suficiente.

El rey no sangró, pero va a oler la guerra.

Y Alessandro Ferrari va a enloquecer.

Capítulo 17
Alessandro Ferrari

Yo sabía exactamente lo que estaba pasando en Venecia. No solo estaban conspirando contra la Camorra, sino también contra todos nuestros aliados. Era un golpe de Estado bien orquestado. Pero no iba a quedar así. Las pruebas que conseguí serían suficientes para destruir a la familia Lambertini.

Por más que deseara estar al lado de Antonela, disfrutando nuestra luna de miel, había una guerra en marcha. La única forma de asegurar la paz junto a mi esposa era eliminando a esa maldita escoria que amenazaba nuestra existencia.

Dejé a mi esposa dormida, serena, con el cabello esparcido sobre la almohada. Hermosa. Inocente. Y completamente ajena al infierno que se formaba allá afuera. Salí en silencio, con la promesa silenciosa de que volvería… después de arrancar cada amenaza de nuestro camino.

Vittorio tenía una nueva pista: un informante que volvería a reunirse con Gael. Fui hasta el lugar indicado, pero era una trampa. Dos hombres armados me esperaban. Dispararon, y yo respondí con sangre en los ojos. Le acerté a uno en la cabeza. El otro corrió. Pero antes de que pudiera perseguirlo, sonó mi celular. Número desconocido.

Anónimo:" Su seguridad es débil".

El mensaje venía acompañado de una foto. Era Antonela, distraída en el jardín. El corazón se me detuvo. Si algo le pasaba, sería mi fin.

Corrí hasta el hotel como un loco, frené el auto como fuera. No me importaba el tránsito, la gente, nada. Solo quería encontrarla. Gritaba su nombre como un hombre desesperado.

— ¡Antonela!

Corrí por los pasillos, con el corazón colapsando. La máscara del mafioso implacable se desmoronaba con cada paso. Cuando la vi

sentada cerca de la recepción, con las maletas a un lado, mi mundo se detuvo. Ella corrió hacia mí, y nos abrazamos con desesperación.

— Alessandro, ¿dónde estabas? Tuve tanto miedo —balbuceó, temblando.

— Dime que estás bien. Por favor. Mírame y dime que no te pasó nada —le pedí, tocando su rostro con ternura.

— Estoy bien… Pero fue horrible. Esos hombres querían hacerme daño. No les vi el rostro. Si no fuera por David, yo… no estaría aquí ahora. Por favor, vámonos.

— ¿Cómo que David te salvó? —pregunté, confundido.

— Alessandro, por favor, no armes más problemas. David es policía. Estamos en peligro. Tú eres el capo de una mafia, y cualquier paso en falso puede costarnos muy caro. Vámonos ya — suplicó, llorando.

— Te lo juro, amor, voy a hacer que esos hijos de puta paguen. Pero ahora, lo único que quiero es protegerte. No te separes de mí, ¿entendiste? —susurré, besando sus labios.

— Tengo miedo... No me dejes sola —imploró, aferrándose a mi mano con fuerza.

Sabía que llevarla conmigo era arriesgado, pero no había otra opción. Estaba vulnerable, y no podía dejarla sola.

Caminamos juntos. Ella aferrada a mi espalda como si el mundo se estuviera cayendo a pedazos. Fue entonces cuando algo me llamó la atención.

El guardia de seguridad asignado para protegerla estaba al teléfono, y la conversación me hizo detenerme en seco.

— Señor Gael, la foto es suficiente para volver loco a Alessandro. La chica es su punto débil…

Hijo de puta. Un traidor infiltrado. Apuntarle con mi arma fue automático.

— Elegiste el bando equivocado, maledetto— susurré, con el cañón del revólver presionado contra su cabeza.

— Jefe, por favor, yo…

— Amenazaste lo único que me importa en este mundo. Pero tu muerte puede ser rápida… si cooperas con el consejo. Dime todo lo que sabes.

Le puse las esposas al desgraciado y llamé a mi soldado de confianza.

— Rafael, ven ahora. Antonela fue blanco de un atentado. Quiero que este traidor sea llevado a nuestro calabozo. Va a pagar caro.

Todo empezaba a encajar. El rompecabezas se revelaba. Necesitaba actuar rápido. Si quería vivir en paz con mi mujer y con nuestro hijo, tenía que acabar con esa conspiración de una vez por todas.

Toqué su rostro y le anuncié con firmeza:

— Antonela, vamos a volver a Nápoles. Ahora.

— ¿Y qué va a pasar? Tengo tanto miedo de que te pase algo… No olvides que tenemos un hijo.

— Voy a luchar por ustedes dos. Voy a quitarles este blanco de la espalda. Solo después de eso, seré digno de tu amor.

Besé su frente. Sabía lo que tenía que hacer. Pero el precio sería alto.

— Lo entiendo… Solo no olvides lo importante que es volver con vida. No quiero ser viuda. Por más que el matrimonio haya sido una fachada, ahora somos una familia. Y ya no estás solo —dijo, con lágrimas en los ojos.

Tenía razón. Pero antes de la paz, vendría la guerra.

Y yo estaba listo.

Antonela Martini

Fue horrible pasar por el atentado. Y, por más que David hubiera arriesgado la vida para protegerme, yo sabía que, como policía, representaba un riesgo para Alessandro. Ellos ya se habían enfrentado antes, y aquello podía terminar mal. Pero, en ese momento, todo lo que quería era volver a Nápoles y proteger a mi familia. Podía parecer una tontería, pero detrás de la máscara que aprendí a usar, había una mujer completamente enamorada de un hombre complicado. Un hombre que hizo de todo para alejarme y, aun así, aseguraba que sus decisiones fueron por amor.

Quería entregarme a sus brazos, perderme en ese contacto que todavía hacía que mi cuerpo se estremeciera. Pero algo dentro de mí gritaba: ahora no. No después de todo lo que me hizo pasar. No después de alejarme, humillarme… y negar a nuestro hijo.

Llegar a Nápoles me trajo un alivio inmenso. Alessandro, consciente del peligro, decidió que no era seguro vivir con sus padres. Consiguió una casa solo para los dos, con una ama de llaves y algunos empleados bajo mi supervisión.

— Amor, Estefanía es hija de la mujer que me crió. Es perfecta para encargarse de la casa y ayudarte con todo —dijo, algo incómodo.

La intuición femenina a veces es una maldición. Lo vi. En la manera en que desvió la mirada. En la forma en que ella se puso incómoda. Algo había pasado entre ellos. Y, por más que quisiera no darle importancia, no pude evitar ese nudo en el pecho. Sabía que Alessandro había tenido una vida antes de mí, pero ¿traerla a nuestra casa? ¿A nuestro matrimonio?

Sacudí la cabeza, apartando esos pensamientos. No iba a darle el gusto de mostrar celos.

— ¿Dónde está mi cuarto, Alessandro? —pregunté, fría, sin importarme las presentaciones.

— Estefanía, llévala al cuarto que pedí que prepararan — ordenó.

La mujer pasó a mi lado con la nariz en alto. El desprecio dibujado en su rostro me encendió la sangre.

— Espero que te guste el cuarto. Yo misma me encargué de todo. Por cierto, gracias por este matrimonio de fachada con Alessandro. Estaba tan preocupada por él… —dijo, sonriendo con hipocresía—. Me entristece no ser la esposa oficial, pero me alegra estar tan cerca.

— ¿Quién dijo que mi matrimonio es una fachada? —repliqué, firme, mirándola de frente.

— Bueno, el hecho de que duerman separados lo dice todo — provocó, mordiéndose el labio.

Solté una carcajada sarcástica.

— ¿Quién te dijo que vamos a dormir separados? Estás equivocada. Voy a dormir en la habitación de mi esposo.

Ella tragó saliva.

— Ya hiciste tu trabajo. Puedes retirarte —finalicé, cortante.

Estefanía salió en silencio. Pero yo me quedé ahí, sola, sintiendo la rabia arder en mi pecho. ¿Cómo tuvo la desfachatez de ponerla aquí? ¿Será que fue, o sigue siendo, su amante? Yo lo amaba, pero me odiaba por eso. Por amar a un hombre que tal vez nunca haya sido realmente mío.

Sin pensarlo dos veces, tomé mis maletas y fui directo al cuarto de Alessandro. Cuando entré, él estaba sentado en la cama con el celular en las manos. En cuanto me vio, abrió los ojos con sorpresa.

— ¿Qué pasó? —preguntó.

— Estoy revocando la cláusula del contrato que decía que debíamos dormir separados.

— Nunca estuve de acuerdo con eso, mia dea.— Se acercó, tocando mi rostro.

— ¡No me toques! Que estemos en la misma habitación no significa que puedas hacer lo que quieras conmigo. —Le aparté la mano.

— ¿Qué te hice ahora? Amor, vivamos nuestro matrimonio de verdad… —insistió.

— No. Solo vamos a dormir. —Tomé mi camisón y me metí directamente al baño, cerrando la puerta con llave.

Temblaba de rabia. La imagen de los dos me perseguía. Me quité la ropa y me metí bajo la ducha, dejando que el agua caliente cayera sobre mi cuerpo. Necesitaba relajarme. Olvidarlo todo. Desde el atentado hasta la humillación de tener a la "ex" de mi marido dentro de nuestra casa.

Cuando salí, me puse un camisón fino, casi transparente, y me acosté a su lado. Coloqué almohadas entre los dos como una barrera.

— ¿En serio? Dormimos juntos en Venecia y ahora necesitas una barrera. —Se rió, provocándome.

— Es muy necesario. Te odio, Alessandro. Si no fuera por este bebé, jamás estaríamos casados.

— ¿Eso lo dicen las hormonas, amore mio? —preguntó con burla.

— ¿Hormonas? ¿Tú traes a tu noviecita a nuestra casa y le echas la culpa a mis hormonas?

Se echó a reír. Yo solo quería golpearlo.

— ¿Soy una broma para ti?

— No. Solo me parece hermoso ver que estás celosa. Pero no hace falta, mia dea, porque soy tuyo. De cuerpo y alma. Siempre lo fui.

— ¿Cómo puedes decir eso después de todo? Después de negarme y estar con otra… —mi frase se interrumpió cuando me besó.

— No hables de ella. No digas más nada. Solo escúchame. Te amo. Quiero vivir contigo, con nuestro hijo, con nuestra familia.

Sus palabras me rompieron por dentro. Y, en ese instante, lo supe: por más que intentara resistirme, él era mi adicción. Mi deseo. Mi perdición.

Le tendí la mano, permitiéndole quitarme el camisón. Alessandro arrancó mi ropa interior con urgencia y me atrajo sobre su regazo. Abrí el cierre de su pantalón, saqué su miembro y me senté encima, sintiendo cómo me llenaba por completo.

— Ah… —gemí, echando la cabeza hacia atrás.

Succionó mis pechos con fuerza, con hambre. Me moví sobre él, sintiendo cada centímetro, cada embestida profunda que me hacía ver estrellas.

— ¿Cómo crees que podría estar con otra? ¡Te amo! —jadeó, mirándome fijamente.

— Y yo solo quiero olvidar todo. Estar contigo. Ser feliz de verdad —susurré, besándolo.

Se levantó conmigo en brazos, tiró todo de la mesa y me recostó ahí, salvaje. Su boca encontró mi intimidad y perdí el control. Era como si el mundo se detuviera cuando me tocaba así. Cuando volvió a entrar con fuerza entre mis piernas, mi cuerpo se arqueó.

— Tu vulva caliente me mata… Grita que vas a acabar para mí —suplicó, acelerando.

Acabé con él. Juntos. Como siempre. Como si nuestros cuerpos supieran exactamente qué hacer para encontrarse en el clímax.

Después, me llevó al baño, presionó mi cuerpo contra la pared y abrió la ducha. El agua caía mientras nuestras bocas se encontraban otra vez. Y, en el fondo, lo sabía: toda esa pose, toda esa rabia… era miedo. Miedo de amar demasiado. De perderme en él una vez más.

Pero ahora tenía algo que antes no tenía: elección.

— Alessandro, mañana voy a despedir a Estefanía. Y será mejor que no me contradigas. Porque ahora… somos solo tú y yo — murmuré, mirándolo a los ojos.

Él guardó silencio.

Sabía que, si insistía, perdería mucho más que a la ama de llaves. Perdería a la mujer que lo amaba.

Capítulo 18
Alessandro Ferrari

Dos días después…

Por más que lo que más deseara en el mundo fuera mantener a Antonela en mis brazos y demostrarle, a cada segundo, cuánto la amaba… la vida que llevaba no me permitía ese lujo. Como Capo de una de las familias más grandes de la mafia, tenía deberes. Y ese día me tocaba cumplir con uno de ellos.

La hija de uno de mis consejeros estaba celebrando su compromiso. Mi presencia era obligatoria. Y con ella venía otra exigencia: llevar a mi mujer.

Confieso que me incomodaba exponer a Antonela de esa forma. Ella no era una mujer cualquiera. Era una Martini. Un apellido poderoso, temido y deseado por todos en Italia. ¿Su belleza? Una invitación al pecado. Y por más que me sintiera orgulloso de tenerla a mi lado, la simple idea de que otros hombres la desearan me sacaba de quicio.

Apareció en la parte alta de la escalera como una maldita visión del cielo… o de mis peores instintos.

El vestido rojo marcaba cada curva con precisión. Satén. Escote en V. Abertura lateral atrevida. Cabello castaño suelto, labios pintados de rojo encendido. Se me secó la boca. El corazón empezó a latirme con fuerza. Y mi autocontrol… casi se evaporó.

Me casé con mi perdición. Pero prefería arder en el infierno antes que verla perfecta para otro hombre.

— ¿Qué pasa? —Ella sonrió, inocente y provocadora.

— Estás perfecta —murmuré, mordiéndome los labios, luchando contra las ganas de subir corriendo y encerrarla en el cuarto.

Ella se sonrojó y, por un segundo, nuestros fantasmas desaparecieron. Estábamos intentando arreglarnos… y nuestra pasión hacía imposible mantener la distancia.

Pero mi mirada se endureció al recordar adónde íbamos. Cada hombre en esa fiesta vería lo que es mío. Desearían lo que nunca podrían tener.

Llevé mis manos al abrigo. Me lo quité y cubrí con él sus hombros.

— Sabes cómo funciona todo en la mafia, Antonela. Recuerda cómo terminó nuestra luna de miel. Hoy no confíes en nadie. En nadie más que en mí.

— Está bien, Alessandro. No me alejaré de ti —respondió tranquila, con una sonrisa.

Le ofrecí el brazo y ella lo aceptó con naturalidad. Íbamos tarde para la ceremonia, pero el mundo que nos esperaba no me daba respiro. Paranoia o no, no iba a arriesgarme.

Organicé una fuerte escolta. Vittorio se encargó de los soldados y personalmente supervisó nuestra seguridad. Un auto para nosotros, dos vehículos armados escoltándonos. Esa era la única condición para aceptar que Antonela saliera de casa.

Después de todo lo que descubrí sobre Romero y su alianza oscura con los yakuzas, ya no puedo dar un solo paso en falso. Cada movimiento es una guerra silenciosa.

Al llegar al evento, bajé primero y le ofrecí el brazo. Ella descendió con la gracia de una reina. Y en cuanto pusimos un pie en el salón, todas las miradas se volvieron hacia nosotros como imanes. Sentí cómo aumentaba la presión en mi pecho. Ella apretó con fuerza mi brazo.

— Increíble… me siento como una celebridad —susurró, divertida.

— Lo eres, Antonela. Una Martini… y ahora, la reina de la Camorra —murmuré, orgulloso.

La llevé hasta la mesa donde mi consigliere nos esperaba. Le corrí la silla para que se sentara a mi lado, siempre a mi lado. Mis ojos recorrían el salón con atención. Odiaba saber que todos esos hombres la estaban devorando con la mirada.

Pablo Rocci se acercó. Ahora consejero, había asumido el puesto de su padre. Su sonrisa era cínica.

— Alessandro Ferrari… con tantos conflictos en juego, hiciste una jugada maestra al casarte con Antonela Martini —dijo con ironía.

— Si esa es tu forma retorcida de felicitarme, lo entiendo — respondí, manteniéndole la mirada.

Algo en su tono me encendió las alertas. Lo observaría con más atención después de esa noche.

Entonces apareció Romero.

Apreté la mano de Antonela con fuerza.

— Volviste temprano de tu luna de miel, Alessandro —comentó, con ese aire burlón.

Miré discretamente a Vittorio, quien entendió la señal y se puso en alerta.

— Soy el líder de esta mafia. Es mi deber supervisar todo personalmente —solté, seco.

Fue entonces cuando Pablo volvió a provocar:

— Romero, decías que tu hija era la mejor candidata para el Capo… pero parece que sus planes eran otros. Antonela es imbatible.

— Lo admito —sonrió Romero—. Antonela Martini es una diosa.

Fue la gota que colmó el vaso.

Esa conversación tenía un propósito. Sabían exactamente cómo provocarme. Querían probarme. Ponerme a prueba. Y si eso era lo que querían… entonces iban a ver mi verdadero rostro.

— ¿Una diosa? ¿De verdad creen que voy a quedarme sentado mientras hablan de mi mujer como si fuera un trofeo en subasta? — gruñí, golpeando la mesa con fuerza.

— Alessandro… —ella intentó intervenir.

— Antonela, siéntate. Sé lo que hago.

Ella obedeció al instante. Me levanté.

— Escúchenme bien los dos: yo soy el líder de esta mafia. Puede sonar arrogante, pero es la verdad. No importa la edad, no importan las conspiraciones… sigo en la cima. Y no voy a tolerar bromas, insinuaciones ni provocaciones.

Otro golpe en la mesa.

— Alessandro, mantén la calma. Eres el líder —intentó intervenir Vittorio, tenso.

Pero yo estaba en llamas. Tocaron lo más preciado que tengo. Y por ella… por Antonela… movería montañas, declararía guerras y empaparía de sangre el suelo.

Ella no es solo mi esposa. Es mi razón. Mi amor. Y mi maldita debilidad.

Y quien se atreva a amenazar eso… no verá el amanecer.

Antonela Martini

Alessandro era implacable. Se levantó furioso, listo para pelear. En medio del conflicto, me sentí completamente fuera de lugar. La cabeza me daba vueltas y la necesidad de salir de ahí fue más fuerte. Me levanté torpemente y caminé por los pasillos. Necesitaba llegar al baño, mi vejiga parecía a punto de estallar.

Entré decidida a quedarme solo unos segundos. No quería formar parte de esa situación. Me miré al espejo, acomodé el cabello para disimular el malestar y luego entré a uno de los cubículos.

Cuando terminé, estaba a punto de salir cuando una joven alta, de cabello largo y negro, se acercó, acomodándose el pelo mientras se miraba en el espejo. Una señal de alerta se encendió dentro de mí. Sentí que debía salir de ese lugar lo antes posible, pero no quería parecer grosera.

— Antonela Martini —balbuceó, sonriendo con ironía—. La mujer que me robó el lugar.

— No entendí la broma —respondí seca.

— Soy hija del subjefe de la Camorra. Mi padre soñaba con casarme con Alessandro Ferrari, pero todo cambió. El señor Romero tenía otros planes. ¿Sabías que serías mi cuñada? A mi hermano le gustas —dijo con una sonrisa enigmática.

— Nunca me casaría con Gael.

— Entiendo cómo sucedieron las cosas. Si yo fuera Alessandro, también te elegiría a ti. Siempre. —Rió—. Eres mucho más bonita… y todavía llevas el apellido Martini —dijo, tocando mi rostro.

Aparté su mano con firmeza.

— No fue por mi apellido. Tengo una historia con Alessandro que ni el tiempo ni el odio pueden borrar.

Ella suspiró.

— Confieso que siempre tuve un amor platónico por tu marido. Cuando mi padre habló sobre la posibilidad del matrimonio, me emocioné. Desde pequeña soñé con eso. Pero no soy la única… cualquier mujer de esta organización haría lo que fuera para casarse con él —dijo con una sonrisa nostálgica.

— Pero él es mío —grité, tomada por la rabia—. Alessandro siempre ha sido mío.

— Eso está claro. Pero mi padre todavía quiere destruirlo todo. Y no está satisfecho. Sé que soy solo un peón en este juego sucio. Como conmigo no funcionó, intentará casarme con otro hombre. Pero, por favor, ayuda a Elisa Martini. Abre los ojos de tu familia. Mi padre tiene planes oscuros. Cree que mi hermano puede hechizar a la hermana del Don.

Esa mujer había entrado al baño como una rival, pero ahora… era solo un alma atrapada en una red de intereses que ni ella misma comprendía. Sentí pena. Y miedo. Lo que contó era demasiado serio para ignorarlo. Pietro debía saberlo, y rápido.

Nuestro momento fue interrumpido bruscamente. Gael entró al baño de mujeres sin el menor pudor. Cuando me vio, sonrió de lado. Mi instinto fue salir de inmediato.

— ¿Qué haces aquí, Gael? —Su hermana se puso delante de mí.

— Llegaste tarde. Vine por ti —respondió sin apartar la mirada de mí.

Aproveché la distracción para salir, pero él fue más rápido. Me sujetó del brazo con fuerza, obligándome a mirarlo.

— ¿A dónde crees que vas, Antonela? —preguntó con frialdad.

— ¡Suéltame ahora! No tienes derecho a tocarme —grité, tratando de zafarme.

— ¿Crees que casarte con Alessandro es el final de la historia? Me rechazaste por él, pero eso no impedirá que entre en la familia Martini. Elisa es hermosa...

— ¿Qué crees que estás haciendo? —pregunté asustada.

Me acorraló contra la pared y apretó mi cuello con brutalidad.

— Te quería, Antonela. Te quería a mi lado. Mi amor siempre fue para ti. Pero lo destruiste todo al elegir al hombre equivocado. — Sus ojos oscuros me hicieron temblar.

— No vas a conseguir lo que quieres. ¿Crees que puedes jugar con mi familia? Tus días están contados —declaré con firmeza.

Él se rió.

— Los días de tu maridito están contados. Y tú… tú aún serás mi mujer.

— ¡Nunca! Yo pertenezco a Alessandro. Y tus planes no se cumplirán —grité.

Apretó mi cuello con más fuerza.

— ¡Para! ¡Me vas a matar! —Lloré, desesperada.

— ¡Eres mía! —gritó, trastornado.

Olfateó mi cuello e intentó besarme en los labios. El pánico me invadió. De un impulso, pateé su miembro con toda la fuerza. Gael se dobló, gimiendo de dolor.

— ¡Maledetta!— gruñó, pero aproveché para escapar.

Corrí aterrada. Cada palabra que dijo resonaba en mi mente como una pesadilla. Era un lunático. No había amor ahí, solo obsesión. Sabía que intentaría lastimarme otra vez.

Mi corazón latía acelerado. La voz de Alessandro, diciendo que quería mantenerme alejada, resonaba en mis pensamientos. Ahora todo tenía sentido. Él sabía que algo así podría pasar. Quiso protegerme.

Perdida, con el rostro empapado en lágrimas, corrí por los pasillos. Y entonces choqué contra un cuerpo grande y fuerte. Por un segundo temí ser atrapada, pero el olor familiar y el calor de ese abrazo me hicieron respirar de nuevo.

— Gracias a Dios —susurré, acurrucándome contra su pecho.

— Antonela, ¿qué pasó? —preguntó, con la voz tensa y fría.

— Por favor… solo abrázame ahora. Te necesito —supliqué, y él me abrazó fuerte.

Esa ciudad estaba podrida. La Camorra era un nido de víboras. Y Alessandro… mi Alessandro… solo quería protegerme.

— Antonela, mírame. ¿Qué pasó? —insistió, sosteniendo mi rostro.

— Qué tonta fui… Resististe nuestro amor para protegerme. Ahora puedo verlo —murmuré con voz temblorosa.

— Habla, Antonela. ¿Qué pasó? —gritó, tomado por la furia y la preocupación.

Ya no podía ocultarlo más. Lo que Gael hizo no podía callarse. Era hora de encender esa guerra.

Capítulo 19
Alessandro Ferrari

Romero y Pablo estaban poniendo a prueba mi paciencia. Sin duda querían sacarme de control, y estaban a punto de lograrlo. Pero, en medio de la tensión, noté que mi mujer no estaba. Miré a mi alrededor y no la vi. Entonces entendí todo: me distraían mientras hacían daño a mi debilidad. Antonela.

Empujé a Romero con fuerza. Cayó al suelo, atónito. Vittorio, mi mejor amigo y consigliere, captó mi desesperación al instante y corrió tras de mí, consciente de que, si algo le pasaba a mi mujer, no quedaría nadie vivo. Los mataría a todos, sin importar las consecuencias.

— Yo voy por la derecha, tú por la izquierda —gritó Vittorio mientras corría.

Solo podía pensar en Antonela. ¿Qué le habían hecho? Mi corazón latía desbocado mientras corría hacia los baños, desesperado por encontrarla. Y entonces, a lo lejos, la vi corriendo hacia mí. Su rostro estaba marcado por el pánico.

Algo grave había pasado. Y quedó aún más claro cuando se lanzó a mis brazos y me dijo que ahora entendía por qué la había alejado.

— Antonela, dime qué intentaron hacerte —pregunté, con la voz fría pero ardiendo por dentro.

— Alessandro… fue Gael. Intentó besarme. Me agarró —confesó, temblando—. Me apretó el cuello, me sujetó con fuerza… fue horrible. Dijo que se casará con Elisa, pero… que me ama.

Esa confesión me hizo perder la cordura.

— Repite —pedí entre dientes, lleno de rabia.

— Intentó besarme. Dijo que yo todavía era suya —repitió, con los ojos llorosos.

Ya no me importaban las consecuencias. Si tuvo la audacia de tocarla, de amenazarla, juro por Dios que lo mataría.

— Busca a Vittorio. Yo voy a matar a Gael —anuncié, alejándome.

Escuchar eso de mi mujer me empujó al lado más oscuro de mi alma. Si era una trampa para sacarme del poder, caería en ella con gusto, pero lo haría con la sangre del bastardo esparcida en el suelo.

Fui al baño de mujeres. Gael todavía estaba ahí, junto con su hermana. Me lancé sobre él como una fiera, agarrándolo de la camisa. Me miró con esa sonrisa irónica.

— ¿Te equivocaste de baño, Ferrari? —se burló.

No respondí. Solo cerré el puño y golpeé su rostro con toda mi furia. Cayó.

— Si tu plan era probar que soy inestable para liderar… lo lograste. Pero eso te costará la vida —declaré, frío.

Otro puñetazo. Luego otro más. Y otro. Atacaba como un animal fuera de control. Gael intentó defenderse, pero mi rabia era mayor. En cada golpe descargaba todo lo que había guardado por meses.

El escándalo fue tan grande que atrajo la atención de todos los invitados al compromiso. Pero no me importó. Solo paré cuando Gael perdió el conocimiento. Vittorio entró corriendo y me sujetó.

— ¡Alessandro! Está inconsciente. ¡Para! —gritó, tratando de contenerme.

Romero se arrodilló junto a su hijo, desesperado.

— ¡Mi hijo! —Sollozó, revisando sus signos vitales.

— ¿Te volviste loco, Alessandro? —rugió Vittorio.

Mi mano sangraba, los dedos desgarrados. Pero no sentía dolor. Sentía odio.

Antonela se acercó y me abrazó. Y yo, aunque cubierto de sangre, la envolví con mis brazos.

— ¡Esa conducta es inaceptable! ¿Así se comporta un líder? ¿Agrediendo a un miembro de la organización? —vociferó Romero, tratando de usar el momento en mi contra.

— No me arrepiento. Sea cual sea la consecuencia… solo pararé cuando los mate a los dos —confesé, mirándolo fijo.

— Menos mal que todos los consejeros están presentes. Será fácil usar el código de ética contra ti —continuó Romero, hambriento

por destronarme.

— Usa el código contra mí. No me importa. Tu hijo irrumpió en el baño de mujeres y trató de besar a mi mujer. He sufrido atentados sin responder. Pero quien amenace la seguridad de Antonela… morirá. No me importa la jerarquía. Por ella, destruyo a todos ustedes. Esto es una amenaza —exclamé, sintiendo la sangre hervir en mis venas.

Romero, como la serpiente que siempre fue, se acercó a su hija. Estaba claro: era una trampa. Una puesta en escena para derribarme.

— Hija, estuviste presente. Dinos qué pasó. ¿Tu hermano hizo algo malo? —preguntó, fingiendo inocencia.

— No, papá… solo vino a llamarme —respondió la chica, visiblemente incómoda.

Eso fue el colmo. Intentaban hacer que Antonela pareciera mentirosa.

Avancé hacia Romero, agarrando su camisa.

— ¿Oí bien, bastardo? ¿Dices que mi mujer está mintiendo? — grité, con la furia burbujeando dentro de mí.

Un silencio tenso invadió el ambiente. Todos sabían: desafiar la palabra de una Martini era una afrenta a la familia más poderosa de la mafia. Y no lo dejaría pasar.

— Cuiden cada paso. Un error y todo lo que han construido puede venirse abajo —advertí, mirando a los ojos a cada consejero.

Entonces me volví hacia Antonela. Tomé su mano y la saqué de ahí. Vittorio, siempre leal, nos acompañó.

Caminamos en silencio hasta mi casa. Antonela estaba afectada. Sabía que las cosas empeorarían. Pero yo… no permitiría que nada la tocara. Sería su escudo, su fortaleza. Cueste lo que cueste.

— Amor… te amenazó. ¿Qué va a pasar ahora? —preguntó, nerviosa.

— Eso no importa ahora. Ve a descansar. Yo me encargo — respondí, firme.

Aunque perdiera el poder, aunque el mundo se derrumbara… proteger a Antonela era lo único que realmente importaba.

Antonela Martini

Ante todo lo que había pasado, el miedo de perder a Alessandro me consumía. No sabía qué venía después, pero entendía que cada una de sus acciones había sido, desde el principio, para protegerme.

Mi esposo me mandó a la habitación, diciendo que él se encargaría del problema. Pero ¿cómo podía simplemente esperar? ¿Cómo podía quedarme de brazos cruzados mientras él enfrentaba todo solo?

Solo ahora comprendí la verdadera razón por la que me alejaba. Alessandro cargó con todo el peso, lastimándose para no herirme a mí. Luchó contra el mundo, negando nuestra pasión, soportando el dolor, solo para mantenerme segura. Puso su propia vida en riesgo… podía morir en cualquier momento.

Aunque me pidió que no me involucrara, era imposible quedarme callada. Lo amaba demasiado para dejar que enfrente todo solo.

Caminaba de un lado a otro en la habitación, los tacones resonando en el piso, tratando de pensar en una manera de protegerlo, igual que él intentaba protegerme a mí.

La fiesta terminó temprano. Apenas pude comer y ahora mi estómago rugía, pero no podía preocuparme por eso. Cuando decidí ir a la cocina, unas voces alteradas en la sala llamaron mi atención.

— Alessandro, todo lo que querían era tenderte una trampa para sacarte del poder. Antonela es tu punto débil, y ellos lo saben. Según el informante, Romero convocó una reunión para mañana. Llamó al consejo y va a intentar destruirte frente a todos —dijo Vittorio, con la voz llena de tensión.

— Enfrentaré lo que sea necesario. No importa lo que pase, protegeré a mi mujer. Nunca permitiré que nada le pase a Antonela —gritó Alessandro con rabia.

— Lo peor es que ni el tío Luigi tiene solución. Está perdido. No sabe cómo impedir esta trampa. Romero podría conseguir lo que quiere...

No pude seguir escuchando escondida. Mi corazón se aceleró. Alessandro estaba dispuesto a perderlo todo por mí. Me acerqué, tomada por el desesperación.

— ¡Alessandro! ¡No hagas eso! No te arriesgues así. ¡Yo soy la culpable de todo!

— Antonela, ¿qué haces aquí? Te dije que esperaras en la habitación. No te involucres en asuntos de la mafia. —Su voz era firme, pero llena de preocupación.

— Amor... no tenía idea de todo esto. Quieren destruirte por mi culpa. Me están usando. Yo... puedo decir que mentí, que provoqué a Gael... ¡Lo que sea!

— Ni lo pienses. No juegues con algo así. Mi deber es protegerte a ti y a nuestro hijo. Asumo todas las consecuencias. — Secó mis lágrimas con el dorso de la mano.

— Alessandro, yo...

— No pienses en eso ahora. Piensa en nuestro bebé. Vuelve a la habitación —pidió, y yo asentí con un nudo en la garganta.

Pero no podía aceptar que él enfrentara todo solo. Si estaba dispuesto a sacrificarse por mí, yo también haría mi parte. Iba a buscar mi teléfono. Solo mi padre podía cambiar este juego.

Corrí a la habitación. Mis dedos temblaban mientras revolvía los muebles. Encontré el celular tirado en el suelo y marqué el número de mi padre.

— ¿Antonela? ¿Por qué me llamas a esta hora? —La voz somnolienta de Vicenzo cambió de tono al oírme llorar.

— Papá... necesito tu ayuda.

— ¿Qué te hizo ese bastardo de Alessandro?

— Nada. Alessandro me protege. Pero todo se está saliendo de control. El hijo del subjefe intentó besarme a la fuerza. No respetó a mi marido.

— ¿Qué? ¿Quién se atreve a tocarte? ¿Cómo alguien puede faltarle el respeto a Alessandro así?

— Quieren sacarlo del poder, usan eso en su contra. Mañana habrá una reunión. Una asamblea. Van a intentar destruirlo... Él le rompió la cara a Gael para defenderme...

— Eso no pasará. Mañana estaré ahí con tu primo. Confía en mí. Descansa. Yo me encargo —aseguró con firmeza antes de colgar.

Suspiré aliviada. Sabía que Alessandro intentaría resolver todo por su cuenta, pero ya no estaba solo. Ahora era mi turno de protegerlo.

Perdí la noción del tiempo hasta que escuché la puerta abrirse. Alessandro entró, con el semblante tenso. Sus ojos buscaron los míos. En un segundo, me tomó por la cintura, juntando nuestros cuerpos, y me besó con urgencia.

— Necesito sentirte para calmarme —susurró, ronco.

Él me necesitaba. Y yo nunca se lo negaría.

Me di vuelta, echando el cabello hacia adelante. Él entendió. Sus manos fuertes bajaron el cierre de mi vestido, liberándome de la prenda con prisa. Me giró, juntó nuestros labios otra vez y me tiró sobre la cama.

Arrancó mi ropa interior con tanta fuerza que el tejido se rompió. Me sentí completamente expuesta.

Como un animal hambriento, se desnudó y se puso encima de mí. Su boca caliente encontró la mía en un beso salvaje. Nuestras lenguas se entrelazaron, y me perdí en su sabor.

Sus besos bajaron por mi cuerpo, haciendo vibrar mi vientre. Succionó mis pechos con fuerza, mordiendo uno mientras acariciaba el otro. Su mano bajó hasta encontrar mi intimidad empapada.

— Ah —gemí, con el cuerpo en llamas.

Él sonrió, consciente del poder que tenía sobre mí, y bajó más. Se acomodó entre mis piernas, pasando la lengua despacio por mis labios mayores, hasta succionar mi clítoris con firmeza.

Me derramé en sus labios, temblando bajo sus caricias.

Sin darme tiempo a recuperar el aliento, subió, reclamando mi boca otra vez. Su miembro rozó mi entrada y, de un solo impulso, me llenó por completo.

— Mierda... estás demasiado caliente —gruñó con voz ronca.

— ¡Ah! —gemí, clavando las uñas en su espalda.

Me sostuvo por la cintura y cambió la posición, sentándome sobre él. Me ayudó a moverme con más intensidad, y yo echaba la

cabeza hacia atrás, gimiendo fuerte mientras sentía su miembro llenarme por completo.

— Solo en tus brazos encuentro paz —murmuró, mordiendo mi labio inferior.

Seguí montándolo, desesperada por más. Besé, mordí y acaricié cada parte de él como si fuera la última vez. Las lágrimas rodaron por mis ojos. Miedo, pasión, entrega... todo al mismo tiempo.

— Di que vas a acabar para mí —suplicó.

Moví mis caderas con más fuerza, sintiendo el orgasmo crecer dentro de mí.

— Alessandro... ah, estoy acabando —grité, perdiendo el control.

Él apretó mi trasero y acabó conmigo, rugiendo de placer.

Caí a su lado, jadeando. Me tomó en sus brazos y besó mi frente.

— ¿Vas a poder resolver todo? —pregunté, tocando su pecho todavía acelerado.

— No te preocupes por eso. Solo descansa y cuida de nuestro bebé. Lo demás... yo lo arreglo —prometió, besando mi frente otra vez.

Me acurruqué en su pecho. El mundo podía estar cayendo afuera, pero allí, en los brazos de mi hombre, finalmente me sentía segura.

Vicenzo Lombardi

Después de la llamada de mi hija, no pude pegar un ojo. Me revolví en la cama toda la noche, consumido por la angustia y la rabia. ¿Qué diablos estaba pasando en ese lugar? ¿Cómo se atrevían a usar a mi hija como objetivo para atacar a mi yerno?

Llamarla mentirosa... intentar robarle un beso. Eso no quedará impune.

Nadie toca a mi hija. Nadie humilla a una Martini.

Sin siquiera pude tomar mi café, fui directo a la empresa. Al entrar a la sala de reuniones sin tocar, encontré a Pietro, Mateo y Vicente discutiendo estrategias. Todos callaron al verme. Mi sobrino, y actual Don, frunció el ceño, sorprendido.

— Tío... ¿Está todo bien? ¿Necesita algo? —preguntó Pietro, cauteloso.

— Necesito que Mateo me explique qué está pasando en Nápoles —dije, yendo directo al punto—. Ayer, Antonela me llamó desesperada. Dijo que un hombre intentó abusar de ella, que todo fue una trampa para sacar a Alessandro del poder. Y ahora... ¿Habrá una reunión para decidir su futuro?

Mateo se levantó, con el rostro serio.

— La familia Lambertini nunca aceptó a Alessandro como capo de la Camorra. Intentan sacarlo del poder desde el principio, y ahora están aún más furiosos porque se unió a una Martini. Usar a Antonela fue un golpe sucio, pero predecible.

— Se metieron con la persona equivocada. No voy a permitir que destruyan a mi hija ni al hombre que eligió para ser el padre de mi nieto. Vamos para allá ahora mismo. Están planeando destituir a Alessandro, y lo vamos a impedir —declaré, con la voz cortante como una cuchilla.

Pietro asintió, levantándose con firmeza.

— Si esa es su voluntad, tío, entonces resolvamos esto de una vez. Sé que no es común que interfiramos en la autonomía de las mafias afiliadas... pero el apellido Martini sigue pesando mucho. Nuestra presencia puede cambiarlo todo.

— Lo va a cambiar. Vamos a poner orden antes de que todo se convierta en un circo.

Pietro, Mateo y Vicente me acompañaron sin dudar. Con nuestra presencia en ese consejo, todo cambiaría. El engranaje que intentaba destruir a Alessandro y a mi hija dejaría de girar.

De ahora en adelante, quien toque a Antonela, toca a toda la familia Martini.

Capítulo 20
Alessandro Ferrari

No había forma de evitar la asamblea convocada por Romero. La situación en el baño fue una trampa en la que decidí caer. Correcto o incorrecto, eso poco importaba. Por Antonela, haría cualquier cosa. Si era necesario sacar a alguien de la familia Lambertini de mi camino, lo haría, aunque eso me costase la posición de Capo.

Estar con Antonela me calmaba. Tuvimos una noche intensa, verdadera. Dormir con ella en mis brazos me había renovado, me había dado fuerzas para enfrentar cualquier consecuencia. Tenía cartas bajo la manga contra Romero. Tal vez no eran suficientes, pero servirían. Él tendría que explicar la relación de su hijo con miembros de la Yakuza. Y todos sabían que no eran nuestros aliados.

Sabiendo lo que venía, me puse un smoking negro, firmado por una de las mejores sastrerías del mundo. Quería impresionar. Mostrar que no me intimidarían.

Caminé hasta la sala donde ya estaban reunidos todos los consejeros. Romero estaba allí, como esperaba. A su lado, Gael, con un moretón en el rostro. Lástima que fue poco. Si tuviera la oportunidad, le daría otro puñetazo.

— Estamos aquí hoy para llevar a cabo una asamblea en la que el Capo Alessandro Ferrari es acusado de imprudencia, según lo presentado por el subcapo Romero Lambertini —anunció Vittorio, mi consigliere y responsable de dirigir la sesión.

Sabía que la asamblea era solo el primer movimiento de Romero para intentar derribarme. Incluso esperaba alguna sanción, pero nada que me sacara del poder. Esto era una guerra fría, y él estaba tanteando el terreno.

— Señores —comenzó Romero con su tono repugnante y presuntuoso—, mi hijo fue agredido. Alessandro Ferrari está

actuando de forma impulsiva, descontrolada, como un obsesionado que pierde la compostura por las mentiras de una mujer.

Jugó sucio. Muy sucio. Y yo no me quedé callado.

— Tengan mucho cuidado al hablar de mi esposa —gruñí, golpeando la mesa con fuerza—. Antonela Martini no es mentirosa. Su hijo invadió el baño femenino. No es la primera vez que intenta molestarla. Y no lo voy a tolerar.

Mi padre, con su calma tensa, me advirtió:

— Compórtese, hijo. Eso es lo que quiere: desestabilizarte frente a los consejeros.

Romero soltó una risa burlona.

— ¿Ven? Alessandro pierde la cabeza cada vez que se habla de Antonela. Un líder que convierte aliados en enemigos por culpa de una mujer...

Solté una carcajada seca.

— Romero, ¿de verdad eres un aliado? Si lo eres, explica qué hacía tu hijo en Venecia con un representante de la Yakuza.

Palideció. Supe que había dado en el blanco.

— ¿Sostiene esa acusación? Es grave —replicó, visiblemente nervioso.

Antes de que pudiera responder, una voz potente retumbó en el salón:

— ¿Quién osa llamar mentirosa a mi hija?

Todos se voltearon. Vicenzo Martini acababa de entrar. A su lado, Pietro, Mateo y Vicente. Los hombres más influyentes de la Cosa Nostra.

— Si el asunto es mi hija, no me importa el código. Pasaré por encima de todo. Y mataré. —La frialdad en su voz heló la sala.

Ni yo esperaba eso. Nunca pedí ayuda al Don. Siempre resolví mis propios problemas. Pero ahí estaba él. Listo para aplastar a quien se atreviera a tocar a Antonela.

Romero palideció. Pietro avanzó con calma hasta la mesa. Vittorio se apartó, dejando paso al verdadero jefe.

— ¿Alguien me explica el motivo de esta asamblea? —preguntó Pietro, con una sonrisa que ocultaba la furia.

El silencio cayó como un velo.

— ¿Nadie va a hablar? —provocó Mateo.

— Yo explico —dijo Vittorio—. La reunión fue convocada porque Alessandro agredió a Gael Lambertini.

— ¿Por qué motivo? —preguntó Pietro, con una calma peligrosa —. Alessandro es un hombre de conducta ejemplar. ¿Qué lo llevó a eso?

— Señor, ¿puedo responder? —pregunté, y Pietro asintió—. Si alguien tocara a su esposa, ¿cuál sería su reacción?

— Mataría al desgraciado. Sin pensarlo dos veces —respondió, golpeando la mesa.

— Dudan de la palabra de Antonela. Pero yo creo en ella.

Vicente intervino:

— Entonces no hay motivo para esta asamblea. Alessandro actuó como un hombre. Como marido. Si hay otro ataque, yo mismo tomaré medidas.

— Entonces, declaro esta asamblea clausurada —dije, mirando a Romero, que estaba rojo de rabia.

No sabía cómo la familia Martini se había enterado, pero sospecho que mi padre o Antonela se lo contaron. Sea como sea, entendí el mensaje: mi debilidad es, en realidad, mi mayor poder. La alianza con los Martini me protege. Y los juegos sucios de Romero no serán suficientes para destruirme.

Al salir de la sala, vi a Romero y Gael acercarse a Pietro. Intentarán adularlo... pero él sabe reconocer trampas como nadie.

Me acerqué a Mateo.

— ¿Cómo supieron todo esto? —pregunté, sin mucha confianza.

— Sabíamos del caos. Pero no que llegaría tan lejos. El tío Vicenzo nos llamó. Antonela lo llamó a él —dijo, sorprendiéndome.

— ¿Ella hizo eso? Yo le pedí que no se involucrara...

— Tuvo miedo de perderte, Alessandro. Te ama. E hizo lo que cualquier mujer enamorada haría: protegerte.

Suspiré, derrotado.

— Simplemente no quiero que la gente piense que soy débil.

— Nadie piensa eso. Pero los atentados contra ti están siendo investigados. No son accidentes. Intentan matarte, Alessandro. Y

necesitas ser racional —dijo firme, poniendo la mano en mi hombro.

En ese momento, Vicenzo se acercó.

— Alessandro... por lo que he visto, hay muchas cosas mal. Mi hija no se quedará en medio de una guerra —dijo con firmeza.

— Nunca la pondría en riesgo —respondí, levantando el mentón.

— Espero que puedas protegerla. Si no, me la llevo a Sicilia. En el condominio Martini estará segura.

La rabia ardió dentro de mí.

— Antonela es mi mujer. Y soy perfectamente capaz de protegerla.

— Espero que tengas razón. Porque si algo le pasa a mi hija, juro que destruyo esta ciudad —amenazó antes de alejarse.

— Nunca dejaré a Antonela. Estoy listo para defenderla — murmuré, sintiendo la sangre hervir.

Mateo se volteó, sonriendo de lado:

— Tranquilo, primo. Solo está siendo un padre preocupado. Y, entre nosotros... la testaruda de Antonela jamás se alejaría de ti.

Quería creerlo. Pero después de lo que hice... después de no haberle creído desde el principio...

Quizás el rencor de Vicenzo hacia mí sea la consecuencia que merezco.

Antonela Martini

Confieso que me puse ansiosa con la asamblea convocada por Romero. Sabía que, en el fondo, era culpa mía. Quería asumir esa responsabilidad y dejar a Alessandro completamente seguro. Pero mi marido era terco. Por ser hombre, y mafioso, quería encargarse de todo él mismo. Solo me quedaba suplicar a Dios en oración para que cuidara de él.

Aunque sabía que mi padre intentaría ayudarme, la paz se me escapaba. Quería tanto que las cosas fueran más fáciles, que nada ni nadie pudiera interferir en nuestro amor. Con las armas que tenía, necesitaba luchar. Si mi padre era lo suficientemente poderoso para

hacer que todos respetaran a Alessandro, daría todo de mí para que nos ayudara en esta guerra.

Después de la reunión, vino a visitarme. Aproveché el momento a solas para contarle todo lo que estaba pasando en Nápoles.

— Papá, usted tiene que saber que, durante la luna de miel, intentaron secuestrarme. Ayer, Gael irrumpió en el baño y me amenazó. No fue la primera vez. Cuando estuve aquí con las chicas, él me agarró y me robó un beso. Eso complicó aún más las cosas entre Alessandro y yo. Ese hombre no está jugando, y...

— Hija, esas acusaciones son graves. ¿Cómo pudiste ocultarme esto? Es mi deber como padre cuidar y proteger. ¿Has estado sufriendo todo esto en silencio? —preguntó con los ojos fríos y tono grave.

— Pensé que no era necesario decirlo... creí que todo se resolvería, que él cambiaría, que era solo un capricho, una forma de convencerme de que debíamos estar juntos. Pero, en realidad, las cosas solo empeoran cada día —dije llorando.

— Eso cambia todo. ¿De verdad crees que yo sería capaz de dejar que sufras así? —murmuró indignado.

— Usted no puede apartarme de al lado de Alessandro. Aunque yo esté en peligro, o él, no lo voy a abandonar. Amo a ese hombre. Solo... solo le pido que tenga cuidado con Elisa. Gael me aseguró que ella será el próximo objetivo, y no quiero que nada le pase a mi prima. Yo estaré bien con mi marido —traté de tranquilizarlo.

— Esta situación no puede seguir empeorando. Hablaré con Pietro para que tomemos medidas más firmes. Si insistes en quedarte al lado de tu marido, entonces estaré contigo. Vamos a resolver esto —prometió, calmándome.

Tener a mi padre cerca me dio alivio, pero sabía que tenía que volver a Sicilia. Por más que doliera, me despedí y lo dejé ir. Estaba ansiosa por la llegada de Alessandro. Quería saber cómo había sido la asamblea, mirarlo a los ojos y asegurarme de que estuviera bien.

La noche en Nápoles estaba fría. La mesa puesta, la cena lista... pero decidí esperarlo, aunque tenía hambre. Cuando finalmente Alessandro entró, quitándose el abrigo y el saco, corrí

hacia él y junté nuestros labios. Quería sentir su olor, su calor, asegurarme de que no hubiera pasado nada malo. Pero él no correspondió. Me tomó por la cintura y me apartó.

— ¿Por qué llamaste a tu familia para resolver mis asuntos? —preguntó con tono áspero.

— ¿Me equivoqué? —respondí, confundida.

— ¡Obvio! Los asuntos de la Camorra debo resolverlos yo. Soy capaz de poner todo en orden. No necesito ayuda. Si quisiera la colaboración de la Cosa Nostra, habría llamado a Mateo y pedido. Espero que esto no se repita. Ponte en tu lugar y nunca más te metas en asuntos de la mafia. Ese no es tu papel aquí —gruñó, hiriéndome más de lo que quería admitir.

— Realmente, esos no son mis asuntos. Pero estabas a punto de meterte en problemas por mi culpa, y lo mínimo que podía hacer era intentar ayudar. Pero, al parecer, tú lo resuelves todo solo —dije con voz temblorosa.

— ¡Sí! Lo que tenga que ver con la mafia, la Camorra, nuestra seguridad... yo lo arreglo. Solo. Soy capaz de cuidarla a ella, a ti, a nuestro hijo. No necesito que nadie me rescate, ¡carajo! —gritó, haciéndome temblar.

— Tienes toda la razón. Esta fue la primera y última vez que me involucré. Fui tonta por creer que podríamos vivir un cuento de hadas. A la primera oportunidad, me gritas, me haces sentir menos y me pones en mi lugar sin dudar —respondí, odiando la fragilidad de mi voz.

Las hormonas del embarazo me humillaron, empapando mi rostro de lágrimas. Me di la vuelta y limpié rápido los ojos para que él no notara cuánto me afectaba.

— Antonela, no es así. No quiero pelear contigo, mi amor — dijo, tratando de tocarme.

— ¡No me toques, Alessandro! —retrocedí, secándome la nariz.

— No llores así, mia dea— murmuró, abrazándome por detrás.

— ¿Cómo no llorar? Llegaste ofendiéndome... y todo lo que hice fue por amor. Mi corazón se entregó al hombre equivocado — confesé, alejándome de él.

Subí las escaleras apurada. Esa noche no quería dormir a su lado. No quería estar cerca. No podía ser que, en mi cuento de hadas, el príncipe fuera frío, insensible e incapaz de demostrar lo que siente.

Alessandro me buscaba en la cama y parecía que solo el sexo funcionaba entre nosotros. No lo veía como los hombres de la familia Martini: Pietro y su devoción por la mujer prohibida, Mateo esforzándose por agradar a Tinita, hasta Vicente se rindió ante Camila. Yo... me sentía rechazada. Humillada. Poco amada.

Durante nuestra luna de miel, Alessandro me dejó de lado, resolviendo problemas de la mafia. Solo apareció cuando se sintió amenazado, como un animal marcando territorio, como si yo fuera un pedazo de carne para poseer.

Él dedicaba su vida a la mafia, a la guerra contra la familia Lambertini. Y yo me quedaba en casa, sola, con miedo de perderlo, sin saber si algún día sería amada de verdad. Si algún día... seríamos felices juntos.

Sofocada por el dolor, busqué a mi mejor amiga. La única que me entendía perfectamente: mi prima Elena.

Tomé el celular e inicié una videollamada. Por la hora, sabía que estaría sola, sin riesgo de que otros escucharan.

— ¿Antonela? ¡Qué sorpresa! Pensé que estarías divirtiéndote con tu marido, pero esos ojos tristes e hinchados cuentan otra historia —dijo, conociéndome como nadie.

— Me conoces tan bien... Estoy pésima, Lena —susurré con la voz entrecortada.

— ¿Qué te hizo ese bastardo? Juro que agarro un jet y le doy una paliza —bromeó, sacándome una débil sonrisa.

— Está difícil amar sola, vivir sola. Alessandro me deja de lado todo el tiempo. En nuestra luna de miel, quedé completamente sola en Venecia. Aquí en Nápoles, paso los días encerrada en casa, mientras él se ocupa de la mafia y me aleja. Lo único que tenemos es sexo. Él dice que me ama, pero no lo demuestra... —confesé llorando.

— Tranquila, amiga. No estés así. Ese idiota no merece tus lágrimas. Y tú no eres culpable de sus errores —dijo firme.

— No quiero sentirme culpable, pero es torturante lidiar con su ausencia. Una relación no puede ser solo sexo. Crecí viendo a mi padre conquistar a mi madre todos los días, a mis tíos enamorados de sus esposas, a nuestros primos dedicándose a sus mujeres. Pero conmigo... es todo diferente. Me siento sola. Y ya no sé qué hacer — me desahogué llorando.

— Primero: levántate, lávate la cara. Luego, acuéstate y duerme. Piensa en el bebé. Cuídalo. Y si al final te das cuenta de que este amor no es lo que mereces, no te culpes. Lo intentaste. Y él falló —aconsejó con cariño.

— Tienes razón. Las cosas todavía están frescas. Voy a darme un tiempo. Si no cambia, si nada mejora... y quiero regresar, sé que estaré rodeada de ustedes —afirmé, sintiendo el corazón apretado.

— Y recuerda algo: odio admitirlo, pero Stefano siempre estuvo a tu lado. Te ama, es atento. Si le hubieras dado una oportunidad... quizás ahora ya serías feliz —dijo Elena, con dulzura.

— Lástima que mi idiota corazón no sabe dejar de amar... a Alessandro Ferrari —confesé antes de colgar.

No sabía cómo sacarlo de mi corazón. Pero tampoco sabía cómo seguir amando a alguien que no me hacía feliz.

Capítulo 21
Antonela Martini

1 mes después…

El embarazo era un período complicado. Estaba sintiendo en carne propia todos los síntomas: el hambre voraz, el deseo de ser acogida, la tristeza repentina, la rabia… y el fuego que me consumía. Pero lo más difícil era convivir con el hecho de que todas mis decisiones parecían equivocadas. Descubrí que el amor, solo, no era suficiente, al menos no cuando solo un lado amaba.

Alessandro se había encerrado en su propio mundo. Lo único que me quedaba era convivir con el rechazo, el desprecio y con el deseo constante de irme. A veces, me sorprendía queriendo fingir que nunca lo había conocido, deseando llamar a mi padre y regresar a Sicilia. Pero algo dentro de mí insistía en quedarme. Insistía en creer que, de alguna manera, todavía podíamos ser felices juntos.

¿Cómo no sentir rabia? Él me evitaba con todas sus fuerzas. Lo esperaba hasta las once de la noche, pero no aparecía. En la mañana, veía la cama desordenada, había estado ahí, pero se había ido demasiado temprano. Todo para evitar mirarme. No entendía los demonios que guardaba ni la obsesión con los Lambertini, pero la rabia, las ganas de gritarle y golpearlo, eran intensas. Quisiera decirle lo difícil que era para mí adaptarme a esa vida. No podía hacer milagros si él me rechazaba todos los días.

Antes de nuestra boda, yo era libre. El señor Vicenzo nunca me prohibía nada. Pero fui yo quien eligió ese camino. Fui yo quien salió de casa para provocarlo. Ahora, debía asumir las consecuencias. Extrañaba a mis primas, nuestras conversaciones, los momentos de diversión… hasta las flores de la tía Sofía. Las lágrimas rodaron, empapando mi rostro con la melancolía de la nostalgia.

Llorar y esperar ya no era una opción.

Si Alessandro no venía hacia mí, yo iría hacia él. Recordaría el motivo de nuestro matrimonio. Mostraría que no era una muñeca

para encerrarla en un armario y usarla cuando él quisiera.

Era Antonela Martini.

Caminé decidida hacia su oficina. Los guardias abrieron los ojos al verme así, determinada.

— No intenten detenerme. O me llevan con él, o me las arreglo sola —grité, feroz.

Sabían que no estaba jugando. Antes de poner un punto final a todo eso y regresar a Sicilia, necesitaba mirarlo a los ojos. Necesitaba tener certeza de que era el fin, solo así podría seguir adelante. Aunque solo quedara el recuerdo… y nuestro bebé.

En el espejo retrovisor vi a uno de los guardias hablando con Alessandro. Perfecto. Que supiera que iba en camino. Quería intentarlo. Antes de rendirme para siempre.

Cuando llegué a la empresa, él ya me esperaba. Abrió la puerta del carro en silencio. Y solo con verlo después de tanto tiempo, el corazón se me apretó. Estaba más delgado. Hundido. Tal vez me extrañaba. Tal vez el arrepentimiento lo corroía por haberse comprometido conmigo y ahora no poder retroceder.

— Vamos a mi oficina —dijo, extendiendo la mano.

El camino hacia el ascensor fue silencioso e incómodo. No podíamos mirarnos. Algo entre nosotros se había roto… y dolía.

— Pensé que necesitaba pedir una cita para ver a mi propio marido —rompí el silencio, amargada.

— Antonela… estoy haciendo todo para garantizar tu seguridad. Nápoles es un caos —respondió, incómodo.

— Entiendo la mafia. Entiendo los riesgos. Pero ¿y yo? Parece que me olvidaste —murmuré, tocándole el rostro.

— ¿Cómo olvidaría a la mujer que amo?

La sinceridad en su voz me desarmó.

— Te extraño. Me siento rechazada —confesé, con los ojos vidriosos.

— Nunca te rechazaría, porque…

No lo dejé terminar. Tomé su boca en un beso urgente, hambrienta.

— No digas nada… ya no aguanto —susurré, mordiendo su labio inferior.

Mi cuerpo necesitaba el suyo. Su boca encontró mi cuello y un escalofrío me recorrió. Alessandro arrancó mi blusa como si la espera lo hubiera consumido.

Su boca caliente succionó mis pechos, mis ojos se voltearon y jalé su cabello con fuerza.

— Baja… ahora —vociferé, implorando el toque que me vuelve loca.

— Cuánto extrañé a mi principessa— gimió, jadeando.

Me arrodillé, sedienta. Su erección estaba rígida, palpitante. Pasé la lengua despacio, provocando, antes de tragármelo entero. Chupé sus testículos con dedicación, alternando con movimientos intensos a lo largo de su extensión.

— Carajo… —gimió, perdiendo el control.

Él me tiró del cabello y me puso sobre la mesa, arrasándolo todo como un animal salvaje. Tiró de mi ropa interior con fuerza y se sumergió entre mis piernas, saboreándome como si estuviera muriendo de hambre.

— Para… te necesito ahora —imploré, jadeando.

— ¿Qué quieres? Solo pídelo —susurró en mi oído, haciendo temblar mi cuerpo.

— Méteme tu verga. Ahora.

Me penetró con fuerza, sin pudor, y en nuestros gemidos reencontramos lo que habíamos perdido.

Al ritmo frenético de sus movimientos, mi cuerpo ardía. Él chupaba mis pechos mientras me invadía y luego me atraía hacia su regazo en la silla, encajándome allí como si ese fuera mi lugar.

— Eres mi debilidad —susurró, y mi cuerpo se estremeció.

Me moví fuerte, dejándome llevar por el deseo acumulado de un mes entero. Cuando sentí su verga latir dentro de mí, los celos me consumieron. ¿Será que había estado sin sexo tanto tiempo?

Me moví aún más rápido, enloquecida, hasta que él eyaculó fuerte dentro de mí. Segundos después, fui arrastrada por mi propio clímax. Me moví dos veces, temblando por completo.

Pero pronto la duda me aplastó.

Me bajé de su regazo, recogí mi ropa y lo miré con resentimiento.

— ¿Por qué me haces esto? ¿Tienes a otra mujer? Solo eso explica tu distancia.

— ¿Estás loca?

— Alessandro, nunca quisiste casarte conmigo. Solo aceptaste por el bebé. Pero yo soy una Martini. Si tengo que vivir así, prefiero regresar a Sicilia. Prefiero el divorcio.

— Nunca. Jamás firmaría eso. No puedo permitir que te vayas. Llevas a mi hijo dentro. Y quita esa idea de tu cabeza —dijo, jadeando—. No hay otra mujer. Solo intento eliminar a los Lambertini. Me alejé para protegerte.

— Entiendo que quieras pelear… pero recuerda que estoy embarazada. Y sola. Haz el esfuerzo de prestarme atención en las noches. —Me vestí, respiré profundo—. Voy a regresar a casa. Te espero para cenar.

Le di un beso en los labios.

Quería ese matrimonio. Quería a ese hombre. Pero él tenía que pelear conmigo. No podía hacerlo sola.

Alessandro Ferrari

En el fondo, sabía de mis errores. Me dolía ver a Antonela rogando por atención, sintiéndose rechazada, cuando todo lo que había en mí era amor por ella. Amaba a esa mujer más que a cualquier cosa en este mundo. Pero no podía negar la realidad: necesitaba sacrificarme a cada segundo para destruir a Romero y su familia. Solo después de eso podría respirar en paz, libre para vivir este amor, para mostrar que nacimos el uno para el otro.

Después de nuestro sexo intenso, ella se fue y me dejó hecho pedazos. Era una tortura resistirme, mantener la distancia, cuando lo único que quería era perderme en su abrazo. Pero me alejaba para protegerla, aunque ella pensaba que no me importaba. La verdad es que todo lo que deseaba era probar mi amor y finalmente tener espacio para vivirlo.

Estaba perturbado, con miedo. Miedo de que cumpliera la promesa de seguir adelante sin mí. Sabía que, si eso pasaba, la

perdería para siempre. No con el padre que tenía. Así que necesitaba actuar rápido. Tenía que ponerle fin a todo esto de una vez.

El olor de ella todavía impregnaba mi oficina, su sabor seguía en mis labios, su presencia era demasiado fuerte para ignorarla. El desorden a mi alrededor solo delataba el huracán maravilloso que me había golpeado, Antonela, con su aroma a sandía y su intensidad única.

Vittorio entró sin llamar. Se detuvo un segundo, observó el caos y sonrió con una sonrisa nasal antes de aclarar la garganta.

— Tengo noticias que te van a alegrar, amigo. Encontré al informante de Romero. Tengo videos, fotos, todo para incriminarlo. Finalmente ganamos —declaró con una sonrisa victoriosa.

— ¿Esto es real? Después de un mes de sufrimiento, ¿finalmente tendremos paz? —murmuré, aliviado.

Era justo lo que necesitaba para entregarme de cuerpo y alma a Antonela, sin miedo, sin nadie que impidiera nuestro amor. Si Vittorio tenía razón, quería resolver todo lo más rápido posible para volver a sus brazos.

— El único problema… Se dio cuenta de que lo estaban vigilando y huyó con su hijo. Dejó a su esposa y a su hija atrás — añadió, tenso.

— ¿Ese maldito logró escapar? ¡Esto no puede ser! ¿Nunca nos libraremos de él? —grité, furioso.

— Sí, lo haremos. Ya no puede actuar en las sombras. Antonela tiene que estar segura. Avisaremos a todos nuestros aliados. Lo atraparemos, vivo o muerto —dijo Vittorio con firmeza.

Tenía razón. Necesitaba mantener la calma y ser estratégico. Debía reunir todas las fuerzas que teníamos. Romero estaba acorralado, y eso lo hacía aún más peligroso.

El pánico me invadió al darme cuenta de que Antonela había salido con los guardias. ¿Y si él la encontraba? ¿Y si algo le pasaba?

Corrí hasta el estacionamiento, entré al auto y salí disparado por las calles, desesperado, intentando comunicarme con los guardias. Ninguno contestaba.

— ¡Maldita sea! ¡Contesten, bastardos! —gruñí al estacionar frente a la casa.

Bajé corriendo y entré, el corazón acelerado. Al ver a Antonela sentada en el sofá, tranquila, viendo la televisión, mi mundo volvió a la normalidad. Caminé hacia ella, la abracé fuerte, como si así pudiera protegerla de todo.

— ¿Qué pasa, Alessandro? —preguntó confundida.

— Amor, por favor, no salgas de casa. Las cosas empeoraron. Necesito que estés segura. ¿Me prometes que no vas a ser terca? — le pedí, sosteniendo su mano.

— Ni siquiera salí. Lo sabes —respondió, tratando de calmarme.

— Romero escapó. Lo desenmascararon y no caerá solo. Así que, por favor, no me vuelvas loco —dije, tocándole el rostro con cariño.

Ella entendió. Antonela siempre entendía. Y sabía que podía confiar en ella. Pero también sabía que tenía que reforzar la seguridad. Llamé a Mateo y le expliqué todo.

— Tengo todas las pruebas para derribar a Romero. Pero escapó. Necesito tu ayuda para capturarlo y mantener la paz —dije, tenso.

— Tranquilo. Hablaré con Pietro y pondré a todos en alerta. Refuerza la seguridad de mi prima. Si es necesario, tráela al condominio —aseguró antes de colgar.

Por más que doliera, sabía que, si la situación empeoraba, tendría que alejarme de la mujer que amaba. Pero aún lejos, volvería cada noche, aunque solo fuera para sentir su olor, su cuerpo junto al mío.

Me levanté rápido. Necesitaba reunir a los hombres encargados de la seguridad de la casa. Doblar la protección, crear un plan en el que Antonela jamás quedara sola. Ella era mi mundo, y mientras Romero estuviera suelto, no tendría paz.

— Antonela, sube y descansa, por favor —le pedí con firmeza, y ella obedeció.

Sabía que haría todo por protegerla. Sabía de los fantasmas que enfrentaba. Fui al jardín, donde estaban los guardias

posicionados. Di las órdenes. Quería hombres de confianza, ojos atentos en cada rincón y a Antonela monitoreada las 24 horas.

Mientras Romero respirara, no descansaría. Nadie destruirá lo que estaba construyendo. Ni la mafia, ni el pasado. Porque un día, un día iba a vivir este amor con ella, libre de todos los peligros.

Romero Lambertini

Alessandro Ferrari fue un maldito. Consiguió exactamente lo que quería: pruebas para exponerme ante el consejo. Me convertí en un hombre fugitivo. Un hombre peligroso, sin nada que perder.

Pero si pensó que eso había terminado, estaba muy equivocado. Aún quedaban cartas sobre la mesa. Greta y Stefano Marino nunca aceptaron que Antonela y Alessandro estuvieran juntos. Sangraban por dentro al ver que se habían casado... y pensé usar eso a mi favor. Sellaríamos una alianza aún más fuerte, con un solo objetivo: destruir ese amor que se atrevía a sobrevivir a todo.

Puede que incluso lograra matarme. Pero antes de eso, me llevaría conmigo lo que más amaba: su princesita. No me importaban las consecuencias. Ferrari no viviría feliz, no mientras yo respirara. Si creía que había ganado, era porque aún no había visto de lo que yo era capaz.

Eso era solo el comienzo de una guerra. Y solo me detendría cuando lo viera arrodillado, suplicando por piedad... y aun así, no la tendría. Porque no merecía redención. No merecía a Antonela.

— Papá —la voz de Gael irrumpió en mi cuarto sin ceremonia —. Stefano y Greta dijeron que están de acuerdo con el plan. Pero no pueden venir ahora, sería sospechoso, dado todo lo que está pasando.

Asentí despacio, ya esperando esa respuesta.

— Imaginé que iban a resguardarse... cobardes —gruñí, golpeando fuerte la mesa, la madera crujió bajo mi furia—. Sabes que Stefano es como tú. Débil. Pero mi plan no cambia. Su destino es la muerte.

Gael no respondió. Su silencio decía más que cualquier palabra. El idiota se enamoró de Antonela Martini. Creyó que podría tenerla. Un error infantil.

Pero ahora no importaba. Primero necesitaba tenerla en mis manos. Después... decidiría qué hacer con ella.

Capítulo 22
Antonela Martini

Nápoles era un caos total. Alessandro intentaba resolver los problemas de la mafia y capturar a Romero y la organización que había creado para destruir a mi marido. Pero, a pesar de ese infierno, no podía dejar de pensar en el bebé.

Había programado una consulta con una obstetra que me recomendó mi suegra. Soñaba con que Alessandro me acompañara, pero no sabía si tendría tiempo, y por orgullo o miedo a la respuesta, no dije nada.

Decidí ir sola, acompañada solo por los guardias de seguridad. Estaba ansiosa, con las manos temblorosas y sudorosas. Cuando vi a tantas mujeres embarazadas, mi corazón se aceleró. La tristeza quiso devorarme. Respiré hondo, pero estaba demasiado sensible. El ambiente parecía lleno de amor, paz y felicidad. Todo lo que deseaba… y no encontraba. Alessandro seguía distante, frío.

Me distraje observando a una pareja enamorada. El hombre sonreía de oreja a oreja, sus ojos brillaban al tocar la barriga de su esposa, que parecía tener unos cinco meses de embarazo. Cerré los ojos un instante e imaginé a Alessandro entrando por esa puerta, con su traje impecable y esa mirada dominante. Se acercaba, tomaba mi mano, tocaba mi barriga… y me decía que me amaba. Pero solo era mi mente jugando.

— Antonela. —Su voz gruesa y autoritaria me hizo estremecer.

Abrí los ojos asustada, pensando que era cosa de mi cabeza. Se me escapó una lágrima.

— Esto es un sueño —susurré.

— No es un sueño, amore mio. Estoy aquí. Esto es real. ¿Por qué no me contaste de la consulta? —preguntó, tocando mi rostro con suavidad.

— No quería molestarte... Sé que estás luchando para encontrar a Romero. La mafia es tu prioridad —murmuré, bajando la

cabeza.

— Mi prioridad es mantenerte a ti y a nuestro hijo seguros — confesó, acariciando mi rostro.

Esas palabras me derritieron. Mi corazón se ablandó. Ver a ese hombre, siempre tan duro, referirse a mí como prioridad… me sentí la mujer más afortunada del mundo.

— Antonela Martini —interrumpió la doctora Marta.

— ¿Vamos? Estoy ansioso por ver a nuestro hijo —dijo Alessandro, extendiéndome la mano.

La tomé con fuerza. Si esto era un sueño, jamás quería despertar.

La doctora Marta nos recibió con una sonrisa cálida. Era una mujer elegante, con cabello gris a la altura del cuello y gafas con marcos rojos.

— Bienvenidos. La primera consulta siempre es especial. Estoy aquí para resolver dudas, recetar vitaminas y ordenar los exámenes necesarios. Será un camino hermoso —dijo con dulzura.

— Doctora, estoy tan ansiosa. Tengo tantas dudas… mis pechos están doloridos, mis emociones están hechas un desastre. A veces quiero matar a mi marido, después quiero tirarme en su regazo y lloro como una niña —hablé sin darme cuenta de que Alessandro escuchaba todo.

— Todo eso es síntoma del embarazo, mamá. Es un torbellino de hormonas —respondió, haciéndome sonrojar.

Ella explicó los primeros meses de la gestación y confirmó que, según mis cálculos, tenía siete semanas. Era la fase embrionaria, y el desarrollo del bebé estaba a toda marcha.

— Antonela, ¿conocemos a tu bebito? —dijo la doctora, emocionándome otra vez.

En la sala contigua, me acosté en la camilla con la ayuda de Alessandro, que no soltaba mi mano. Apoyé las piernas en el soporte y la doctora introdujo el transductor vaginal.

— ¿Vamos a ver a ese bebito? —bromeó.

Alessandro apretó mi mano. Intentaba parecer fuerte, pero sus ojos brillaban.

— ¿Está todo bien? —pregunté, tensa.

— Una bendición de Dios... ¡Son gemelos! —dijo sonriendo.

Miré a Alessandro. Estaba en shock.

— ¿No te gustó la noticia? —pregunté con la voz quebrada.

— ¿Cómo no me va a gustar? Dos hijos míos. Soy el hombre más feliz del mundo. Y te amo mucho —susurró en mi oído.

Las lágrimas corrieron. Mi mundo estaba hecho pedazos, pero ese momento trajo luz.

— Escuchen esos corazones —dijo la doctora.

El sonido de los latidos acelerados fue la melodía más hermosa que he oído.

— Van rápido —murmuré.

— Es normal —me tranquilizó.

Alessandro secó una lágrima. Yo deseaba que esos bebés nos unieran, curaran el dolor y transformaran todo.

Después del examen, nos despedimos de la doctora y agendamos la próxima consulta. Pensé que allí terminaría el momento de ternura, que él volvería a ser el hombre frío. Pero me sorprendió.

— Vamos a almorzar —dijo, abriendo la puerta del auto.

— No hace falta, estoy bien —murmuré, tímida.

— Lo más importante en mi vida es mi mujer. ¿Puedo hacerle compañía? —preguntó, tocando mi rostro.

Asentí con una sonrisa tímida. Estaba cariñoso. Pero el miedo me dominaba… y si mañana volvía a ser distante?

— Tengo miedo de apegarme a tus momentos de ternura… y después ser ignorada de nuevo —confesé.

— ¿Crees que no te amo? Estoy organizando la casa. Quiero un mundo seguro para los cuatro —dijo, tocando mi panza.

— Me siento rechazada —susurré, secando una lágrima.

— No hablemos de eso ahora. Vamos —dijo, abriéndome la puerta.

Me llevó a uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Cuando vi la fachada, mi corazón se aceleró. Ya había comentado una vez en Sicilia que soñaba con conocer ese lugar. Él lo recordó.

— ¿Lo recordaste? —pregunté, sorprendida.

— Quiero cumplir todos tus deseos. Te amo —susurró, provocando escalofríos.

Entramos de la mano. Pero mi corazón se detuvo cuando vi a Stefano Marino. El reencuentro me dio pánico. Mis dedos sudaron, las piernas temblaron… y Alessandro lo notó.

— ¿Qué pasa? ¿Él te afecta? —preguntó, irritado.

— ¡Claro que no! Tuve la oportunidad de estar con él, pero no sería justo ocultarte a tus hijos.

— ¿Entonces estás conmigo por los niños? —vociferó, lleno de celos.

— Si fuera por eso, ni estaría aquí. Vamos a comer, tengo hambre —cerré el tema.

Nos sentamos, pero Alessandro estaba inquieto. Y para empeorar, Stefano se acercó.

— Antonela… quién lo diría. No has cambiado nada. ¿El bebé está bien? —preguntó con una sonrisa cínica.

Guardé silencio.

— ¿Te comió la lengua el gato? Antes respondías mejor, principessa— dijo, tocando mi cabello.

El golpe seco de la mano de Alessandro en la mesa resonó. En un instante, golpeó el rostro de Stefano.

— ¡Alessandro! Por favor, amor. Vámonos de aquí —supliqué, llorando.

— Si la tocas otra vez te mato —gritó, alejándome.

— ¡Despacio! Me estás lastimando —pedí, asustada.

Me llevó al auto y se quedó en silencio, revisando el celular. El ambiente estaba tenso.

Cuando llegamos a casa, corrí al cuarto. Pero él me siguió, entrando furioso.

— ¿Qué hacía él ahí? ¿No te parece sospechoso? Está claro que te quiere —gritó.

— No me importa su vida —respondí.

— Si descubro que hay algo entre ustedes, juro que… —apretó mi cuello.

— ¿Qué crees que soy? ¡Yo te amo! Pero tú me lastimas con tu ausencia. ¡Eres tú quien debe dar explicaciones! ¿Y si es Estefanía?

Te amo sola y… —antes de terminar, me agarró la cintura y pegó sus labios a los míos.

— Deja de decir tonterías. Te amo —susurró.

No resistí. Alessandro me desnudó con prisa y chupó mi cuello, luego mis pechos con locura. Me lanzó sobre la cama, se arrodilló entre mis piernas y lamió mi clítoris con intensidad.

— ¡Ah! —gemí, agarrando su cabello.

— Eres mía —gruñó, penetrándome con fuerza.

Me moví sobre él, cabalgando con deseo. Clavé las uñas en su espalda, enloquecida.

— Di que eres mía —exigió.

— Soy tuya —gemí.

Me giró de espaldas y agarró mi cuello.

— Me vuelvo loco solo de imaginar a otro hombre deseando lo que es mío —dijo, entrando profundo.

— Alessandro… calma —pedí, sintiendo que era demasiado.

— Eres mía —insistió, pero más suave. Me besó con deseo y siguió poseyéndome hasta hacerme gozar intensamente.

Después, con una sonrisa en los labios, se apartó.

— Nunca lo olvides —dijo, saliendo del cuarto.

Estaba exhausta, confundida y, aun así… completamente enamorada.

Alessandro Ferrari

Confieso que me volví completamente loco de celos. Antonela era mi debilidad, y todo lo que tenía que ver con ella me desestabilizaba. Ver a Stefano acercarse, intentar infiltrarse en un lugar que solo me pertenecía a mí, me dejó fuera de control. Sabía que estaba siendo un completo hijo de puta, que no estaba actuando como el hombre que ella merecía, y eso solo intensificaba mi desesperación.

Después de hacer el amor con ella, cobardemente la dejé sola en la cama. Pensé que era lo mejor... mantener distancia emocional, protegerla de mí mismo. Pero me di cuenta demasiado tarde de que eso solo la hería aún más. Mi corazón era suyo, siempre lo había

sido. No era justo hacerla sangrar mientras esperaba una mejor versión de mí, una que yo aún no había tenido el coraje de ser.

Subí las escaleras apurado. Abrí la puerta del cuarto y la vi acurrucada en la cama, en posición fetal. Lloraba bajito. Aquella escena me destrozó por dentro.

— ¿Qué estás haciendo aquí? Ya conseguiste lo que querías de mí —balbuceó con la voz temblorosa.

— Antonela... perdóname. Soy un desgraciado. No merezco tu amor, ni a ti. No me di cuenta de cuánto te hice sufrir. —Toqué su rostro con cuidado, sintiendo su piel húmeda por las lágrimas.

— Alessandro, ya no quiero seguir sufriendo. Esto me está destruyendo —susurró con dolor.

— Amor, ya no tengo fuerzas para mantenerme lejos de ti. Por favor, déjame quedarme. Déjame intentar recuperar el tiempo perdido. Estar a tu lado es todo lo que deseo. Solo tú logras calmarme, sanarme, completarme —confesé, y ella me abrazó, como si todavía creyera en mí.

— Yo solo quiero lo que cualquier mujer quiere, Alessandro. ¿Sería mucho pedir un poco de normalidad? Quiero dormir contigo, despertarme contigo. Compartir el baño, el café, la vida. Esperarte por la noche, darte masajes, cenar juntos, hacer el amor... sin miedo, sin dudas. Solo tú y yo, porque te amo —murmuró, tocando mi rostro.

— Yo te amo. Si eso es lo que deseas, lo voy a hacer realidad. Lo prometo, Antonela, voy a luchar por ti. Por nosotros. Por todo lo que destruí —prometí, abrazándola con fuerza.

Quise congelar ese instante. Ella siempre había sido la única en luchar por nuestro matrimonio, mientras yo la alejaba. Y ahora, lo mínimo que podía hacer era reconstruir lo que había dejado en ruinas.

— Alessandro… ¿seré capaz de olvidar todo? Me rechazaste tantas veces… El miedo a quedarme sola, a oírte decir que no me quieres, que no vas a quedarte a mi lado… eso me enloquece —se desahogó, y yo la abracé con más fuerza aún.

— Lo juro por todo lo que tengo… que voy a cambiar. Por ti. Por nosotros. No soporto la idea de perderte. —Sequé sus lágrimas y

sellé nuestros labios con un beso cargado de promesas.

Nos quedamos ahí, abrazados. Sentía que, por primera vez, ella comenzaba a creer. Pero entonces, sonó su celular. Un número desconocido apareció en la pantalla. Se puso pálida.

Tomé el teléfono y lo miré fijo.

— Atiende en altavoz. Quiero escuchar esa conversación —pedí, alerta.

Antonela obedeció sin apartar la mirada de mí.

— ¿Hola?

— ¡Antonela! ¿Por qué me estás evitando? Es obvio que no eres feliz. Te dije que me haría cargo de ti y del bebé…

— ¿Cómo te atreves a llamarme? ¡No vuelvas a hacerlo! —lo interrumpió, furiosa, y cortó, arrojando el celular a la cama.

Mi sangre hirvió.

— ¿Así que él quiere hacerse cargo de mis hijos? Antonela, ¿te acostaste con él? —disparé, ciego de celos.

Ella retrocedió con rabia en los ojos.

— ¿Cómo te atreves a preguntar eso?

— ¡Solo responde! No es posible que ese hombre diga que te ama tanto sin haber probado tu cuerpo —vociferé.

Ella secó sus lágrimas, intentando contener el dolor y la furia.

— ¡Basta! Estoy al límite, Alessandro. Si no confías en mí, terminemos esto ahora. ¡Puedo volver a Sicilia y criar a mis hijos sola!

Nunca había hablado así antes. Eso me rompió.

— ¡Jamás! ¡Nunca voy a separarme de ti, Antonela!

— ¡Eso no depende solo de ti! ¡Si yo no quiero, no puedes obligarme! Solo me entregué a ti. Tú fuiste el primero y el único hombre que tocó mi cuerpo. Si pudiera volver en el tiempo, lo haría todo diferente. Esto se acabó. ¡Me voy!

Entró al vestidor decidida. Me dejé caer al suelo, de rodillas.

— Por favor, no… ¡No me dejes! —suplicaba, con las lágrimas corriendo.

— Alessandro, ¿qué estás haciendo? ¡Levántate!

— Si tengo que humillarme para probarte cuánto te necesito, lo haré. ¡Pero no me dejes!

Se arrodilló frente a mí, tocando mi rostro.

— ¿Por qué complicas todo?

— Porque nunca supe ser feliz. Desde chico fui arrojado a la mafia. Aprendí a ser frío, calculador, a matar sin pestañear. Nunca me enseñaron a amar. Me da miedo bajar la guardia y ponerte en peligro... a ti y a nuestros hijos. Por eso me alejo. Es la única forma que conozco de proteger a quien amo —me desahogué, desnudo en alma y verdad.

Ella unió nuestros labios con deseo y amor. Y ahí, en el suelo, entre lágrimas y promesas, descubrí que ya no podía vivir lejos de ella.

[...]

Los labios de Antonela encontraron los míos con una urgencia desesperada. No era solo un beso, era un pedido silencioso para que nunca más la dejara. Nuestras bocas se fundieron, y el sabor salado de las lágrimas se mezcló con el calor de nuestra hambre mutua.

Se acomodó sobre mi regazo, con las piernas alrededor de mi cintura, y mi cuerpo reaccionó como si hubiera pasado años en abstinencia. Mis manos descendieron por las curvas que conocía de memoria, pero que en ese instante se sentían nuevas, como si estuviera tocando por primera vez a la mujer de mi vida.

— Muéstrame que esto es real —susurró entre besos—. Demuéstrame que todavía soy tuya, que tú eres mío.

— Eres todo lo que tengo —respondí con la voz ronca, dominada por el deseo y la culpa.

La llevé hasta la cama sin apartar los ojos de los suyos. La recosté con delicadeza, pero el fuego dentro de mí me obligaba a querer arrancarle cada prenda que aún la cubría. Ella no se quejó cuando subí su blusa, dejando al descubierto sus senos firmes, con los pezones ya rígidos, suplicando por mí. Los cubrí con mi boca, alternando entre caricias y hambre, mientras mis manos exploraban cada centímetro de su piel suave.

— Alessandro… —gimió bajito, arqueando la espalda—. Hazme olvidar todo. Ámame ahora, como si fuera la última vez.

— Va a ser la primera de muchas, mi amor —prometí, deslizando mi lengua hasta su abdomen, deteniéndome un segundo para besar justo allí, donde crecían nuestros hijos.

Sus ojos se llenaron otra vez de lágrimas, pero ahora era pura emoción. Le quité el resto de la ropa con lentitud, como si estuviera desenvolviendo un regalo precioso. Y lo era. Ella era todo lo que necesitaba.

Me desvestí rápido, con los músculos tensos, el miembro latiendo de deseo y emoción. Me coloqué sobre ella con cuidado, pero con la firmeza de quien sabe que pertenece a ese lugar. Nuestros cuerpos encajaron como si hubieran sido hechos el uno para el otro, y quizás lo eran.

Al penetrarla, todo en mí estalló. Antonela gimió mi nombre, sus uñas marcando mi espalda, y supe que, incluso después de tanto dolor, todavía me deseaba. Todavía me amaba.

Me moví dentro de ella con un ritmo que oscilaba entre lo urgente y lo lento. Quería que sintiera cada parte de mí, cada arrepentimiento, cada promesa silenciosa de amor. Sus gemidos se convirtieron en gritos ahogados en mi boca, y los míos se perdieron en su cuello.

— Así es como quiero vivir contigo. Cada maldita noche. Dormir contigo, despertar contigo, hacerte mía hasta que se acabe el mundo —murmuré contra su piel.

— Entonces quédate —imploró—. Quédate, Alessandro. Ámame hasta borrar todos los dolores.

Aumenté el ritmo, sintiendo su cuerpo responder al mío. Nuestras pieles húmedas chocaban, y el cuarto se llenaba con los sonidos de nuestro reencuentro. Ella se estremeció debajo de mí, deshaciéndose en placer, el cuerpo convulsionando, y cuando gritó mi nombre, me entregué por completo.

Eyaculé dentro de ella, como una promesa sellada por el deseo y el amor.

Caí sobre su cuerpo, los corazones acelerados, las respiraciones fuera de control. Permanecimos así, pegados, como si pudiéramos

fundirnos en uno solo.

— Te amo, Antonela. Más que a mi vida —susurré con la voz quebrada.

— Y yo solo te quiero a ti. Siempre fuiste tú —respondió, pasando su mano por mi cabello, recibiéndome como si yo fuera su hogar.

Y lo era.

Capítulo 23
Alessandro Ferrari

Realmente no entendía la llegada de Stefano Marino a la ciudad de Nápoles. Que yo supiera, él no era uno de los miembros responsables de establecer el vínculo entre la Camorra y la Cosa Nostra. Su presencia allí, justo después de la caída de Romero Lambertini y de toda su familia, me puso en alerta. Era, como mínimo, curiosa. El subjefe de mi organización había sido acusado de varios crímenes, incluida la conspiración contra la famiglia, y ahora ¿aparecía Stefano? No era una coincidencia.

No creía que hubiera venido por Antonela. No sería tan estúpido como para arriesgar su propia vida por una mujer que jamás podría tocar. Yo nunca permitiría que ningún hombre se acercara a mi mujer. Stefano estaba allí por otro motivo. Quería desestabilizarme, y eso solo reforzaba mi teoría: estaba aliado con Romero.

Para quitarme la duda del pecho antes de involucrar a Pietro Martini, decidí investigar por mi cuenta. Aproveché la reunión con Vittorio para poner en marcha la primera etapa.

— Vittorio, pon a dos de nuestros hombres más confiables a seguir a Stefano Marino. Nada de abordajes directos. Quiero que disimulen bien la misión. Stefano es astuto —ordené con firmeza.

— Estoy de acuerdo contigo —respondió él—. Su presencia aquí no es casual. Mucho menos en este periodo en el que estamos cazando a los Lambertini. Y él aparece justo ahora, intentando hacerse el simpático con tu esposa. Sabía que eso te iba a afectar. Es la misma técnica que usaba Romero, ¿o ya te olvidaste de cuántas veces Gael fue una pieza en ese juego solo para provocarte?

Las palabras de Vittorio me dieron de lleno. Era verdad.

— Son tan incompetentes que repiten las mismas estrategias. Eso juega a nuestro favor. Después de tu análisis, no tengo más

dudas: están trabajando juntos —declaré, con una sonrisa fría en los labios.

— Voy a enviar a dos soldados para seguirlo discretamente — garantizó él.

Pero eso no era suficiente. Yo necesitaba saber qué quería Stefano con Antonela. Necesitaba saber hasta dónde habían llegado los dos. La duda me consumía.

— Vittorio... quiero que pidas que hackeen el celular de Antonela —le pedí, mirándolo fijamente.

Se quedó paralizado.

— ¿Estás seguro de eso, Alessandro? ¿Por qué? —preguntó, sorprendido.

— Porque si no descubro la verdad, voy a seguir destruyendo lo que tengo con ella. Necesito saberlo, aunque después me termine odiando.

— Te voy a ayudar. Pero creo que es innecesario. Antonela está loca por ti, hasta un ciego lo ve. Menos tú, que insistes en sabotear todo —dijo, ya poniéndose de pie.

— Tú sabes lo difícil que es para mí confiar... soy víctima de esta maldita desconfianza. No me juzgues —supliqué, con la voz más baja.

— Está bien, Alessandro. Voy a hacer lo que quieras — respondió seco, antes de salir de la sala.

Sí, era una medida invasiva. Pero los celos me volvían loco. Si no descubría la verdad, me carcomería para siempre.

Horas más tarde, mientras trazaba un plan de seguridad con el gobernador, Vittorio regresó. Estaba serio, con el celular en la mano.

— Solo encontré un video... muy bonito, por cierto. Fue lo único que podría levantar sospechas. También hay unas conversaciones con tu prima, donde ella le pregunta si hizo lo correcto, si ama sola... pero eso puedes verlo después —dijo, dejando el celular sobre la mesa.

Tomé el aparato con el corazón acelerado. No quería creer que ella pudiera traicionarme... pero tampoco quería engañarme.

Abrí el video.

La imagen de Antonela llenó la pantalla. Hermosa. Sus ojos azules llenos de lágrimas, el cabello suelto y ese rostro... ese rostro que amo tanto.

Alessandro Ferrari... quisiera tener el valor de decirte todo lo que siento, pero el miedo me paraliza. Por eso decidí grabar este video. Tal vez, algún día, tenga el coraje de mostrártelo, o de decírtelo en persona. Por ahora, va a quedarse solo conmigo.

Sollozó. Respiró hondo, intentando contener las lágrimas.

No esperaba la noticia del embarazo. Estoy asustada, insegura. No sé cómo va a ser... es mi primera vez. En realidad, fueron muchas primeras veces a tu lado...

Mis ojos ya estaban llenos de lágrimas.

Sé que voy a ser una buena madre, porque te tengo a ti a mi lado. Y, en el fondo, tengo la esperanza de que vas a ser un buen padre para nuestro hijo. Estoy feliz de ser la madre de tu heredero. Solo deseo que nuestra familia funcione, que seamos felices... Espero que puedas llegar a amarme como yo te amo, porque eso es lo que le pido a Dios todos los días.

Cerré los ojos. La máscara se cayó. El hombre frío, calculador, entrenado para matar... ahora lloraba como un niño. Porque esa mujer me desarmaba con una mirada. Y ese video destruyó las últimas defensas que todavía me quedaban.

Me levanté de un salto. Me puse el abrigo. Ya no iba a huir más de lo que sentía por ella. A partir de ahora, iba a vivir ese amor. Iba a ser el padre de nuestros hijos. Iba a ser su hombre.

Ya no tenía sentido seguir luchando una guerra que perdí desde la primera mirada. Y pelear contra Antonela era alargar un dolor que solo ella podía curar.

Ahora todo iba a cambiar. Iba a luchar, sí, pero por nuestra felicidad.

Antonela Martini

Esta relación complicada me estaba haciendo daño. A veces decía que me amaba, y al momento siguiente destruía todo con sus celos enfermizos. Esa falta de estabilidad me estaba consumiendo.

Ya no sabía cómo actuar. No existía una fórmula mágica para entrar en el corazón de Alessandro.

Lo único que quería era que cambiara… o, al menos, que tuviera el valor de ponerle un punto final.

Lo peor de todo era vivir en silencio, sin poder contarles a mis padres todo lo que estaba sufriendo, por miedo a que pasara algo peor. Aun así, incluso con todo lo que estaba pasando, yo amaba a Alessandro con todas mis fuerzas. En el fondo, creía que podríamos estar bien. Pero todo tiene un límite. Y yo estaba a punto de rendirme, por mi propia cordura… y por la tranquilidad de mi embarazo.

Impulsada por la necesidad de desahogarme, tomé el teléfono y marqué el número de mi prima. Elena era la única que me escuchaba. La única que realmente sabía cómo era mi vida en Nápoles.

— Prima, ¿hay nuevos problemas? —preguntó, ya sabiendo que solo la buscaba en mis momentos más difíciles.

— No hables así… Parece que solo te busco para soltar mis dramas —murmuré, incómoda.

— Estoy bromeando, tonta —dijo ella, con una risa suave—. Habla, estoy aquí para escucharte.

— Elena… estoy sufriendo mucho. Tu primo sigue distante. A veces se acerca y me dice cosas tan lindas que me derrito… pero esos momentos son escasos. Nunca tenemos paz —confesé, con los ojos llenos de lágrimas.

— Antonela… por lo poco que conozco al stronzo de mi primo, él quiere cargar el mundo sobre sus hombros. Está tratando de cazar a Romero, y eso…

— Prima… nuestros padres son mafiosos. Siempre tienen problemas. Y aun así, no se alejan de sus mujeres. Esa excusa ya no me convence. Alessandro se aleja porque quiere. Lo peor de todo es su bipolaridad. A veces me hace sentir la mujer más amada del mundo, recuerda conversaciones de nuestra infancia, me confunde… Creo que me estoy volviendo loca.

— ¿Crees que ya es hora de dejar todo esto? —preguntó, seria.

— Estoy cerca. Le voy a dar un mes más. Quiero ver si logra capturar a los Lambertini. Si después de eso nada cambia… me voy. Me despediré y volveré al condominio.

Elena era la fan número uno de nuestra relación. Por ella, todo saldría bien. Por mí también… Pero dependía mucho más de él que de mí.

Las conversaciones con mi prima me daban fuerza. Después de esa dosis de "terapia", sentí todo más ligero. Me despedí y fui directo al baño.

El embarazo alteraba mis hormonas, y tenía un hambre feroz. Necesitaba alimentarme, aunque fuera sola. Ya no esperaba nada de él. Alessandro ni siquiera me hacía compañía.

Me quité la ropa y entré a la ducha. El agua caliente resbalaba sobre mi cuerpo, y cerré los ojos, intentando relajarme. Quería que ese baño también lavara mi alma.

Después de bañarme, fui apurada al vestidor. Me puse un vestido rojo con volados a la altura de la rodilla, con lunares. Me miré al espejo mientras aprovechaba para cepillarme el cabello.

Mi estómago rugía. Estaba comiendo por tres. Tenía que mantenerme firme por esos dos seres dentro de mí que me daban fuerzas cada día.

Bajé las escaleras rápidamente, pero me detuve en seco al ver que la puerta se abría.

Era Alessandro.

Sus ojos tenían un brillo distinto. Había pasión allí… algo que me dejó sin aliento. Caminó hacia mí, tomó mi cintura con fuerza y selló nuestros labios en un beso urgente, ardiente e inesperado.

Quise empujarlo, decirle que no podía besarme así, después de todo lo que habíamos pasado. Pero mi cuerpo traicionero cedió. Su lengua exploraba mi boca con precisión, y sus manos posesivas reclamaban mi cuerpo como si fuera suyo, y lo era.

— Antonela… te amo. Por favor, no me dejes. Perdóname… no importa lo que esté pasando, solo quiero pasar mi tiempo contigo — susurró, emocionándome.

Rodeé su cintura con las piernas, apoyé mi frente en la suya, sonriendo. Me cargó escaleras arriba, besándome sin parar.

Sabíamos lo que venía… y los dos lo deseábamos.

Alessandro abrió la puerta del cuarto y me acostó en la cama con cuidado. Besó mis pies, tomándome por sorpresa, y empezó a subir, con los labios calientes tocando mis piernas, lamiendo, mordisqueando, saboreando cada centímetro. Hizo lo mismo con la otra pierna.

Me ayudó a quitarme la ropa, luego se desnudó, revelando ese cuerpo que yo tanto deseaba. Con una sonrisa hermosa, tomó mi rostro y me besó con intensidad. Mordió mi labio inferior, luego besó todo mi rostro.

— Te amo, Antonela. Vamos a empezar de cero. En serio. Ya no voy a huir. No tengo fuerzas para eso —balbuceó, mientras deslizaba su boca por mi cuello.

Se me erizó la piel entera. Ese hombre era todo lo que yo quería.

Acarició mis pechos sensibles, luego los lamió con cuidado, dejándome sin aliento.

— Ah… —gemí, completamente entregada.

— Cuando entro en una guerra, es para ganarla. Uso todos los recursos. Pero cuando entré en esta guerra contigo… ya sabía que era inútil pelear. No tengo fuerzas para estar lejos de ti —dijo, sonriendo.

Entonces bajó sus labios hasta mi intimidad. Pasó su lengua caliente por mi clítoris, con movimientos circulares y precisos, haciéndome retorcer de placer.

— Alessandro… yo… voy a acabar —murmuré, entre suspiros.

Se colocó encima de mí con cuidado, sin presionar mi cuerpo. Me penetró con fuerza, pero con ternura, mirándome a los ojos. Había amor allí. Pasión verdadera.

— Confieso que me encanta el sexo salvaje… pero hoy solo quiero hacer el amor. Quiero que te sientas amada. Porque te amo, Antonela. Quiero besarte y recordarte que eres la mujer más hermosa del mundo —susurró, moviéndose dentro de mí.

— Repíteme que me amas. Quiero creerlo. Si esto es un sueño, no me despiertes —pedí, emocionada.

Clavé mis uñas en su espalda, sintiéndolo invadirme con intensidad y dulzura. Era como la primera vez, pero llena de amor.

— No te reprimas. Entrégate a mí —dijo él, con voz ronca, llevándome al límite.

Llegamos al clímax juntos. Todo parecía un sueño. Ese hombre hermoso, diciéndome que me amaba, tocándome con tanto deseo y delicadeza…

Era todo lo que siempre soñé. Y ahora, tal vez, era el comienzo de todo lo que siempre deseé.

[...]

Aún jadeaba cuando sentí a Alessandro acomodarse a mi lado, pasando el brazo sobre mi barriga con delicadeza, como si ya estuviera protegiendo a nuestros hijos. Su toque era suave, completamente distinto al hombre tenso y explosivo que había sido en las últimas semanas.

Apoyé mi cabeza sobre su pecho, escuchando los latidos fuertes de su corazón. Cada latido parecía decir: "Quédate conmigo". Y, aunque estaba herida, ese era exactamente el lugar donde quería estar.

— Necesitaba esto —confesé, con la voz baja.

— Yo también. Pero más que eso… te necesitaba a ti, Antonela. Te necesito todos los días, incluso cuando actúo como un imbécil. Perdóname por alejarte… por hacerte daño.

Cerré los ojos, sintiendo la caricia de sus dedos recorriendo mi espalda lentamente.

— Solo quiero entender lo que sientes, Alessandro. Cuando te callas, imagino lo peor. Y cuando hablas… a veces me destruyes.

— Lo sé… —murmuró, girándose para mirarme—. Tengo tanto miedo de perderte que termino saboteándome. Crecí creyendo que el amor era una debilidad… pero tú me mostraste que es mi fuerza. Y ahora, con nuestros hijos en camino… todo lo que quiero es estar a tu lado. Ser el hombre que tú y ellos merecen.

Sentí las lágrimas resbalar por los costados de mis ojos. Esta vez, no eran de dolor… eran de esperanza.

— Solo necesito verdad, Alessandro. Las promesas vacías ya me cansaron. Si quieres quedarte… quédate por completo.

Él sostuvo mi rostro con ambas manos, con tanto cuidado, como si estuviera hecha de vidrio.

— Me voy a quedar. Y por completo. Ya no voy a huir de ti, ni de lo que sentimos. —Besó mi frente—. Déjame cuidarte… cuidar de nuestros hijos.

Sonreí, sintiendo el calor de su cuerpo envolverme por completo.

— Creo que ya empezaste —bromeé, deslizando mi mano por mi vientre.

Él bajó la mirada hasta mi barriga y sonrió con una ternura que nunca antes había visto en él.

— Te prometo ser el mejor padre que pueda. Y también el mejor esposo, si aún me quieres así.

— Sí quiero. Pero quiero que luches por nosotros todos los días —susurré, sellando nuestros labios con un beso tranquilo, lleno de significado.

Nos envolvimos en la sábana, y por unos instantes, el mundo exterior dejó de existir. Solo estábamos nosotros dos. Por primera vez en semanas, dormí con el corazón liviano.

Por primera vez… me permití creer que, tal vez, solo tal vez, nuestro "felices para siempre" estaba empezando ahora.

Capítulo 24
Antonela Martini

Despertar a su lado parecía un sueño. Verlo dormir tan despreocupado y entregado aceleraba mi corazón, me provocaba un cosquilleo en el estómago… y eso era increíble, porque cada segundo se sentía como si fuera el primero, la primera vez. Y eso me hacía desearlo aún más.

No quería levantarme. No podía creer que Alessandro Ferrari había pasado toda la noche pegado a mi cuerpo, besando cada rincón de él y jurando amor eterno. Tenía miedo de abrir los ojos y que algo sucediera, algo que nos hiciera perdernos otra vez en el camino.

Pero mi vejiga de mujer embarazada estaba a punto de explotar. Necesitaba ir al baño y no pensaba despertarlo. Con cuidado, intenté apartar su mano de mi cintura. Sin embargo, como buen mafioso, se despertó e intentó sujetarme con más fuerza. Mi esposo me dio un beso en la mejilla.

— Buenos días, amore mio. ¿Adónde crees que vas? —susurró en mi oído.

— Necesito ir al baño, estoy muy apretada —confesé, intentando levantarme.

— No quiero despegarme de ti ni un segundo. Voy contigo — murmuró, dejándome sin palabras.

Alessandro me siguió hasta el baño. Estaba tan sexy usando solo un bóxer blanco. Su erección matutina me encendía. Ese hombre alto, con el cabello desordenado y el abdomen bien definido, era todo lo que siempre había soñado, y eso no podía negarse.

Se apoyó en el lavamanos, de frente a mí, cruzó los brazos sobre el pecho y me miró con intensidad, sin apartar los ojos. Intenté parecer sexy. Fui bajándome la ropa interior y levantándome el camisón. Me senté en el inodoro y dejé salir todo el líquido que tenía acumulado.

La escena, para mí, parecía torpe, pero su mirada, fija y enamorada, hizo que mi corazón latiera con fuerza dentro de mi pecho. Podía parecer una locura, pero yo estaba tontamente enamorada de él. Siempre lo estuve, desde que lo conocí, cuando todavía era solo una chica inocente.

Después de limpiarme, me levanté rápido. Él se acercó y me atrajo hacia sus brazos. Sujetó mi rostro mientras sonreía, completamente enamorado. Alessandro se inclinó, acortando la distancia entre nuestros labios. Cuando menos lo esperaba, presionó su boca contra la mía, pidiéndome entrar.

— Antonela, estoy hambriento y necesito una taza de té. ¿Podrías servírmelo? —dijo, lleno de picardía.

Yo estaba entregada. No iba a rendirme, no quería retroceder ni un segundo. No había motivos para dificultar las cosas ni para hacerlo pagar por mi sufrimiento. Lo único que más deseaba era tener a ese hombre cerca, y lo tenía. Finalmente, todo estaba encajando como siempre había soñado.

— Sírvete tú mismo —declaré, mordiéndome los labios.

Alessandro mostró una sonrisa divina. Aprovechó mi vulnerabilidad para sujetarme de la cintura y sentarme sobre la encimera. Se acomodó entre mis piernas y terminó de quitarme la ropa interior, que ya estaba a la altura de mis pantorrillas. Luego, se deshizo de mi camisón y de su bóxer blanco.

Mi esposo pegó sus labios a los míos con un deseo salvaje. Sus besos ardientes me erizaban la piel. Era distinto, no era solo deseo. Había pasión en su boca.

Alessandro bajó sus labios por mi cuello, besándolo y chupándolo con intensidad. Luego masajeó mis senos y los envolvió con su boca. Sentir el contacto de su lengua con mis pezones era maravilloso, una explosión de energía, un deseo arrollador que palpitaba en mi intimidad, dejándome aún más húmeda para recibirlo.

Fue bajando sus labios ardientes por mi vientre, dejándome besos, acomodándose entre mis piernas y mordisqueando mis labios mayores. Con cuidado, los separó con la mano, y yo apoyé mis piernas sobre sus hombros. Alessandro me penetró con la lengua,

mientras usaba el dedo índice para hacer movimientos circulares sobre mi clítoris.

— ¡Ah! —gemí con esa sensación maravillosa.

Pasé mis manos por su cabello mientras mordía mis labios, intentando contener ese deseo desbordante. Latía por dentro, sedienta de él, y no iba a resistirme.

— Alessandro, no me tortures, por favor, yo… —Él dejó de lamerme.

— Dime lo que quieres —gruñó, incorporándose.

Pegó sus labios a los míos otra vez y, como un chico travieso, frotó su pene contra mi entrada, haciéndome arquear de deseo. Si esa tortura continuaba, iba a volverme loca.

— Te quiero a ti. Dame tu verga ahora —supliqué, desbordada de placer.

Mi esposo me penetró con fuerza, llenándome por completo. Tragué saliva y él sonrió, descarado. Empezó a moverse con cuidado, tocando mi punto más profundo. Sujetó mi cuello con firmeza, embistiéndome con fuerza e intensidad.

— Carajo, podría vivir dentro de ti. Tan apretada, caliente y deliciosa —gruñó, adorando a mi diosa interior.

Lo atraje por el cuello, aferrándome más a él. Quería sentirlo todo. Era tan diferente la sensación de tener sexo sabiendo que él me amaba tanto como yo lo amaba a él.

— Prométeme que no vas a hacerme sufrir nunca más — suplicaba, jadeando.

— Perdóname. Fui un idiota. Quise mantenerme lejos, pero estoy completamente enamorado de ti —declaró, sonriendo.

Alessandro sujetó mi cintura y me bajó de la encimera. Seguí moviéndome, sintiéndolo por completo dentro de mí. Le arañé la espalda con fuerza mientras él nos llevaba hasta la ducha. Abrió el grifo y dejó que el agua mojara nuestros cuerpos. Sin despegar sus labios de los míos, me empujó contra la pared, moviéndose con tanta fuerza que me hizo perder el sentido.

— ¡Ah! Voy… voy a acabar —confesé, convulsionando de placer.

Él siguió torturándome mientras mi cuerpo vibraba, entregado. Ese hombre estaba loco, tan rendido a mí como yo a él.

Sentí su semen caliente invadir mi interior. Estaba rojo, demasiado sexy, gimiendo mientras liberaba su leche ardiente dentro de mí. Y mi único deseo era que eso durara para siempre.

Cuando nos calmamos, me soltó con una sonrisa tonta en el rostro. Tocó mi cara como si intentara grabar cada detalle en su memoria.

— Vamos a desayunar —afirmó, mordiendo mis labios.

No sé qué le pasó, pero estaba amando esta nueva versión suya. Esperaba que siga así. Finalmente, Dios había escuchado mis oraciones y ahora tenía al amor de mi vida a mi lado, como siempre había soñado.

— ¿Vas a trabajar hoy? —pregunté, curiosa.

— ¡No! No pienso alejarme de ti. Quiero dedicarme al amor de mi vida. ¿Puedo?

— Puedes —susurré, intentando contener la emoción.

Me rodeó por la cintura y dejó que el agua cayera sobre nuestros cuerpos, mientras aprovechaba ese momento para besarme y demostrar que, de verdad, quería estar conmigo tanto como yo quería estar con él.

Alessandro Ferrari

Deseaba desesperadamente vivir el momento con Antonela, olvidar el pasado lleno de dolor y sufrimiento. Primero intenté alejarme por culpa de la guerra interna en la Camorra: no quería que ella se convirtiera en un blanco. Luego surgió el conflicto entre Gael y Stefano, ambos tratando de convencerme de que ella no era quien yo pensaba. La foto del beso con Gael… Después, apareció saliendo con Stefano. Todo eso despertó a mi demonio más peligroso, y me volví loco.

Pero Dios es testigo fiel de cuánto amo a esa mujer. Sufrí como un perro cuando Stefano me dijo que era el padre del bebé. En mi cabeza, tracé mil planes para recuperarla. Tal vez todo habría sido más fácil si ella no me hubiera echado del hospital, si me hubiera contado que yo era el padre.

Lo que pasó entre nosotros solo contribuyó a nuestra separación, pero incluso lejos, mi cuerpo gritaba por el suyo. Sentía una necesidad visceral de tenerla, de dormir a su lado solo para poder respirar. Por eso pasé noches junto a ella, aunque no me viera, solo para sentir su presencia.

Pero a partir de hoy, todo iba a ser distinto. Aunque hubiera conflictos, aunque estuviéramos en guerra, no podía renunciar a mi chica. La amaba. Y haría lo que fuera para recuperar el tiempo perdido.

— Amor, ¿aprovechamos este momento antes del almuerzo para hablar con mis papás? —preguntó, sentándose a mi lado en el sofá.

— ¿Qué quieres decirles, amore mio? —pregunté, confundido.

— Quiero contarles que estoy embarazada de gemelos — respondió en voz baja.

— ¿Todavía no se los dijiste? —Fruncí el ceño, sorprendido.

— No. Quería hacerlo, pero tenía la esperanza de que tú participaras de ese momento. O, en todo caso, decirlo cuando llegara a Sicilia, porque… planeaba dejarte —confesó, sonrojándose.

— ¿De verdad creías que eso era posible? Tu papá me habría matado por estúpido. Siempre te amé, Antonela, pero pensé que alejarme sería lo mejor para ti. —Acaricié su rostro, conmovido.

— ¿Y ahora ya no quieres alejarte? —Mordió su labio, provocándome.

— No. Estar lejos de ti es peor que enfrentar cualquier guerra. Vamos a estar juntos, pase lo que pase —susurré antes de darle un beso suave en los labios—. Llama a tus papás.

Antonela tomó el celular e inició una videollamada con sus padres, su hermano y su cuñada. Ansiosa, mantenía los ojos pegados a la pantalla. Doña Isa fue la primera en contestar, seguida por Camila, que tenía a la pequeña Viola en brazos.

— ¡Cosita linda de su tía! Te extraño mucho —dijo Antonela, emocionada.

— Hija ingrata, yo sí estoy muriéndome de ganas de verte. Estoy muy ansiosa por encontrarte —respondió Isa, fingiendo estar molesta.

— No digas eso, mamá. ¡Tú también puedes venir a verme! Solo papá ha venido hasta aquí. —Puso cara de niña buena.

— Hija, no me dejes sin noticias, me preocupo —dijo Isa, seria.

— Estoy llamando justo por eso. ¿Dónde está papá?

— ¡Aquí estoy! —dijo Vicenzo, acostado junto a su esposa.

— ¿Y Vicente? ¡Es domingo, todos tienen el día libre! —bromeó Antonela.

— ¡VICENTE! Ven acá, amor —gritó Camila.

— ¡Aquí estoy! —Se sentó al lado de su mujer—. ¿Antonela se acordó de que tiene familia? —dijo con sarcasmo.

— Deja de ser bobo, stronzo. Nunca me olvidé de ustedes. Pero ahora quiero disfrutar mi momento con mi amor —respondió, haciendo que todos sonrieran.

— Ay, por favor. Habla de una vez de lo que realmente importa —dijo Vicente, malhumorado.

— ¿Así demuestras que me extrañas? —Fingió estar frustrada —. Mamá, estoy embarazada de gemelos —reveló con los ojos llenos de lágrimas.

El silencio se apoderó de la llamada. Todos se miraron entre sí sin decir nada, y Antonela se puso nerviosa.

— Digan algo, por el amor de Dios —pidió, desesperada.

— ¡Carajo! A los Ferrari les encantan los gemelos. Mateo y Elena; Bella; Alessia y Antony… ¡y ahora dos más! ¿Serán dos niños? ¿Dos niñas? ¿Un niño y una niña? —bromeó mi suegro—. Yo voy a adorar a mis nietecitos. Y estoy feliz de saber que estás bien, mi princesita. Si fuera por mí, nunca te habrías alejado de mi lado, pero siempre voy a apoyar tus decisiones —dijo Vicenzo.

— No importa lo que pase, me voy a mudar a Nápoles. Quiero consentir muchísimo a mis nietecitos. Solo que no puedo quedarme mucho tiempo allá, porque no sé vivir sin Viola —añadió Isa, sonriendo.

— Yo juraba que diría que no sabe vivir sin mí, pero ya veo que Viola me reemplazó —bromeó Vicente—. Hermana, sé feliz. Te mereces el mundo.

— ¿Escuchaste, Vivi? ¡Vas a tener dos primitos! Van a venir a visitarte y serán mejores amigos —dijo Camila, acariciando a su hija.

Siempre fui un hombre reservado. Pocas personas conocen mi lado más suave. Ni siquiera Antonela se ha salvado de mi versión fría y dura. Y sufriría mucho más si la perdiera.

Después de despedirse de la familia, ella me miró confundida. Sabía que estaba llena de preguntas sobre mi silencio durante la llamada.

— Antonela, sé que te preguntas por qué no dije nada. Pero tú ya sabes… soy complicado. Estoy intentando mejorar. Solo te pido paciencia, porque de verdad quiero confiar más en tu familia —dije, acariciando su rostro con ternura.

— Yo te conozco. Eres complicado, y aun así te amo. Si sigues siendo el Alessandro que me has mostrado en las últimas 24 horas, voy a ser la mujer más feliz del mundo —respondió con una sonrisa dulce—. ¿Vamos a almorzar?

Seguí a mi mujer hasta el comedor. Los platos ya estaban servidos. Hasta ese momento, Antonela solía comer sola. Pero eso iba a cambiar. A partir de ahora, todas las comidas serían a su lado.

Me senté en la cabecera de la mesa y ella a mi izquierda. Estábamos en silencio cuando Estefanía entró con una bandeja en las manos. Al verla, Antonela se puso roja de rabia. Hacía más de un mes que me había pedido que la despidiera. Confieso que dudé, por consideración a la madre de Estefanía, quien me crió junto con la mía. Pero yo ya había ordenado que no volviera a aparecer por la casa. Y aun así, se atrevió a desobedecer.

— Señor Alessandro, hoy preparé su comida preferida: lasaña de carne molida. También separé su vino favorito, de la cosecha del 88, y… —fue interrumpida por Antonela.

— ¿Qué haces aquí? Alessandro, pensé que ella ya no trabajaba en esta casa —explotó.

— Amor, yo…

— ¡Perdí el apetito! Come solo o con tu querida amante —gritó, levantándose.

Mierda. No era así como quería que terminara este día. Respiré hondo, furioso.

— Te advertí que no volvieras. Desobedeciste, y eso te va a costar el empleo. Toma tus cosas y vete ahora mismo —dije con

firmeza.

— ¿Por qué? Estuve todo este tiempo alejada, pero ahora me doy cuenta de que ustedes se han acercado. Te estoy perdiendo, y no quería eso. —Lloró.

— Tú nunca me tuviste. Mi corazón siempre fue de Antonela, desde el principio. Y ahora, si quieres irte con dignidad, hazlo por las buenas. Si no, mis hombres te van a sacar a la fuerza.

Subí las escaleras apurado. Tenía que arreglar esto antes de que se fuera. Al abrir la puerta del cuarto, la encontré en el clóset con una maleta. Ya estaba guardando su ropa.

Caminé con pasos largos hacia ella y le quité la ropa de las manos.

— Amor, me equivoqué. No la despedí por respeto a su madre, que me crió… Pero me arrepiento. Acabo de echar a Estefanía —dije, con la cabeza baja.

— ¿Tienes idea de lo que hiciste? Por mucho menos, casi terminaste conmigo por culpa de Gael. Él me besó sin mi permiso y tú ni siquiera quisiste escucharme. ¿Ahora quieres que te perdone después de permitir que tu amante conviviera conmigo? ¿Pensaste que podría haberme envenenado? ¿Cómo voy a…? —Le cerré la boca con un beso.

— No me dejes, por favor. Estoy tratando de cambiar. Desde que volví contigo, no he tocado a ninguna otra mujer. Puede que no lo parezca, pero es verdad. Te amo con todas mis fuerzas. Después de todo lo que hemos pasado… por favor, no me dejes —suplicaba, entre lágrimas.

— No lo sé… Me vuelves loca. ¿Cómo voy a sobrevivir a todo esto? —dijo, abrazándome.

— Ya la mandé lejos. No volverá a interferir en nuestra vida. Y si tú quieres, puedo hacer que la torturen, o incluso…

— No hace falta —me interrumpió—. Solo quiero que esté lejos de nosotros.

Respiré aliviado. No se iba a ir.

En ese momento, mi celular empezó a sonar. Era Vittorio. No quería contestar, pero podía ser urgente.

— Un segundo —pedí, mostrándole la pantalla.

Atendí, y Vittorio habló rápido:

— Alessandro, nos robaron uno de nuestros envíos. Sé que es domingo, pero conseguimos pistas valiosas. ¿Puedes venir a la sede de la Camorra?

Colgué y miré a Antonela. No quería salir. Le había prometido que hoy sería solo de ella. Pero ante esa situación…

— Nela, robaron una carga. Tengo que salir. Pero si tú quieres, puedo pedirle a Vittorio que se encargue y me avise mañana…

— Cuando me casé contigo, sabía que cosas así iban a pasar. Puedes ir, Alessandro —respondió con una sonrisa.

— Te juro que vuelvo rápido. Te amo —susurré, rozando nuestros labios una vez más.

Después de todo lo que pasamos, no quería irme. Pero haría todo lo posible para volver rápido… y demostrarle que ahora, ella era mi prioridad.

Capítulo 25
Alessandro Ferrari

No quería dejar sola a mi mujer. Quería quedarme a su lado y explicarle que todo había sido un malentendido. Me prometí a mí mismo que nunca más haría algo que la lastimara. Mi deseo era vivir feliz a su lado, porque la amaba más que a nada en este mundo.

Fui a la sede de la Camorra, donde Vittorio me esperaba en la sala de reuniones. El lugar estaba hecho un caos. Una gran cantidad de droga había sido robada por los Yakuza. Ellos conocían nuestras rutas, y todo parecía hecho a propósito. Solo Romero tenía esa información, lo que era una prueba más de que estaba involucrado. Ya no actuaba desde las sombras.

Vittorio me miraba con firmeza. Esa sonrisa socarrona que soltaba siempre que traía noticias nuevas me ponía ansioso.

— ¡Tengo novedades! —anunció—. Los soldados que mandé a seguir a Stefano confirmaron que está involucrado con Romero. Por lo visto, su hermana también está metida.

— Creo que hay más personas dentro de la organización colaborando con Romero. Tenemos que ser precisos. Hablar con Pietro podría ayudarnos —afirmé.

— Ahora, más que nunca, Pietro necesita saberlo. Stefano es un miembro de la Cosa Nostra. No creo que haya traicionado a la organización solo por venganza por su matrimonio con Antonela — dijo, sonriendo.

— Es muy probable. Siempre demostró tener sentimientos por ella. Pero desde que era niña, Antonela siempre fue mía. Y eso no va a cambiar —vociferé, irritado.

— Vamos al lugar donde nuestros soldados de confianza están intentando reunir pruebas concretas contra los Yakuza. Después de eso, voy a viajar con mi mujer. Ella va a visitar a su familia mientras yo me encargo de unos asuntos con los muchachos. Tienen que estar al tanto de todo. Puede haber muchas serpientes dentro de la Cosa Nostra. Tal vez yo fui uno de los objetivos, pero no el único.

Mateo, Vicente o incluso Pietro podrían ser los siguientes —dijo con cautela.

— Tienes toda la razón. Existe una jerarquía. Tal vez la Camorra sea el primer blanco de la lista. Ya no podemos mantener esto en secreto. Vamos a reunir todas las pruebas que tengamos. Van a ser fundamentales para la Cosa Nostra. La acusación es seria. Si realmente están actuando de esa manera, será un desastre. Puede desatarse una guerra, y tenemos que estar preparados —le indiqué.

— Lo sé. Mientras tú estés allá, yo seguiré investigando. Tenemos que entender cuál es su plan. No podemos mostrar las cartas. No deben saber lo que ya descubrimos. Cuanto más podamos ocultar, mejor —aconsejó.

— Sí. Solo los hombres de nuestra confianza deben saber sobre nuestras sospechas. Creo que esto es solo el comienzo. Todavía hay muchas cosas podridas que siguen ocultas. Ni quiero imaginar, pero siento que algo muy grave se acerca. Y mi mayor miedo es que eso afecte a Nela. Me tomó tanto tiempo entregarme a este amor... no puede ser que justo ahora, cuando por fin estoy bien con ella, una guerra nos separe. No quería, pero si llega a pasar, voy a tener que mandarla al condominio. Es el único lugar seguro —me sinceré, desmotivado.

— Imagino cuánto te costó reconocer lo obvio. Eres terco. No lo dejes para mañana. Nuestra vida es peligrosa. No vivir el momento puede ser un error. Aprovecha al máximo lo que tienes. Vas a ser padre de gemelos. Eso es una bendición. Tu esposa es hermosa y está lista para ser feliz. Disfrútalo —declaró, llamando mi atención.

— Tienes razón. Vamos a resolver todo y, en cuanto termine, voy a volver con mi mujer. Me está esperando, y no quiero perder ni un segundo lejos de ella —respondí con una sonrisa.

Con todo lo que estaba pasando, mi único propósito era volver con mi principessa. Estaba completamente enamorado de ella. Salí de la sede de la Cosa Nostra decidido a resolverlo todo lo más rápido posible.

Fui con Vittorio y cuatro soldados de confianza al lugar donde ocurrió el desvío. Me intrigó ver que los dos soldados responsables del transporte de la carga no habían sufrido ningún tipo de represalia. Miré a mi consigliere, y él entendió mi señal.

— Atrépenlos a los dos —ordené.

Intentaron escapar, pero éramos mayoría. Mis hombres los alcanzaron y enseguida estaban sentados en el suelo, rendidos. El lugar era apartado, sin comercios ni casas cerca. Solo maleza. Iba a aprovechar el momento.

— Jefe, ¿qué está pasando? —preguntó uno de ellos.

— ¿Cómo es posible que sigan vivos? Conozco los ataques de los Yakuza. Siempre dejan una marca: la estrella ninja —vociferé—. ¿Alguien encontró esa estrella? —pregunté, mirándolos fijamente.

— ¡Jefe, por favor, no nos mate! —suplicó uno, temblando.

— ¿Te estás entregando? ¡Solo estoy cuestionando los hechos! —ironizé. Uno de ellos se meó encima.

— ¡Yo no tengo la culpa de nada! Amenazaron a mi familia... esa fue la única opción. Por favor, no me mate. Se lo ruego. — Lloraba.

— ¿Por qué no me avisaste de eso? ¿Crees que puedo tener compasión por alguien que traicionó a la organización? Sí, traicionaste cuando aceptaste la propuesta. Pero no te preocupes, esto aún no termina. Vas a ser un regalo para Pietro. No voy a ser yo quien te saque la confesión. Prepárate para hablar con el Don — dije con frialdad calculada.

— Llévense a estos maledettos a la sede de la Cosa Nostra. Avisen que el Capo va a ir a explicar la situación. Que los mantengan encerrados ahí —ordenó Vittorio a uno de los soldados.

Cumplieron la orden. Yo estaba al tanto de todas las trampas. Tal vez, en esta situación específica, subestimaron mi inteligencia. Pero voy a jugar fuerte. Usar mi ventaja con los Martini y acabar con esta farsa de una vez por todas.

— Vittorio, necesito atacar. Me quedé callado demasiado tiempo, dándole cuerda a Romero. Sé que mi matrimonio con Antonela lo cambió todo. Tuve que hacer ese desvío que me sacó de la línea, pero era necesario. Ya no podía seguir postergando el

casamiento. Ella no estaba entendiendo nada y me iba a dejar —confesé.

— Sí, entiendo cómo te sientes. Recuerdo bien tu estrategia. Querías eliminar a Romero primero, pero no ibas a poder. Él no está solo. Siento que hay mucho más detrás de todo esto, y ahora, lo único que podemos hacer es prepararnos para el ataque y proteger a Nela. Después de todo, está esperando a los herederos de la Camorra —aconsejó mi amigo.

En el fondo, sabía que tenía razón. Necesitaba mantener la calma, analizar cada paso, resolver los problemas sin permitir que nada tocara a mi mujer. Era necesario alejarla. Llevarla al condominio, donde estaría segura, mientras yo libraba la guerra con mano de hierro para arrancar este mal desde la raíz.

Antonela Martini

Confieso que fue horrible descubrir que, incluso después de que exigí que Estefanía no siguiera trabajando en mi casa, mi esposo decidió actuar a escondidas, fingiendo que la había despedido cuando, en realidad, ella nunca se fue.

Alessandro no pensó en mí. Me lastimó una vez más, y parece que ni siquiera fue capaz de entender la gravedad de lo que hizo. Mantener a su amante bajo el mismo techo fue una traición, una ruptura de confianza. Y por más que jure que, desde que nos casamos, no estuvo con ninguna otra mujer más que conmigo, yo sé la verdad. Estuvo un mes fuera… No es posible que haya pasado todo ese tiempo sin tener sexo. Tal vez mantuvo a Estefanía cerca justamente para que ocupara mi lugar, para que se acostara con él.

No quería pensar en eso, no quería alimentar teorías conspirativas ni sabotear lo que apenas habíamos empezado a construir. Alessandro tardó tanto en darse cuenta de lo que sentía… en que por fin estuviéramos juntos.

Estaba cansada de tantos problemas. Solo quería poner las cosas en su lugar y criar a mis hijos a su lado. Todavía creía en el cambio, por más que pareciera una ilusión. No quería ser incrédula.

Quería vivir este momento intenso con él, porque era lo que mi corazón me pedía.

Estaba exhausta. El embarazo me dejaba así. Me recosté en la cama esperando a que mi esposo llegara. Cerré los ojos, somnolienta, pero mi descanso fue interrumpido por la entrada repentina de Estefanía al cuarto. Me incorporé, asustada, al ver que tenía un arma en la mano.

— ¡Maldita sea! ¡Tú tienes la culpa de todo! —gritó, fuera de sí.

— Calma, yo… yo…

— ¡Cállate, perra! ¡Arruinaste la vida de Alessandro y no voy a permitir que todo se quede así! —vociferó, lanzándose sobre mí.

Logré apartarme rápido y tomé el celular mientras me sentaba en el piso.

— Estefanía, matarme no hará que Alessandro te quiera. Va a sentir odio por ti, y tú morirás enseguida —intenté razonar, mientras marcaba su número.

— ¿¡Qué estás haciendo, maldita!? —se dio cuenta de la llamada, pero Alessandro atendió al segundo siguiente.

— ¡ALESSANDRO, AYUDA! —grité desesperada—. ¡SEGURIDAD!

Trató de herirme. Yo estaba vulnerable y traté de esconderme.

— ¿Señora Ferrari, está todo bien ahí adentro? ¡La puerta está cerrada! —avisó uno de los guardias, desde el otro lado.

— ¡Tengo que matarte! ¡Nunca debiste venir a esta ciudad! ¡Por tu culpa, mi jefe va a morir muy pronto! —gritó, y disparó.

Por suerte, tenía una puntería horrible. La bala atravesó la cómoda. Mi cuerpo tembló, perdí la fuerza en las piernas y me tiré al suelo. Pensé que era el final. En un descuido, ella se me subió encima, me agarró del cuello y empezó a apretar con fuerza. Me debatía, tratando de respirar.

— ¡ANTONELA! —la voz de Alessandro retumbó del otro lado de la puerta—. ¡Quítense, voy a derribarla!

En segundos, la puerta voló por los aires. Mi esposo irrumpió como un huracán, quitando a Estefanía de encima de mí. La sujetó del cuello con brutalidad.

— ¡Te voy a matar, maldita! —rugió.

— ¡Estás cometiendo un error! ¡Estoy tratando de salvarte! ¡Esa mujer es un peligro, una trampa! ¡Te van a matar! ¡Por favor, escúchame! —suplicó ella, llorando.

— ¡Nunca! Nunca voy a escucharte. No voy a dejar a mi esposa. Antonela es mi elección, ¡y voy a luchar por ella! —gritó, apretando aún más el cuello de la mujer.

Las lágrimas corrían por mi rostro. Estaba consciente de todo lo que acababa de pasar, y era imposible no culparlo. Lo había advertido. Le dije que ella no era de fiar, y por un descuido suyo, puso en riesgo mi vida... y la de nuestros hijos.

— ¡Alessandro! ¡Van a matarte! ¡Tengo que matarla! ¡No entiendes… esa mujer va a destruir tu vida! —gritó Estefanía, dejándome en shock.

No entendía nada de lo que decía, pero sabía que casi me destruye. Fui víctima dentro de mi propia casa. Por más que quisiera seguir al lado de Alessandro, él se equivocó. Fue un grave error mantener a esa mujer allí.

— ¡Por favor, Alessandro! —Ella se arrodilló, con lágrimas en los ojos.

Era la primera vez que lo veía así. Ojos oscuros, puños cerrados, el deseo de matar desbordando. El olor a muerte flotaba en el aire. Estefanía, acorralada, suplicaba con la mirada.

— Puedes odiarme ahora, pero hice lo que era necesario. Luché para salvarte, Alessandro… y no entendiste nada —murmuró, antes de perder el conocimiento.

Él seguía apretando. Estaba ciego.

Las lágrimas se me escapaban sin control. Un torbellino de emociones me dominaba. Era adrenalina, dolor, miedo… Empecé a sollozar, sintiendo el cuerpo temblar.

— ¡Alessandro, está muerta! —La voz de Vittorio me hizo reaccionar.

— Vittorio, intentó matar a mi esposa. Asfixió a Antonela. Le di la misma medicina —respondió, frío.

— Tu esposa te necesita. Mira cómo está —afirmó Vittorio.

Entonces Alessandro me miró. Se acercó y pegó su rostro al mío. Sus manos fuertes secaron mis lágrimas. Después, besó mis

labios. Vi que se sentía culpable. Su mirada cargaba un peso enorme. Estaba gris.

— Perdóname, mi amor. Fui imprudente al permitir que esa mujer se quedara en nuestra casa —balbuceó, dejando que una lágrima se deslizara por su mejilla.

Estaba completamente derrumbado frente a mí. Bajaba la guardia. Me mostraba que entre nosotros había amor, que haría lo que fuera para demostrármelo. Mi corazón se llenó de calor. Después de todo lo que enfrenté por él, no podría rendirme ahora, justo cuando estaba aquí… y me deseaba de la misma manera en que yo lo deseaba.

Podía parecer una locura, pero pertenecía a este hombre. No importaba a dónde fuera, si huía… nada iba a cambiar. Seguiría siendo suya, para siempre.

Ver a Alessandro vulnerable me hizo entender: por fin estaba reconociendo el amor. Y yo quería vivir eso.

— Tuve tanto miedo… —balbuceé, jadeando.

Mi esposo pegó sus labios a los míos con intensidad. Me tomó entre sus brazos, levantándome del suelo.

— No mires —pidió, girando mi rostro hacia él.

Quería evitarme el trauma de ver el cuerpo de Estefanía.

— Vittorio, me quedaré con mi esposa. Por favor, encárgate de esto. Saca el cadáver de mi casa. Despide a su madre y mándala bien lejos —ordenó.

Alessandro me sostenía con fuerza. Apoyé la cabeza en su pecho y cerré los ojos, permitiéndome simplemente... vivir.

Capítulo 26
Alessandro Ferrari

Me sentía culpable. Sabía que había cometido errores. Si desde el principio hubiera escuchado y apartado a esa mujer de nuestras vidas, nada de esto habría ocurrido. Mi esposa no estaría viviendo esta pesadilla. Ver a Antonela en ese estado, llorando, asustada, suplicando por un poco de alivio, me destrozó. No tenía cabeza para encargarme de la muerte de Estefanía. Todo lo que quería era estar con mi esposa y amarla como se merece.

— ¡Fue horrible! Dijo cosas terribles... y quería matarme. Tuve tanto miedo —balbuceó, temblando.

El corazón se me aceleró. Saber que estuvo en peligro por mi culpa... por mi actitud mediocre y cobarde de permitir que una mujer que fue mi amante siguiera cerca de nosotros... eso me destruyó por dentro. ¿Cómo fui capaz de permitirlo, cuando Antonela era el amor de mi vida desde hacía tantos años?

— Me siento culpable. Si hubiera alejado a esa mujer en el momento correcto, no habrías pasado por esto —susurré, acariciando su cabello.

— Lo único que quiero es olvidar. Ahora estoy a salvo, pero en ese momento... el pánico se apoderó de mí. Solo podía pensar en nuestros bebés, en lo injusto que era que justo ahora, que empezábamos a ser felices, todo esto estuviera pasando. Por un instante, deseé que nuestra familia fuera normal, que la mafia y sus peligros no existieran. Pero sé que eso es imposible. Nacimos en este mundo. Y mi mayor miedo es perderte —confesó, dejándome fuera de mí.

— Antonela... te juro que esto no volverá a pasar. Ese era mi mayor miedo, y ahora estoy devastado, porque ella estuvo cerca. No es la primera vez que fallo en protegerte. Primero fue Gael, que te besó... después, ese desgraciado que te enfrentó y siguió con vida... y si hubiera dejado viva a la maldita de Estefanía, eso habría sido mi

fin. Te lo prometo: no voy a permitir que nadie más te toque —aseguré, atrayéndola hacia mis brazos.

Ante ese nuevo escenario y el atentado que sufrió mi esposa, comprendí que debía informarle todo a Vicenzo Lombardi. Esperé a que Antonela se calmara para hacer la llamada. Me alejé con cuidado y tomé el celular. Tenía que saberlo. Antonela era su princesita, y ocultarle lo que pasó sería aún peor.

Marqué el número de mi suegro. Atendió de inmediato.

— ¿Alessandro? Que tú me estés llamando... es señal de problemas —dijo con un tono bromista.

— Lamentablemente, sí. Tu hija sufrió un atentado. Asumo la culpa, no fui precavido y permití que el enemigo entrara en mi casa. Le agradezco a Dios por haber llegado a tiempo... logré intervenir y maté a la persona —confesé, con la voz cargada.

— ¿¡Qué!? ¿Quién fue el responsable? ¡Estoy saliendo para allá ahora mismo! —vociferó, alarmado.

— No hace falta que vengas. Iré a Sicilia con Antonela. Tengo asuntos importantes que tratar con el Don, y son serios. Ella va conmigo. Está todo bajo control —traté de tranquilizarlo.

— ¿Estás seguro? Vengan lo antes posible. No dejes que nada le pase a mi niña. Estoy confiando en ti —advirtió.

— Puedes confiar. Daría mi vida por salvar la suya —concluí, antes de colgar.

Todo ese caos me dejó afectado. No podía creer que estuviera fallando en la misión más importante de mi vida: proteger a mi esposa y a nuestros hijos. Sé que ella tuvo miedo, aunque intentaba mostrarse fuerte.

Ver a Antonela encogida en la cama me hizo entender, de forma cruda y definitiva, que mi vida no tiene sentido sin ella. Tengo que luchar, como un loco, para protegerla.

Tomé a mi mujer, frágil, entre los brazos. Mi intención era llevarla al baño. El agua corriendo podía ser una terapia. Mojar el cuerpo, limpiarlo... podía representar algo más profundo: una forma de purificación, de calma.

Con cuidado, le quité la ropa. No dijo nada. Permaneció en silencio, observando cada uno de mis movimientos. Me desvestí

también y le tendí la mano. Ella la tomó sin dudar.

Caminamos hasta la ducha. La atraje hacia mí y la abracé con fuerza. Quería que se sintiera segura, que supiera que nunca más estará sola. Me tenía. Siempre me tendría.

— Antonela, nunca más voy a dejarte sola. Es una promesa. Te amo —declaré, sonriendo.

— Amor... lo que importa ahora es que salimos vivos de esto. Fue horrible... pero lo peor fue escuchar que quería matarme para protegerte. Dijo que yo era un peligro, que iban a reunirse para matarte. ¿Qué significa eso? —susurró, con lágrimas en los ojos.

Sus palabras me hicieron entender: Estefanía formaba parte de algo más grande. Una organización. Y eso podía ser la clave para descubrir lo que se venía. Necesitaba investigar. Le pediría a Vittorio que revise sus pertenencias, en especial el celular. Todo podría estar ahí.

— No pienses en nada ahora. Solo olvídalo todo. Vamos a viajar a Sicilia. Tengo que resolver lo de la Camorra. Necesito mantenerte a salvo. Si es necesario... nos separaremos por un tiempo. Pero no es lo que quiero. No quiero enfrentar una guerra ahora —susurré, acariciando su rostro.

— Tengo tanto miedo... Son crueles. Cada día, con cada movimiento, demuestran de lo que son capaces. Por favor... Ten cuidado —pidió, emocionada.

— No te preocupes. Solo confía en mí. Sé lo que estoy haciendo. Ve al vestidor y prepara nuestras maletas. Le pediré a Vittorio que investigue la habitación de Estefanía —afirmé, besándole la frente.

Sabía lo que me esperaba. Pero no había marcha atrás. Proteger a Antonela y a nuestros hijos era mi propósito. Y, aún con todas las sombras que el pasado mafioso arrastraba, me las arreglaría.

Porque, al final, lo único que importaba... es que ella estuviera bien. Y, si es necesario, daría mi vida por ella.

Antonela Martini

Alessandro intentaba mantenerse fuerte. Sus ojos pedían calma, sus palabras suplicaban confianza. Creía que estaríamos bien, que lo único que necesitaba era confiar en él. Pero el miedo echaba raíces dentro de mí como una sombra persistente. Era injusto. Injusto que no tuviéramos tiempo para vivir el amor con el que tanto habíamos soñado.

Convencer a Alessandro Ferrari de mis sentimientos fue una batalla. Le mostré que lo amaba, que podía confiar en mí. Y aun así, el destino parecía ponernos a prueba en cada paso. Nuestro camino hacia la felicidad seguía siendo largo, lleno de curvas peligrosas y decisiones difíciles.

La nostalgia por mi familia me carcomía por dentro. Pensé en volver a Sicilia. Incluso consideré terminar todo con el padre de mis hijos. Pero no… Las cosas habían cambiado. Alessandro no quería dejarme ir. Y yo... yo tampoco pensaba renunciar a nuestra felicidad.

Romero era el villano en esta historia. Él y esa maldita organización secreta. Desde que decidimos estar juntos, se escondía en las sombras, conspirando en nuestra contra. Quería arrancar a Alessandro de mi vida, pero iba a luchar con todo lo que tenía para evitarlo.

Volver al condominio y ver la preocupación en los ojos de mis padres me dejó con el corazón hecho un nudo. Ellos sabían lo que había pasado en Nápoles. Sabían el peso que mi esposo había cargado solo durante tanto tiempo. Pero el silencio ya no era una opción. Mantener secretos ahora significaba poner en riesgo mi vida y la de nuestros hijos, y Alessandro jamás permitiría eso.

A pesar de que odiaba pedir ayuda, él vino conmigo. Vino porque sabía que mi familia podía ser el refuerzo que necesitábamos en esta guerra.

Doña Isabela nos recibió con los brazos abiertos. Corrió hacia mí, me rodeó con un abrazo apretado y, con cariño, besó mi frente. Mi padre, el señor Vicenzo, repitió el gesto. Era evidente cuánto extrañaba a su "princesita".

— Hija, estás muy delgada… ¿No estás comiendo bien? —preguntó mi madre, preocupada.

— Mamá, estoy bien. Mi cuerpo está perfecto —respondí, intentando sonreír.

— ¡Vengan! Su cuarto está listo. Dejé todo preparado para recibirlos —dijo ella, tan acogedora como siempre.

— Nela, voy a adelantar algunos asuntos con tu padre y los demás. Aprovecha para pasar tiempo con tu familia —dijo Alessandro antes de besarme, con la mirada aún seria.

Saludó a mi madre con respeto y se fue con mi padre hacia la sede de la Cosa Nostra. Allí se reuniría con mis tíos y primos.

— Ven, vamos… —mi madre intentó guiarme.

— Mamá, voy a ver a Elena. No te preocupes, no tengo hambre. —Me alejé con una sonrisa suave.

Necesitaba desahogarme. Necesitaba hablar con alguien que entendiera el caos que sentía. Elena era esa persona. Toqué el timbre de su casa y, al verme, me abrazó con fuerza.

— ¡Antonela! ¡Cuánta falta me hacías! Espera… ¿Tú y Alessandro no habían terminado? —preguntó, confundida.

— Estamos bien, Lena. Está conmigo. Pero... ¿podemos hablar? Necesito una "consulta" con la doctora Elena hoy —bromeé, intentando esconder el dolor.

— Para ti tengo todo el tiempo del mundo —respondió, conmovida.

Me llevó a su cuarto, nos sentamos una frente a la otra y entonces... exploté.

— Elena, tengo tanto miedo de perder a tu primo. Sé que estamos en una familia mafiosa, que las guerras y los conflictos son parte de esto. Pero lo que vivimos en Nápoles... fue un infierno. Esos consejeros arcaicos no aceptan a Alessandro como líder. Desde el principio, intentaron destruirlo. Ahora entiendo por qué me alejaba. Era para protegerme. Me usaron, y él sabía que eso iba a pasar.

— Tranquila, Nela… Me imagino lo duro que debe ser todo esto. Pero confía en él. Confía en nuestra familia. Vamos a luchar con ustedes —intentó calmarme.

— Quiero creer en eso, de verdad. Pero me siento tan estúpida. Pensé que no me amaba. Peleé con él… cuando todo lo que quería era protegerme —me derrumbé, entre lágrimas.

— Sácalo todo. Llorar alivia. Y oye… Somos Martini. No entramos en una guerra para perder, ¿entendido?

Elena siempre tuvo ese don de hacerme sonreír, incluso en medio de las peores tormentas. Me sentía liviana a su lado.

Estábamos sumidas en la conversación cuando alguien golpeó la puerta.

— ¿Qué clase de traición es esta? ¿Reunión de primas y ni me avisan? —Elisa entró como el huracán que era su personalidad.

Corrió hasta mí y me envolvió en un abrazo cálido.

— ¡Miren quién volvió! La primera en casarse y que ahora va a contarnos cómo es vivir al lado del Capo más sabroso de Italia. Las viudas de Alessandro están todas en crisis —bromeó, arrancándome una carcajada.

— ¿Mi esposo tiene viudas ahora? Qué novedad —seguí el juego, divirtiéndome.

— Alessandro siempre fue el soltero más codiciado. Y mira, en nuestra familia todos los hombres son guapos. Todavía estoy esperando el día en que viva mi historia de amor con Luca —dijo, pero su voz escondía tristeza.

— Todo llega a su tiempo, prima. Yo también pensé que había perdido a Alessandro. Pensé que tenía que volverlo loco para probarle algo. Pero al final… solo necesitaba esperar. Siempre fue mi destino.

— No te culpes por nada. El amor de ustedes venció. Eso es lo que importa. El mío… es casi imposible. ¿Cómo vivir un amor con un hombre que quiere meter preso al líder de la mafia?

— Elisa, el amor lo vence todo. Si está destinado a ser, será. Ni la justicia resiste al amor verdadero —afirmé con esperanza.

La charla con mis primas fue un alivio. Pero, claro, los bebés hambrientos en mi vientre empezaron a quejarse. Me despedí de ellas y volví a casa.

Ya era de noche. Hacía frío. Mi padre y Alessandro aún no habían regresado. La gravedad de la situación me golpeó como un

puñetazo.

Mi madre estaba sola en el comedor, frente a un banquete.

— Mamá… lo siento, pero tus nietos no van a poder esperar — bromeé al acercarme.

— Ellos son la prioridad. Siéntate, mi niña. —Sonrió, ayudándome.

Había preparado todos mis platos favoritos. Comí como si no lo hiciera desde hacía días. Luego confesé:

— Creo que comí demasiado… Estoy muerta de sueño. No voy a poder esperar a Alessandro. ¿Lo cuidas por mí?

— Claro, hija. Ve a descansar. Están tardando demasiado — dijo, preocupada.

Subí a mi antiguo cuarto. Me di un baño caliente, me puse una bata y me acosté. El cansancio me venció.

[…]

Sentí besos cálidos deslizándose por mi espalda. Al principio pensé que era un sueño, pero el toque firme y la respiración agitada pronto me dijeron que era real.

Sonreí al sentir su cuerpo pegado al mío. Me giré despacio, encontrándome con los ojos oscuros de Alessandro, que me observaban con un deseo salvaje. Me besó con hambre, un beso desesperado, como si el tiempo lejos hubiera encendido una llama imposible de apagar.

Sus manos exploraban mi cuerpo con urgencia. Cuando rompió mi ropa interior, sentí que el aire me faltaba. Me miró como si fuera el único oasis en medio del desierto.

— Me vuelves loco, Antonela… —gruñó contra mi cuello, mientras sus dedos se deslizaban entre mis muslos, provocando oleadas de placer que me hicieron arquear la espalda.

Besó mis senos con intensidad, con los labios cálidos y la lengua jugando en círculos. Estaba jadeando, gimiendo su nombre como una plegaria. Se quitó la ropa sin apartar la vista de mí, y cuando se deshizo del pantalón, su miembro palpitaba, listo.

— Si no te tengo ahora, voy a perder la cabeza —dijo con voz ronca, cargada de necesidad.

Se colocó entre mis piernas, me miró un segundo, como si pidiera permiso para perderse en mí. Abrí las piernas aún más, rogando en silencio. Y entonces me penetró. Profundo. De una sola vez. Todo a mi alrededor desapareció.

Mi cuerpo reaccionaba al suyo como si bailáramos una canción que solo nosotros conocíamos. Cada embestida era un golpe certero a mi cordura. Se movía con fuerza, con hambre, con amor. En cada estocada sentía su posesión, su entrega, su amor salvaje y brutal.

— No grites, pequeña… O tu papá va a saber que te estoy penetrando con fuerza en la cama donde dormías como una santa — susurró en mi oído, con la voz baja y cargada de lujuria.

— Entonces bésame… cállame con la boca, Alessandro — supliqué, sintiendo el clímax acercarse.

Me besó con una intensidad que me dejó sin aliento. Nuestros cuerpos se chocaban con un ritmo desesperado, como si intentáramos recuperar el tiempo perdido. Y cuando el orgasmo llegó, lo hizo con una fuerza casi dolorosa. Temblé por completo, el cuerpo arqueado bajo el suyo.

— Eso es, acaba para mí… —murmuró, y enseguida me llenó, enterrándose profundamente mientras gemía mi nombre como si fuera una oración.

Nos quedamos así por varios minutos, pegados, jadeando, sudando. No se apartó. Solo me abrazó, como si tuviera miedo de que desapareciera.

— Amor… decidimos ir a Venecia. Es un punto estratégico. Enzo tiene contactos allá. Vamos a alejarnos, pero te prometo que será por poco tiempo —susurró, aún abrazándome.

— Alessandro, ¿eso es realmente necesario? Tengo tanto miedo —dije, con lágrimas en los ojos.

— No iré solo. Enzo, Mateo, Pietro y Vicente irán conmigo. Tu padre y Lorenzo se quedarán aquí con ustedes. Te voy a llamar todos los días. Y no lo olvides: te amo. De verdad —dijo, tocando mi rostro.

No quería que se fuera. Pero lo entendí. Él era un Capo. Y mi único refugio era rezar… para que todos volvieran. A salvo. Para que no perdiera a nadie más.

Capítulo 27
Alessandro Ferrari

No podía escapar de mis obligaciones. El día anterior había sido agotador: horas torturando a los desgraciados que capturamos, analizando el celular de Estefanía y cruzando cada evidencia hasta llegar a un punto en común.

Estábamos listos para investigar Venecia con más precisión. Sabíamos que había traidores infiltrados en ambas mafias, y probablemente también en Calabria. Habría que actuar con inteligencia y brutalidad, exterminando a esa escoria antes de que cualquier represalia cayera sobre nuestras familias.

Era el comienzo de una nueva era. Deseaba con todo mi ser que saliéramos victoriosos. Por la seguridad de los nuestros, por la felicidad de Antonela, por los hijos que crecerían libres de la sombra del crimen.

La despedida fue melancólica. Mateo intentaba mostrarse fuerte, pero se notaba que no quería separarse de Valentina y los niños. Su hijo lloraba sin parar, sintiendo el dolor de la ausencia antes de que esta comenzara. Viola se aferró al cuello de su padre, suplicándole que no se fuera. Ver esa escena solo me hacía imaginar el momento en que tendría a mis propios hijos en brazos, fruto del amor verdadero que sentía por Antonela.

— Amor, vuelve a mí con vida... por favor. Cuando estés luchando, recuerda que hay tres vidas que dependen de ti —dijo Antonela con los ojos llenos de lágrimas.

— Te lo prometo, mi amor. Volveré a tus brazos. No llores. Aprovecha cada segundo con tu familia —pedí, apretándola contra mí como si pudiera llevarla en el pecho.

Soltar su mano y entrar en ese auto fue una de las cosas más difíciles de mi vida. Por un instante pensé en dejar todo y desaparecer con ella muy lejos. Pero no soy un cobarde. Fui moldeado para la guerra, y esta es mi batalla. No importa el precio, voy a seguir hasta el final.

Pietro organizó todo: veinte soldados nos acompañarían, divididos en cuatro autos. Fui en el primero con Mateo, Vicente, Pietro y el tío Enzo. Los demás siguieron en formación, como escolta, rumbo al aeropuerto.

Vicente tomó el volante, y apenas arrancamos sonó mi teléfono. Era Vittorio. Y sabía que, viniendo de él, era algo serio.

— Vittorio, estamos en camino a Venecia —anuncié, activando el manos libres.

— Sé que descubrieron la reunión pactada para hoy. Pero escuchen bien: Romero quiere matarte a ti y al Don. Después de eso, Antonela será el siguiente objetivo. La intención es forzar un aborto y casarla con Stefano. Romero sabe que no podrá liderar solo, así que está armando un motín. ¡Estén atentos! Y... Gael quiere casarse con Elisa.

— Eso nunca va a pasar. Si él toca a mi hermana, conocerá todas las torturas que planeé con cariño —gruñó Pietro, con la mirada incendiada.

— ¡Calma! —intervino Enzo—. Sé que tenemos dos mujeres en riesgo y herederos por nacer. Pero necesitamos una confesión. Un nombre. Descubran quién más está infiltrado en nuestras organizaciones.

— Hay algo más —completó Vittorio—. Descubrí que Greta tiene sus propios planes. Ella te ama, Alessandro. Contrató un equipo para secuestrarte. Cree que si logra que pierdas la memoria, podrá moldearte a su antojo.

— ¡Esa mujer está loca! ¿Cree que puede secuestrar a un mafioso? Todavía estoy tratando de digerir toda esta mierda. Me dan ganas de amarrar a esa escoria en un barco y hundirlo en el mar con una piedra al cuello —ironizé, y todos estallaron en carcajadas.

— Buena suerte, hermano. Esta misión es crucial. Si necesitan algo de mí, saben dónde encontrarme. Van a ganar —cerró Vittorio.

Vicente, por supuesto, no dejó pasar la oportunidad.

— Mira nada más, la damisela en peligro está bien preparada. Greta viene a rescatarte, ¿eh?

— La damisela aquí va a darte dos sobrinos. Solo para mostrarte lo bien que sabe trabajar —respondí, y él puso cara larga.

— No hace falta que me tires en la cara que lograste entrar a la familia. Lo que Nela tiene de lista, lo tiene de tonta cuando está enamorada —murmuró.

— Creo que Camila eligió peor —disparé, y el tío Enzo intervino.

— ¡Ya basta, ustedes dos! Tenemos una misión seria. Esta payasada les va a salir cara si siguen así. ¡Concentración total! —gritó.

— ¡De acuerdo! —reforzó el Don—. Es hora de actuar como hombres, no como niños.

El silencio duró unos segundos... hasta que la radio estalló:

— ¡Jefe, es una trampa!

Esas fueron las últimas palabras antes del sonido ensordecedor de los disparos. El intercambio empezó de forma violenta. Era imposible retroceder. Teníamos que dejar al menos a uno vivo para interrogar. Y si sabían que íbamos a Venecia, era señal de que alguien nos había entregado, quizá alguien dentro del mismo condominio.

— ¡Prepárense para el combate! —gritó Pietro, desenfundando la pistola.

— Tenemos que sacar los fusiles del baúl. Será más fácil vencer a esta escoria —aconsejó Mateo.

El tío Enzo detuvo el auto en la cuneta. Bajamos en segundos, nos pusimos los chalecos y preparamos los fusiles. No había tiempo para planes o discursos. Solo hacíamos lo que sabíamos: matar, sin dolor, sin piedad.

— Disparen para matar, pero dejen a uno vivo. Vamos a arrancar la verdad con sangre —ordenó el Don, regresando al auto.

Esa era mi vida. Me senté en el asiento del copiloto, hice la señal de la cruz y respiré profundo. La fe era mi armadura. Tenía que volver con Antonela, con mis hijos, y proteger a cada uno de los nuestros.

Greta Marino

Conocía los planes. Sabía que querían matar a Alessandro. Que él era el primero en la lista. Pero eso me desgarraba por dentro. Lo amaba. De verdad. De una forma que él nunca entendió. Un amor obsesivo, enfermo, quizá. Pero sincero.

Y si él tenía que morir... entonces yo simularía su muerte para el mundo. Fingiría que había muerto y me lo llevaría conmigo. Muy lejos. A un lugar sin mafia, sin recuerdos, sin Antonela.

Un lugar donde él solo me tendría a mí.

Estaba dispuesta a todo. A pagar cualquier precio. A enloquecer si fuera necesario. Ya había empezado. Contraté soldados experimentados, hombres leales que no hacían preguntas, solo obedecían.

El informante del condominio me avisó: cuatro autos acababan de salir. Alessandro estaba en uno de ellos.

Era ahora o nunca.

Avistamos la caravana acercándose. Di la orden. Mis hombres bloquearon la carretera con la camioneta. Un disparo certero destruyó la llanta del primer auto. No tardó en comenzar el infierno: el intercambio de balas explotó en cuestión de segundos.

Me agaché detrás del auto para protegerme, el corazón acelerado.

Cuando vi el segundo vehículo, lo supe. Ahí estaba. Él estaba ahí.

— ¡Mátenlos a todos, menos a Alessandro! ¡Tráiganlo para mí! —grité desesperada, con los ojos abiertos de emoción.

El líder del grupo se giró, pálido.

— Señora... cuando aceptamos el contrato no sabíamos que era contra los Martini. ¿Se volvió loca? —gritó horrorizado.

— ¡Pagué una fortuna! ¡No me van a dejar tirada! No importa quién sea, ¡yo quiero a Alessandro! —gruñí, consumida por la furia.

— ¡Pietro Martini está ahí dentro! El Don de la mayor organización criminal de Italia. A su lado están el subjefe y el

consigliere. ¡Esto es un suicidio! —vociferó el mercenario, retrocediendo—. Nosotros no entramos. ¡Esto es una locura!

Los vi, atónita, alejarse, abandonando todo.

¡Traidores! ¡Cobardes! ¡Inútiles!

Mi mente daba vueltas. No podía ser. Había planeado cada detalle. Aposté todo. Y aun así, el mundo estaba en mi contra. No podía alcanzar a Alessandro...

¿Pero Antonela? Ah, ella sí. Ella era el punto débil. Si no podía sacarlo del juego... quizá era hora de sacarla a ella.

Antonela Martini

La despedida siempre era dolorosa. Ver partir a Alessandro me dejaba un vacío en el pecho, porque sabía exactamente lo que enfrentaría allá afuera. La misión era riesgosa, y nuestros enemigos cada vez más crueles. El miedo me corroía, pero la esperanza de verlo volver me mantenía en pie.

Las chicas notaron lo destrozada que estaba. Elena fue la primera en abrazarme fuerte. Ella sabía lo mucho que vivir al lado de Alessandro significaba para mí, lo mucho que luché, lloré y arriesgué por ese amor.

— Volverán sanos y salvos, ya verás —dijo, acariciándome el cabello con ternura.

— Voy a rezar para que este tormento termine pronto — murmuré emocionada.

— Se va a acabar, prima. Somos fuertes, ¿recuerdas? —Elisa me abrazó por detrás, apretándome con cariño.

Las dos eran mi refugio en ese momento. Me sentía acogida, amada, protegida.

— Tía, tu sobrina hermosa te extraña —se acercó Camila con Viola en brazos.

— ¡Princesa de la tía! Yo también te extraño mucho —respondí, apretando a esa dulzura contra mí, intentando distraerme de la angustia.

— ¡Los chicos están llegando! —Elisa señaló hacia el auto que se acercaba.

Mi corazón se aceleró.

— ¿Algo salió mal? —pregunté, sintiendo un escalofrío recorrer mi cuerpo.

Camila, al notar mi nerviosismo, tomó a Viola de mi regazo. Corrí hacia Alessandro, con la mirada recorriendo el lugar, contando mentalmente a cada hombre. Todos estaban, pero algo no estaba bien.

Sin dudar, me lancé a sus brazos.

— Antonela —dijo, acariciándome el rostro—. Las cosas están más complicadas de lo que pensamos. Hay alguien infiltrado en el condominio.

— Ya no podemos cerrar los ojos. Tenemos que actuar —dijo Pietro, firme.

— Estoy de acuerdo. Y Greta Marino debe ser escuchada. No puede ser que su padre esté al margen de todo esto —murmuró Vicente.

— Detengan a Marino. Registren su casa. Quiero pruebas, documentos, todo —ordenó Pietro a Mateo, quien salió de inmediato.

Un escalofrío recorrió mi espalda. Un presentimiento oscuro se instaló en mí.

— Alessandro... siento un frío en el estómago. Tengo miedo de lo que se viene —confesé en voz baja.

— No pienses en eso ahora. Solo piensa en mí. En nosotros. Te amo, y eso es todo lo que importa —dijo, tomándome de la mano.

Fuimos juntos hasta mi cuarto en la casa de mis padres. En cuanto entramos, Alessandro cerró la puerta y empezó a desvestirse. Quedó solo en ropa interior y se sentó en la cama, atrayéndome con fuerza hacia su regazo. Su toque era diferente, más intenso, más lleno de amor. Era todo lo que siempre quise.

— Amor... tengo miedo de perderte en esta guerra —susurré.

— No me vas a perder. Volveré entero para ti. Pero ahora... ven aquí. Extraño tu cuerpo —dijo, mirándome a los ojos.

Sin resistirme, me entregué. Crucé las piernas alrededor de su cintura, nuestras bocas se encontraron con urgencia. Me desnudó con prisa, como si ya no pudiera esperar más. Mis pechos escaparon del sostén y su lengua caliente los rodeó, provocándome escalofríos por todo el cuerpo.

— Eres el hombre más atrevido del mundo... y me encanta —bromeé, mordiendo sus labios.

Él sonrió malicioso antes de acostarme en la cama, invirtiendo nuestras posiciones. Su boca era un vicio, su lengua un tormento delicioso.

— ¡Ah! —gemí cuando sentí su lengua deslizarse entre mis piernas, haciéndome perder el control.

Apreté su cabello con fuerza, moviéndome contra su boca.

— Traviesa —murmuró sonriendo, quitándose la ropa interior y posicionándose entre mis muslos.

Entró en mí con cuidado, besando mis labios, llenando mi cuerpo de calor.

— Ya te dije que no grites... estamos en la casa de tus padres —bromeó con una sonrisa pícara.

Se movió fuerte, intenso, haciéndome gemir bajo la voz. Me sentó en su regazo y me hizo cabalgar sobre él, sus labios succionando mis pechos con avidez. Era una danza de cuerpos y deseo, y yo estaba completamente entregada.

Sin aviso, me giró boca abajo, me levantó el trasero y me penetró con fuerza. Tiró de mi cabello y me dominó con una brutalidad deliciosa. Ese era Alessandro. Mi hombre. Mi dueño.

— Di que vas a acabar —murmuró en mi oído.

— Estoy acabando —gemí, contorsionándome bajo él.

Él se derramó dentro de mí con un gemido ronco, me atrajo hacia sí y me besó con ternura.

— ¿Crees que Greta piensa que puede secuestrarme y hacerme olvidarte? —dijo riendo.

— ¿En serio? Que ni lo intente. Si lo hace, le mostraré el lado psicópata de su esposa —empecé a responder, pero me calló con otro beso.

— Imposible olvidarte, amore mio— murmuró, apretándome contra su pecho.

Quedamos allí en silencio, solo sintiendo la presencia del otro. Lo admiraba, tocaba su rostro, cuando la voz de mi madre sonó del otro lado de la puerta.

— Antonela, ¿estás despierta, hija?

Solté una risita nerviosa. Si ella hubiera entrado... misericordia.

— Sí, mamá.

— Cris pasó aquí preguntando por ti...

Eso fue todo.

Alessandro se levantó de un salto, con la mirada fulminante. Estaba rojo, los músculos tensos.

— ¿Quién es Cris... y qué quiere ese hijo de puta con mi mujer?

Capítulo 28
Alessandro Ferrari

Escuchar de mi suegra que había un hombre detrás de mi mujer me sacó de quicio. ¿Cómo podía quedarme tranquilo, si los celos que siento por Antonela son una locura? Y justo ahora, cuando por fin estábamos viviendo un momento de calma, ¿aparece un ex noviecito resentido?

Y lo peor... si dice que me ama desde el principio, ¿cómo es posible que haya tenido a otro antes que a mí?

— ¿El gato te comió la lengua, Antonela? Todavía estoy esperando tu explicación —murmuré con la voz tensa, luchando por no explotar.

— Calma, Alessandro. Puedo explicarlo todo —dijo ella, visiblemente nerviosa.

Pero tardaba en hablar... demasiado. Y yo la conocía bien. Estaba intentando armar en su cabeza una historia que me convenciera. Solo que yo no era ningún tonto. Si no tenía una explicación convincente, las cosas entre nosotros dos iban a venirse abajo.

— ¡Habla de una vez! ¿Tienes miedo de decir que él fue tu noviecito en la universidad? —solté, y vi cómo se le agrandaban los ojos.

— ¿Alessandro? ¿De verdad vas a tomártelo así? —Me miró, incrédula.

— ¡Por supuesto! Y lo más gracioso es que digas que siempre me amaste, que nunca pensaste en otro hombre... ¡cuando en realidad tuviste a otros antes que a mí! —vociferé, consumido por los celos.

Ella soltó una carcajada amarga, llena de ironía.

— ¿En serio? ¿De verdad crees que yo sería capaz? Qué gracioso... porque tú tuviste varias, incluso después de decir que yo era la mujer de tu vida. Estefanía fue una de tus aventuras, ¡y ni por

eso vine a armar escándalo! ¡La metiste dentro de nuestra casa, Alessandro! ¿Y yo? Yo nunca tuve a otro hombre. Nunca. Solo a ti.

Su tono fue firme. Lleno de dolor.

— Me voy. No quiero seguir con esta conversación —dije, vistiéndome a toda prisa.

Si me quedaba ahí, iba a terminar diciendo lo que no debía. Estaba poseído por los celos. Necesitaba aire. Distancia. Lucidez.

Agarré mis cosas y fui directo a casa de Mateo. Era el único en el condominio en quien confiaba. Con él sí podía desahogarme.

Valentina me recibió en la puerta con los niños. Mateo estaba en el sofá, pero en cuanto me vio, entendió que algo andaba mal. Subió con Valentina y los chicos, dándome espacio.

Minutos después, volvió con una botella de whisky y dos vasos. Se sentó a mi lado y me sirvió.

— ¿Qué pasó? —preguntó directamente.

— ¡Tu prima! No sé cómo manejarlo, pero me vuelvo loco solo de imaginar a un hombre mirándola, hablándole... tocándola. Sé que es enfermizo, pero es más fuerte que yo —confesé, bebiendo.

— No eres el único —dijo él, sorprendiéndome—. Amo a Valentina, nuestra relación es increíble, pero con solo imaginar que otro hombre se le acerque me salgo de mí. Nuestras únicas peleas son por celos.

— Entonces no soy el único enfermo aquí... —murmuré, tratando de sonreír—. Un tal Cris apareció queriendo hablar con ella. En el momento, mi cabeza armó mil escenarios. No pude controlarme.

— Tú amas a Antonela. Pero necesitas confiar en ella —dijo con calma.

— Lo sé. Solo que mi cabeza no coopera. Todo lo que quiero es tenerla. Sentir su olor, su sabor, su cuerpo... pero esta mierda de celos...

Nos quedamos ahí hablando por horas. Solo me di cuenta del tiempo cuando mi celular vibró. Era ella.

Antonela:" ¿Alessandro? Mis papás están preguntando por qué no estás en la cena. Les dije que fuiste a resolver algo con Mateo. ¿Cuándo vienes a casa? ¿Quieres que te prepare tu plato?"

La ignoré. No quería discutir.

Mateo lo notó.

— ¿Vas a ignorarla? —cuestionó.

— Prefiero eso a decir lo que no debo. Todavía estoy muy encabronado.

— Eres complicado, primo. Pero mira... ella lo está intentando. Y eso es claro.

Antes de que pudiera responderle, llegó otro mensaje.

Antonela:" Ya que no respondes, me voy a Bella Lunna con Vicente y Camila. Si necesitas algo, llámame. Te amo".

La sangre me subió a la cabeza.

Quería provocarme. Sabía exactamente el efecto que esa maldita frase tendría en mí. Y lo estaba logrando. Antonela era el tipo de mujer que hace que un hombre pierda la razón.

Me levanté furioso.

— ¡Alessandro! Calma... —Mateo intentó detenerme.

— Estoy tranquilo. Solo voy a impedir que mi mujer haga una estupidez —dije, saliendo de ahí.

Fui directo a casa de sus padres. Subí las escaleras como un loco. El cuarto estaba vacío. Ya se había ido. Me avisó fingiendo que seguía en casa, pero con seguridad ya estaba en la discoteca.

No iba a dejar eso así.

Corrí al garaje de Mateo, agarré las llaves de uno de sus autos y salí acelerando. Cada segundo lejos de ella era un segundo más de hombres mirándola. Y eso me volvía loco.

Manejé como un condenado hasta Bella Lunna. Frené de golpe y entré al lugar sin pedir permiso. La música electrónica me reventaba en los oídos, pero mi mente solo tenía un objetivo: encontrarla.

Subí las escaleras de dos en dos. Y ahí estaba ella. Sentada. Sonriendo. Serena. Al lado de un tipo que no conocía.

Me acerqué de un empujón y lancé al desgraciado con fuerza.

— ¿QUIÉN TE CREES QUE ERES PARA HABLAR CON MI MUJER? —rugí, fuera de mí.

Antonela se levantó, asustada. Sabía lo que se venía. Sabía que no reaccionaba bien cuando había otro hombre cerca de ella.

— Alessandro, por favor... no hace falta esto —intentó calmarme.

Pero ya era demasiado tarde. Mi cabeza ya había entrado en modo guerra.

Ella me provocó. Y ahora iba a tener que lidiar con las consecuencias.

Antonela Martini

El único problema de Alessandro eran sus malditos e incontrolables celos. Esa locura lo sacaba de sí, lo hacía pelear y actuar como un idiota. Después de que mi madre mencionó a Cris, no me dejó explicarle la situación: simplemente se comportó como un imbécil y se largó, dejándome sola.

Mi madre había preparado un banquete, y fue horrible tener que justificarme ante mis padres, inventar una excusa para la ausencia de mi esposo en la mesa. Ella había hablado de más, poniéndome en una situación incómoda. Y aunque lo correcto habría sido mantenerme firme, no quería que mi familia sospechara la verdad.

Después de la cena, iba a subir al cuarto cuando Camila llegó con mi sobrina. Vino a dejársela a mamá, al parecer, iba con mi hermano a Bella Lunna. Aproveché la oportunidad.

— Camila, ¿vas a la discoteca con Vicente? —pregunté con una sonrisa maliciosa.

— ¡Sí! Él va a resolver unos asuntos administrativos, y yo voy con él. Sé que las viudas de tu hermano no pierden oportunidad —bromeó.

— ¿Puedo ir con ustedes? —pregunté juntando las manos como en súplica.

— ¿Estás segura? —dijo, confundida.

— ¿Qué tiene de malo? Voy con mi hermano. Alessandro no es celoso. Está resolviendo cosas con Mateo, y yo estoy muy aburrida —mentí con una sonrisa.

— Está bien, creo que a Vicente no le va a molestar —respondió sonriendo.

— Espera un segundo, voy a cambiarme y a hablar con Alessandro —confirmé, subiendo apurada.

La única forma de llamar la atención de mi marido era tocando lo que más lo sacaba de quicio: los celos. Si seguía callada, él se sentiría seguro. Pero yo no quería seguridad. Quería provocar. Quería que viniera por mí, salvaje.

Me puse un enterizo largo, con un escote profundo en V, el abdomen y las piernas cubiertos solo por encaje transparente. Solté el cabello y me pinté los labios con un rojo sangre. Bajé las escaleras y encontré a Camila en la sala.

— Guau, estás hecha toda una mujer —elogió.

— ¿Vamos? —pregunté, sonriendo.

Fuimos hasta el estacionamiento. Vicente me miró sorprendido, mi presencia ahí no era normal.

— ¿Dónde está tu esposo? ¿Él sabe que vas a ir? —preguntó, con desconfianza.

— ¿Tengo que pedir permiso? Es mi marido, no mi dueño. Y Alessandro conoce mi conducta —mentí sin remordimientos.

— Simplemente no quiero problemas. Mantente alerta, ¿entendiste? —dijo serio.

Fuimos en silencio hasta Bella Lunna, la discoteca de la familia. Vicente fue al palco con Camila y me dejó en la barra. Pedí un jugo, beber no era una opción.

Fue entonces cuando Leonardo, amigo de toda la vida de mi hermano, se acercó.

— ¿Antonela? ¿Tú por aquí? —dijo con una sonrisa encantadora.

— ¿Leonardo? ¡Cuánto tiempo! —respondí.

— Impresionante... estás deslumbrante. La mujer más hermosa de Sicilia —dijo, embobado.

Sabía que él siempre había querido algo conmigo, pero era un tonto. Para alejarlo, me pasé la mano por el cabello, dejando bien visible el anillo de compromiso.

Antes de que pudiera decir algo, apareció Alessandro. Furioso. Una tormenta de celos en la mirada. Se abalanzó sobre Leonardo como un animal a punto de atacar.

— Alessandro, no. Me voy contigo. No hace falta pelear — supliqué, poniéndome entre ellos.

Leonardo retrocedió asustado, pero Alessandro no le quitaba los ojos de encima. Me agarró la mano con fuerza y me arrastró afuera.

Entramos al auto. Él manejaba a toda velocidad, con la mandíbula apretada. Se detuvo en un hotel de la Cosa Nostra, pasó de largo por la recepción y subió conmigo en el ascensor exclusivo. Silencio. Tensión. Deseo.

Cuando llegamos a la suite máster, me empujó adentro y cerró la puerta con llave.

— Alessandro, háblame... —pedí, pero me ignoró.

Me lanzó sobre la cama. Se quitó la ropa como si fueran estorbos, quedando solo en calzoncillos. Vino hacia mí con los ojos hambrientos. Me sujetó del cuello con una mano firme, sin apartar la mirada de la mía.

— Espera... no rompas mi ropa, necesito volver a casa con ella —murmuré, jadeando.

No me hizo caso. Sus labios tomaron los míos con una fuerza brutal, me mordió como si quisiera dejarme marcada. Me dio vuelta, desabrochando mi enterizo lentamente, como si cada segundo lo enloqueciera más.

Cuando la tela cayó, me levantó como si no pesara nada y me ató las manos con su propio cinturón. Me acostó boca abajo sobre su regazo.

— ¿Crees que puedes provocarme y salir ilesa? —dijo antes de estampar un golpe caliente en mi trasero.

— ¡Ah! Yo... no estoy jugando... —respondí con la voz temblorosa por el deseo.

Otro golpe. Y otro. Me retorcí de placer. Estaba completamente entregada. Me arrancó la tanga de un tirón y me arrojó a la cama, abriendo mis piernas con brutalidad y deseo.

Entró en mí con todo. Su verga me llenaba por completo, cada embestida me hacía gritar de placer.

— Joder, Antonela... eres mía. ¡Solo mía! —gruñó contra mi cuello.

Mordió mis pechos, chupando con tanta fuerza que me llevó al éxtasis. Me puso en cuatro, volvió a darme una nalgada y, cuando menos lo esperaba, deslizó un dedo en mi otro agujero.

— Hoy te voy a enseñar lo que es ser completamente mía — susurró en mi oído.

Me quedé quieta, sorprendida, excitada. Me lamió entera, como si quisiera saborearme el alma. Cuando me volvió a penetrar, acabé gritando, sin ningún control.

Alessandro se arrodilló detrás de mí, me tiró del cabello y lentamente presionó la entrada de mi culo. La cabeza de su verga forzaba la entrada, haciéndome jadear.

— Relájate, pervertida... —dijo con voz grave, mientras se abría paso.

Dolor y placer se mezclaron. Gemía, jadeaba, le rogaba por más. Empezó despacio, y luego más profundo, más fuerte. Estaba en otro mundo.

Nuestros cuerpos estaban sudados, su respiración caliente en mi oído, y cuando eyaculó dentro de mí, temblé entera.

Caímos exhaustos. Me abrazó con fuerza, me besó con pasión.

— Hoy estás muy graciosa —dijo, todavía jadeando.

— Si me hubieras escuchado, nada de esto habría pasado. Pero solo entiendes cuando te provoco —respondí, sonriendo.

— No juegues con eso de otros hombres. Me vuelve loco — susurró contra mi cuello.

— Amor, Cris es mi peluquero. Y si tuviera que elegir entre los dos, te elegiría a ti sin pensarlo —bromeé.

— ¡Pervertida! Me vuelves loco —dijo, tirándome hacia él.

— Me voy contigo a Nápoles. No quiero quedarme aquí.

— Lo decidiremos mañana. Ahora duerme aquí, conmigo —dijo, envolviéndome entre sus brazos.

Me dormí en su pecho, satisfecha, segura y aún temblando por la intensidad de ese amor posesivo y arrollador.

Capítulo 29
Alessandro Ferrari

Por más que yo quisiera quedarme en Sicilia, mis obligaciones con la Camorra me llamaban de regreso. Un buen líder no abandona a su organización, y yo no sería el primero. ¿El problema? Antonela. ¿Cómo iba a dejar a esa mujer atrás? Ella era mi vida. Respirar sin ella parecía imposible. La única certeza que tenía era que necesitaba pensar con calma... antes de que el deber me arrastrara de nuevo al infierno.

Antonela dormía desparramada en la cama, con el cabello largo extendido sobre la almohada, exhalando ese aroma dulce que ya era parte de mí. Aunque ya estaba vestido y listo para salir, me senté a su lado. Aquella imagen era el único pedazo de paz que me quedaba en el mundo. Me incliné y le di un beso suave en los labios. Ella sonrió, somnolienta, como si ya supiera que mi corazón estaba en guerra.

— ¿Ya no estás enojado, mi amor? —preguntó, mirándome como quien implora alivio.

— Claro que no. No puedo enojarme contigo... porque te amo —dije, acariciando su rostro con la punta de los dedos.

— ¡Gracias a Dios! Me sentí tan mal cuando te fuiste de casa... cuando dijiste que no estaríamos juntos —murmuró, haciendo un puchero irresistible.

— Amor, tengo que volver a Nápoles. Pero no sé si debería llevarte. El condominio es más seguro y...

— ¡Ni lo pienses! No voy a alejarme de ti. No me separes de ti, por favor —suplicó con los ojos llenos de lágrimas.

Quería decir algo. Quería prometerle el mundo. Pero no hubo tiempo.

El teléfono vibró. Era el Don. Y cuando Pietro Martini llamaba, era porque el infierno estaba a punto de abrirse.

— Alessandro, Marino está preso en el galpón. Tenemos que interrogarlo. Ven lo más rápido que puedas.

Era ahora. La oportunidad de entender qué estaban tramando contra nosotros. Marino tenía que hablar, aunque fuera a base de dolor.

Me acerqué a mi mujer, que seguía en la cama.

— Hablamos después. Surgió una urgencia. Tenemos que irnos —dije, con el corazón hecho un nudo.

Ella no protestó. Sabía que algo serio estaba pasando. Pero yo también sabía que dejarla atrás sería una tortura. Me perdería momentos preciosos del embarazo de Nela. Y eso me mataba por dentro.

Quería que todo fuera diferente. Pero por ahora, necesitaba luchar. Para mantener a salvo a mi mujer y a mi hijo... y destruir a quien se atreviera a amenazarlos.

[...]

El galpón de la Cosa Nostra olía a sangre y pólvora. Vicente, Pietro y Mateo ya tenían las manos sucias cuando llegué. Al verme, hicieron espacio. Tomé un cuchillo afilado. Mis ojos ardían de furia.

— ¿Le sacaron algo? —pregunté a Pietro, mirando al Marino atado.

— Sí. Existe una secta. Su plan es eliminar a toda la cúpula de la Cosa Nostra y tomar el control. Pero ahora lo sabemos... y vamos a destruir a cada uno de esos malditos.

El teléfono de Pietro sonó. Se alejó para atender. Aproveché. La hoja se hundió en el pecho del Marino con facilidad. Estaba por comenzar mi tortura ahí... pero me interrumpieron.

— ¡Se llevaron a mi hijo, carajo! —gritó Pietro al volver, en estado de shock.

La rabia me cegó. Tomé la pistola y, sin dudarlo, le disparé en la cabeza al Marino. Nada más importaba.

Se habían llevado a un niño.

Volvimos corriendo al condominio. El caos reinaba. Sofia desmayada, Irina llorando en el suelo, y Lorenzo caminando en círculos, nervioso.

— Fue horrible, Pietro. Rodearon el auto, hubo un tiroteo. Me dieron un golpe en la cabeza y... cuando desperté, Max ya no estaba —Irina sollozaba, desesperada—. ¡Van a lastimar a mi hijo!

— Amor... ¿por qué se llevaron a Max? —Antonela se acurrucó en mis brazos, en pánico.

Pietro estaba al borde del colapso. Pero decidido.

— Primo, voy a revisar las cámaras. Vamos a encontrar a Max —dijo Mateo, ya moviéndose.

El celular de Pietro volvió a sonar. Todos guardaron silencio. Lo puso en altavoz.

— Pietro Martini, no voy a hacerle daño a tu hijo. Él no es mi objetivo. Quiero un intercambio justo. Antonela Martini. Tráiganmela en 30 minutos al Palermo Soho. Solo a ella.

La llamada se cortó. El silencio fue brutal.

— ¡No! ¡A mi mujer no! ¡Antonela está embarazada! Podemos armar otro plan... —protesté.

— Nunca haría eso —me interrumpió Pietro, con los ojos llenos de lágrimas—. Pero tenemos que salvar a Max. Cuento con el apoyo de ustedes. Irina, te juro que voy a traerte a nuestro hijo de vuelta.

No podía permitir que tocaran a Antonela. Jamás.

Teníamos 30 minutos. Era poco, pero suficiente para armar un plan. Al menos... eso creía.

El teléfono vibró otra vez. Mensaje de Nela.

Antonela:" Alessandro, no puedo dejar que Max muera. Es un niño. Sé que estoy embarazada, pero espero que mi decisión no perjudique a nuestros hijos. Confío en ti. Espera hasta que Max esté a salvo antes de actuar. Te amo".

El grito salió de mi garganta.

— ¡MALDICIÓN!

Todos me miraron.

— ¡Tu hija terca acaba de irse! ¡Se sacrificó por Max!

Doña Isa se desmayó. Mi suegro quedó en shock.

Era de esperarse. Antonela jamás permitiría que un inocente sufriera. Aunque eso le costara la vida.

Antonela Martini

¿Cómo iba a dejar que el pequeño Max pagara el precio por algo que no tenía nada que ver con él? Sé que el verdadero objetivo es mi esposo, que están intentando usarme para llegar hasta Alessandro. Tal vez mi decisión lo deje desesperado. Después de todo, pasó tanto tiempo intentando mantenerme lejos, negando nuestro matrimonio. Pero ahora ya no hay tiempo para arrepentimientos. Lo que tenía que pasar, pasó. Y aquí estoy, a punto de enfrentar un momento difícil, muerta de miedo, pero decidida a enfrentarlo todo con la frente en alto.

Fui al lugar acordado. Dos hombres me sujetaron con fuerza y me metieron dentro de un auto. Para mi sorpresa, Stefano estaba allí. Me estaba esperando, y al ver mi rostro, sonrió.

— Antonela, viniste, mi amor —intentó tocarme la cara, pero me aparté.

— ¿Dónde está Max? —pregunté, nerviosa.

— No te preocupes. Max va a volver con sus padres. Nunca quise hacerle daño. Mi objetivo siempre fuiste tú. Todo va a estar bien —dijo con una sonrisa cínica.

— ¿Qué piensas hacer? Sabes que Alessandro va a venir a buscarme —murmuré, con lágrimas en los ojos.

— No va a venir. Alessandro va a creer que estás muerta. Me voy a encargar de eso —aseguró, con una sonrisa ladeada—. Perdóname, mi amor. Voy a tener que hacer que duermas un poco, pero cuando despiertes, vamos a empezar una nueva vida. Yo voy a cuidar de ti para siempre —dijo, presionando un trapo contra mi nariz.

Intenté resistirme, pero era imposible. Mi vista se nubló hasta que todo quedó en absoluta oscuridad.

[…]

Desperté atada a una silla, en un lugar oscuro y nauseabundo. Entré en pánico. No sabía dónde estaba, y eso me volvía loca. Las lágrimas empapaban mi rostro. En todo momento, solo pensaba en mis hijos. Quería estar con ellos, protegerlos.

— Bella donna, ¡despertaste! —Stefano se acercó y me quitó el trapo de la boca.

— ¡SOCORRO! —grité, y él volvió a ponerme el trapo.

— Si sigues gritando, vas a seguir atada. ¿Eso es lo que quieres? —preguntó, sonriendo—. Te voy a presentar a nuestra líder —dijo, abriendo la puerta.

Por ella entraron Ximena y El Diablo.

— Mira nada más, por fin nos volvemos a encontrar —dijo ella, con ironía—. Quítale el trapo de la boca —ordenó, y él obedeció.

— ¿Ximena? —pregunté, confundida.

— ¡Sí! ¿Quién más podría ser? Lejos de los Martini, estás tan vulnerable… Por tu culpa, Alessandro se negó a casarse conmigo. Y tu hermano también me despreció. Me parece justo verlos sufrir a los dos. Matarte va a destruirlos —dijo, fría.

— ¡Suéltame! Estás actuando como una rata de alcantarilla. No eres lo suficientemente mujer para enfrentar a mi familia —respondí, aunque temblaba.

— ¡Vamos a conquistar el mundo! Me imagino la cara de Alessandro al ver tu cuerpo tirado en el suelo. Pobrecito… Pero no te preocupes, yo lo voy a consolar. Tal vez hasta te reemplace a su lado —ironizó.

— ¡Eso nunca va a pasar! Mi esposo va a encontrarme —grité, con la voz quebrada.

— ¿Del otro lado del mundo? Ahora estás en mi territorio. Aquí, las reglas las pongo yo… y mi padre —reveló, dejándome atónita.

— ¡Maldita! Vas a ser capturada —grité.

— ¡Se acabó la era de la Cosa Nostra! Tu familia se cree intocable. Pero ahora es el momento de una nueva era. ¡Nuevos

nombres en el poder! Me voy a casar con Alessandro, después lo voy a matar. Luego mataré a su padre. Romero va a tomar el control y...

— ¿De verdad crees que después de todo lo que hizo Romero vas a conseguirlo? Mi primo no lo va a permitir —gruñí.

— Enciérrenla en el sótano. Mañana ejecuten a Antonela y tiren el cuerpo en Moscú. Vamos a empezar una guerra entre la Camorra, la Cosa Nostra y las Bratvas —dijo, riéndose.

Dos hombres me arrastraron con violencia. Yo intentaba resistirme, desesperada.

— ¡Stefano! ¡No me hagas esto! ¿Te acuerdas de todo lo que vivimos? ¡Éramos amigos! ¿Cómo puedes tener el valor? —grité, tratando de luchar.

— La quiero muerta —ordenó, saliendo.

Fui arrastrada hasta un sótano oscuro, sucio y apestoso. Me sentía frágil, sola, aterrada. El frío me calaba los huesos, el miedo me oprimía el pecho. Mis hijos… estaban en peligro. Tal vez Stefano no haya dicho nada sobre ellos, pero aun así, yo moriría con ellos dentro de mí.

— Estoy tratando de ser fuerte por ustedes dos —susurré, acariciando mi vientre.

El cansancio me dominaba. En cualquier momento podía perder la vida, sin saber si Alessandro lograría encontrarme. Probablemente no… Estaba demasiado lejos de Italia.

Me acurruqué en un rincón, abrazando las piernas, con los ojos llenos de lágrimas. La puerta se abrió, y Stefano entró. Intenté esconderme.

— Por favor, no me mates —suplicaba, temblando.

— No voy a matarte. No puedo… porque te amo. Confía en mí, voy a sacarte de aquí. Vamos a ser felices juntos —dijo, acariciándome la cara.

Sentía asco. Pero no podía mostrarlo. En ese momento, mi única salida era confiar en él. Si me sacaba de allí, podría llamar a Alessandro. Decirle que estaba viva. Que lo necesitaba.

— ¿Prometes que vas a sacarme de aquí? ¿Que no le vas a hacer daño a mis hijos? —pregunté, conmovida.

— Está bien. Sé que amas a los bebés. Voy a cuidar de ustedes. Te lo prometí, te pedí que te casaras conmigo, pero no me escuchaste. Ahora vamos a hacer lo correcto. Vamos a estar juntos para siempre —dijo, abrazándome.

Por dentro, mi corazón gritaba de desesperación. Pero por fuera, me mantuve firme. Cada segundo allí era un riesgo… pero también una oportunidad de reencontrarme con el hombre que amo… y salvar a nuestros hijos.

Capítulo 30
Alessandro Ferrari

5 meses después…

Hacía exactamente cinco meses que vivía mi infierno personal, lejos de Antonela Martini. Saber que todo eso había ocurrido por mi culpa me destruía. No debí casarme con ella, debí resistirme y mantenerme alejado. Pero mi corazón no lo permitió. Me había vuelto loco, arrojando a mi gran amor a un abismo. Ya no vivía… solo existía.

Lo peor de todo era la falta de esperanza. Después del video que nos enviaron, estuve seguro de que estaba muerta. Pero, en el fondo, algo me decía que no era así. No había cuerpo. Y mientras no hubiese cuerpo, existía esperanza. Algo dentro de mí insistía en que debía seguir buscando, aunque me llevase uno, diez, veinte años. El tiempo ya no importaba. Solo me detendría cuando la encontrara.

Y, por lo visto, no era el único desesperado. Mi suegro y mi cuñado llevaban más de 120 días sin ver a sus esposas, viajando por el mundo, haciendo alianzas, intentando encontrar a Antonela, viva o muerta.

No conseguía comer bien, estaba abatido, con la barba crecida, el cabello largo, una apariencia deplorable. Pero doña Isabela estaba aún peor. No salía de la habitación, no hablaba con nadie. Pasaba horas llorando. Solo Viola Martini lograba arrancarle una sonrisa con su inocencia.

Estaba exhausto. Mi único apoyo había sido Vittorio. Él y yo seguíamos el rastro de Romero como depredadores. Jamás lo perdonaría por lo que le hizo a mi mujer. ¡Y embarazada!

Según Vittorio, esa noche habría una gran fiesta en uno de los hoteles más lujosos de Dubái: una reunión secreta de esa nueva organización que intentaba destruir la Cosa Nostra.

Estábamos preparados. Mi suegro, mi cuñado y yo. Además de nosotros tres, treinta hombres fuertemente armados estaban

disponibles, esperando la señal para invadir el salón y aniquilar a todos.

— Tenemos que estar atentos. Son veinte miembros participando en la reunión y veinte soldados armados —advirtió mi suegro.

— Quiero tener el honor de matar a Romero y a Gael. Y si Stefano está ahí, necesito acabar con él también. Solo así voy a sentirme aliviado —gruñí, con veneno en la voz.

— Antes de matar, tenemos que interrogarlos sobre Antonela. Ya han pasado cinco meses, tal vez ni siquiera esté viva, pero tenemos derecho al menos a enterrarla —dijo Vicente, con tristeza en la voz.

— No puedo aceptar que esté muerta. Me siento completamente culpable. Por eso me alejé tanto y… —empecé, pero Vicenzo me interrumpió.

— Respira hondo. Por más difícil que sea, tenemos que mantenernos enfocados en la misión. Frialdad y precisión.

Tenía razón. Necesitaba continuar. Ser frío. Vengarme. Al menos para aliviar un poco este dolor que me consume.

— Están posicionados en la sala de reuniones. Este es nuestro momento —susurró Vicente.

Estaba listo para la guerra. Vestía jeans, botas militares, camisa lila, chaleco antibalas y chaqueta de cuero. Llevaba gafas de visión nocturna y sostenía un fusil. Dos pistolas en la cintura. Preparado para matar.

Lideré a veinte hombres por la entrada principal. Vicente lideraba a otros veinte por la parte trasera. Mi suegro, francotirador experto, se dirigió al punto más alto con diez tiradores expertos más. Todos conectados por audífonos.

Hice una señal para avanzar. Vimos civiles en la recepción del hotel. Logramos contenerlos antes de que gritaran. Cualquier ruido y Vicenzo tendría que actuar con precisión letal.

Subí las escaleras con cinco hombres. Los demás fueron por el ascensor. Vicente estaba posicionado con los suyos, esperando la señal.

— ¿Preparado? —preguntó.

— Mucho —gruñí. Y juntos derribamos la puerta del salón.

El susto fue inmediato. Intentaron reaccionar, pero éramos superiores. Pateé una mesa, la usé como escudo, destrabé mi fusil y disparé a matar.

El tiroteo fue intenso. Pero teníamos el control. Necesitaba cobertura para avanzar. Vi a Romero intentando escapar con Gael y Greta.

— ¡Cúbranme! —grité.

— No voy a dejarte solo. Vamos a equilibrar el juego —dijo Vicente.

Corrimos por el pasillo, siguiendo los pasos de esos desgraciados. Disparé en la pierna de Romero, que cayó. Gael intentó devolver el ataque, pero Vicente fue más rápido y lo acertó en el pecho.

Me acerqué con frialdad.

— Esperé tanto por este momento… —dije con desprecio—. Mirarte a los ojos y vengarme.

— ¿De qué sirve matarme? Perdiste. Eres el único culpable de la muerte de Antonela Martini —provocó.

Tomado por el odio, saqué un cuchillo del bolsillo y se lo clavé en el hombro. Gritó. Con fuerza, le arranqué la clavícula. Estaba fuera de mí. Con los ojos negros de furia, le clavé el cuchillo en el pecho y, con brutalidad, le arranqué el corazón.

Gael lo vio todo, en estado de shock.

— Por favor… no me mates —suplicó.

— Antonela debió rogar por su vida… y tú no tuviste piedad. Yo tampoco la tendré —susurré, y le clavé el cuchillo en el pecho.

Le arranqué el corazón y lo arrojé al suelo.

Las lágrimas cayeron. Estaban muertos. Finalmente. Pero ella… ella no estaba ahí. No me esperaba para nuestro felices por siempre.

Levanté la cabeza y vi a Greta siendo sujetada por Vicente. Ella era parte de todo esto. Merecía morir.

Caminé lentamente hacia ella. Se debatía, desesperada, consciente de su destino.

— ¡Espera, Alessandro! ¡No me mates! ¡Antonela está viva! —gritó, paralizándome.

Solté el cuchillo al suelo.

— Repite lo que dijiste —pedí, frío.

— Antonela está viva. ¡Puedo contarte todo! —Lloró—. Los líderes de la organización… son El Diablo y Ximena. Quieren destruirlos. Mi hermano se fue con ella. Si Antonela murió, él murió con ella —susurró.

— Deshazte de ella, Vicente. Un tiro en la cabeza basta. Vamos a arrancar el problema de raíz —vociferé, alejándome.

Si se la llevaron a México… entonces allá voy. Lucharé hasta el final. Aunque sea solo para vengar la muerte de mi mujer.

Vicenzo Lombardi

Escuchar de boca de Alessandro y Vicente que el líder de la organización era El Diablo y su hija Ximena me hizo sentir una culpa horrible. ¿Cómo podía sentirme bien sabiendo que yo había sido el responsable de todo eso? Fui yo quien permitió que esas personas se acercaran, quien les dio entrada a mi casa y les permitió conocer a mi familia. Ahora, lo único que me quedaba era ir hasta allí y rezar con todas mis fuerzas para que mi hija siga viva. No quería cargar con esta culpa... pero sabía que la llevaría conmigo el resto de mi vida.

Ya no había nada más que decir. Iba a matar a ese hombre con toda mi furia, sin esconderme en las sombras, sin misericordia. Estaba listo para destruir todo en ese lugar, para mostrar lo que les pasa a quienes se atreven a jugar con una Martini. Tal vez no consiguiera traer de regreso a mi hija... pero iba a vengar cada lágrima, cada gota de sangre, por ella y por mis nietos. Los iba a matar a todos.

Respiré hondo. Necesitaba controlarme. Alessandro todavía tenía esperanza de encontrar con vida a mi hija, y yo quería creer en eso. Quería confiar en que él tenía razón, aunque me aterrara la verdad.

— Solo se detienen cuando todos estén muertos —ordenó Alessandro, al comandar un ejército de cien hombres.

Gracias a las alianzas de la Cosa Nostra alrededor del mundo, conseguimos fortalecer los lazos con líderes locales que deseaban tomar el control de la ciudad. Con nuestro apoyo, ellos lo lograrían y, a cambio, nos ayudarían en la misión de rescate.

Lideré a cincuenta hombres armados, mientras mi hijo dirigía a otros cien. Los tres estábamos decididos: encontraríamos a mi niña, viva o muerta.

Avanzamos con dificultad a través de las barreras. Al vernos, los hombres de la contención abrieron fuego. El terreno era un verdadero laberinto, uno que ellos conocían muy bien, y teníamos que actuar con cautela, cubriéndonos entre nosotros, usando el entorno en su contra.

Alessandro estaba sediento de sangre. Un líder nato, certero en su puntería, implacable a la hora de apretar el gatillo. Mi hijo hacía lo mismo. Nuestro objetivo era claro: acorralar a los enemigos en la misma trampa que habían creado.

El tiroteo no cesaba. El suelo estaba cubierto de sangre. Tal vez era la guerra más sangrienta que había vivido y, por primera vez, estaba dispuesto a tomar un territorio, aún sin tener interés en él. Lo único que importaba era una sola cosa: Antonela.

Dejamos cuerpos esparcidos a nuestro paso, hasta que finalmente llegamos a los líderes. Ximena nos recibió con una carcajada desquiciada. No parecía entender la gravedad de la situación. Tal vez ya se había vuelto loca. Pero su padre, El Diablo, sí sabía lo que estaba a punto de ocurrir.

— ¡Tardaron en descubrir la verdad! ¿Vinieron por la princesa? Está muerta —ironizó, con una sonrisa burlona en los labios.

— Hija, deja de provocar... —murmuró El Diablo, intentando detenerla.

— ¡Estoy diciendo la verdad! ¡Fui rechazada por Alessandro Ferrari y Vicente Martini! Y mi venganza es destruir lo que ustedes dos más aman. Destruir a Antonela Martini —balbuceó, alimentando el infierno que ardía dentro de mi yerno.

— Voy a matarte —gritó Alessandro, agarrándola del cuello con ambas manos.

— Mátame, anda... no me importa. Voy a morir sabiendo que tú jamás volverás a ser feliz. Veo el dolor en tus ojos. Tu chica está muerta —susurró ella, riendo mientras escupía sangre.

— ¡Figlia di puttana! ¡Voy a destruirte! —rugió Alessandro, fuera de sí.

No tuve tiempo de reaccionar ante su furia.

Como un animal, Alessandro sacó un cuchillo, se lo clavó entre las costillas y, con brutalidad, desgarró la carne hasta dejar el hueso al descubierto.

— ¡AAAAAH! —gritó ella, con el rostro deformado por el dolor.

Él la miró con frialdad mientras ella se arrodillaba a sus pies. Era la primera vez que veía a ese hombre completamente fuera de sí, y entendía perfectamente los motivos.

— Me arrancaste el corazón al tocar a mi mujer... ahora yo voy a arrancarte el tuyo —murmuró él, hundiendo el cuchillo en su pecho.

Con la hoja todavía clavada, Alessandro metió la mano en la herida y, sin apartar la vista de ella, sacó el corazón con sus propias manos. Ximena cayó muerta frente a él.

En silencio, se volvió hacia El Diablo, arrojó el corazón de Ximena a sus pies y caminó lentamente en su dirección.

— Espera... ¡no me mates! ¡Antonela está viva! —gritó El Diablo, desesperado.

El cuerpo de Alessandro se congeló.

— ¿Dónde está mi mujer? —Su voz era gélida.

— Ximena quería matarla, pero yo no se lo permití. Stefano... él me ayudó. La llevamos a Cancún. Todavía está embarazada. Nadie le hizo nada. Te lo juro por todo. Ella está viva.

Las piernas de Alessandro flaquearon. Cayó de rodillas. El arma se le resbaló de los dedos.

Era como si mil toneladas le hubieran caído encima.

La culpa por todo lo que le pasó a mi hija lo estaba aplastando y, al verlo así, yo también me sentí aplastado. Porque, de alguna manera, todo había comenzado conmigo... por haber confiado demasiado.

— Te dejo con vida... si me llevas con mi hija —dije con firmeza.

— Los llevo ahora... ahora mismo —respondió él, y una chispa de esperanza se encendió en mi pecho.

Saber que Antonela estaba viva me trajo alivio. Pero, por encima de todo, ella era mi princesa. Mi primogénita. Lo más valioso que tenía. No podía imaginar el mundo sin su sonrisa contagiosa.

Mi niñita... seguía viva.

Antonela Martini

Vivir lejos de mi familia y de las personas que amo… Mi corazón estaba apretado, como si el tiempo se hubiera detenido. Parecía una eternidad sin mi esposo, sin mis padres. Encerrada desde hacía cinco meses en una casa, viendo los días pasar por la ventana, me aferraba solo a la esperanza de que Alessandro viniera a buscarme. Quería creer con todas mis fuerzas en eso, creer que nosotros dos aún podríamos estar juntos.

A veces, sin embargo, las voces intrusas en mi cabeza gritaban que él ya me había olvidado. Que no vendría más. Tal vez le dijeron que estaba muerta. Que no hay solución… y él lo creyó. Aun así, en mis pensamientos, gritaba por ayuda. Trataba de conectarme con él, de alguna forma.

Mi vientre crecía cada día. Los gemelos se movían todo el tiempo, como si también buscaran a su padre. Y yo… yo apenas podía comer. El miedo a ser envenenada era constante. Y la presencia de Stefano en ese lugar me asfixiaba. Era un sádico loco, convencido de que podríamos ser felices juntos. Pero eso nunca pasaría. Jamás permitiría que me tocara.

— Antonela, necesitas alimentarte —dijo él, entrando de repente en la habitación, asustándome.

— No quiero. Quiero que me dejes en paz. Déjame volver a mi vida —supliqué, con lágrimas en los ojos.

— ¡Estoy siendo demasiado bueno contigo! —vociferó—. ¡Te dejé quedarte con esos niños, te dije que les daré mi apellido y aun

así insistes en pensar en Alessandro! ¡Olvídate de ese hombre, porque nunca más estarás con él!

— ¿Cómo voy a olvidarlo? ¡No se puede olvidar al hombre que amo! —susurré entre llantos.

— ¡Ya pasaron cinco meses! ¿No te das cuenta de que te olvidó? Alessandro debe estar viviendo su vida. Todos lo están. A nadie le importa. ¡Ellos creen que estás muerta!

Me estremecí por completo al oír esas palabras.

— No… no te creo. Todo lo que viví con él es demasiado real. Alessandro me ama lo suficiente como para mantenerme lejos por protección. Sé que va a encontrarme —dije, llorando.

— ¡Basta! ¡Yo te salvé! Voy a ser un buen padre para tus hijos. ¡Estoy harto de este duelo eterno! —gritó, dejándome aterrada.

— ¿Cómo quieres que lo supere? Amo a Alessandro desde la infancia. Él es mi único amor, ¡y voy a morir amándolo! No quiero que seas el padre de mis hijos —dije, dominada por la rabia—. Ya tienen un padre. No voy a ser tuya. Nunca. Solo de él.

— ¡Perdí la paciencia, Antonela! ¡Vas a ser mía ahora! —gruñó, agarrándome los brazos con fuerza.

Me empujó hacia el sofá y se subió encima de mí. Entré en pánico. Me debatía, trataba de empujarlo, mientras él besaba mi cuello, provocándome arcadas y asco.

— ¡Suéltame! ¡No quiero! ¡SOCORRO! —grité en pánico.

De pronto, la puerta se abrió de golpe y Stefano fue arrancado de encima de mí. Estaba en shock, pero reconocí de inmediato a ese hombre… Alessandro Ferrari.

El hombre de mi vida.

Estaba ahí. Más delgado, demacrado, con el cabello y la barba largos… Pero era él. Con una mirada enloquecida, como un animal enjaulado, le dio un puñetazo en la cara a Stefano. Estaba tomado por una furia devastadora. Alessandro golpeó el espejo con el puño, haciendo que los pedazos de vidrio volaran por el suelo.

— ¡Voy a matarte, maledetto! —rugió, recogiendo uno de los fragmentos del piso.

Sin piedad, le clavó el vidrio en los ojos a Stefano, que gritaba desesperado. Luego, sujetó su cuello con fuerza, sin apartar la

mirada, y le enterró un cuchillo en el pecho. Stefano escupió sangre.

— Puedes odiarme… pero ella solo está viva por mí —fueron sus últimas palabras antes de morir.

Alessandro me miró. Mis ojos se llenaron de lágrimas, el corazón parecía explotar en el pecho. No podía respirar bien. Era como si hubiera pasado una eternidad sin verlo.

Las lágrimas empapaban mi rostro. Cuando vino hacia mí, abrí los brazos, deseando perderme en su abrazo. Tanta falta… tanto amor contenido.

Me tomó en brazos y selló nuestros labios con un beso profundo. Ya no había máscaras. Solo nosotros dos, completos, reales.

— Pensé que iba a enloquecer… —susurró, con una sonrisa cansada—. Fueron cinco meses buscándote. Perdóname por la demora, pero… llegué.

— No tardaste… llegaste en el momento justo. A tiempo para salvarme —respondí con la voz quebrada—. Te llamé tantas veces en mi mente… Mira mi vientre. Ha crecido tanto… Nuestros hijos te extrañaban desesperadamente. Y yo también.

Me besó otra vez, con toda la intensidad de nuestro amor. Y en ese instante, todo lo que deseaba era salir de ahí. Sentir que, por fin, podríamos vivir en paz. Vivir un momento de felicidad junto a nuestra familia.

Capítulo 31
Alessandro Ferrari

Durante cinco meses, mi vida fue un infierno. Estaba atrapado en un ciclo interminable, en el que lo único que me quedaba era correr contra el tiempo en busca de la mujer que amaba. No podía aceptar la idea de que Antonela estuviera muerta. En el fondo de mi corazón lo sentía, con cada fibra de mi ser: ella seguía viva. Y, al final, mi intuición tenía razón.

Ver a Antonela sana, viva, y saber que nuestros hijos estaban a salvo, me calentó el corazón. La culpa por todo lo que ocurrió me consumió durante ese tiempo. Me castigué de todas las formas posibles, pero ahora, por fin, podía respirar aliviado.

Sé que ella pasó por momentos difíciles, quizás los peores de su vida. Estaba exhausta, por eso la recosté en la cama de la suite del jet privado. Necesitaba ese momento solo para nosotros. Necesitaba sentirla otra vez. Quería entender todo lo que vivió lejos de mí, cómo se sintió, pero antes… antes de eso, necesitaba su toque, su cuerpo, su presencia. No podía esperar hasta llegar a casa.

Antonela estaba en perfecta sintonía conmigo. Ella también me necesitaba, lo supe en el instante en que pegó sus labios a los míos con urgencia, desbordando amor y añoranza. Las lágrimas le bajaban en silencio por el rostro mientras me besaba.

Me aparté apenas y sequé sus lágrimas con el pulgar. Acaricié su cabello con ternura. Se sentó en mi regazo y empezó a acariciar mi rostro como si quisiera memorizar cada trazo. Tenía la mirada fija en mí, como si todavía no pudiera creer que era real. Besó mi cara, mi cuello, mi frente… y volvió a sellar mi boca con la suya.

— Parece un sueño… Le rogué tanto a Dios… Te llamé en mis pensamientos tantas veces, mientras Stefano me decía que tenía que olvidarte, que esta era mi nueva vida y que tú nunca volverías. Fue horrible —susurró, tocándome el rostro.

— Eso ya terminó, amore mio. Nunca más voy a permitir que te alejen de mí —declaré, sonriendo con ternura.

— Alessandro… no puedo esperar ni un segundo más. Hazme el amor —pidió, con los ojos brillando de deseo y entrega.

Ante ese pedido, no había forma de postergar. Con cuidado, le quité el vestido. La recosté con cariño en el centro de la cama, deslicé sus bragas por las piernas y me acomodé entre sus muslos.

Me deshice de mi ropa y, con calma, besé su boca. Bajé despacio hasta su cuello, saboreando su piel. Acaricié sus senos, que estaban más grandes por el embarazo. Los tomé con delicadeza mientras bajaba con una línea de besos hasta su vientre. Toqué ese abdomen que llevaba a nuestros hijos, y sentí a uno de los bebés moverse. Fue una emoción indescriptible.

— Quédense quietitos ahí dentro… Papá va a cuidar de mamá —murmuré, dejando un beso tierno sobre la panza.

Volví a posicionarme entre sus piernas y, con suavidad, pasé la lengua por sus labios mayores. Se retorció de placer, gimiendo bajito mientras sus manos se enredaban en mi cabello. Succioné su clítoris con firmeza, haciéndole perder el control.

— Ah… cuánto extrañaba esto —balbuceó, mordiéndose los labios.

Estaba caliente, mojada, entregada. Sentía su alma vibrar con cada caricia. Su cuerpo tembló, y acabó intensamente en mi boca, dejándome matar la añoranza de su sabor.

Tomé una almohada, la giré con cuidado y me acomodé detrás de ella. Entré muy despacio, sintiendo cómo su intimidad me envolvía por completo. No quería lastimarla.

— Dios mío, cuánto te extrañé —murmuré al oído, mientras rodeaba su cuello con una mano.

— Más fuerte… No tengas piedad de mí —suplicó, volviéndome loco.

Sujeté su cuerpo con firmeza, acercándola a mi pecho, y comencé a moverme con más profundidad. Sus gemidos eran apagados, los ojos se le daban vuelta, y los labios le temblaban de placer.

— No grites… Tu padre está afuera, puede oír —susurré, entrando aún más profundo.

Ella se giró y se acostó de espaldas. Dobló las rodillas, dándome espacio para volver a encajarme. Entré con cuidado, sin presionar su vientre. Mientras me movía dentro de ella, capturé sus labios en un beso apasionado.

— Amor… yo voy a… —susurró, temblando de placer.

Sentí su cuerpo convulsionar, sus paredes estrecharse a mi alrededor, y entonces me dejé llevar, derramándome dentro de ella como si mi alma también escapara con ese orgasmo.

Cinco meses lejos de mi mujer… Esto apenas era el comienzo. Pero yo lo sabía: estaba embarazada y necesitaba cuidado. La respetaría en todo, incluso con el deseo consumiéndome.

Con ternura, salí de dentro de ella y me acosté a su lado, atrayéndola hacia mí. Antonela estaba jadeante, con la respiración agitada. La abracé con fuerza, con miedo de soltarla otra vez.

— Todo acabó. Están muertos. Y nosotros dos vamos a ser felices con nuestros bebés. Nunca más voy a dejar que nadie te toque así —prometí, pegando nuestros cuerpos.

[…]

Dejé a mi esposa durmiendo tranquila en la habitación. Parecía un ángel, bellísima y serena. Imagino cuánto sufrió lejos de mí y de la familia. Fue una verdadera guerrera. Después de todo lo que pasó, sé que tengo que estar más atento y cuidar mejor de su seguridad.

Caminé hacia la zona de los asientos del jet. Vincenzo y Vicente conversaban. Me senté frente a ellos. Me sentía aliviado, como si un peso gigantesco por fin se hubiera ido de mis hombros.

— Antonela está dormida. Me siento tan aliviado… Después de todo esto, voy a reforzar su seguridad. No quiero volver a pasar por este pánico nunca más —me desahogué.

— Esto fue una gran lección. De ahora en adelante, cualquier cuidado es poco. Con Antonela y con todas las Martini. Ellas son nuestro punto débil… Solo de pensar que podríamos haberla perdido… fue una pesadilla —afirmó mi suegro, con seriedad.

Y tenía razón. Nacidas en la mafia, nuestras mujeres llevaban una valentía que a veces roza la imprudencia. Antonela era así. No

huía, no se escondía, adoraba un desafío. Pero el problema eran las consecuencias… Consecuencias que podrían haberme dejado sin ella. Y una vida sin Antonela… simplemente no existe para mí. Vivir sin ella es vivir en el vacío.

Antonela Martini

Pasé por momentos difíciles durante esos cinco meses. Tuve que lidiar con mis emociones, con la ausencia de Alessandro y de toda mi familia. Tenía tantas cosas que decir, quería matar la nostalgia que sentía por todos. Parecía una eternidad... y para mí, realmente lo fue. Más aún con mi panza creciendo día tras día. Todos mis planes de vivir esta etapa al lado de Alessandro se habían ido al demonio.

Apenas llegué al condominio de la familia Martini, quedó claro que mis primos, mis tíos y mi madre estaban distintos. En realidad, se veían abatidos... y supongo que era por mi ausencia. Doña Isa, al verme, corrió hacia mí. Mi madre estaba muy emocionada, más delgada y pálida.

— ¡Mi niña linda! Pensé que enloquecería lejos de ti —declaró, acariciando mi rostro con ternura.

— Mamá... yo también pensé que nunca volvería a ver a mi familia. Los llamé tantas veces en silencio... solo quería ser libre — respondí, conmovida.

— ¡No pienses más en eso ahora! Tenemos que cuidarte. Mira cómo estás de desmejorada... Y esa panza, Dios mío, estás más hermosa que nunca, mi Nela —susurró doña Isa, con los ojos llenos de lágrimas.

— ¡Tía Nela! —Max corrió y se aferró a mis piernas.

Estaba precioso, con esa sonrisa llena de dientes. Ese niño era igualito a Pietro. Los trillizos del primo Mateo también corrieron hacia mí, abrazándose a mis piernas. Mi sobrina, la más chiquita de ellos, me reconoció y murmuró:

— ¡Titi!

— Quiere correr con los primos, pero todavía es muy chiquita —dijo Camila, sonriendo, al entregarme a la pequeña.

— Amores de mi vida... ¡Qué falta me hicieron! Los amo tanto a cada uno de ustedes —balbuceé, emocionada.

— Tía Nela, ¿te tragaste una pelota? —preguntó Max, curioso.

— Hijo, ¿qué dices? Tu tía no se tragó una pelota. En la barriga de tu tía hay dos bebés, que serán tus amiguitos —explicó Irina, agachándose a su lado.

— Este condominio se puso triste sin tu presencia, Antonela, pero sabemos que estás bien con Alessandro. Lo peor fue imaginar que nunca volveríamos a verte —dijo tío Lorenzo, besando mi frente.

Mi familia estaba de fiesta. Todos me recibían con alegría y alivio al saber que estaba viva. Era como despertar de una horrible pesadilla que había durado cinco meses. Pero ahora... se había terminado.

Doña Isa tocó mi barriga con cuidado, luego depositó un beso en ella y se agachó, hablándole a sus nietitos:

— Ay... la abuela casi se muere de la falta que le hicieron. Estoy tan ansiosa, tengo tantas ganas de tenerlos en brazos...

Mi madre puso cara de sorpresa. Los gemelos reaccionaron a la voz de su abuela y empezaron a moverse, pateando con fuerza mi barriga, como si respondieran.

— ¿Lo sentiste? —pregunté, sonriendo.

— ¿Mis nietitos están hablándole a la abuela? ¿Me están respondiendo? —balbuceó, emocionada.

— ¡Sí! No se olvidaron de la abuela ni de su papá. Apenas Alessandro tocó mi barriga, se alborotaron, comunicándose con él —conté, sonriendo.

Mi esposo siempre había sido un hombre callado. No solía interactuar mucho con mi familia. Estaba a mi lado, en silencio, mientras yo me reencontraba con todos.

— ¡Nela! —Elena me abrazó con fuerza—. ¿Estás bien? ¿Él te lastimó? ¿Hizo algo contra tu voluntad? Déjame ver si estás entera —dijo, revisándome.

— Estoy bien. No me pasó nada. Stefano me salvó de morir, pero... quería retenerme a toda costa y no me dejaría regresar —expliqué, y ella tocó mi barriga.

— Se están moviendo —comentó, encantada.

— Sí... creo que están felices de haber vuelto a casa —susurré, y ella me abrazó de nuevo.

— Hija... durante todo este tiempo, ¿fuiste al médico? —preguntó mi madre, preocupada.

— No. Estuve encerrada en un departamento. Mi único contacto era con Stefano, y vivía con miedo. Ni siquiera podía dormir... solo pensaba en regresar a casa. Ahora, estoy muy feliz de que esa pesadilla terminó y de estar aquí con ustedes —respondí, con una sonrisa aliviada.

— ¡Ven, mi niña! Mamá preparó un banquete para recibirte —dijo, tomándome del brazo y guiándome a casa.

— ¡Espérenme! ¡Comida, yo quiero! —exclamó Max, haciendo que todos estallaran en carcajadas.

— ¿Amor, vienes también? —pregunté a Alessandro, que seguía en silencio.

— Este momento es tuyo con tu familia, amore mio. Yo me quedaré con Mateo —respondió, algo incómodo.

— Nada de eso, Alessandro. Deja de ser tan antisocial. Ven con nosotros —lo pinchó doña Isa, cruzándose de brazos.

— Mamá tiene razón. Sé que eres desconfiado, pero somos familia. Yo te quiero conmigo. Quiero reencontrarme con todos, incluso contigo. Por favor —supliqué, mordiéndome los labios de ese modo que siempre lo derritía.

— Por más antisocial que sea... tú siempre logras convencerme con ese modo tan dulce que tienes —declaró, sorprendiéndome.

Era la primera vez que se abría así frente a todos. Antes de todo esto, Alessandro era reservado, casi nunca demostraba cariño en público. Lo cual era una pena, porque yo soy de las que presumen. Quería gritarle al mundo que soy su mujer. La reina de mi mafioso.

Salté a sus brazos, sin importarme quién estuviera mirando, y lo besé con intensidad. Cuando me separé, estaba rojo de vergüenza.

— Ya no vamos a esconder nuestro amor. ¡Te amo, mi mafioso posesivo! —declaré, haciendo que todos se rieran.

— Menos, Antonela... —susurró él, avergonzado.

Yo sabía que Alessandro estaba muriendo de vergüenza, pero no quería presionarlo. Sonreí a mi familia, justo cuando Max corrió hacia nosotros, desviando la atención:

— ¡Pastelito! ¡Dulces de tía Isa!

— Hijo, así tu abuela va a pensar que no te damos de comer — comentó Irina, sonriendo, al alzarlo en brazos.

— ¡No voy a pensar nada! ¡Isa tiene manos divinas en la cocina! ¡Yo también estoy loca por los dulces! —afirmó tía Sofía, haciéndonos reír aún más.

Mi familia era única. Estar de regreso era como volver a respirar. Verlos sonreír, sentir sus abrazos, recibir tanto cariño... Esperaba, con todo el corazón, que nada volviera a robarme esta felicidad. Quería vivir tranquila, al lado del hombre que amaba y de mi familia, sin ninguna preocupación.

Capítulo 32
Alessandro Ferrari

Sabía que Antonela estaba feliz al lado de su familia. Fueron cinco meses de dolor y sufrimiento. En ese tiempo, recorrí el mundo con el padre y el hermano de ella, movido únicamente por la fe de que la encontraría con vida. Muchos me decían que parara, que aceptara el duelo, que siguiera adelante. ¿Pero cómo hacerlo cuando mi corazón gritaba que aún había esperanza? No podía rendirme. Y al final, tenía razón: mi Nela estaba viva. Perfecta. Con nuestros hijos.

Quería que pasara más tiempo con su familia. Sabía cuánto había sufrido doña Isa. La nostalgia debía estar oprimiéndole el pecho, y sería egoísta de mi parte quitársela así a su madre. Pero ya no podía seguir lejos de Nápoles. Mi mafia llevaba cinco meses sin liderazgo. La Camorra se volvió un caos después de que el subjefe se revelara como un traidor. Vittorio y mi suegro asumieron provisionalmente, mientras yo no podía pensar en otra cosa que en mi mujer y en mis herederos.

Aun así, por más egoísta que pudiera parecer, no podía alejarme de Antonela ni un segundo más.

Aproveché un momento en el que estábamos solos en el sofá de la sala para contárselo.

— Estás pensativo, amor —comentó ella con una sonrisa leve.

— Antonela, sé que tu familia te extraña con el alma. Pero yo también estuve mucho tiempo lejos. Soy el Capo… Tengo obligaciones. Necesito volver hoy a casa. Y no contemplo la idea de dejarte aquí. Vamos juntos —dije con firmeza.

— Está bien. Imaginé que este momento llegaría. Y yo tampoco quiero estar lejos de ti, ni un segundo. Ya sufrimos demasiado. La pesadilla terminó… Ahora vamos a volver a nuestra casa, a nuestra vida —dijo ella, besando mis labios con amor.

— Principessa, tienes que empezar a despedirte. Coordiné con el piloto para la 1 P.M. Faltan 50 minutos —le avisé.

Se levantó apresurada para despedirse de la familia. Aproveché ese momento y salí discretamente para hablar con mi primo Mateo.

Cuando llegué, lo encontré con la pequeña Bela en brazos. Me acerqué y me senté a su lado.

— Primo, voy a volver a Nápoles con Nela. Estuve demasiado tiempo lejos de la Camorra. Y no puedo dejarla aquí.

Mateo negó con la cabeza.

— No sabotees lo que tienen, Alessandro. Nela es hermosa y te ama de verdad. Aprovecha eso. Hazla feliz.

— Lo haré. Lo juro por todo lo sagrado. No voy a esconderme más, no voy a volver a hacerla sufrir. Quiero vivir este amor con todo lo que tengo —respondí, con la voz entrecortada.

— Después de todo lo que pasaron, se lo merecen. Te entiendo. Si fuera con Valentina, yo me habría vuelto loco. No sé vivir sin ella —confesó.

— Intenté alejarme de Antonela para protegerla. Tú lo sabes. Siempre estuve enamorado de ella. Pietro solía decir que estábamos locos el uno por el otro. Y tenía razón.

— Se nota en tus ojos, primo —sonrió apenas—. Solo vive ese amor.

— Es todo lo que más deseo. Siempre quise protegerla. Pero ahora, lo único que quiero es amarla.

Antes de que Mateo pudiera responder, la puerta se abrió y Valentina entró con Antonela. Vinieron directo hacia nosotros.

— ¿Interrumpimos la charla de primos? —bromeó Tinita.

— Estábamos hablando de ustedes —respondió Mateo, riendo.

— Espero que bien —sonrió Antonela con desconfianza.

— Siempre. Ustedes son nuestras esposas… toda nuestra vida —declaró Mateo.

— Amor, ya me despedí de mi familia. ¿Vamos? —Antonela me extendió la mano.

— Vamos. Tengo muchas cosas que resolver —respondí, poniéndome de pie.

— No vas a dejarme sola en casa mientras te ahogas en el trabajo, ¿cierto? —hizo un puchero irresistible.

— Nunca más voy a dejarte sola, Antonela. Nunca más —dije, atrayéndola para besarla.

— Entonces nuestra historia de amor empieza ahora, Alessandro —susurró con una sonrisa—. Vamos a nuestra casa.

Nos despedimos de Mateo y Valentina. Teníamos el tiempo justo. Necesitábamos volver a casa. Y yo necesitaba a mi mujer. Necesitaba sentir su cuerpo junto al mío.

[...]

Al llegar a Nápoles, fuimos directo a casa. Quería hablar con ella, pero también quería hacerlo mientras nos relajábamos en la bañera de hidromasaje.

Entramos juntos al baño. Me quité la ropa y luego la ayudé a quitarse la suya. Nos metimos en la bañera y ella se acurrucó con la espalda pegada a mi pecho. Mis brazos rodearon su cintura y mis manos descansaron sobre su vientre.

— Parece un sueño estar de vuelta —murmuró—. Fue horrible, Alessandro... Stefano decía que nunca volvería a ver a mi familia. Que tú jamás me encontrarías. Quería que aceptara que él fuera el padre de nuestros hijos...

Las lágrimas cayeron, silenciosas.

— No pienses más en eso, amor. Ya pasó. Y aunque hubiera tardado diez, veinte o treinta años, seguiría buscándote. Vieja o no, te encontraría. Porque te amo. Y jamás te dejaría atrás —susurré, acariciando su vientre.

— Llegaste en el momento justo… Fue cuando más te necesitaba. —Sonrió entre lágrimas.

— Me siento tan culpable. Cuando desapareciste, estuve al borde de la locura. Rechacé casarme contigo por miedo. Quería protegerte. Pero la verdad es que mi corazón siempre fue tuyo. Jamás me habría casado con nadie más. Solo esperé el fin de la guerra para poder correr a tus brazos —confesé, besando su cuello con ternura.

— Vamos a olvidar eso. Estoy bien. Él no me lastimó. Y ahora todo terminó. Estamos libres para ser felices —dijo, girándose hacia mí.

Selló nuestros labios con un beso tranquilo y lleno de amor, y luego sonrió de una forma que me derritió.

— Amor, agendé una consulta con la obstetra para mañana. Solo voy a quedarme tranquilo cuando sepa que tú y nuestros hijos están bien —dije, acariciando su rostro con suavidad.

— Está bien. Yo también quiero saber. Estoy ansiosa por descubrir el sexo de los bebés —respondió, apoyando la cabeza en mi pecho.

Ahora sí... podría dormir en paz. Mi mujer estaba en mis brazos. Y así era exactamente como quería que fuera, para siempre.

Lo que no sabía… era que la consulta del día siguiente nos traería mucho más que solo el sexo de los bebés.

Antonela Martini

Confieso que estaba muy ansiosa por ver a mis hijos. Aunque ellos se movían dentro de mi vientre constantemente, pasar cinco meses sin una consulta, sin la certeza de que estaban bien, después de todo lo que viví lejos de mi esposo... fue desesperante. A eso se sumaba el estrés de convivir con Stefano, un lunático que creía fielmente que éramos una pareja, cuando en realidad eso jamás iba a suceder. Yo le pertenezco a Alessandro, de cuerpo y alma.

Mi esposo estaba tan ansioso como yo. El consultorio de mi obstetra estaba vacío. Alessandro organizó todo así, por seguridad, después de todo lo que vivimos en los últimos meses. Podría haberle reclamado, pero no lo hice. Tenía razón. Mi mayor deseo ahora era mantener a los gemelos a salvo.

La doctora Marta nos recibió en la puerta del consultorio. Sabía quién era Alessandro, el capo de la Camorra, y que nuestras vidas estaban lejos de ser comunes. Pero, como profesional seria que era, actuó con total naturalidad. Como si se tratara solo de una consulta prenatal más.

— Sean bienvenidos. ¡Estoy ansiosa por ver a los bebés! ¿Será que hoy logramos saber el sexo? —preguntó sonriendo.

— Estoy muy ansiosa por eso. Quiero saber si mis hijos están bien. Se mueven todo el tiempo, patean mi barriga... ¿será que son niños y van a ser futbolistas? —bromeé, intentando aliviar el ambiente tenso.

— ¡Vamos a descubrirlo! Te voy a pedir unos análisis de sangre, vitaminas, y ya vamos a programar nuestro próximo encuentro dentro de quince días. Necesito seguirte más de cerca —dijo, mientras me ayudaba a recostarme en la camilla.

La doctora Marta extendió el gel sobre mi abdomen y luego deslizó el transductor con cuidado. Observaba la pantalla con atención, mientras yo miraba a mi esposo. Mi corazón latía tan rápido que parecía que se me iba a salir por la boca.

— Doctora, estoy tan ansiosa —confesé sonriendo.

— Tranquila, mamá. Están muy quietecitos, disfrutando del calorcito de tu pancita. Mira ese rostro... se parece al papá —comentó, señalando en la pantalla el rostro de uno de los bebés.

No pude contener la emoción. Era mágico. Ser madre, tener un hijo del hombre que amo... Siempre soñé con ese momento, pero jamás imaginé que realmente sucedería.

— ¡Es hermoso! —susurré, secándome las lágrimas.

— Hoy es el día de suerte de los papás, porque el bebé decidió abrir las piernitas. ¿Están listos para saber? —preguntó con entusiasmo.

— Más que lista, doctora —respondí sonriendo.

— Pues parece que... ¡van a tener dos niñitos! Miren —anunció.

Inmediatamente miré a mi esposo. Alessandro tenía una sonrisa enorme en los labios. Parecía como si hubiera ganado la lotería. Y yo me sentía divina por estar dándole dos herederos.

— ¿Dos herederos? Eres maravillosa, Antonela —susurró, besando mis labios.

— ¿Escuchamos sus corazoncitos? —propuso la doctora, y enseguida la sala se llenó con los latidos acelerados de nuestros hijos.

[…]

¿Cómo no sentirse feliz con la noticia de que estoy esperando dos niños? Alessandro se emocionó tanto que decidió que no volviéramos a casa. Fuimos a uno de los hoteles más lujosos de Nápoles, que le pertenecía. Subimos hasta la suite presidencial en el ascensor privado. Mi esposo quería celebrar, y yo estaba más que dispuesta a entregarme por completo a él.

Ni siquiera presté atención a la decoración del lugar. Todo lo que vi fue la cama lujosa en el centro. Sería el escenario de nuestro momento de felicidad.

— Quiero celebrarlo en grande. Volverte loca de amor. Hundirme por completo dentro de ti hasta que grites mi nombre — susurró, haciéndome perder la cabeza.

Ese hombre era mío. Era todo lo que mi cuerpo deseaba. La razón de mi existencia. Nunca consideré un plan B. En mi vida, solo existía el plan A: ser la reina de la Camorra, la mujer del capo, la madre de sus herederos. Era todo lo que más deseaba.

Con cuidado, Alessandro me quitó el vestido y luego se desnudó él también. Me recostó en la cama con delicadeza, acomodando mi cuerpo entre los cojines. Se arrodilló frente a mí y besó mi pie izquierdo, pasándole la lengua. Subió besando mi pierna hasta llegar a la entrepierna, donde dejó un beso caliente sobre la tela de la ropa interior. Repitió el mismo gesto con la otra pierna.

Luego vino encima, besando mi boca con una intensidad que me hizo jadear. El deseo ardía entre nosotros. Sus besos bajaron hasta mi cuello, mientras sus manos grandes y fuertes masajeaban mis senos, que ahora estaban mucho más sensibles. Gemí al sentir su lengua en mis pezones. Los chupó, los mordisqueó, y yo cerraba los ojos con cada caricia.

Besó mi vientre con ternura, acariciándolo antes de quitarme la ropa interior. Acomodó la boca entre mis piernas. Su lengua caliente tocó mi vulva y me hizo estremecer. Sabía cómo llevarme al límite. Succionó mi clítoris con firmeza, y yo le agarré el cabello, intentando

contenerme, sin éxito. Estaba completamente entregada, lista para acabar en la boca de mi esposo.

— Alessandro, yo... yo... —no pude terminar la frase.

Me sacudía de placer mientras él lamía y bebía cada gota de mí.

Me sentó y se puso de pie frente a mí con su verga dura y palpitante. La tomé y comencé a mover mi mano de arriba abajo. Pasé la lengua por toda su extensión antes de chupársela con fuerza. Alessandro sostuvo mi cabello, guiando los movimientos.

— ¡Mierda! Qué boca tan rica... ¿Cómo voy a resistirme a ti, Antonela? —murmuró entre gemidos.

Seguí chupándolo con fuerza, hasta que me detuvo. Me recostó al borde de la cama, completamente abierta para él. Sin aviso, me penetró con fuerza. El impacto de su verga dentro de mí me hizo gemir alto.

— ¡Ah! —solté, sintiéndolo moverse con intensidad.

— Estás deliciosa... Eres perfecta. Te deseo. Vamos a vivir así, felices. Nada ni nadie va a separarnos —susurró al oído.

— ¡Lo que más quiero es ser feliz a tu lado! —respondí, rodeándolo con mis piernas y cambiando nuestra posición.

Me senté sobre él, lo monté con fuerza, mientras él me chupaba los senos.

— Maldita... Casi me vuelvo loco de tanta falta que me hiciste —dijo, besándome los labios.

Me volteó de lado, se metió otra vez dentro de mí, sujetando mi pierna. Sus movimientos profundos y rítmicos me hicieron delirar. Acabé con intensidad, sin poder contener los gemidos. Sentía su verga palpitando dentro de mí.

Cuando notó que yo ya no tenía fuerzas, se vino dentro de mí con una última y profunda embestida. Salió con cuidado, jadeando, sonriendo. Besó mi frente y acarició mi vientre.

— Dos niños... ¿Quién lo diría? Mis herederos, mis hijos. Te amo a ti y a esos niños. Estaba pensando en nombres... Quería homenajear a mi abuelo. ¿Puedo? —preguntó.

— Claro que sí. ¿Cuál sería el nombre? —pregunté sonriendo.

— Cesare y Giovani. ¿Qué opinas? —dijo, tocando mi rostro.

— ¡Me encanta! Los vamos a llamar así. Sabes, al principio ni siquiera quería que supieras de los bebés... Pero jamás imaginé que serían dos. Imagínate yo sola con los dos —bromeé.

Quería quedarme ahí recostada, disfrutando el momento con mi esposo, pero mi vejiga estaba a punto de explotar. Corrí al baño y por fin pude aliviarme.

Cuando volví a la habitación, encontré a Alessandro rojo, sosteniendo el celular con fuerza.

— Antonela, ¿quién es Augusto? ¿Por qué comenta todas tus fotos? —soltó, furioso.

— ¿Otra vez esa confusión, Alessandro? Mira bien el perfil de esa persona en redes sociales —le pedí, riéndome.

Se quedó unos segundos mirando el celular y luego me miró, claramente incómodo. Solté una carcajada.

— ¿Ya viste quién es Augusto? El novio de Cris. Celoso de mi peluquero gay y de su novio. Eres lo máximo —dije, riendo.

— No tiene gracia, Antonela. Eres una payasa —reclamó, pero con una sonrisa contenida.

— Amor, te amo desde que tengo memoria. No sé vivir sin ti. No hay nadie más —susurré, juntando nuestros labios.

Capítulo 33
Alessandro Ferrari

Quería poder amar a mi esposa para siempre y recuperar el tiempo perdido. Pero, frente a mi ausencia en la organización, era necesario retomar el control y poner todo en su lugar.

Después de la consulta con la doctora Marta y con la certeza de que seré padre de dos niños, celebré ese momento junto a mi esposa. Sin embargo, no todo eran flores, y tuve que dejarla en casa para cumplir con mis obligaciones al frente de la mafia.

Vittorio, actual consigliere y mi mejor amigo, había asumido todo en mi lugar mientras yo luchaba incansablemente para rescatar a Antonela de las manos de los malditos traidores. Mi hermano de toda la vida sabía que hoy regresaría para retomar mi puesto.

Él organizó toda la casa para mi llegada y me avisó de la reunión con los consejeros, donde definiríamos el futuro de la organización. Yo estaba listo para enfrentar lo que fuera necesario por la seguridad de Antonela, Cesare y Giovani. Por ellos, era capaz de todo.

La sala estaba preparada, los consejeros en sus lugares. Mi padre, Luigi, se sentó a la izquierda, mientras Vittorio ocupaba el lado derecho. Me senté en la cabecera de la mesa, donde un verdadero líder debe estar.

— Por motivos que todos conocen, tuve que ausentarme por cinco meses. Pero hoy regreso con pruebas concretas de que los Lambertini se aliaron con traidores para destruir la supremacía de la organización mafiosa. Intentaron romper los lazos entre la Cosa Nostra y la Camorra, deseando derribar a las familias Ferrari y Martini del poder. —Hice una breve pausa, firme—. No sabemos si la guerra ha terminado, pero, frente a los acontecimientos y al secuestro de Antonela Martini Ferrari, es evidente que ellos son culpables. La pena de muerte fue aplicada por mí, Capo de la Camorra, en presencia del consigliere de la Cosa Nostra, Vicente Martini. Quiero dejar claro que conté con el apoyo de Don Pietro

Martini y no habrá consecuencias para mi acción, pues actué en legítima defensa y para salvar a los herederos de la Camorra.

Un silencio pesado se instaló en la sala.

— Estamos de acuerdo con las decisiones tomadas por nuestro capo —afirmó uno de los consejeros—. Sabemos que todo lo hecho tuvo como objetivo proteger a la organización y, sobre todo, a los herederos que un día serán los sucesores del trono. Herederos Ferrari y Martini.

— Considerando la traición de los Lambertini, no es prudente que permanezcan en el legado de la Camorra. Ustedes estuvieron cinco meses bajo el mando de Vittorio, y creo que él es la persona indicada para asumir el cargo de subjefe de la Camorra. A partir de ahora, Luigi Ferrari será nuestro consigliere— anuncié con firmeza.

Eso no era una sugerencia. Era una orden. Y después de todo lo que hice en los últimos cinco meses, todos conocían mi fuerza. Nadie se atrevería a desafiar mis decisiones. Tenía el apoyo total de la familia Martini. Y todos allí sabían el peso que tenía ese apellido.

— El silencio de ustedes confirma que estamos todos de acuerdo —finalicé con una sonrisa fría.

— Alessandro, quiero pedirte que mires con compasión a la hija de los Lambertini. Ella no tiene culpa de nada. Está sola y con miedo. Por el código, será expulsada de la organización sin ningún derecho. Pero, frente a su inocencia, no me parece justo —intercedió Vittorio.

— Amigo mío, por ley no estamos obligados a hacer nada por ella. Pero dejo eso bajo tu responsabilidad. Haz lo que creas mejor —autoricé, sin objeciones.

Esos viejos, que alguna vez se atrevieron a desafiarme y apoyaron a Romero, ya no tenían la misma valentía. Finalmente habían entendido sus lugares... y el mío.

— Ante el silencio, declaro la reunión concluida —afirmé, levantándome.

[...]

Para mí, esa reunión fue suficiente. Ahora, todo lo que quería era volver a casa. Nunca más sería el Alessandro del pasado, que intentaba alejarse de Antonela. De ahora en adelante, iba a amar y cuidar a esa mujer como ella merecía. Era el amor de mi vida.

Llegué a casa y encontré a Antonela radiante, con su barriguita redonda. Al verme, abrió una sonrisa hermosa y corrió hacia mí, abrazándome fuerte.

— ¿Qué haces aquí? No te esperaba para almorzar —dijo sonriendo.

— Te dije que todo cambió. Ahora te quiero más que a nada en este mundo. Ya no tengo motivos para alejarme. Voy a resolver todo en el momento justo. Mi prioridad eres tú. Por eso estoy eliminando a todos los posibles enemigos. Nadie más nos va a separar — respondí, besando sus labios con ternura.

— Me alegra mucho que hayas venido a almorzar conmigo. Me vas a mal acostumbrar... y me va a encantar —dijo, llevándome hacia el comedor.

Después de lo que Antonela pasó, decidí cambiar a todo el personal de la casa. Contraté una nueva ama de llaves y nuevas empleadas, todas conscientes de la importancia de mi esposa, del respeto que exigía... y merecía.

— ¿Te gustaron las nuevas empleadas? —pregunté, sentándome a su lado.

— ¡Sí! Son un amor. Me preguntan todo antes de hacer — respondió con su sonrisa contagiosa—. Y me gustó que hayas elegido mujeres más grandes. Así no tengo que ponerme celosa — bromeó, haciéndome reír.

— Eres única, amore mio— murmuré, acariciando su cabello.

La mesa estaba hermosa. Las empleadas se habían esmerado. Llamé para avisar que iba a almorzar, pero quería sorprender a la mujer de mi vida. Y lo logré. Antonela estaba feliz. El brillo en sus ojos era diferente.

Yo la hice sufrir. Nuestra historia comenzó llena de dolor. Pero ahora... todo había cambiado.

Íbamos a vivir bien. Y a ser felices para siempre.

Antonela Martini

Me sorprendió ver a Alessandro en casa. Confieso que no lo esperaba para el almuerzo. Antes de todo el caos y mis cinco meses en cautiverio, él casi no estaba en casa. Eso era una buena noticia. Todo indicaba que ahora caminábamos hacia vivir nuestro amor, y todo lo que más deseaba en la vida era justamente eso: nuestro amor verdadero.

Estaba distraída, admirando a mi esposo hermoso, cuando sonó mi teléfono. Era Elena. No podía ignorar una llamada de mi prima. Disimulé y me alejé de Alessandro para contestar.

— ¡Prima! ¿Ya me extrañas? —bromeé, emocionada.

— ¡También! Pero te llamo porque necesito desahogarme sobre algo que está pasando… y no sé qué hacer —confesó, nerviosa.

— Por el tono de tu voz, imagino que es algo serio. Estás tensa —susurré, preocupada.

— Nela, tengo que confesarte algo. Viktor me ha llamado varias veces, y eso me está asustando. Realmente no sé cómo actuar — dijo, tartamudeando.

— ¿Qué quiere ese loco contigo, Elena? No entiendo qué intenta hacer. ¿Quiere jugar con fuego? El tío Enzo lo va a matar cuando se entere —respondí furiosa.

— Prima… dijo que vendrá a buscarme. Pronto. ¿Crees que tendría el valor de hacerlo? —preguntó insegura.

— Elena, ese hombre ya te ha seguido, te ha besado… — comencé, pero ella me interrumpió.

— También me protegió de ese tipo que intentó hacerme daño. ¿Será que solo quiere vengarse? No sé, no puedo creerlo —dijo, con dudas.

— Prima, él forma parte de los Bratvas. Son peligrosos, fríos y calculadores. No es que nuestra familia sea un cuento de hadas,

pero ellos... son peores. ¿Recuerdas la historia de la novia del tío Lorenzo? Descuartizada. Y el padre de Irina, que intentó apedrearla en la plaza pública y hasta forzó un aborto… Tengo miedo, Elena. Y creo que ocultar esto al tío Enzo sería un error —aconsejé con seriedad.

— Tienes razón. Voy a pensarlo bien y hablar con mi papá. No quiero quitarte más tiempo. Te quiero, Nela —se despidió con cariño.

Antes de volver al salón donde me esperaba Alessandro, respiré hondo. Sabía que me preguntaría sobre la llamada, pero jamás revelaría los secretos de Elena.

Volví y encontré a mi esposo esperándome con esa mirada intensa. Golpeó su regazo, llamándome. Sonreí, caminé hacia él y besé su cuello con ternura.

— Amor, quiero que te prepares. Hoy cenaremos con un amigo y su esposa —avisó, sorprendiéndome.

— Está bien. Será un honor acompañar a mi esposo — respondí, juntando nuestros labios.

— Tengo que volver al trabajo. Nos vemos en el restaurante en la noche. Los guardias te llevarán. Te amo —dijo, besando mi frente antes de salir.

[…]

Estaba ansiosa por la cena. Sería la primera vez que Alessandro me presentaría a una pareja de amigos. Para la ocasión elegí un vestido azul elegante, de mangas largas y escote en V. La tela fluida caía suavemente sobre mi cuerpo, con una abertura lateral que añadía un toque de sensualidad. Calcé unas sandalias plateadas de tacón fino, dejé el cabello suelto de lado y opté por un maquillaje ligero.

Mi corazón latía acelerado. Alessandro me esperaba en el restaurante, y los guardias estaban a cargo de llevarme. Cuando el auto se detuvo, sentí un frío en el estómago. El ambiente estaba demasiado oscuro… y él no estaba.

— ¿Qué está pasando? ¿Dónde está mi esposo? —pregunté nerviosa.

— Señora, nuestro líder la espera adentro. Debe entrar sola — respondió uno de los guardias.

Aunque tenía miedo, decidí entrar. Todo estaba oscuro. El silencio, el misterio… todo me ponía nerviosa.

— ¿Alessandro? ¿Estás ahí? No juegues conmigo así —llamé con voz temblorosa.

De repente, las luces se encendieron.

El restaurante estaba vacío. Un camino cubierto de flores llevaba hasta una mesa decorada con velas. Y allí estaba él, mi esposo, hermoso en su traje negro a medida, sosteniendo un ramo de violetas.

Mi corazón se aceleró. Esa escena me llenó de euforia. No estaba preparada para esta nueva versión de Alessandro, tan romántico y cariñoso.

— ¿Te gustó la sorpresa, amore mio? —preguntó sonriendo.

— ¿Si me gustó? Alessandro… siento que el corazón me va a salir por la boca. Estoy nerviosa, con mariposas en el estómago — confesé sonriendo.

Caminé hacia él, que se arrodilló a mis pies y sacó de su bolsillo una caja de terciopelo. Ya sabía lo que estaba a punto de pasar.

— Antonela, cuando te rechacé fue por miedo a perderte en esta locura en la que vivimos. Pero te amo. Y ahora, nada ni nadie quedará entre nosotros. ¿Quieres casarte conmigo otra vez? De la manera correcta, como siempre soñamos —dijo, con los ojos brillando.

— Claro que sí. Es todo lo que más quiero: vivir a tu lado, para siempre. Te amo, Alessandro. Y nada ni nadie nos va a separar, ¿entendiste? —respondí emocionada, extendiendo la mano.

— Entendido. Te prometo hacerte la mujer más feliz del mundo, mia dea— susurró, poniendo el anillo en mi dedo.

Se levantó y juntó nuestros labios en un beso apasionado. Estaba tan romántico, tan entregado… parecía un sueño. Y si lo

fuera, jamás querría despertar. Quería vivir eternamente ese momento con él.

De repente, sentí a nuestros hijos moverse en mi barriga. Era como si también celebraran ese momento.

— Amor, se están moviendo mucho —sonreí, poniendo su mano sobre mi vientre.

— ¡Mis campeones! ¿Tienen hambre? Papá los va a alimentar… y luego mamá alimentará a papá —dijo él, travieso.

Sorprendida por su atrevimiento, le di una palmada suave en el brazo.

— ¡Amor! No digas esas cosas frente a nuestros hijos. —Hice pucheros, fingiendo enfado.

Alessandro rió y me guió hasta la mesa especialmente decorada para nosotros. Apartó la silla para que me sentara, luego dio la vuelta y se sentó frente a mí, con los ojos llenos de amor.

Esa noche sería especial. Lo sentía en cada detalle.

Capítulo 34
Antonela Martini

Estaba a punto de dar a luz a mis hijos y, sinceramente, mi humor estaba terrible. Ni yo misma me soportaba. ¿Lo peor de todo? Quería a Alessandro solo para mí. No quería que se dedicara a nada ni a nadie más. Quería a mi esposo pegado a mí todo el tiempo.

Desde hace más de un mes, él decidió trabajar desde casa. Se ha dedicado a mí con una paciencia encantadora. Cada segundo a su lado ha sido mágico. Juntos, imaginamos la habitación de nuestros gemelos, elegimos la ropa de bebé y planeamos cada detalle de la decoración. Todos mis deseos fueron cumplidos. Se mostró un hombre completamente diferente al que conocí al principio.

La llegada de nuestros gemelos estaba cerca. Mi madre vino a la ciudad para ayudarme en los primeros meses. Por más que doña Viola se esforzara, solo una madre podía entender lo que su hija necesita en ese momento. Y si tenía a una, quería que estuviera a mi lado.

Pero no era solo de ella de quien necesitaba ayuda… quería a mi esposo también. Y cuando me di cuenta de que él no estaba cerca, me levanté decidida a buscarlo por la casa. Fui hasta la cocina. Nada.

— ¿Dónde está mi esposo? ¿En qué momento se alejó de mí? —pregunté impaciente a doña Isa.

— Hija, ¿no escuchaste el timbre? Fue Vittorio. Vino a hablar con tu esposo, y salió con él —explicó con tranquilidad.

No podía ser. Hasta en los momentos en que Alessandro estaba conmigo, aparecía el insoportable de Vittorio. Odiaba cuando lo alejaba de mí con conversaciones que probablemente podrían resolverse por mensaje.

Me levanté apresurada y mi madre pronto notó que se armaba un problema.

— Antonela, por el amor de Dios, no veo necesidad de esto. Deja de ser así, hija mía —intentó contenerme.

Pero no quería escuchar nada. Quería pelear. Quería echar a Vittorio y dejar claro que mientras yo estuviera con mi esposo, nadie tenía derecho a separarlo de mí.

— Qué lindo… ¿una reunión? —ironizé al encontrarlos conversando.

— Amor, el asunto es importante. ¿Por qué te pones así? Celar a Vittorio es demasiado, ¿no crees? —preguntó Alessandro intentando aliviar el ambiente.

— Yo… no sé. Pero tengo celos, ¿no puedo? —respondí con los ojos llorosos.

— No hay remedio. El embarazo de Nela la hizo fastidiarme. Espero que se le pase ese mal humor cuando saque a los niños de la barriga, porque no puede ser —comentó Vittorio, levantándose divertido.

— ¿Creen que estoy loca por tener celos? No estoy loca. Solo soy una embarazada que quiere la atención de su esposo —dije molesta.

Todos empezaron a reír. Ni yo misma soportaba mi propio drama y terminé riendo también. Pero la crisis de risa tuvo consecuencias: un fuerte dolor en la parte baja de la barriga y una necesidad incontrolable de orinar. Sentí que el líquido me corría por las piernas.

— ¿Qué pasó, Antonela? —preguntó mi madre preocupada.

— Creo que me hice pipí en los pantalones… y… ¡ay! —grité al sentir un cólico fuerte.

— Hija, se rompió la fuente —confirmó doña Isa alarmada.

— ¡Ay! Me duele. Alessandro, me duele mucho. ¿Y ahora? —dije llorando, tomada por el pánico.

— Tranquila, respira profundo. No te pongas nerviosa. Estoy aquí contigo. No vas a estar sola —dijo él, tocándome el rostro con cariño.

— ¡No me pidas calma! Tengo miedo. ¡Duele mucho, Alessandro! ¡Ay, este dolor es horrible! No voy a poder —dije temblando, entre lágrimas.

— Hija, no se suponía que la fuente se rompiera ahora. El parto estaba programado para mañana y sería cesárea —dijo mi madre, tensa.

— Mamá, no me pongas más nerviosa. Necesito calmarme — susurré intentando controlarme.

— Vittorio, toma el auto. Doña Isa, llama a la doctora Marta y trae el bolso de Antonela. —Alessandro actuó rápido—. Ven conmigo, amor.

Intenté caminar, pero otro dolor me paralizó.

— ¡Ay! Alessandro, duele mucho. No estoy mintiendo. Estoy sufriendo —dije llorando—. Cárgame, amor. Por favor, cárgame.

— Hija, respira profundo. No sirve desesperarse. Así como entraron, tendrán que salir. Pon atención al privilegio que será tener a esos dos angelitos en tus brazos. Piensa en la felicidad de ver a tu familia completa. Eres fuerte y darás lo mejor de ti —dijo mi madre besándome la cabeza.

— Tu mamá tiene razón, Antonela. Eres la mujer más fuerte que conozco. Ojalá pudiera quitarte este dolor, pero lo que puedo hacer es estar aquí. Si tiene que ser parto natural, será mágico. Te amo, amore mio— dijo Alessandro besándome la frente.

En ese instante, entendí lo afortunada que era. Tenía a mi lado a la mejor madre del mundo y al hombre más hermoso y apasionado, que enfrentó todo para estar conmigo.

Apreté la mano de mi esposo, respiré profundo y fui con él al auto. Vittorio, a pesar de ser el blanco de mi mal humor, estaba ahí, leal como siempre. Un amigo fiel.

Alessandro abrió la puerta del copiloto y me acomodó con cuidado. Se sentó a mi lado y sujetó firme mi mano. Doña Isa iba adelante con mi bolso en el regazo. Vittorio manejaba en silencio, ya habiendo avisado a la doctora Marta.

Al llegar al hospital de la mafia, Alessandro me cargó directo a la recepción. La obstetra ya nos esperaba con un camillero y una enfermera. Me pusieron en la silla de ruedas y mi mano no soltó la suya ni por un segundo.

— Alessandro, ve a prepararte para acompañar el parto. Voy a examinar a Antonela y llevarla a la sala —orientó la doctora Marta.

— Sé rápido, amor. No me dejes sola —supliqué, temblando.

El dolor era insoportable, pero me aferraba a las palabras de mi madre. Al final, la recompensa vendría: mis dos bebés en mis brazos.

Acostada con ayuda de la enfermera, hicieron los primeros exámenes. Presión, temperatura, glucosa. Luego vino el examen de tacto.

— ¡Ah! —gemí con lágrimas en los ojos.

— ¡Estás con ocho centímetros de dilatación! —dijo la doctora Marta—. Preparen la mesa de parto. Los bebés van a nacer. Será parto natural.

Dolería. Mucho. Pero estaba lista. Por ellos. Por mí. Por nuestro amor.

Cesare y Giovani… estaba lista para conocerlos.

Alessandro Ferrari

Era un hombre forjado por la lucha. Desde pequeño fui entrenado para ser un guerrero, para enfrentar guerras y batallas y salir victorioso. Aprendí a no mostrar debilidad, a no rendirme, a nunca bajar la guardia. Ese siempre fue mi lema. Y durante años seguí así: firme, inquebrantable, luchando por todo en lo que creía.

Pero, entre todas las batallas de mi vida, todas las veces que caí y me levanté, todos los accidentes, cicatrices y dolores, nada se comparaba con la experiencia de ser padre. Era algo completamente nuevo. No sabía si sería suficiente, pero sabía que daría lo mejor de mí. Quería ser el mejor padre del mundo.

Estaba listo para presenciar el nacimiento de mis hijos. Mi esposa, Antonela, estaba acostada en la camilla del salón de parto. Al verme, abrió una sonrisa tan hermosa que mi corazón casi se detuvo.

— Amor, te estaba esperando —susurró, con los ojos brillando.

— Te amo, mi Antonela —murmuré, besándole la frente, conmovido.

La doctora Marta ya estaba preparada. Era nuestra hora. Finalmente conoceríamos a nuestros gemelos. Por más nervioso que estuviera, necesitaba transmitir seguridad. Tomé la mano de mi esposa con firmeza, como un puerto seguro.

— Antonela, necesito que hagas fuerza. Los bebés quieren nacer y la mamá debe ayudarlos —dijo la doctora con dulzura y firmeza.

— Doctora… no voy a poder —balbuceó, apretando mi mano con fuerza.

— Vas a poder. Eres la mujer más fuerte que conozco. Ya enfrentamos tantas cosas, superamos lo imposible… y ahora, que estamos por vivir nuestro felices para siempre, no vas a rendirte. Fuerza, mi amor —supliqué con cariño y convicción.

— Así, Antonela. ¡Tú puedes! ¡Haz fuerza! —alentó la médica.

— ¡Ah! ¡Esto duele mucho! —gritó, estremeciéndose de dolor.

— Respira profundo… calma, mi amor. Estoy aquí. Te amo mucho —le dije, envolviéndola en un abrazo.

— ¡Fuerza, Antonela! Estoy viendo la cabecita del primero. ¡Ya casi está! —anunció la médica.

— ¡Ah! —gritó ella, reuniendo las fuerzas que le quedaban.

Entonces, el llanto de Cesare llenó la habitación. Me aparté de Antonela para ver a nuestro hijo. Dios mío… era perfecto. Tenía los labios y los ojitos de la madre. La doctora lo envolvió con una manta y lo colocó con delicadeza en los brazos de Antonela.

— Qué cosa más hermosa… mi niño —dijo ella, emocionada.

La pediatra lo llevó para examinarlo, pero yo no pude acompañarla. Mi esposa aún me necesitaba. Giovani estaba por nacer, y ella luchaba con todas sus fuerzas.

— ¡Ah! —gemía Antonela, exhausta.

— Así, Antonela. Veo a Giovani. ¡Falta poco! ¡Sé fuerte! —motivó la médica.

— ¡Ah! —gritó de nuevo, con puro esfuerzo.

Ella temblaba, sudaba frío, apretaba mi mano como si fuera su ancla. Y aun así, no se rendía. Luchaba por él.

— Eso, mi amor. Pronto estaremos sonriendo con nuestros dos príncipes —dije, besándole la frente.

Y entonces, el llanto de Giovani llenó la habitación. Otro milagro. Tan perfecto como el hermano. Gemelos idénticos, tan parecidos que por un instante sería imposible distinguirlos, pero eran nuestros, y eso era lo que importaba.

Después del examen, la doctora acercó a Giovani al rostro de Antonela. Ella lloraba de emoción. Aproveché ese instante sagrado para agradecer.

— Gracias por no rendirte conmigo. Por tu culpa soy el hombre más feliz del mundo —susurré, besando su boca con ternura.

Por más que hubiera aprendido a ser fuerte, en ese momento me permití sentir. Era el momento más hermoso de mi vida. Era padre. Padre de gemelos. Todo lo que quería ahora era vivir al lado de mi esposa y de nuestros hijos para siempre.

— Alessandro, puedes cambiarte y avisar a la familia. Los gemelos nacieron sanos. Cesare con 2,800 kg y Giovani con 2,700 kg. ¡Felicidades, papá! —dijo la doctora con una sonrisa.

Mientras me cambiaba la ropa del hospital, caminé hasta la sala de espera —y me sorprendí. La familia Martini estaba toda ahí, esperando ansiosa. Estaban ahí para honrar a los nuevos herederos de la Camorra.

Mi suegra fue la primera en levantarse, casi sin uñas de tanto morderlas.

— ¿Dónde están mis nietos? —preguntó, con los ojos brillando.

— Ya nacieron. Son hermosos —respondí emocionado. Todos me felicitaron con entusiasmo.

Mi padre esperó a que la euforia pasara para acercarse. Se sentó conmigo y me entregó dos gargantillas. No entendí.

— Hijo… guardé esto por muchos años. Mi padre me lo dio cuando tenía cinco años. Tu tío falleció a los dieciocho, en una guerra de la mafia. Quedé solo con Giulia… me culpé por mucho tiempo. Y ahora Dios me dio otra oportunidad. Dos nietos. Cuídalos. Sé el padre que yo no pude ser. Ellos te tendrán como ejemplo. Te amo, Alessandro —dijo con los ojos llorosos.

Eran hermosas. Gargantillas de oro con colgantes en forma de cruz. Tomé las dos y lo abracé fuerte, en silencio. Un momento solo nuestro.

Seguimos juntos hacia la habitación. Antonela estaba ahí, con nuestros hijos en brazos, hermosa como nunca. La familia en fiesta, todos encantados con los gemelos.

Me acerqué con mi padre al lado. Y allí, en ese instante mágico, hice mi anuncio.

— Quiero aprovechar que todos están aquí para decir que pienso casarme de nuevo con Antonela. Pero esta vez… será como ella siempre soñó. Una boda de verdad. Con todos sus sueños de infancia cumplidos —declaré, mirando a mi esposa.

Ella me miró emocionada, con los ojos llenos de amor.

— Muchas sorpresas buenas para un solo día… te amo, Alessandro —dijo con la voz entrecortada.

Y en ese momento entendí lo que era la felicidad. Nada en el mundo se comparaba con eso. Habíamos vivido el infierno, pero ahora… estábamos en el paraíso.

Y lucharía con todo lo que tuviera para mantener esa felicidad. Para siempre.

Capítulo 35
Alessandro Ferrari

Unos días después

Era perfecto ver a Antonela cuidando de los gemelos. Era tan dedicada... una madre increíble. Pero hacerse cargo de dos bebés no era nada fácil, y por eso mi suegra decidió quedarse un tiempo en nuestra casa para ayudar. Aun así, yo no quería ausentarme de mis responsabilidades como padre. Quería vivir cada minuto al lado de mis hijos y estar presente para cuidarlos, y cuidar también de su madre, por siempre.

Antonela era una mujer luchadora. Dio a luz a mis dos herederos y me convirtió en el hombre más feliz del mundo. Lo mínimo que podía hacer ahora era estar con ella, cuidándola y protegiéndola. Aunque fuera el líder de una de las mafias más grandes de Italia, mi objetivo era estar cerca durante esos primeros tres meses, para que ella no se sintiera sobrecargada.

Cesare era el malhumorado de la casa. Siempre tenía el ceño fruncido y rara vez sonreía. Ese privilegio era exclusivo para mí y para Nela. En cambio, Giovani era lo opuesto: risueño, simpático, vivía repartiendo sonrisas a cualquiera que pasara cerca. Su risa era tan contagiosa que iluminaba a cualquiera. Si alguien estaba triste, bastaba con ver a Giovani sonreír para que el mundo volviera a tener color.

Amaba a los dos. Eran el reflejo de mi relación con Nela: uno más serio, el otro, pura alegría.

Mi madre solía decir que Cesare era el "Mini Alessandro" y Giovani, el "Mini Antonela". Bromeaba con que, para evitar peleas, el universo había hecho una copia exacta de cada uno de nosotros en la personalidad de los niños.

Antonela se sentó en el piso con Cesare en brazos. Yo tenía a Giovani y me acomodé a su lado. Mi mujer estaba radiante, jugando con nuestro pequeño cascarrabias.

— Amor, ¿no le vas a regalar una sonrisita a la abuela? Es confiable, príncipe —dijo, haciendo un puchero.

— Nuestro niño es así. Necesita su tiempo para confiar. Por ahora, solo confía en nosotros dos. Pero pronto va a confiar en tu madre también. No te preocupes —susurré, acariciándola con ternura.

— Lo sé... solo me pone triste ver a mi madre esforzándose por sacarle una sonrisa y nada. Giovani le sonríe a todo el mundo, pero Cesare... ni siquiera a ella. ¿Viste cómo se pone cuando aparece Vittorio por acá? Hasta saca el labio, solo para dejar en claro que no quiere ir a sus brazos —explicó, desanimada.

— Amor, perdón. Por mi culpa tienes que lidiar con el carácter fuerte de Cesare, que es igualito al mío. ¿Pero sabes qué? Vas a salir airosa. Igual que lo hiciste con mi mal humor. ¡Mírame! ¡Mira cuánto he cambiado a tu lado, mujer! La más linda y maravillosa de este mundo. Eres perfecta. No hay nada que la súper Antonela no pueda resolver —bromeé, sonriendo.

— Díselo a mamá, hijo... Dile cuánto es de maravillosa —completé, mirando a Giovani, que soltó una sonrisa encantadora.

Incluso Cesare, que era más reservado, esbozó una sonrisa tímida. Fue como si confirmara todo lo que yo acababa de decir: ella era perfecta, y nada ni nadie cambiaría eso.

— Por lo visto, lo que dijiste es cierto. Hasta el gruñón está de acuerdo —dijo ella, emocionada.

— ¿Ves? Nosotros tres somos los hombres más felices del planeta Tierra. Tenemos a Antonela Martini a nuestro lado, exclusivamente nuestra —dije, acariciándole el rostro.

Mi mujer se entusiasmó y pegó sus labios a los míos. Cesare, claro, gruñó de celos. Era típico de él. Ni siquiera hacía falta un examen de ADN para confirmar que era mi hijo.

— No necesitamos ni una prueba de ADN para confirmar que Cesare es tuyo. Hasta celoso salió —bromeó Nela, acariciando el rostro del pequeño.

— Tranquilo, campeón. Tú solo tienes acceso a este cuerpito hermoso porque yo lo permití, ¿sí? Yo llegué primero. ¿Vas a ponerte

celoso de papá? —lo provoqué, sonriendo—. Y también está tu hermano, que quiere atención de mamá.

Giovani aprovechó el momento y empezó a chuparse los deditos.

— ¿Quiere mamar otra vez? ¡Estos niños están hambrientos! — dijo, riendo.

— Toma a Cesare, amor. Voy a alimentar a Giovani. Tengo los pechos duros, puedo sentirlo. Ya es hora de que tomen su leche — balbuceó, entregándome al gemelo malhumorado.

Antonela colocó a Giovani en el pecho. Él succionó con fuerza y ella hizo una mueca.

— Mira eso, Antonela... Creo que nuestro Gruñón dejó un regalito en el pañal —advertí, percibiendo el "aire" del deber.

— Un regalito que papá va a limpiar —avisó, con esa sonrisa traviesa.

A mí no me molestaba en lo más mínimo cuidar de mis hijos. Le agradecía a Dios por cada segundo a su lado. Amo a estos niños y los voy a proteger con mi vida.

— Voy a subir a cambiarle el pañal a Cesare mientras tú alimentas a Giovani. Después bajo con él, porque seguro también va a querer mamar —dije, levantándome con el bebé en brazos.

Subí las escaleras con mi hijo. Al llegar al cuarto, agarré una toallita, la pomada y un pañal limpio. Coloqué el cambiador sobre la cama y acomodé a Cesare, que tomó un juguetito y se puso a jugar.

Con cuidado, le quité el pantalón y abrí el pañal. Sostuve sus piernitas, retiré el pañal sucio y limpié su colita con delicadeza, siempre de adelante hacia atrás. Le apliqué la pomada, le puse el pañal limpio y lo cerré bien. Después, le volví a poner el pantalón.

— Listo, hijo. ¡Estás como nuevo! ¿Vamos a buscar a mamá? Sé que tienes hambre... y solo ella puede ayudarte con eso —dije, recibiendo una carcajada de mi mini yo.

A pesar de su forma reservada, sabía bien cuándo elegir el momento. Y guardaba las mejores sonrisas para nosotros, sus padres.

Antonela Martini

Alessandro estaba tan distinto del hombre que conocí al principio. Atento, demasiado cuidadoso, conmigo y con nuestros hijos, que estaban completamente enamorados de su papá protector. Me sentía la mujer más realizada del mundo y sabía que él estaba siendo paciente durante esos cuarenta días en los que no hicimos nada, dedicándonos solamente a nuestros hijos.

Aproveché el momento en que fue a cambiar a nuestro bebé para hablar con mi mamá. Quería prepararle una sorpresa a mi amor, entregarme a él esa noche, pero para eso necesitaba la ayuda de doña Isa.

Fui hasta la cocina y encontré a mi madre sentada, al teléfono, probablemente hablando con mi papá. Sabía cuánto se estaba sacrificando para estar más cerca de los niños. En cuanto notó que me acercaba, terminó la llamada y sonrió.

— Mi amor, ¿querías decirme algo?

— Sí. Quiero abusar de tu bondad —dije con una sonrisa traviesa—. Hoy quiero dedicarme a mi esposo. Ya pasé el resguardo, y ahora necesito repartir mi amor entre los gemelos y Alessandro. No puedo arriesgarme a perder al pedazo de hombre que Dios me regaló. —Mordí los labios, bromeando.

— Obvio que me quedo con mis nietecitos. La verdad, estoy muy triste... voy a tener que volver a Sicilia y estar lejos de ustedes —confesó con pesar.

— No está tan lejos, mamá. Nada que un jet privado no pueda resolver. Vamos a encontrar la manera de estar siempre juntas — declaré, sonriendo, y ella me atrajo hacia un abrazo fuerte.

— Tienes razón. Lo importante es que estás muy feliz al lado de tu esposo, y eso es todo lo que siempre le pedí a Dios: que mi niña fuera amada como siempre soñó. Incluso con los ojos cerrados, notaba tu tristeza... en silencio, le rezaba a Santa Rita de Casia para que te mirara y te ayudara. Y parece que me escuchó —dijo, secándose una lágrima persistente.

Mi mamá era una mujer perfecta. Siempre estuvo presente en mi vida y en la de Vicente. Soy fuerte hoy gracias a mi familia, que nunca me dejó caer. Y por eso, les estaré eternamente agradecida.

[...]

La noche estaba hermosa. Alessandro no entendía nada cuando le pedí que dejara a los bebés con mi mamá, después de todo, ella se encargaría de ellos esa noche. Él estaba tan dedicado que ni lo pensó dos veces.

Ya había arreglado todo con ella. Le supliqué que entretuviera a Alessandro por al menos treinta minutos, el tiempo suficiente para que pudiera prepararme y ofrecerle a mi esposo algo que deseaba con ansias: una noche solo para nosotros.

Apenas salió del cuarto, corrí al baño. Elegí una lencería negra de encaje con detalles atrevidos. Me puse el sostén de tiras finas, que dejaba mis senos prácticamente al descubierto, seguido de una tanga tipo hilo dental unida a un cinturón de ligas con tiras ajustables. Completé el look con medias de encaje sujetas al cinturón y solté mi largo cabello.

Antes de salir, me coloqué un plug anal que había comprado en secreto. Hoy estaba dispuesta a entregarme por completo.

Volví al cuarto y me acosté en la cama, ansiosa. Alessandro entró, con una expresión desconfiada.

— Amor, ¿estás segura de que ellos van a estar bien, lejos…

Se detuvo al verme. Sus ojos se abrieron de par en par y una sonrisa lasciva se dibujó en sus labios.

— ¿Qué es esto, Antonela? Mierda… me dejaste sin palabras.

— Van a estar bien. Mamá los cuidó todo el día. Ahora, mamá quiere cuidar de papá —susurré, mordiéndome los labios.

Alessandro avanzó con los ojos en llamas. Me besó con hambre, como si hubiera pasado años sin tocarme. Empujó el sostén, dejando mis senos al aire, y los chupó con intensidad, haciendo que mi cuerpo se estremeciera por completo.

— ¡Ah! —gemí, tirando de su cabello.

Quería tomar el control de la situación. Mientras él besaba mis labios, lo ayudé a quitarse la ropa. Lo empujé a la cama y besé su cuello, deslizando la lengua por su pecho hasta llegar al abdomen. Me arrodillé y, sin apartar la mirada de la suya, tomé su verga en la mano, moviéndola con firmeza.

Él echó la cabeza hacia atrás, gimiendo.

Pasé la lengua por toda la extensión, luego me concentré en el glande, girando la lengua en círculos antes de metérmelo con ganas en la boca.

— ¡Carajo, qué boca tan rica! —gruñó, entorpecido.

Lo mamaba con intensidad, lista para hacerlo correrse, pero no me dejó. Me tiró a la cama, apartó mi tanga y hundió la lengua en mi vulva, volviéndome loca de placer. Succionó mi clítoris mientras metía un dedo en mi boca. Al ver el plug anal, sonrió.

— Ponte en cuatro para mí, perra —ordenó, y obedecí.

Sacó el plug con cuidado, lamió mi culito y luego lo volvió a meter. Me sujetó de la cintura con fuerza y me giró en la cama, dejándome completamente expuesta para él.

Frotó su verga en mi vulva hasta que lo supliqué. Cuando por fin me penetró, solté un gemido fuerte, arañándole la espalda. Me mordió la boca mientras me penetraba con fuerza.

— ¡Ah! Qué ganas tenía de este sexo nuestro —murmuré, atrapándolo con una llave de piernas.

Lo tumbé y empecé a montarlo, subiendo y bajando con intensidad. Sentía el fuego recorrerme el cuerpo, y el placer me invadía entera.

Alessandro se sentó, sujetando mi cintura, y me besó con fuerza. Estábamos sudados, jadeando, con la piel ardiendo.

— Voy a acabar en tu verga —advertí, contorsionándome.

Él me giró boca abajo y volvió a cogerme con fuerza. Me tiraba del cabello, lamía mi cuello… No aguanté. Acabé como una perra en celo.

Salió de mí con cuidado. Sabía que aún no había terminado.

Me puso de lado, retiró el plug e introdujo su verga con calma. Gemí al sentirlo entrar todo.

— Amor, despacio… —susurré, y él llevó los dedos a mi vulva, estimulándome con maestría.

— Estás deliciosa… te amo demasiado —confesó, acelerando los movimientos.

Sentía cómo el placer me consumía, los músculos se contraían… y entonces acabé en sus dedos, con fuerza. Sentir su semen caliente llenándome me llevó al delirio.

Se acostó detrás de mí, me atrajo hacia su pecho y me besó el cuello.

— Te amo para siempre. Gracias por cambiar mi vida, mia dea — susurró, emocionado.

Solo sonreí. Estaba agotada, pero feliz. Mis ojos pesaban, y mi cuerpo, aún temblando de placer, descansaba en los brazos del hombre de mi vida.

Capítulo 36
Viktor Sidorov

El juego estaba a punto de cambiar. La Cosa Nostra sangraba, debilitada, mientras todos se perdían en las celebraciones de la nueva generación Martini. Olvidaban que la sombra que se arrastra es la que más mata.

Estaban demasiado ocupados con Antonela, con sus gemelos, con el caos reciente, y se olvidaron de mí. Creyeron que me habían derribado. Que me habían desenmascarado y que me había acobardado como una rata herida. Pero ahí fue donde se equivocaron. Yo no retrocedí. Nunca lo hice.

Ya tenía fecha, hora y lugar. Y cuando el tablero estuviera armado... iba a derribarlos uno por uno.

Elena Martini... Era tan ingenua. No se tomaba en serio mis amenazas. Creía que mentía cuando decía que la secuestraría, que la haría mi esposa. Pero no lo entendía: eso no era deseo. Era destino.

Gracias a Enzo Martini, fui un huérfano. Mi padre, Nicolai Ivanov, fue borrado del mapa por ese hombre. Crecí en las sombras, ocultando mi identidad como un secreto sucio, para no ser asesinado por Dmitri Ivanov.

Me criaron como a un bastardo. Mi sangre era Ivanov, pero mi nombre había sido borrado. Allí, solo sobrevivían los astutos. Éramos ratas armadas hasta los dientes. Nos entrenaron para matar, para derramar sangre en nombre de una verdad distorsionada. ¿Y yo? Yo derramaría toda la sangre que fuera necesaria, con gusto. Todo eso era un juego de ajedrez. Y las piezas ya estaban sobre la mesa.

Ya no estaban enfocados en mí. Estaban con Antonela. Con los gemelos. Perfecto. Era el momento ideal para atacar.

La puerta del salón se abrió bruscamente.

— Viktor, tienes que pensarlo mejor antes de cometer una locura. —Vladimir entró, con los ojos encendidos.

— ¿Locura? —alcé una ceja, poniéndome de pie—. Estoy más lúcido que nunca. Tengo un plan, y va a funcionar. No me importan los riesgos.

— Elena Martini es tu sentencia de muerte. ¿No te das cuenta?

— Somos mafiosos, Vladimir. Si ellos son monstruos, nosotros también. Si tengo que iniciar una guerra... que así sea. Pero será nuestra victoria.

— Siempre hemos jugado sucio, Viktor. No seguimos códigos como los de ellos, lo sabes. No tenemos reparos en castigar familias enteras. Pero Elena... ella es intocable. ¡Es hija de Enzo!

— ¿Y qué? —Di un paso al frente—. Podría ser hija del rey. Nada va a detenerme. Solo necesito un agente... un soldado de la Sacra Corona. Son nuestros aliados. Será fácil infiltrar a un hombre en la boda de Alessandro. Él le propone matrimonio. Luego desaparece. Y entonces... la secuestramos.

Sonreí con frialdad.

— Todos van a creer que fue un pretendiente rechazado. Mientras tanto, ella estará aquí. En Moscú. Bajo mi cuidado.

— Caíste en la trampa y ni siquiera lo notas. Estás completamente enamorado de ella —Vladimir golpeó la mesa con fuerza, la voz cortante—. Esa chica va a destruirte. Esto no es solo rabia. Es amor. Un amor que va a matarte.

— ¿Yo? ¿Enamorado de una Martini? Nunca —disparé—. Esto es venganza. Nada más. Elena es el eslabón débil. Y voy a usarla para destruir al hombre que mató a mi padre.

— Si fuera solo venganza, no la habrías besado así en la primera misión. ¿Crees que no lo vi? La forma en que la miraste... estás atrapado en ella. Estás Perdido, Viktor.

— Si no quieres participar, perfecto. Lo respeto. Pero no te interpongas. —hablé con voz firme—. Esta noche parto a Nápoles. Y cuando regrese... Elena Martini va a estar a mi lado. Viva o muerta.

Se quedó en silencio por un momento.

— Su madre mató a tu padre, Viktor. Lo sabes —dijo, en un tono más bajo—. Esperaste todos estos años en las sombras. Esperaste el momento justo. Subiste al poder. Pero este deseo de

venganza va a cegarte. Va a arrastrarte directo al abismo. Y Elena... ella va a arrastararte con ella.

— Que así sea —murmuré—. Si tengo que morir para ver a Enzo sufrir... si tengo que caer, que sea arrastrando a Elena conmigo al fondo del pozo. Ella lo va a sentir. Todos lo van a sentir. Yo no soy un nombre borrado de la historia. Soy Viktor Sidorov... y también soy Ivanov.

Vladimir me lanzó una última mirada.

— No digas que nadie te lo advirtió. Elena Martini va a ser tu ruina.

Y se fue, cerrando la puerta de un portazo.

Me quedé solo. Pero la soledad no me asustaba. Lo que me movía era el dolor, la rabia y el sabor amargo de la verdad.

Ellos creían que habían ganado. Creían que la nueva generación traería paz. Pero el infierno apenas comenzaba... Y llevaba mi nombre.

Antonela Martini

Cada día al lado del amor de mi vida era único. Alessandro estaba radiante, una vez más demostrando que era el hombre de mis sueños, exactamente como siempre se lo pedí a Dios. Dedicado a nuestros hijos, un padre de diez, un esposo maravilloso y, por encima de todo, un amante irresistible. En la cama, me volvía loca, me hacía perder el aliento, poner los ojos en blanco y acabar como si fuera la última vez.

Alessandro estaba decidido a formalizar nuestro amor también ante Dios, ya que solo nos habíamos casado por civil. Quería revivir todos los sueños que habíamos tenido desde la infancia. Dijo que, ahora que mi padre vendría a buscar a doña Isabela, era el momento ideal para organizar una cena familiar con nuestros padres y nuestros hijos. Sería el escenario perfecto para pedirles su bendición.

Podía parecer una locura, pero eran en esos pequeños gestos donde yo me enamoraba de él aún más. Me encargué de los

preparativos con el mayor de los gustos. Las nuevas empleadas fueron extremadamente profesionales, organizaron todo el ambiente y prepararon la comida a la perfección.

Mi esposo estaba impecable con su traje hecho a medida, y nuestros hijos... ah, mis pequeños parecían verdaderos jefes de la mafia en miniatura, cada uno con su traje encargado especialmente para la ocasión. Tan encantadores que parecían sacados de una película.

Por supuesto, yo no podía quedarme atrás. Elegí un vestido largo, ajustado al cuerpo, sin mangas y con un escote en V elegante. Tenía detalles estructurados en la cintura que realzaban mi silueta, además de una abertura lateral sutil que me daba un aire sofisticado. Lo combiné con aros dorados, pulseras y anillos minimalistas, y lo completé con sandalias de taco alto rojas con tiras en los tobillos. Solté mi cabello y me hice un maquillaje suave, pero con presencia.

Alessandro siempre decía que yo era la mujer más lenta del mundo, y tenía razón: siempre arreglaba a los niños antes de pensar en mí. Pero hoy... Hoy lo hice a propósito. Quería que todos vieran, en mi mirada y en mi elegancia, lo feliz que estaba.

Cuando bajé las escaleras, la escena me derritió el corazón. Mi padre cargaba a Cesare en brazos, mientras mi suegro sostenía a Giovani, que reía y llenaba la casa de alegría. Era imposible negar que era mi hijo.

— Vaya... valió la pena esperar —murmuró Alessandro, acercándose a mí y besándome en la frente—. La mujer más hermosa de todo el universo es mía.

Me encantaba cuando hablaba así. Era mi mayor fan, mi refugio, mi motivador. Incluso en mis peores días, me recordaba que yo era maravillosa.

— ¡Qué triste final! Juré que siempre sería el hombre favorito de mi hija, Luigi... pero tu hijo vino y me la robó —bromeó mi padre, haciendo que todos se rieran.

— Tú simplemente no quisiste aceptarlo, Vicenzo. Mi hijo siempre fue el preferido de ella, y ella siempre fue la preferida de él —respondió mi suegro, con orgullo.

— ¡Ustedes dos, compórtense! Menos mal que estos dos decidieron unirse, porque miren nada más los dos regalitos que nos dieron. Amo a mis nietecitos —dijo doña Isa, sonriendo.

— Tengo que estar de acuerdo con Isa. Esos nietecitos son todo para mí. No hay nada más importante que tenerlos cerca. Me siento la mujer más feliz del mundo —añadió doña Viola.

Al notar el ambiente cálido, Alessandro me lanzó una mirada cómplice y me guiñó un ojo discretamente. Asentí. Era el momento perfecto.

— Hoy hemos reunido en esta sala a las personas más importantes de nuestras vidas: nuestros hijos y nuestros padres. Y yo, Alessandro Ferrari, quiero hacer todo de la forma correcta. Sin apuros, sin dejar de lado las tradiciones. Puede sonar irónico o como si fuera demasiado tarde, con estos dos correteando por la casa, pero aun así... quiero hacer todo como siempre lo soñamos. Por eso, Vicenzo Lombardi, delante de todos los aquí presentes, vengo a pedir la mano de su hija, Antonela Martini, para casarnos por iglesia.

Mis lágrimas ya amenazaban con salir. El corazón me latía acelerado.

— No tengo cómo decir que no. ¡Si ya te robaste su corazón! Para mí será un honor llevarla al altar y entregársela al único hombre en quien confío. La respuesta es sí —dijo mi padre, con la voz firme y emocionada.

— Y tú, Antonela, ¿quieres casarte conmigo por iglesia? —preguntó Alessandro, ansioso, con los ojos fijos en los míos.

— ¡Obvio! Lo que más deseo en esta vida es estar a tu lado. Nada ni nadie va a impedir nuestra felicidad —respondí, arrojándome a sus brazos y sellando nuestra promesa con un beso apasionado.

Se apartó con suavidad. Estaba visiblemente emocionado.

— Además del casamiento... decidí comprar una casa más grande. Era sorpresa, amor, por eso no te lo dije antes —reveló, sonriendo.

Todo estaba tan perfecto que temía despertar y descubrir que era solo un sueño. Miré al cielo y le pedí a Dios que conservara a mi familia así: unida, protegida y llena de amor.

— Di algo, amor... —pidió en voz baja.

— Amor, estoy tan emocionada con todo lo que estamos viviendo... solo puedo pedirle a Dios que cuide de ti, de nuestros padres y de nuestros hijos. Quiero vivir esto para siempre a tu lado, porque mi vida solo tiene sentido contigo. Gracias por todo. Al principio fue difícil, pero ahora lo entiendo: tú eres mi destino. Y yo soy el tuyo —dije, antes de besarlo de nuevo.

— No me está gustando nada ver toda esta escena de amor, ¡y a mi nieto tampoco! —provocó mi padre, riendo.

— En realidad, lo que tengo es un hambre terrible, ¡porque esto huele de maravilla! —bromeó mi suegro, haciendo reír a todos.

Capítulo 37
Elena Martini

Mi vida, casi siempre, era tranquila. A diferencia de mis primas, yo elegí cuidarme, priorizar mi salud y estudiar mucho, ya que escogí una profesión desafiante: ser médica cirujana. Mi padre me prometió que me permitiría hacer la residencia en el hospital de la mafia, y que se las arreglaría para que yo trabajara allí, y eso era todo lo que quería para mi vida.

No estaba enamorada, no soñaba con casarme ni tener hijos. Y, para ser sincera, mi padre parecía aliviado con mi decisión. Sin embargo, llevar el apellido Martini me convertía en un blanco constante de mafiosos que querían, de alguna manera, obtener el respaldo del Don.

La verdad es que Nela siempre fue la más codiciada. Alegre, simpática, encantaba a todos con facilidad. Eso hacía que el tío Vicenzo recibiera incontables propuestas. Pero la mirada de mi prima siempre estuvo puesta en Alessandro Ferrari. Desde que se casaron, mi vida se volvió un infierno. Todos los pretendientes que ella rechazaba empezaron a verme como un premio consuelo. Las propuestas y el acoso aumentaron, como si estuviera obligada a aceptar un matrimonio que jamás deseé.

Estaba distraída, sentada en un restaurante de la ciudad con mis amigas de la universidad, cuando apareció un hombre. Por su andar confiado y la mirada penetrante, supe de inmediato que era un mafioso.

— ¿Elena Martini? Es un placer conocerte. Me llamo Alberto y... —empezó a decir, pero lo interrumpí.

— Chicas, un minuto —pedí, alejándome.

Caminé hacia la barra acompañada por él y me senté en silencio en uno de los bancos altos. Él fue directo:

— Soy Alberto, formo parte de la Sacra Corona, una de las aliadas de la Cosa Nostra. Me encantaría conocerte mejor. Quiero

pedir tu mano a tu padre, pero antes de eso, quería saber si estás de acuerdo.

No pude evitar soltar una carcajada. Era valiente, por lo menos.

— Debo admitir que tienes agallas. Pero, lamentablemente, la respuesta es no —dije con firmeza.

Él apretó mi brazo.

— Odio escuchar un "no". ¿Eres la hija descontrolada de Enzo Martini, que cree que puede vivir sin casarse? ¿Tu corazón es realmente de piedra? ¿Será posible que ningún hombre pueda hacerte perder la cabeza, Elena? ¿Ninguno podría tocarte y hacerte... sentir?

Sus palabras hicieron que mi cuerpo se helara, no de miedo, sino por un recuerdo.

El beso robado por Viktor Sidorov vino a mi mente con fuerza. No pude resistirme a ese hombre. Y tal vez, si realmente hubiera venido a secuestrarme como prometió, habría desarrollado el síndrome de Estocolmo... y abierto la puerta de mi corazón.

¡Cálmate, Elena! —gritó mi subconsciente.

Sacudí la cabeza con fuerza, alejando aquellos pensamientos intrusivos.

— Suéltame. Mi vida personal no es asunto tuyo. Y no te atrevas nunca más a tocarme de esa manera. —Lo empujé con fuerza y me alejé.

Volví a la mesa con mis amigas, me despedí rápidamente sin dar explicaciones y me fui. Tenía que contarle a mi padre lo que había pasado. Ese hombre debía pagar por haberse acercado a mí.

[...]

Al llegar a casa, encontré a mi padre sentado con mi madre. Me conocía demasiado bien. Era un libro abierto cuando algo me molestaba. Me senté a su lado y crucé los brazos.

— ¿Qué pasó, princesa? —preguntó, atento.

— Papá, me alegra que Antonela haya encontrado la felicidad junto a Alessandro. Ese siempre fue su plan A: casarse con el Capo de la Camorra, ser la reina de Nápoles, cuidarlo y darle herederos. Lo planeó desde siempre. Pero ahora... todos los pretendientes que ella rechazó actúan como si yo fuera el plan B. ¡Como si fuera la sobra! Me están persiguiendo.

— ¡Mio Dio! ¿Quién te está haciendo eso? ¿Alguien te molestó?

— Un hombre llamado Alberto. Dijo que forma parte de la Sacra Corona. Quería mi consentimiento antes de hablar contigo, pero ya le dejé claro: no quiero. Quiero que todos lo sepan. Estaba tranquila con mis amigas cuando apareció. Papá, por favor, no dejes que esto continúe. Rechaza todas las propuestas. No quiero casarme, y tú lo sabes.

Me levanté, decidida. Él me sostuvo de la mano.

— No te preocupes. Me encargaré de esto. No voy a dejar que ningún maledetto se te acerque. No puedo permitir que alguien me robe a mi hija, como Vicenzo perdió a Nela —dijo, con una sonrisa cariñosa.

— A Nela siempre le gustó Alessandro, eso es un hecho. Pero yo no tengo pretendientes. No quiero casarme. Quiero quedarme contigo y con mamá. Seré su compañera. —Sonreí, subiendo las escaleras para darme una ducha.

Estaba agotada de tanta presión. No entendía cómo Nela soportaba todo eso. Pero había un problema que nadie conocía: Viktor.

Invadía mis pensamientos como una maldición. Todavía podía sentir sus labios en los míos. Me sacaba de mi centro, hacía que mi corazón se acelerara, y eso era peligroso.

— ¡Elena, tranquila! No puedes seguir pensando en el único hombre que te está prohibido —me dije en voz baja.

Era imposible que hubiera alguna oportunidad de estar juntos. Si Viktor volvía a acercarse, sería para destruirme o vengarse de mi familia. Esa era la realidad. Y por más que mi corazón deseara algo diferente, la razón sabía que eso... jamás podría suceder.

Necesitaba ayuda. Tal vez era hora de hacer terapia, borrar ese beso de mi memoria, enseñarle a mi cerebro que ese sentimiento no

tenía futuro. Que no existía un final feliz entre Elena Martini... y Viktor Sidorov.

Alessandro ferrari

El momento había sido perfecto para mostrarle a mi mujer lo que estaba preparando para ella. Una casa hermosa, con muchas habitaciones, un jardín deslumbrante, biblioteca, sala de juegos y todo el lujo necesario para que nuestros hijos, y los que aún vendrían, crecieran como verdaderos príncipes.

Mi intención era mudarme con mi esposa y nuestros hijos después de la boda, pero quería que ella viera todo antes. Quería que analizara cada detalle del ambiente que había diseñado para que fuera nuestro hogar. Estaba ansioso por estrenar nuestro nido de amor.

Llevé a Antonela y a los niños para que conocieran el lugar y dieran su opinión. Apenas entramos a la propiedad, los ojos de mi mujer brillaron. Era tan perfecta… Siempre le había dicho que algún día viviría en un castillo con nuestros hijos. En aquella época, éramos solo dos jóvenes soñadores, quizás ella no se había tomado mis promesas tan en serio.

— ¿Estás impresionada con nuestro castillo, principessa? —pregunté con una sonrisa orgullosa.

— ¡Alessandro! ¿Te acuerdas de todas las promesas que nos hicimos en el pasado? ¿Por qué estás tan empeñado en cumplirlas? —preguntó, emocionada.

— Antonela, esperé años por este momento. Aunque me equivoqué al principio, jamás dudé de nuestras promesas, mucho menos de nuestro final feliz. En realidad… nuestra historia no tiene final. Solo tenemos que ser felices. ¿Qué dices? —Toqué su rostro con cariño.

— Nunca dudé del amor que siento por ti. No necesito un castillo ni un caballo blanco para saber que eres el hombre de mi vida. Cuando me despreciabas, lo único que le pedía a Dios era que me trataras bien y me demostraras que me amabas. ¿Cómo voy a

quejarme ahora? Pensaste en cada detalle. Soy la mujer más feliz del mundo —dijo, tocando mi rostro con ternura.

Estaba a punto de pegar mis labios a los suyos, pero el pequeño Gruñón gritó, interrumpiéndonos. Por supuesto que seguía siendo el hijo celoso que quería a su madre solo para él. Pero, con el tiempo, le enseñaría que eso no era posible… Antonela tenía que ser compartida.

Ella se apartó y fue hasta el coche doble a buscar a nuestro niño. En cuanto se dio cuenta de que tenía toda la atención de su madre, Cesare esbozó una sonrisa encantadora.

Era increíble cómo esa mujer pequeñita y perfecta tenía un poder sobrenatural sobre mí y sobre los niños. No importaba si el cielo estaba gris o si enfrentábamos dificultades. Si ella estaba cerca, si decidía que nuestro día iba a ser mejor, encontraba la manera. Era mágica. Era mía.

— Hijo, no puedes enojarte cada vez que mamá se acerca a papá o a tu hermano. Amo a los tres con todo mi corazón y voy a cuidar de ustedes por igual, mi amor —dijo, sonriendo con dulzura.

— Tu mamá tiene razón, Cesare. Sé que amas a mamá, pero yo también la amo. De hecho, conviene recordar que yo llegué primero. ¡Si no fuera por mí, tú y tu hermano ni existirían! —bromeé.

— ¡Creo que no quiere entender! Mira el puchero que tiene nuestro hijo. Cesare tiene su personalidad, mi amor —dijo riendo.

Tenía razón. Era un mini Alessandro. Incluso su forma de mirar era igual. Antonela solo prestó el útero, mis niños se parecían cada vez más a mí.

Saqué a Giovani del cochecito y nos dirigimos hacia la entrada de la casa. Saqué la llave del bolsillo y abrí la puerta para que mi diosa entrara y conociera nuestro castillo.

Gasté una fortuna para transformar ese lugar antiguo en el sueño de ella. No cambié mucho la estructura. Las torres permanecieron intactas e imponentes. Reemplacé las ventanas de madera por grandes ventanales, para que la luz natural inundara los ambientes.

En el vestíbulo principal, el piso era de mármol negro, en contraste con los sutiles detalles dorados de la escalera de vidrio y acero. En el techo, una lámpara moderna, hecha a medida, daba la bienvenida. La casa tenía diez habitaciones, todas con baño privado y vestidor. La cocina era industrial, con todos los equipos con los que ella siempre había soñado. Me acordé de cada conversación, de cada detalle que ella describió sobre cómo quería que fuera nuestra vida juntos.

Recordaba que Antonela decía que quería diez habitaciones para albergar a nuestros futuros hijos, mínimo cinco, según ella. Pero… ¿todavía tendría ese deseo?

— Amor, ¡qué lugar maravilloso! Todas van a morirse de envidia de mí. ¡Mi esposo es un príncipe! Me compró un castillo solo para mí —dijo ella, sonriendo encantada.

— Y eso es solo el comienzo. Voy a cumplir todos tus sueños. Puedes comprobarlo: arriba hay diez habitaciones, tal como me lo pediste hace quince años —susurré en su oído.

— Alessandro, cuando dije que quería mínimo cinco hijos, no tenía idea de lo difícil que sería. Creo que solo vamos a intentarlo una vez más, a ver si viene una niña… y después doy por cerrada mi carrera de madre —dijo, algo apenada.

— ¡Trato hecho! De cualquier manera, ya es difícil tener tu atención solo para mí. ¿Te imaginas con más hijos? —bromeé.

— Siempre voy a tener tiempo para ti. ¡No digas tonterías! Ahora vamos, muéstrame el resto de nuestro nuevo hogar. Voy a presumir ante mis primas y decir que tengo al mejor marido del mundo —dijo, antes de unir nuestros labios.

Ver a Antonela sonreír era mi mayor placer. Nuestra familia era hermosa. Y ella… tan animada, tan llena de sí misma. Así era como me gustaba verla: mimada, amada, malacostumbrada. Se lo merecía todo.

— Amor, tenemos que inaugurar esta casa… pero sin los niños —dijo, mordiéndose los labios con picardía.

— ¡Antonela, traviesa! No te preocupes. Te voy a traer aquí solita y espero que estés con mucha energía, porque pienso dejar nuestra marca en cada rincón de esta casa —susurré en su oído.

Su cuerpo se estremeció por completo. No podía resistirse a mí, ni al deseo que siempre incendiaba el aire cuando estábamos juntos.

Capítulo 38
Antonela Martini

Estaba tan emocionada y ansiosa por volver a ver a toda mi familia. Después de todo lo que me había pasado, lo único que más deseaba era casarme con él, el amor de mi vida, tal como siempre soñé. Confieso que era difícil alejarme de todos los que amo, pero por amar a mi esposo, era capaz de todo. Y no tenía de qué quejarme.

Dejé a mis hijos con la abuela Viola y el abuelo Luigi para ir al aeropuerto a buscar a mis amores. Moría de ganas por pasar horas conversando con Elena, Elisa, Tinita, Irina y Camila. Extrañaba a mi pequeña Viola y a todos los niños de mi familia.

Demasiado ansiosa por encontrarlos, caminaba de un lado a otro mientras Alessandro observaba mi inquietud. Él era la calma, y yo el propio huracán. Esa era la verdad. Totalmente diferentes, el uno opuesto al otro, pero enamorados y listos para vivir el amor más intenso de nuestras vidas.

— Antonela, que andes de un lado a otro me vuelve loco —me llamó la atención.

Alessandro era muy paciente, pero el hecho de ser tranquilo no significaba que fuera pacífico. En realidad, mi esposo era implacable. Un huracán que me volvía loca de amor. Posesivo, controlador y celoso en la medida justa, al menos, en la medida justa para mí.

Estaba distraída, babeando por mi marido, cuando vi a Elena señalándome. Mi prima sonrió con una expresión enorme. Fue la más eufórica, ya que hacía un tiempo que estábamos distanciadas.

— ¡Prima linda, qué ganas de verte! —Corrió hacia mí y saltó a mis brazos.

— Cuánto los extrañé a todos. ¡Tenemos tanto de qué hablar! —afirmé, acercándome a mi familia—. El tiempo tiene que ir con calma, los niños están creciendo demasiado rápido… ¿O será que yo estoy tardando demasiado en venir a verlos? Aunque no soy la única

ausente. Mi hermano ingrato es el primero en la lista, me olvidó por completo. —Puse cara de ofendida, fingiendo estar molesta.

— ¡Jamás voy a olvidarme de mi principessa! Ser el líder es complicado, asumir responsabilidades exige sacrificios. Pero te amo mucho y estoy aquí ahora —balbuceó Vicente, intentando justificarse.

Era tan bueno tenerlos cerca. Extrañaba el caos que vivíamos en Sicilia junto a nuestros amores. Sabía que su estadía en Nápoles sería corta, pero quería aprovechar cada segundo con mi familia.

[...]

Mi casa estaba de fiesta. Tío Enzo, Lorenzo y mi papá se sentaron cerca de la bodega. Alessandro, Vicente, Pietro y Mateo se unieron a ellos. Doña Isa, tía Sofía y tía Giulia, como buenas abuelas chochas, no perdieron el tiempo: querían aprovechar para quedarse con los nietos. Y yo no iba a oponerme, necesitaba un descanso.

Elena, Valentina, Irina, Elisa y Camila se quedaron conmigo. Necesitábamos ponernos al día, y yo moría por saber cómo iba la vida de cada una lejos de mí.

— Chicas, ¡vamos a aprovechar para ponernos al día! Quiero saber todas las novedades —me dejé caer en la cama.

— ¿Qué novedades tienes, prima linda de mi corazón? —Elisa se lanzó encima de mí.

— Elisa, así me vas a aplastar —bromeé.

— Extraño a mi primita loca que recorría Sicilia conmigo. Elena solo quiere quedarse en casa leyendo y estudiando. Así no se va a casar nunca —molestó Elisa.

— Mis libros son más interesantes que los idiotas que siempre andaban detrás de Nela. Literalmente soy acosada como segunda opción, ya que la primera tiene dueño y se llama Alessandro Ferrari —despreció Elena.

— Prima, ¡busca un candidato! Hay unos cuantos guapos... Yo... —Elena la interrumpió.

— Si hay varios guapos, ¡elige el tuyo! Muy fácil dejarme el resto a mí. Deberías estar gritando a los cuatro vientos que quieres casarte, así van directo a hablar con el tío Lorenzo.

— ¡No! No quiero ningún mafioso. Soy una mujer de la ley y quiero al juez guapote. Quiero a Luca. —Hizo un puchero.

— ¡Prima, arriésgate! Si lo quieres, puedes lograrlo. Nosotras somos capaces de todo en este mundo. ¡Somos las Martini! —la animé.

— Ni siquiera puedo opinar en esta conversación. Estoy muy enamorada, viviendo una eterna luna de miel al lado de Mateo —dijo Valentina, sonriendo, sentada al borde de la cama.

— Somos unas suertudas, Tinita —completó Camila, mordiéndose los labios.

— Ahora entiendo lo que ustedes sienten. Yo también me siento afortunada. Alessandro es maravilloso, guapo, delicioso... demasiado perfecto. —Mordí mis labios.

— ¡Siempre fuiste una pervertida, Nela! Pero no nos hagas tenerte envidia. —Elisa hizo un puchero.

— Yo no siento envidia. No veo a un solo hombre que sea capaz de quitarme el aliento —confirmé, sonriendo.

Era tan bueno tener a las chicas en casa. Eran locas, divertidas, intensas. Aquí en Nápoles no tenía amigas, vivía en casa cuidando de mis hijos y de mi esposo. Ellos eran todo para mí, pero a veces sentía la necesidad de distraer la mente, hablar de cosas simples, reír, pasear por el centro comercial, desahogarme sobre los defectos de mi marido, aunque, la verdad, esos defectos ni existían.

— ¿Puedo confesar algo? Las extraño. Me siento sola aquí en Nápoles. No tengo amigas, y lo más parecido a eso es mi esposo. Cuando sale a resolver asuntos de la mafia, me siento necesitada y sola. —Hice un puchero.

— Imagino lo aislado que debe ser. Yo tuve suerte, porque allá en el condominio tengo a la prima Elisa, tía Sofía, Elena, Irina, Camila, tía Isa y tía Giulia. Cuando mi amado decide irse a la empresa, corro a casa de mi suegra —balbuceó Valentina.

— Yo hago lo mismo. No estoy tan sola porque tengo a mi suegra maravillosa —afirmé, sonriendo.

— La gente tiene la costumbre de hablar mal de la suegra. Es raro encontrar nueras y suegras que se lleven bien, pero gracias a Dios, tuvimos suerte —confesó Irina.

Tenía toda la razón. Éramos muy afortunadas. Nuestra familia era perfecta y tenía una unión que daba envidia. El tiempo parecía pasar demasiado rápido, y necesitábamos disfrutar el privilegio de formar parte de eso. Incluso con todas las imperfecciones, hombres posesivos, asesinos y sanguinarios, frente a las mujeres y los niños, ellos se rendían.

Mi esposo era frío, calculador y posesivo, pero en casa… en casa era un príncipe encantado. Mi malvado favorito.

Alessandro Ferrari

Mi casa estaba bastante concurrida. Confieso que era un hombre reservado. Me gustaba cuando las cosas sucedían de forma discreta, sin mucho alboroto, pero a los Martini les encantaba el ruido y la fiesta. Eran divertidos, y era casi imposible creer que, fuera del ambiente familiar, sean temidos y conocidos como hombres fríos, calculadores e implacables, siempre dispuestos a todo por la familia.

Yo estaba más retraído, solo observando mientras bebían y reían, cuando Vicente no tardó en intentar hacer una gracia.

— Alessandro, si tú y Nela están tomando en serio eso del casamiento religioso, creo que podríamos organizar una noche de hombres... tipo una despedida de soltero. ¿Qué opinas?

— Si tu hermana te escucha proponiéndole eso a tu cuñado, estarás firmando tu sentencia de muerte —advirtió Vicenzo a su hijo.

— Yo sé de lo que es capaz Antonela. Esa chica tiene el coraje de ponerme en contra de Camila, que me mandaría a dormir a la casita del perro o usaría a Viola como excusa. La pone a nuestra hija en el medio de la cama solo para que yo no tenga espacio —se quejó, desanimado.

— Ni me lo digas. Yo pensaba que solo Valentina hacía eso. Mete a los tres en la cama y me deja arrinconado en la punta —

bromeó Mateo.

— Espero que sus mujeres no le enseñen esa técnica a Antonela, porque ella con toda seguridad se animaría a hacer lo mismo solo para volverme loco —comenté, riéndome.

— ¿Qué sería eso que yo tendría el coraje de hacer para volverte loco? —Me sobresalté al oír la voz de mi mujer detrás de mí.

— Nada, amor. Te amo. —Le di un beso rápido en los labios.

— Hija, como soy un hombre honesto y amo a mi princesa, no sería capaz de ocultarte la verdad. ¡Tu hermano le estaba proponiendo una despedida de soltero a tu marido! —acusó mi suegro, divertido.

— ¿Cómo es eso? ¿Quién dijo que va a haber despedida de soltero? ¡Ya estamos casados! No acepto eso. Lo que sí puede pasar es que todos vayamos a la disco, mientras los abuelos cuidan a los nietos —dijo con una naturalidad desconcertante.

Mi mujer era dinamita. Dejó bien claro que quería ir a la discoteca y, si yo intentaba impedírselo, sería capaz de ir sola con las chicas solo para provocarnos. Así que no había opción: iríamos a la disco esa noche. Pero no sería para divertirnos. Nuestra misión era otra: vigilar a nuestras esposas.

[...]

¿Cómo negar los caprichos de Antonela Martini? Era decidida, la pasión de mi vida y, por sobre todo, la mujer que elegí como compañera eterna y madre de mis hijos.

Ella había decidido que esa noche sería especial. Sentía nostalgia por los tiempos en los que vivía en Sicilia, por los encuentros con sus primas, por las fiestas... Y yo no quería que se sintiera atrapada por nuestra relación. Por más celoso y posesivo que era, Antonela era libre de vivir y ser feliz. Mi papel como marido era cuidarla, estar presente para protegerla mientras se divertía.

Estaba deslumbrante: llevaba pantimedias negras, una falda corta de cuero, una camiseta blanca y un abrigo largo. En los pies, unas botas altas que le llegaban justo debajo de las rodillas. Su cabello largo suelto y esa sonrisa perfecta completaban la escena.

Mi mujer era, sin duda, la más hermosa de la noche. No podía darme el lujo de beber, mi función era asegurarme de que ella pudiera vivir ese momento, y yo iba a cuidarla con toda mi atención.

— Amor, ¿qué pasa? Me estás mirando como un león —bromeó ella.

— Estoy loco de celos. Solo voy a esa disco para ser el guardaespaldas de mi mujer. —Me mordí los labios y le robé un beso.

Antonela sonrió. Ella sabía lo territorial que yo era, que cualquier movimiento en falso podría desatar una tormenta. Era hermosa y sabía que llamaría la atención a donde fuera.

Bajamos al primer piso, donde los demás nos esperaban. Confieso que, incluso ahí, lo único que ocupaba mi mente eran los niños. Sabía que estaban al cuidado de los abuelos, pero igual me preocupaba. Y mi mujer no era diferente.

Antonela se acercó y me susurró al oído:

— Amor, no vamos a pasar la noche entera afuera. Voy a morirme de la falta que me hacen los niños. No puedo estar lejos de ellos.

— Estoy de acuerdo. Nunca durmieron lejos de nosotros. Van a sentir nuestra ausencia. Sobre todo el gruñón —susurré, sonriendo.

— Tienes razón, mi amor. —Besó mi mejilla con ternura.

[...]

En la disco, las chicas se juntaron. Antonela sabía que no podía beber, pero tenía derecho a divertirse, bailar y disfrutar con sus primas.

Y, por lo visto, yo no era el único haciendo el papel de perro guardián. Mateo, Pietro y Vicente estaban a mi lado, todos observando el espectáculo de nuestras mujeres bailando y pasándola bien.

Me distraje un minuto para responder un mensaje de Vittorio, pero ni siquiera me dio tiempo. Reconocía la voz de mi mujer a

kilómetros de distancia, incluso con la música a todo volumen. Miré hacia el frente y vi a un tipo intentando molestarla.

Me levanté de inmediato y fui hacia allí. Con un empujón, lo aparté. Antonela se escondió detrás de mí. Los chicos se acercaron rápido para asegurar el lugar.

— ¿Crees que puedes tocar a mi mujer? —gruñí, dándole un puñetazo en la cara.

Era solo un borracho idiota que pensaba que podía hacer lo que quisiera. Pero no mientras yo esté cerca. No con lo que es mío.

Lo agarré por la camisa y lo arrastré, tirándolo a los pies de mis hombres.

— Sáquenlo de la disco. Averigüen quién es y prohíbanle la entrada aquí para siempre. ¿Entendido?

— Sí, señor —respondió uno de los guardias, ya sujetándolo.

Me alejé de ese malnacido y me acerqué a Nela, que todavía estaba asustada. Abracé su cuerpo, queriendo que se sintiera segura. Ella aprovechó para pegar sus labios a los míos y besarme con intensidad.

— ¡Mi héroe! ¡Te amo!

Capítulo 39
Antonela Martini

La boda

Estaba ansiosa por ese momento. Era como si todo estuviera empezando ahora. Aunque ya estaba casada con Alessandro, con quien había construido una historia de amor y superación, con dos hijos y una vida compartida, ese instante parecía marcar un nuevo comienzo.

Todo empezó de forma turbulenta. Nuestra historia está marcada por el dolor, el sufrimiento y la lucha. Yo luché como una loca para que él entendiera que mi vida no tenía sentido sin su presencia. A pesar de todo el dolor, no me rendí. Y hoy puedo vernos juntos y felices. Mirando atrás, sé que todo pasó como debía. Necesitábamos superar cada obstáculo para fortalecer el amor que nació cuando aún éramos solo niños inocentes.

Mi vestido de novia era deslumbrante: blanco, elegante. El corsé sin tirantes realzaba mi silueta, mientras que la falda amplia daba un aire de sofisticación y romanticismo. Un detalle atrevido, una abertura lateral, dejaba ver parte de mi pierna, complementada por mis zapatos delicados. En una mano sostenía un ramo de flores blancas. Mi velo suave caía ligeramente sobre mi cabello suelto, y mi sonrisa reflejaba la felicidad de ese momento inolvidable.

Estaba preparada para iniciar esta nueva etapa con broche de oro, rodeada de las personas que más queríamos. Nuestros hijos eran el símbolo vivo de nuestra unión y felicidad.

A pesar de que ya estábamos casados, sentía un nudo en el estómago. Era impresionante lo nerviosa que aún estaba. El jardín de nuestra futura casa estaba florido y lleno de invitados cuando mi padre me ofreció el brazo. Sonriendo, miré hacia adelante: la alfombra roja se extendía hasta el hombre que era mi destino: Alessandro Ferrari.

Seguí caminando al lado de mi padre, conteniendo las ganas de llorar. Alessandro me esperaba con una sonrisa hermosa en el rostro. Finalmente estábamos juntos, listos para vivir felices para siempre.

Él tomó mi mano sin apartar la mirada de mí. Parecía completamente hipnotizado por mi presencia. ¿Y yo? No podía concentrarme en nada más que en él. Era como si una burbuja nos envolviera, como si el mundo se hubiera detenido y solo existiera ese momento, solo nosotros dos y nuestro amor verdadero.

Mientras el sacerdote hablaba sobre el amor y la importancia del matrimonio, mi mente viajó en el tiempo. Recordé nuestro primer beso, nuestro primer contacto... y, sobre todo, cómo me perdí en sus brazos. Las lágrimas insistentes humedecían mi rostro, señal de la emoción que no podía ocultar.

Nuestros hijos, hermosos en sus pequeños trajes negros, entraron manejando un carrito de control remoto. Llevaban nuestras alianzas. Era la hora de renovar nuestros votos y decir, una vez más, cuánto nos amábamos.

Alessandro fue el primero en hablar:

— Antonela, nunca fui un hombre de palabras dulces ni de promesas vacías. Mi vida ha estado marcada por el caos, la oscuridad y decisiones que nunca me permitieron soñar con algo tan puro como lo que siento por ti. Pero tú, mi pequeña, llegaste y derrumbaste todas mis certezas, desordenaste mi mente y, más que nada, tocaste mi corazón. Hoy, frente a todos, prometo ser el hombre que mereces, el esposo que no falla y el padre que nuestros hijos necesitan. Juro protegerte a ti y a esta familia que estamos formando, con mi vida si hace falta. Te amo, Antonela, y siempre te amaré.

Sus palabras me conmovieron profundamente. Ver a ese hombre declararse delante de todos era extremadamente emocionante. Respiré hondo para contener la emoción y respondí con mis propias palabras:

— Alessandro, amarte nunca fue fácil, pero siempre fue lo más correcto en mi vida. Desde el primer instante, mi corazón supo que tú eras mi destino, incluso cuando tu orgullo intentó alejar lo que el

destino ya había trazado para nosotros. Me hiciste llorar, me hiciste sentir dolor, pero, sobre todo, me hiciste sentir viva. Hoy, frente a todos, prometo ser tuya, no solo como esposa, sino como compañera, confidente y la mujer que estará siempre a tu lado, en los días buenos y en los malos. Te amo, y nada jamás cambiará eso.

En ese altar, se acercó y sellamos nuestro amor con un beso, un amor que sobrevivió al rechazo, al orgullo y a un pasado oscuro. La guerra había terminado, al menos aquella que nos separaba. Porque vivir en el mundo de la mafia era tener conciencia de que las cosas eran difíciles, pero no imposibles.

Ese era nuestro nuevo comienzo. Me esforzaría por vivir de la mejor manera posible junto al hombre que elegí y amo.

[...]

Hicimos una pequeña recepción, solo para celebrar la renovación de nuestros votos. Lo que más quería en ese momento era estar a solas con mi marido y disfrutar de nuestra felicidad. Pero antes, había algo que quería hacer.

Lanzar el ramo.

Para algunos, puede ser una superstición tonta. Pero para mí significaba mucho más. Quería que Elisa o Elena encontraran el amor verdadero. Que se permitieran amar y ser amadas. Quería que conocieran la magia de vivir junto a un amor real.

— ¡Atención, chicas! ¡Voy a lanzar el ramo! —anuncié sonriendo.

Todos se detuvieron para presenciar la escena icónica. Me di vuelta y lancé el ramo. Cuando volví a mirar, vi a Elena sosteniéndolo con una sonrisa hermosa en el rostro.

La sorpresa de la fiesta llegó enseguida.

El hijo del actual líder de la Sacra Corona, quien había sido invitado junto con su padre y otros líderes aliados de la Camorra, alzó la voz, llamando la atención de todos:

— Me gustaría aprovechar este momento romántico para pedirle a Mateo y Enzo Martini la mano de Elena Martini.

— Mi respuesta para ti es: ¡NO! —vociferó el tío Enzo con firmeza.

Elena me había contado sobre ese hombre. Le advertí a Alessandro que no sería buena idea invitar a esa familia a nuestra ceremonia, pero él insistió. En su mente, por cuestiones políticas, era necesario.

— Te lo advertí... —susurré a mi marido.

— Amor, no tuve otra alternativa. Pero tu tío resolvió el problema. Ahora solo quiero huir de aquí contigo. Vamos a vivir nuestro amor con nuestros hijos —murmuró suplicante.

Alessandro había preparado un viaje a Venecia. Era el lugar que queríamos eternizar en nuestra memoria. La primera vez que fuimos él estaba de trabajo y me dejó prácticamente sola. Pero esta vez iba como mi esposo… con la promesa de que ahora viviríamos nuestro amor para siempre.

Viktor Sidorov

Observaba desde lejos, apoyado en una de las columnas de mármol del gran salón. La boda de Antonela Martini y Alessandro Ferrari era un espectáculo lujoso, como era de esperarse. Los invitados brindaban con champán caro, las risas resonaban por todo el salón, y la pareja brillaba bajo la luz de los candelabros dorados.

Pero no estaba allí para celebrar.

Estaba allí por ella.

Mis ojos encontraron a Elena Martini al otro lado del salón. El vestido color vino que llevaba resaltaba cada curva de su cuerpo, y su cabello caía en ondas perfectas sobre sus hombros. Ella sonreía para alguien, pero había un brillo inquieto en su mirada.

Todavía no me había visto.

Perfecto.

Esperé pacientemente hasta que el hijo del líder de la Sacra Corona hiciera lo suyo. Él se acercó, suplicando la mano de Elena en matrimonio justo después de que ella atrapara el ramo. La escena causó revuelo, tal como había sido planeado.

Elena salió discretamente al balcón, probablemente buscando aire lejos del ruido. Era la oportunidad que había estado esperando. Me acerqué despacio, silencioso como un fantasma. Cuando ella percibió mi presencia, ya era tarde.

— Bonita boda, ¿no crees? —murmuré cerca de su oído.

Ella se giró de golpe, con los ojos abiertos por el miedo.

— ¿Qué haces aquí? —Su voz temblaba, pero mantenía firmeza.

Sonreí, disfrutando del miedo que brillaba en sus ojos. Mi tiempo era corto. En un movimiento rápido, cerré mi mano en su cintura, atrayéndola hacia mí.

— Tomando lo que es mío.

Antes de que pueda gritar, presioné un pañuelo empapado en cloroformo sobre su nariz. Ella forcejeó, sus uñas arañaban mis brazos, pero su fuerza se desvaneció rápidamente. Segundos después, su cuerpo se ablandó en mis brazos.

Mientras todos se despedían de la pareja y volvían su atención hacia ellos, yo cargué a Elena Martini. Con la ayuda de aliados infiltrados, salí por las puertas traseras y la llevé al auto.

La noche de bodas de Antonela y Alessandro estará marcada por felicidad y amor.

Pero para Elena Martini... será el comienzo de algo mucho, mucho peor.

Epílogo
Antonela Martini

Las luces de Venecia se reflejaban en las aguas tranquilas de los canales mientras el gondolero nos guiaba lentamente bajo los puentes antiguos. Alessandro estaba sentado a mi lado, con una copa de vino en una mano… y la otra entrelazada con la mía.

El viento nocturno era suave, y el aroma del mar mezclado con su perfume me hacía sonreír sin esfuerzo. Quién diría que después de todo… estaríamos aquí. Casados. En paz. Enamorados.

[…]

Él cerró la puerta con un chasquido seco. El sonido resonó en la habitación silenciosa, y un escalofrío recorrió mi espalda. Alessandro me miraba como si estuviera a punto de devorarme entera.

— Sabes cuánto esperé por esta noche, ¿no? —dijo, con la voz ronca y cargada de deseo.

Antes de que pudiera responder, me giró contra la pared, con una urgencia cruda. Sus manos recorrieron la seda de mi camisón hasta empujar la tela hacia arriba, dejando al descubierto mi piel desnuda.

Me lamió el cuello despacio, con la lengua caliente, y mordió mi oreja con la fuerza suficiente para hacerme jadear.

— Desde que te vi vestida de novia… soñé con esto. Con mi esposa gimiendo mi nombre, marcada por mí… jodidamente mía.

Su mano se deslizó entre mis piernas y, con los dedos, empezó a provocarme. Ya estaba mojada, hambrienta de él. Alessandro lo sabía. Me conocía en cada detalle.

— ¿Lo sientes, amore mio? ¿Cuánto me llama tu cuerpo?

Me giró con brutalidad y me arrojó sobre la cama. Rompió el camisón con las manos, dejándome desnuda bajo su mirada hambrienta.

— Quédate ahí. Quiero verte —ordenó, quitándose el cinturón con un chasquido firme.

Me puse de rodillas en la cama, con el corazón latiendo descontrolado. Él bajó lentamente los pantalones, con el miembro rígido y grueso saltando con fuerza. Mi mirada se fijó en él, y mi boca se secó.

— Chúpame, amor. Despacio… muéstrame cuánto me extrañaste.

Obedecí, el sabor de él invadiendo mi boca mientras sujetaba mi cabello, guiando mis movimientos, gimiendo bajo con cada chupada profunda. Le encantaba cuando lo provocaba con la lengua, y yo sabía exactamente cómo volverlo loco.

Pero no aguantó mucho. Me tiró hacia arriba y me empujó boca abajo en la cama.

— Ahora voy a metértela como mi mujer… la madre de mis hijos… la única que me tendrá así.

Me penetró de una vez, profundo, fuerte. Grité su nombre, el cuerpo vibrando, las manos agarrando las sábanas. Cada embestida venía acompañada de palmadas en mi trasero, tirones de cabello y promesas sucias al oído.

— Así, Antonela… dame esa vagina apretada… muéstrame cuánto extrañas que mi verga te abra toda.

— Más… más fuerte… —suplicaba, completamente entregada.

— ¿Vas a acabar para mí? ¿Eh, putita linda? ¿Me vas a dar toda esa leche?

— Sí, Alessandro… voy a acabar…

Y acabé. Fuerte. Tan fuerte que mi cuerpo temblaba. No tardó en acabar también, llenándome por dentro, gimiendo mi nombre como una oración profana.

Caímos abrazados, sudados, sin aliento. Él me giró hacia adelante y besó mi vientre con cariño, justo donde nacieron los gemelos.

— Te amo, Antonela. Y te voy a amar así: sudada, amada y mía… por el resto de la vida.

Y sonreí, porque en el fondo… eso era exactamente lo que quería.

¡Fin!

¿Te gustó el libro?

Comparte tu reseña en las redes sociales y CALIFÍCALA en Amazon, recomendándola a futuros lectores.

¡Gracias!
Ah, y para conocer más sobre las obras y el autor, apunta la cámara de tu celular al Código QR de abajo y mantente al día de lanzamientos, eventos, sorteos y mucho más en sus redes sociales;